





# Ulúa

Revista de Historia, Sociedad y Cultura

Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales  
Universidad Veracruzana

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Rectora: Sara Ladrón de Guevara

Secretaria Académica: María Magdalena Hernández Alarcón

Secretario de Administración y Finanzas: Salvador Tapia Spinoso

Secretario de Desarrollo Institucional: Octavio Ochoa Contreras

Director Editorial: Édgar García Valencia

Director General de Investigaciones: Ángel Trigós Landa

Directora del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales: Filiberta Gómez Cruz

Coordinación de la propuesta temática del número 36: Rogelio de la Mora Valencia y Virginie Thiébaud

Editor: Horacio Guadarrama Olivera

Editora adjunta: Cecilia Sánchez Martínez

Maquetación: Ma. Guadalupe Marcelo Quiñones

Diseño de forros: Rosalinda Band Schmidt

*Ulúa. Revista de Historia, Sociedad y Cultura* es una publicación semestral, cuyo título fue otorgado por el Instituto Nacional del Derecho de Autor el 20 de enero de 2003, con el Número de Certificado de Reserva 04-2003-012011411200-102. Número de Certificado de Licitud de Título 12761. Número de Certificado de Licitud de Contenido 10333. ISSN: 1665-8973.

*Ulúa. Revista de Historia, Sociedad y Cultura* está indexada en CLASE (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades) y LATINDEX (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal).

Toda colaboración y correspondencia deberá dirigirse a: *Ulúa. Revista de Historia, Sociedad y Cultura*, Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, C.P. 91000, Xalapa, Veracruz, México. Tel. y fax: 01 (228) 8-12-47-19. E-mail: [ulua@uv.mx](mailto:ulua@uv.mx).

Distribución: Dirección Editorial, Nogueira núm. 7, Centro, CP 91000, Xalapa, Veracruz, México, Tels. 228 818 59 80; 228 818 13 88, [direccioneditorial@uv.mx](mailto:direccioneditorial@uv.mx), <https://www.uv.mx/editorial>

Pueden reproducirse textos o partes de ellos con la autorización por escrito del editor y citando la fuente. Los textos firmados son responsabilidad exclusiva de los autores.

# Ulúa

Revista de Historia, Sociedad y Cultura

Año 18/Núm. 36

Julio-diciembre de 2020

## Consejo Científico

*Montserrat Gárate Ojanguren*  
Universidad del País Vasco

*Esteban Krotz*  
Universidad Autónoma  
Metropolitana-Xochimilco

*Oscar Zanetti Lecuona*  
Universidad de La Habana

*Sergio Guerra Vilaboy*  
Universidad de La Habana

*Alonso Pérez Agote*  
Universidad del País Vasco

*Antonio García de León*  
Universidad Nacional  
Autónoma de México

*Hira de Gortari*  
Instituto Mora

*Allan Burns*  
Universidad de Florida

*María Skoczek*  
Universidad de Varsovia

*Emilio H. Kouri*  
Universidad de Chicago

*Frédérique Lange*  
Centro Nacional de Investigaciones  
Sociales-París

*Alfred H. Siemens*  
Universidad de Columbia Británica

*Alberto Guaraldo*  
Universidad de Turín

*Claudio Lomnitz*  
Universidad de Nueva York

*Solange Alberro*  
El Colegio de México

*María de los Ángeles Romero Frizzi*  
Instituto Nacional de Antropología  
e Historia-Oaxaca

*Leticia Gamboa Ojeda*  
Universidad Autónoma de Puebla

## Directora

*Virginie Thiébaud*

## Comité Editorial

*Magdalena A. García Sánchez*

*Odile Hoffmann*

*Rogelio de la Mora Valencia*

*Héctor Mendoza Vargas*

*Dora Cecilia Sánchez-Hidalgo Hernández*

---

## Sumario

### PRESENTACIÓN

<i>San Juan de Ulúa y Veracruz: miradas cruzadas desde la historia y la antropología</i> Virginie Thiébaud .....	11
---	----

### ARTÍCULOS

<i>Geografía, astronomía e historia precortesiana en San Juan de Ulúa</i> Rubén B. Morante López .....	19
<i>El virrey Antonio de Mendoza y las primeras obras en San Juan de Ulúa</i> Judith Hernández Aranda y Roberto Jesús Ávila Hernández .....	43
<i>Por la defensa de un territorio: la proyección técnica de los ingenieros militares desde el fuerte de San Juan de Ulúa</i> Gladys Martínez Aguilar y Sara Elizabeth Sanz Molina.....	71
<i>El clima en el desarrollo de San Juan de Ulúa durante el Virreinato</i> Adriana Gil Maroño .....	101
<i>Puerto de pólvora. El sitio y bombardeo a Veracruz en marzo de 1847</i> Cristóbal Alfonso Sánchez Ulloa .....	129

### ENSAYO

<i>Los cafés del puerto de Veracruz a fines del siglo XX: una etnografía</i> Juan Antonio Flores Martos .....	165
--	-----

### RESEÑAS

Sobre: Carlos Viramontes Anzures y Luz María Flores Morales, <i>La Memoria de los Ancestros. El arte rupestre de Arroyo Seco, Guanajuato</i> , por Magdalena Amalia García Sánchez.....	203
Sobre: Flor Trejo Rivera y Guadalupe Pinzón Ríos (coords.), <i>Espacios marítimos y proyecciones culturales</i> , por Marsel Sebastián Anduiza Pimentel .....	207
Sobre: Camilo Vicente Ovalle, <i>[Tiempo suspendido]. Una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980</i> , por Aurora Vázquez Flores .....	211

RESÚMENES .....	215
ABSTRACTS.....	219
COLABORADORES.....	223
NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES .....	227

# **PRESENTACIÓN**



## San Juan de Ulúa y Veracruz: miradas cruzadas desde la historia y la antropología

VIRGINIE THIÉBAUT

LA FORTALEZA DE SAN JUAN DE ULÚA y la ciudad de Veracruz forman un binomio inseparable cuyas características han llamado la atención de numerosos historiadores y especialistas de otras disciplinas a lo largo del tiempo. Un campamento, considerado como el primer asentamiento de Veracruz, se instaló en 1519 sobre la playa frente al islote donde se erigió la fortaleza. En 1599, la ciudad regresó de manera definitiva al mismo lugar, después de su instalación temporal en la playa de Quiahuixtlan y, de manera más duradera, en La Antigua. Esta historia de la “Vagabunda” Veracruz, como la bautizara Germán Arciniegas en su *Biografía del Caribe*,<sup>1</sup> ha dado pie a muchos estudios y explicaciones relacionados con las características físicas de sus emplazamientos, las distancias entre ellos, sus relaciones con los caminos, pero también ligados a cuestiones socioeconómicas.

A lo largo de toda la época colonial el principal acceso a la Nueva España se hizo mediante el castillo de San Juan de Ulúa y la ciudad de Veracruz, lo que explica su importancia. Así, la llamada Nueva Veracruz gozó de “una posición de monopolio”, privilegio heredado de su emplazamiento anterior (La Antigua);<sup>2</sup> por allí entraban y salían personas y mercancías y se concentraban los productos de exportación e importación que circulaban entre el virreinato y España. Los otros puertos de la costa, como Pánuco, Medellín y Coatzacoalcos, muchos menos importantes, se utilizaban sobre todo para evadir el impuesto marítimo sobre las mercancías. En Veracruz confluían los caminos terrestres, y el tráfico marítimo se prolongaba mediante la actividad de numerosos arrieros y carreteros que enlazaban la costa central del

<sup>1</sup> ARCINIEGAS, 1966, p. 92.

<sup>2</sup> GARCÍA DE LEÓN, 2011, p. 470.

Golfo con el Altiplano y la Ciudad de México y con otros puntos secundarios (Puebla, Tlaxcala, Xalapa). En Veracruz se insertaban también rutas marítimas comerciales conectadas con el Caribe (Campeche, Yucatán, San Juan de Puerto Rico, Portobelo, Cartagena de Indias, entre otros) y con Venezuela y América Central. De hecho, entre mediados del siglo XVI y la primera mitad del XVII, el binomio fortaleza-ciudad constituyó un importante espacio económico y comercial definido por Antonio García de León como “el corazón de la economía mundo”,<sup>3</sup> que concentraba una multitud de personas, actividades, encuentros e intercambios.

El islote de San Juan de Ulúa, protegido naturalmente por una barrera de arrecifes, fue gradualmente reforzado con fortificaciones mientras que la cortina de las argollas del baluarte servía de atracadero para las naves. Las actividades mercantiles de Veracruz, situada enfrente del islote de Ulúa a partir del siglo XVII, dependían de la llegada y partida de la flota: durante dos o tres meses al año se llenaba de marineros, funcionarios, comerciantes y arrieros, convirtiéndose así en “la ciudad más rica de este lado del Atlántico”, vaciándose después de gran parte de su población flotante. Sin embargo, las actividades comerciales continuaban aunque con un ritmo mucho más lento, y la ciudad, a pesar de su inestabilidad material y sus pequeñas dimensiones, se iría consolidando poco a poco.<sup>4</sup>

Los cinco textos presentados en este número temático de *Ulúa* abarcan una larga temporalidad que va desde la época prehispánica hasta mediados del siglo XIX, y abordan de manera individual y/o sincronizada la fortaleza de San Juan de Ulúa y la ciudad de Veracruz. Permiten evidenciar, directa o indirectamente, la relación íntima existente entre la fortaleza y la ciudad en el muy largo plazo.

En el primer artículo, titulado “Geografía, astronomía e historia precortesiana en San Juan de Ulúa”, Rubén B. Morante López da informaciones sobre la formación geológica de la Planicie costera de Veracruz, con sus numerosos cayos, bajos e islas, y estudia los usos rituales del islote durante la época prehispánica. Se refiere a lo ocurrido en el panorama celeste, que fue interpretado como un presagio de la llegada de los conquistadores

<sup>3</sup> GARCÍA DE LEÓN, 2011, p. 475.

<sup>4</sup> GARCÍA DE LEÓN, 2011, pp. 485-486.

españoles. Esta asociación de la observación de los fenómenos astronómicos con la mitología mexicana lleva al autor a reconstruir los movimientos estelares del siglo XVI, observados por los sabios de Moctezuma, quienes pudieron vincularlos con la mitología y el presagio del regreso de Quetzalcóatl. Finalmente, el autor explica cómo el islote fue utilizado después del primer contacto con los españoles y evoca los cambios sucesivos de sede de la ciudad de Veracruz. Esta combinación de información geográfica, arqueoastronómica e histórica constituye un acercamiento innovador y original al islote-fortaleza y a sus usos posteriores.

Los tres artículos que siguen se enfocan a las fortificaciones y construcciones que forman parte del castillo de San Juan de Ulúa, relacionándolo en algunos casos con la ciudad amurallada de Veracruz. Abordan el tema desde varias perspectivas: el primero estudia de manera detallada el elemento específico y fundamental de la fortaleza de Ulúa que es el muelle; el segundo lo analiza desde el trabajo de los ingenieros militares, y el tercero resalta la importancia que tuvieron las condiciones climáticas concretas de la época colonial en la construcción de las murallas y otros edificios. Demuestran así que el estudio de la fortaleza y la ciudad amurallada va mucho más allá del análisis de la arquitectura militar, y que hay que tomar en cuenta también factores sociales, económicos, geográficos y climáticos, todos ellos vinculados estrechamente. Las fortificaciones del castillo y de la ciudad desde el siglo XVI fueron necesarias para la defensa frente a posibles invasiones extranjeras y para resistir los ataques de piratas y corsarios, y sirvieron de modelo para otros recintos fortificados en siglos posteriores. La arquitectura cambiante de la fortaleza, la construcción temprana de su muelle, sus usos sucesivos (hasta volverse museo en el siglo XX), la importancia que tuvo la ciudad amurallada en la historia militar de la Nueva España y en especial en algunas guerras y batallas emblemáticas, son otros puntos, no menos importantes, que contribuyen al interés que presenta el binomio San Juan de Ulúa-Veracruz.

Una de las obras más importantes y tempranas que se hizo en el islote de San Juan de Ulúa, cuando la ciudad se encontraba todavía en La Antigua, fue la construcción de un muelle. Como nos explican Judith Hernández Aranda y Roberto Jesús Ávila Hernández, autores del trabajo titulado “El virrey Antonio de Mendoza y las primeras obras en San Juan de Ulúa”,

su construcción fue iniciativa de este virrey y empezó en la década de 1530. Al permitir anclar los barcos provenientes de España, su objetivo era evitar las malas condiciones de la descarga y la pérdida de mercancías y esclavos, en virtud de los arrecifes que rodeaban el islote y de las malas condiciones climáticas que imperaban con frecuencia. Para llevar a cabo esta obra, el virrey Mendoza se asoció con el comerciante Pedro Varela. La construcción demoró a causa de los malos manejos por parte de los responsables (impugnados por el mismo Hernán Cortés) —por ejemplo, por el cobro abusivo de impuestos—, pero también debido a la dificultad de surtirse de los materiales provenientes tanto de Nueva España como de Castilla y de conseguir los trabajadores necesarios. La existencia del muelle, documentada en 1550 y descrita como “una cortina de muralla de cal y piedra de mar”,<sup>5</sup> fue, sin embargo, crucial en la decisión de abandonar La Antigua y establecer la ciudad de manera definitiva en las llamadas Ventas de Buitrón, la playa situada frente al islote de San Juan de Ulúa, donde se habían asentado progresivamente casas, almacenes y mesones desde mediados del siglo XVI. Si los autores insisten en el papel de los dos instigadores principales, el virrey Antonio de Mendoza y Pedro Varela, y en las numerosas intrigas y pleitos que suscitaron las obras y el dinero involucrado en ellas, resaltan también la importancia del muelle como una de las primeras obras realizadas en San Juan de Ulúa, cuyo sistema constructivo sirvió luego de modelo en otras ciudades portuarias.

Las obras de defensa no se limitaron, sin embargo, a la construcción de la fortaleza y del muelle, sino que siguieron y se reforzaron a lo largo de los siglos siguientes. Gladys Martínez Aguilar y Sara Elizabeth Sanz Molina estudian, en su trabajo titulado “Por la defensa de un territorio: la proyección técnica de los ingenieros militares desde el fuerte de San Juan de Ulúa”, el papel que desarrollaron los ingenieros enviados por la Corona española para reforzar las fortificaciones de las ciudades y de los puertos en las colonias americanas. En el caso de la ciudad amurallada de Veracruz y del castillo de San Juan de Ulúa, se necesitaba mejorar las fortificaciones debido a la existencia de la actividad comercial que se desarrolló entre Nueva España y su metrópoli a lo largo de la época colonial y a la

<sup>5</sup> GARCÍA DE LEÓN, 2011, p. 90.

amenaza que representaban los piratas que codiciaban las cargas de alto valor que transportaban las naves que iban de salida. Posteriormente, la Guerra de los Siete Años entre España e Inglaterra (1756-1763) justificó otras obras de mejoramiento en las estructuras defensivas. La construcción entre el siglo XVI y el siglo XVIII de baterías en la costa, el reforzamiento de las murallas y la edificación de puertas, cuarteles y atarazanas, se realizaron por etapas sucesivas en la ciudad de Veracruz y su zona costera. Estas obras defensivas se debieron a la labor de los ingenieros militares, organizados jerárquicamente y formados técnica, científica y militarmente para la construcción y consolidación de dichas fortificaciones. El trabajo realizado por los ingenieros está descrito de manera precisa y las autoras destacan los vínculos estrechos existentes entre España y Nueva España, que dedicaron mayor atención e inversiones considerables a dichas obras.

El artículo de Adriana Gil Maroño, “El clima en el desarrollo de San Juan de Ulúa durante el Virreinato”, estudia la fortaleza durante la misma temporalidad, pero enfatiza el papel que tuvo el clima en las construcciones defensivas. Se basa tanto en las consecuencias de la Pequeña Edad de Hielo que afectó especialmente a Europa e influyó en las decisiones que se tomaron en ultramar, como en las condiciones climáticas específicas de la costa del Golfo, tales como huracanes, tormentas y frentes fríos, que complicaban la llegada y el resguardo de las naves en el puerto. La autora evidencia entonces que las obras efectuadas en el islote de San Juan de Ulúa no fueron solamente pensadas y realizadas en función de razones económicas y defensivas, sino que las condiciones climáticas tuvieron un papel fundamental. La autora explica también la difícil situación de la ciudad amurallada de Veracruz durante el siglo XVIII (hacinamiento, calor intenso, problemas de alimentación) y la contrasta con la del fuerte de Ulúa, que, a pesar de su cercanía, gozaba de una mejor ventilación, un buen surtimiento de agua y la posibilidad de almacenar víveres, así como de más seguridad y de un hospital.

El último artículo, “Puerto de pólvora. El sitio y bombardeo a Veracruz en marzo de 1847”, de Cristóbal Alfonso Sánchez Ulloa, se refiere a un episodio importante de la guerra entre México y Estados Unidos. El autor, con un impecable estilo literario, describe la expedición militar estadounidense y el sitio, bombardeo y la consecuente rendición de la ciudad de Veracruz en

marzo del año 1847. Una de las especificidades de la explicación reside en que el autor se posiciona desde distintas perspectivas, tanto desde fuera como desde dentro de la ciudad. Describe la organización de los invasores, con sus debilidades y sus puntos fuertes, en especial la importancia que tuvo la artillería naval en el bombardeo, frente a la cual las murallas de la ciudad no ofrecieron la protección necesaria. Explica en paralelo lo que pasó adentro de la ciudad: las destrucciones materiales, las pérdidas en vidas humanas, la falta de víveres, la mala calidad de las armas y el sentimiento de abandono que acabó predominando, conjunto de elementos que llevaron finalmente a la firma del tratado de capitulación, catorce días después del inicio del sitio. Al mismo tiempo el autor se refiere a la situación a nivel nacional: cómo el escenario político conflictivo en la capital del país obstaculizó el envío de tropas de apoyo y cómo las promesas de ayuda de Antonio López de Santa Anna llegaron demasiado tarde. Las tres perspectivas se complementan para explicar los motivos y causas del desenlace final de la batalla.

Finalmente, el ensayo de Juan Antonio Flores Martos, “Los cafés del puerto de Veracruz a fines del siglo XX: una etnografía” se refiere a la ciudad de Veracruz en la actualidad, tomando los cafés porteños como referencia. El autor los describe, a través de su experiencia vivida y de numerosos testimonios, como espacios de discusiones y de intercambios, pero también de exhibición y de “gustos particulares”, que forman parte de la cotidianidad de sus habitantes. Aunque no forme parte estrictamente del número temático, el ensayo representa una continuidad en cuanto a los trabajos anteriores, al ofrecernos un análisis extraordinariamente vivaz, realista y dinámico de estos espacios de vida. Aporta, en fin, una visión antropológica y social amplia de la Veracruz de hoy, herencia de la ciudad abigarrada, agitada y voluble de los siglos anteriores.

## BIBLIOGRAFÍA

ARCINIEGAS, Germán

1966 *Biografía del Caribe*, 2a. ed., col. Piragua, núm. 74, Editorial Sudamericana, Buenos Aires.

GARCÍA DE LEÓN, Antonio

2011 *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento 1519-1821*, Fondo de Cultura Económica, México.

## **ARTÍCULOS**



# Geografía, astronomía e historia precortesiana en San Juan de Ulúa\*

RUBÉN B. MORANTE LÓPEZ\*\*

## SAN JUAN DE ULÚA: OROGÉNESIS Y GEOGRAFÍA

**E**L ANÁLISIS DEL PAISAJE Y DE LA CARTOGRAFÍA nos permite realizar la lectura de una historia geológica cuyo objeto es mostrar la evolución de una región. Para examinar y obtener conclusiones en cuanto a estos temas, nos hemos basado en nuestros recorridos de campo por mar y tierra, al igual que en ortofotos digitales y en una amplia cartografía.<sup>1</sup> La convergencia de la Placa de Cocos en el Pacífico con la Placa Norteamericana ocasionó que se formaran plegamientos montañosos en el centro y sur de México, sobre todo en la Sierra Madre del Sur, todos ellos en suelos de origen sedimentario; con el transcurrir de los milenios, este encuentro tectónico debilitó y fracturó la corteza terrestre, provocando el surgimiento de la franja ígnea que denominamos Cinturón Volcánico Mexicano. Ello se inició en la era Cenozoica, en cuyos periodos llamados Oligoceno y Mioceno (hace entre 34 y cinco millones de años) las erupciones y emisiones lávicas fueron intensas en la parte central de lo que hoy es México. Así emergió del océano la mayor parte del territorio mesoamericano, con sus montañas sujetas a una continua erosión. En la

\* Agradezco a la Mtra. en Geografía Fabiola Carrasco Garduño, por su apoyo en la elaboración de los mapas del presente estudio, al igual que en la adaptación del escrito para su envío como propuesta de publicación.

\*\* Dirigir correspondencia a la Dirección General de Investigaciones, Universidad Veracruzana, Dr. Castelazo Ayala s/n, Industrial Animas, C.P. 91190, Xalapa-Enríquez, Veracruz, México, tel. (228) 841-99-00, e-mail: rmorante@uv.mx.

<sup>1</sup> Usamos cartografía del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), pero principalmente la comprendida en el volumen 2 del *Atlas Nacional de México*, del Instituto de Geografía de la Universidad Nacional Autónoma de México (GUTIÉRREZ DE MCGREGOR, 1990), en especial las cartas geológica, geomorfología 1 y 2, morfometría 1 y 2 y oceanografía física 1 y 2. El análisis y descripción detallada de estos mapas y de las descripciones generales que incluyen, al igual que los modelos digitales geológico y de elevación, que hicimos desde el punto de vista de la geografía, no se incorporan en este escrito debido a su extensión y a que no son el tema central de nuestros planteamientos.

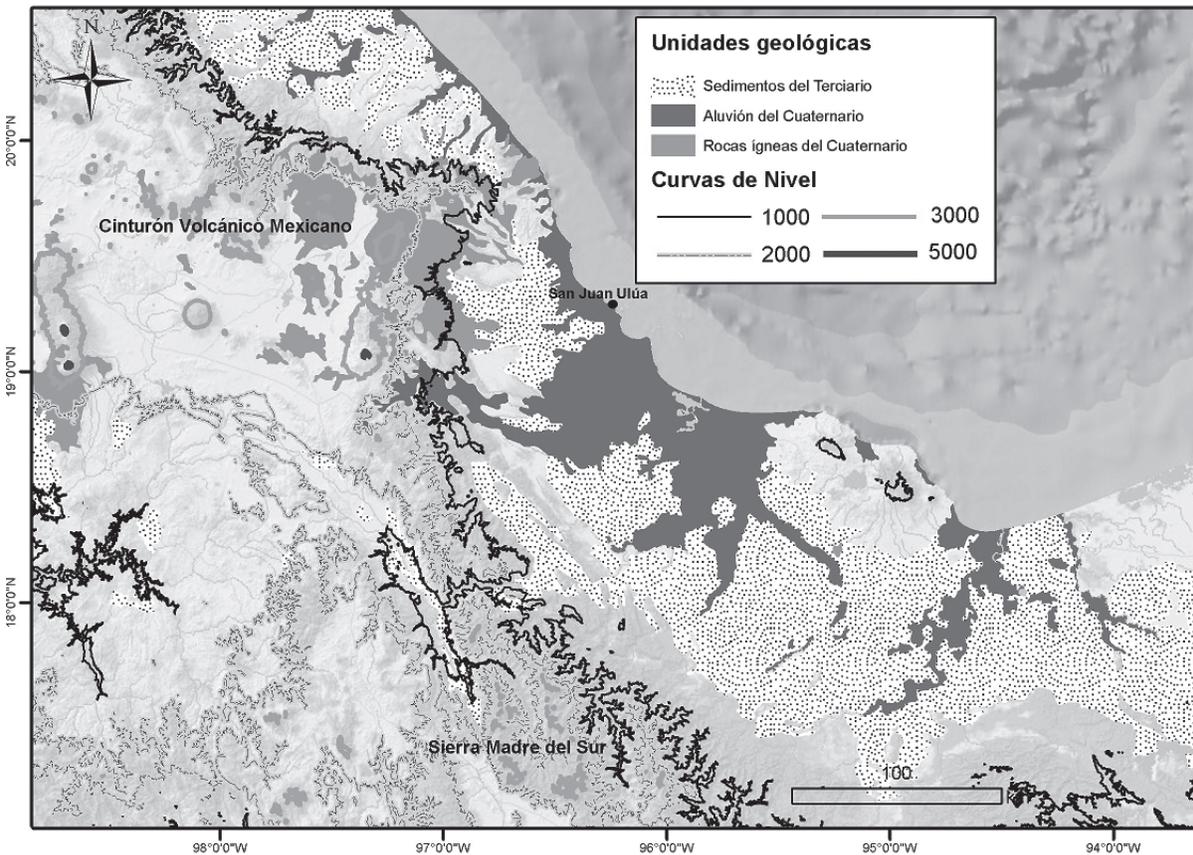
región centro-oriental, los aluviones, proluviones y la misma gravedad hicieron que arenas y rocas —de origen ígneo, cárstico y sedimentario— bajaran de las montañas para acumularse en la plataforma continental, de donde, a través de miles de años, surgieron de las aguas marinas las llanuras costeras, un largo proceso cuya última etapa corresponde a sedimentos del periodo Cuaternario, que inició hace 2.5 millones de años.

Hablamos de materiales que descendieron tanto de la Sierra Madre del Sur como del Cinturón Volcánico Mexicano, para formar lo que hoy llamamos Planicie costera de Veracruz, la cual es más angosta en su parte septentrional debido a que las montañas están más cerca de la costa que en su parte sur; por ello, los ríos que descienden desde la región norte no sólo provienen de sierras de origen volcánico y con mayor altitud, sino que están más próximos a la costa, lo cual provoca que tracen cauces menos sinuosos y que viertan sus aguas con mayor energía en el mar, depositando abundantes materiales sobre el lecho marino. Lo anterior se ve reflejado en la sección norte de la plataforma continental, lo que permitió la formación de cayos, bajos e islas de origen animal,<sup>2</sup> una de ellas es San Juan de Ulúa (Figura 1).

San Juan de Ulúa está en la Llanura Costera del Golfo de México, zona que abarca desde la frontera tamaulipeca con Estados Unidos, hasta los límites entre los estados de Tabasco y Campeche. Como se dijo en los párrafos anteriores, en su parte central encontramos la zona natural conocida como Planicie costera de Veracruz, que comprende las cuencas bajas y la desembocadura de los ríos Actopan, La Antigua, Jamapa y Blanco-Papaloapan. Su línea costera se orienta, a grandes rasgos, de norte a sur y en ella vemos amplios conjuntos de dunas y playas abiertas que parten desde Villa Rica y Chachalacas, y que concluyen al encontrar las primeras estribaciones de las montañas de Los Tuxtlas, en su frontera sur. Dichas formaciones son producto de una acumulación de arena cuyo continuo movimiento ha dependido de dos procesos: uno es provocado por el viento y el otro por las olas del mar. En algunos puntos la vegetación y los manglares invaden al sistema de dunas y así impiden, en buena medida, su

<sup>2</sup> Entendemos por bajos e islas de origen animal a los que se forman a partir de la acción de organismos vivos, como corales y peces loro que, tras alimentarse con ellos, defecan arenas de blancas tonalidades. Debido a la belleza de estas playas por sus arenas claras, se han comparado localmente con las del Caribe.

FIGURA 1  
 MAPA GEOLÓGICO DEL CENTRO DE VERACRUZ

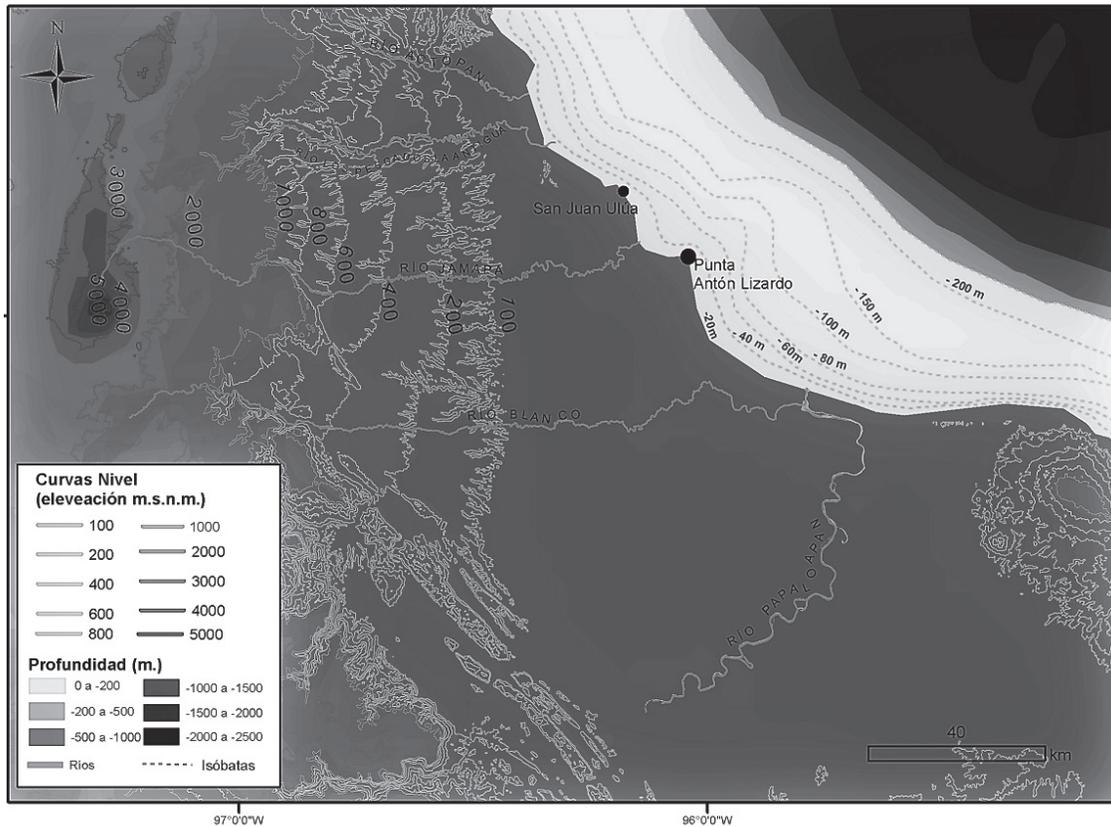


FUENTE: Información de Rubén B. Morante López. Elaborado por Fabiola Carrasco Garduño con base en el Marco Geostatístico del INEGI, 2019.

erosión y movimiento; en ocasiones aíslan cuerpos de aguas salobres donde se forman lagunas y humedales, o bien, dejan entre ellas zonas bajas en las que el agua de las lluvias se acumula. Entre las primeras podemos mencionar el sistema de lagunas de Mandinga, y entre las segundas, las lagunas Real, Tembladeras y Coyol, dentro del actual municipio de Veracruz.

Para estudiar la orogénesis y la geografía de esta subregión, y en especial para los fines del presente trabajo, partiremos de un hecho histórico que puede ser reforzado por la geomorfología que observamos en la Planicie costera de Veracruz: su división en dos subáreas, norte y sur (Figura 2). La frontera entre ellas la señala de manera natural la Punta Antón Lizardo, donde la orientación de la costa cambia de manera evidente y la

FIGURA 2  
 MAPA TOPOGRÁFICO DEL CENTRO DE VERACRUZ



FUENTE: Información de Rubén B. Morante López. Elaborado por Fabiola Carrasco Garduño con base en el Marco Geostatístico del INEGI, 2019.

plataforma continental con fondo somero se hace más amplia. En la parte norte quedan las cuencas bajas y desembocaduras de los ríos Actopan, La Antigua y Jamapa, mientras que en la sur están las del Blanco-Papaloapan. Sus diferencias las marcan factores como: 1) la amplitud de la plataforma continental, señalada por las isobatas de profundidades de 20, 40, 60, hasta llegar a 200 metros; 2) el origen geológico y el tipo de los sistemas montañosos que la limitan por el occidente; 3) la distancia entre las cumbres de esos sistemas montañosos y la costa; 4) como consecuencia del punto anterior, la amplitud este-oeste de la planicie costera; 5) la energía del caudal con que descienden los ríos desde las laderas hasta su desembocadura, y 6) el volumen de sedimentos que éstos depositan en el Golfo de México. Dichos factores han pintado distintos paisajes, mismos

que nos permiten diferenciar estas subáreas, a las cuales proponemos llamar planicies costeras norte y sur de Veracruz.

## SAN JUAN DE ULÚA, SU PAISAJE

Para explicar nuestra lectura de la orogénesis y geografía de esta región, debemos volver la vista hacia el oeste, donde se observan los perfiles de dos sistemas montañosos: en la parte norte vemos al Cinturón Volcánico Mexicano y en la parte meridional hallamos a la Sierra Madre del Sur; esta última es una serranía que se nos presenta baja y más lejos de la costa que la primera, de origen ígneo, la cual, por su parte, tiene cumbres mucho más altas y abarca el Pico de Orizaba (Citlaltépetl) y el Cofre de Perote (Nauhcampatépetl). Las formaciones geomorfológicas de las planicies respectivas se han visto afectadas por ello: en la subregión sur,<sup>3</sup> culturalmente conocida como La Mixtequilla, en sus partes bajas, los ríos Blanco y Papaloapan presentan caudales lentos y sinuosos, con curvas que recortan una amplia planicie donde, eventualmente, abren un nuevo cauce que las une y dejan allí, por donde alguna vez pasó el río, lagunas tipo “herradura”, como las que observamos en la zona de Alvarado. En tiempos de lluvia y con la llegada de los ciclones, estos ríos se desbordan y vierten sus acarreos orgánicos e inorgánicos sobre las planicies, evitando que estos sedimentos lleguen al mar.<sup>4</sup> Lo anterior repercute en la plataforma continental, donde los fondos marinos menos profundos tienen menor amplitud, abarcando, a partir de la desembocadura del Papaloapan, unas 10 leguas de extensión este-oeste para las isóbatas de 20 y 40 metros. San Juan de Ulúa queda en la región norte, conocida culturalmente como Remojadas; allí los ríos son mucho más rectos, llevan mayor energía en sus caudales y vierten directamente en el mar gran parte de los materiales que acarrean, lo cual se traduce en una plataforma continental donde las isóbatas de 20 y 40 metros de profundidad oceánica son mucho más am-

<sup>3</sup> De las 10 regiones en que se ha dividido el actual estado de Veracruz, la única que lleva el nombre de un río es la del Papaloapan y esto se debe a la importancia que tiene su cuenca en la conformación del paisaje.

<sup>4</sup> La regulación parcial de estos ríos fue posible gracias a la construcción de la presa Miguel Alemán, que data de mediados del siglo XX. No obstante, hay reportes recientes de los problemas causados a los pobladores por el desborde de los ríos mencionados y de sus afluentes principales.

plias, llegando a tener —frente a la desembocadura del río Jamapa— una extensión este-oeste de más del doble de la que alcanzan desde el Papaloapan. Así, tenemos que frente al puerto de Veracruz, Boca del Río y Antón Lizardo, la isóbata de 40 metros abarca más allá de las 20 leguas de distancia a partir de la costa. Como vimos, éste fue uno de los factores que contribuyó a la formación de bajos y cayos de origen coralino, algunos de los cuales se convirtieron en islas cuando las arenas y sedimentos marinos se fueron acumulando entre sus estructuras calcáreas.

La geología y la distribución geográfica nos ayudan a explicar parte de la historia, ya que las islas y cayos protegen a San Juan de Ulúa y a las costas del puerto de Veracruz de los fuertes vientos del norte y los ciclones. A la vez, las dunas, junto con las lagunas interiores cuya formación propiciaron, impiden que en este punto haya corrientes de agua dulce permanentes y al mismo tiempo favorecen el crecimiento y proliferación de un ecosistema costero, con una fauna que en ocasiones resulta nociva para el ser humano; sobre todo por la abundancia de insectos, como los moscos, que fueron y siguen siendo temidos debido a la transmisión de enfermedades mortales. A pesar de que los bajos y arrecifes coralinos son una fuente muy rica de alimentos marinos, en la época prehispánica la costa cercana a San Juan de Ulúa estuvo poco habitada, a lo cual contribuyó otro factor: que se encontraba lejos de los caminos que partían desde el Altiplano mexicano hacia el Golfo de México, los cuales bajaban hacia la región del Papaloapan por Orizaba y Tuxtepec; hacia la zona que hoy se conoce como Remojadas (cuenca baja del Jamapa) por Orizaba, Cuauhtochco y Cotaxtla, y hacia Zempoala y La Antigua por Xicochimalco, Xalapa y las cuencas de los ríos La Antigua y Actopan. Esos caminos se complementaban con la navegación en canoa desde la bocana de los ríos, tanto de cabotaje por toda la costa, como hacia las islas.

En San Juan de Ulúa se hace evidente la diferencia entre su arena y la de Veracruz.<sup>5</sup> El color blanco de sus playas proviene de procesos orgánicos ricos en carbonato de calcio, restos de corales y animales, o desechos de la digestión de peces como el loro. Contrasta con la arena gris oscura de la costa, de origen inorgánico, rica en sílice, cuarzo y feldespatos, que

<sup>5</sup> Como actualmente lo notamos, de forma tan clara, debieron percibirlo los pueblos prehispánicos.

proviene de las montañas ígneas del poniente. Los españoles, al igual que los antiguos pobladores de Mesoamérica, mucho antes que ellos, notaron que esta zona tenía características especiales gracias a la presencia de esas islas cercanas a la costa. Los intereses y enfoques cósmicos de estos dos grupos eran totalmente distintos: mientras unos las interpretaron como la morada de diosas y dioses, los otros las vieron como un punto seguro para protegerse, cuidar sus galeones y establecer comunicaciones con la metrópoli transoceánica, lo cual les permitiría el indispensable comercio de mercancías. Las características geográficas del territorio habían planteado distintos panoramas a ambos pueblos: los mesoamericanos tenían embarcaciones hechas con un solo tronco de árbol, donde podían llevar a más de 20 personas con sus mercancías y a las cuales podían proteger de los vientos del norte y de los ciclones únicamente con alejarlas del golpe de las olas jalándolas, o atándolas al tronco de un río o estero. Ellos no requerían el puerto de abrigo que los españoles buscaban con ahínco para sus pesados galeones y fragatas.

## SAN JUAN DE ULÚA: SU HISTORIA<sup>6</sup>

[...] respondió el indio Francisco que los de Culúa los mandaban sacrificar; y como era torpe de lengua, decía “Ulúa, Ulúa” y como nuestro capitán estaba presente, y se llamaba Juan, y era por San Juan de junio, pusimos por nombre a aquella isleta San Juan de Ulúa [...].<sup>7</sup>

El pasaje habla de la primera visita que hacen los españoles a San Juan de Ulúa, donde le dan su nombre actual; se llevó a cabo durante la expedición de Juan de Grijalva, a fines de junio de 1518. La palabra “Ulúa” se refiere a un lugar del valle de México llamado Culhuacán, cuyo topónimo se presenta como un cerro torcido o jorobado, y cuyo nombre viene de la palabra náhuatl *colli* que, según Rémi Siméon,<sup>8</sup> quiere decir

<sup>6</sup> La historia de San Juan de Ulúa ha sido vista desde múltiples perspectivas (la mayoría diferentes a la que aquí presentamos). Abordar todas ellas sería objeto de una monografía. Por cuestión de espacio, en este escrito hemos privilegiado las fuentes primarias frente a interpretaciones posteriores.

<sup>7</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1943, p. 43.

<sup>8</sup> SIMÉON, 1984, p. 123.

abuelo-abuela y que, en este caso, tiene sentido metafórico al comparar la curva del cerro con la que adquiere el cuerpo del anciano cuando se encorva por la edad; pero también habla del antiguo linaje colhua, considerado descendiente de teotihuacanos y toltecas, al grado que los aztecas, para legitimarse como parte de esa estirpe que al menos desde el siglo VII habitó el sur del lago de Texcoco, buscaron que su primer tlatoani, Acamapichtli, fuese descendiente de ellos, tal como lo constata el *Códice Chimalpopoca*.<sup>9</sup> Lo anterior puede explicar por qué los habitantes de la costa hablaban de Culhuacán y no de Tenochtitlan como el lugar habitado por los mexicas. El nombre de Ulúa es producto de una mala transcripción de la voz “colhua” y de una confusión, ya que los españoles, que desconocían la existencia de Culhuacán en el valle de México, pensaron que ese era el nombre de la isla, tal como lo confirma siglos después Alejandro de Humboldt.<sup>10</sup> A principios del siglo XVI los colhua eran un grupo étnico que habitaba entre Iztapalapa y Chalco, pero Culhuacán era el sitio mítico por excelencia, de donde en 1 técpatl (1168 d. C.) salieron los pueblos nahuatlato, tal como se ve en la página 4 del *Códice Azcatitlan* (Figura 3), al igual que en los folios 5r y 16r de la *Historia Tolteca Chichimeca*.<sup>11</sup> San Juan de Ulúa se localizaba en una franja que funcionaba como frontera cultural entre los totonacos de Zempoala y una provincia de habla nahuatlata, sujeta a la Triple Alianza, cuya cabecera estaba en Cotaxtla; geográficamente podemos ubicar a San Juan de Ulúa entre las desembocaduras de los ríos Jamapa y La Antigua. Algunos pobladores de esta región eran bilingües náhuatl-totonaco y al año siguiente (1519) fueron de gran utilidad para la comunicación entre Cortés (a través de Malintzin y Gerónimo de Aguilar) y los totonacos de Zempoala.

Bernal Díaz del Castillo<sup>12</sup> describe las islas que encuentran frente a la desembocadura del río Jamapa, a las cuales los españoles dan sus nombres actuales: a una de arenas blancas, la llaman Isla Blanca; a otra con verdes árboles la nombran Isla Verde y a otra más grande la bautizan como Isla de Sacrificios, ya que allí encuentran a cinco personas sacrificadas en lo

<sup>9</sup> *Códice Chimalpopoca*, 1992, p. 31.

<sup>10</sup> HUMBOLDT, 1984, p. 179.

<sup>11</sup> KIRCHHOFF, GÜEMES y REYES GARCÍA, 1989.

<sup>12</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1943, p. 41.

FIGURA 3  
 CULHUACÁN SEGÚN EL *CÓDICE AZCATITLAN*



FUENTE: *Códice Azcatitlan*, 1995, p. 4.

alto de “[...] dos casas hechas de cal y canto bien labradas y en cada casa unas gradas, por donde subían a unos como altares, y en aquellos altares tenían unos ídolos [...]”.<sup>13</sup> El cronista dice que cuando llegaron a San Juan de Ulúa “[...] hallamos una casa de adoratorios, donde estaba un ídolo muy grande y feo, el cual llamaban Tescatepuca [...]”, y más adelante agrega que allí “[...] tenían sacrificados de aquel día dos muchachos [...]”.<sup>14</sup> Las islas tenían un uso ritual y no estaban habitadas de manera permanente, sino que eran objeto de peregrinaciones por parte de pobladores de tierra adentro, quienes habían construido santuarios adonde depositaban ofrendas a sus deidades, incluyendo cautivos sacrificados.

Para entender los hechos que acontecieron en San Juan de Ulúa durante esa primera llegada de los españoles, debemos resumir algunas

<sup>13</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1943, p. 42.

<sup>14</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1943, p. 43.

crónicas tanto indígenas como europeas. Bernal Díaz del Castillo aclara que al “indio Francisco” lo habían “tomado” en el “Río de Banderas”, que hoy conocemos como Jamapa, en cuya desembocadura habían hablado con un cacique que “[...] era gobernador de Montezuma [...]”.<sup>15</sup> Hoy sabemos, gracias al *Códice Chimalpopoca*<sup>16</sup> y a la *Crónica mexicana* de Alvarado Tezozómoc, que este cacique era “[...] el cuetlaxteca Pínotl [...]” o el “Calpixque Pínotl”.<sup>17</sup> Tras la visita de un hombre humilde venido de la provincia de Cotaxtla, Moctezuma sabe por primera vez de la llegada de los españoles<sup>18</sup> y ordena a Pínotl que investigue a los extraños; el cacique parte con sus canoas, probablemente desde el río Jamapa, ya que en sus márgenes se encuentra Cotaxtla, pueblo que gobernaba. Llega a los galeones y allí los españoles disparan un cañón y le muestran los caballos, hecho que lo impresiona profundamente. Pínotl viaja a Tenochtitlan, en menos de un día y una noche, con la salutación y los presentes de “los cristianos”; Moctezuma lo recibe y, tras confirmar las noticias, se queda cabizbajo y en silencio.<sup>19</sup>

No sólo los acontecimientos que conservamos a través de la historia son importantes para entender lo que sucedió, debemos conocer también los mitos que estaban fuertemente arraigados en la mente de los indígenas, en especial de aquellos que formaban parte del gobierno de Moctezuma, que en el año 13 tochtli (1518) recibía presagios y señales confirmando el regreso de Quetzalcóatl para el año siguiente, ce acatl (1519), el cual caía exactamente 520 años después (10 xiuhmolpillis de 52 años) del nacimiento del sacerdote Quetzalcóatl (947 d. C.),<sup>20</sup> quien dejó Tula a los 52 años de edad, otro año ce acatl (999 d. C.). El sacerdote tomó el nombre de Quetzalcóatl y se exilió de Tula tras ser engañado por un sacerdote del dios Tezcatlipoca.<sup>21</sup> Viajó entonces hacia el oriente, prometiendo que regresaría por sus riquezas;<sup>22</sup> llegó a las orillas de las

<sup>15</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1943, p. 40.

<sup>16</sup> *Códice Chimalpopoca*, 1992, p. 68.

<sup>17</sup> LEÓN PORTILLA, 1971, p. 16.

<sup>18</sup> DURÁN, 1984, p. 505.

<sup>19</sup> LEÓN PORTILLA, 1971, p. 17.

<sup>20</sup> La correlación la hicimos con base en el *Códice Chimalpopoca*, 1992, pp. 7-8.

<sup>21</sup> SAHAGÚN, 1946, p. 299; *Códice Chimalpopoca*, 1992, pp. 10-12.

<sup>22</sup> *Códice Chimalpopoca*, 1992, p. 10.

aguas celestes, donde luego de estar oculto por ocho días “[...] se convirtió en la estrella que al alba sale [...]”, refiriéndose al periodo en que, en promedio, Venus se oculta tras los rayos del Sol para aparecer nuevamente como estrella de la mañana luego de su conjunción inferior. Estos sucesos reviven una batalla cósmica narrada en el mito de los cinco soles, con la rivalidad entre Tezcatlipoca, el primer sol, y Quetzalcóatl, quien llega a sustituirlo.<sup>23</sup> El papel de las premoniciones fue crucial en la conquista de México y dentro de ellas juegan un papel primordial aquellas que se basan en la observación del cielo.<sup>24</sup> El séptimo presagio que recibió Moctezuma<sup>25</sup> se vio en una extraña ave parda, especie de grulla, que tenía en su cabeza un tipo de diadema a manera de espejo; allí vio las estrellas que le indicaban un mal agüero (Figura 4). En lo sucesivo, y en especial tras el aviso de la presencia española, Moctezuma interrogó continuamente a los sabios de su corte (nigrománticos, según Tezozómoc) acerca de lo que podían ver en los cielos y ellos le contestaron: “Que ya está dicho y tratado en el cielo lo que será, porque ya se nombró su nombre en el cielo [...] porque a quien se mandó presto vendrá [...]”.<sup>26</sup> Se referían a Hernán Cortés, a quien Moctezuma llamaría hijo de Quetzalcóatl.<sup>27</sup> Las estrellas que vieron tanto Moctezuma como sus sabios en la cabeza del ave se observarían pronto en el cielo.

De acuerdo con Sahagún,<sup>28</sup> Tezcatlipoca era transparente como el viento, por lo cual se le adoraba en su advocación de Yoalli Ehécatl, cuyo nombre significa “viento negro o nocturno” que nos recuerda los fuertes vientos del norte que llegan a la costa del Golfo en frentes fríos y huracanes. Tezcatlipoca era una deidad mexicana vinculada con el mar, en la leyenda donde un monstruo acuático (Cipactli en náhuatl y Xoc en maya) le arranca una pierna, escena que vemos en la página 42 del *Códice Fejérváry-*

<sup>23</sup> *Códice Chimalpopoca*, 1992, p. 119; MILLER y TAUBE, 1997, p. 164.

<sup>24</sup> Miguel Pastrana dice que las señales premonitorias han sido analizadas desde distintos puntos de vista (cita, entre otros, a Guy Rozat) que las califican como un invento de los españoles o como una paráfrasis de textos bíblicos. Sería incomprensible, en coincidencia con Pastrana, que autores como Sahagún y Durán cayesen en lo anterior. PASTRANA FLORES, 2009, p. 19.

<sup>25</sup> LEÓN PORTILLA, 1971, pp. 4 y 9.

<sup>26</sup> LEÓN PORTILLA, 1971, pp. 13-14.

<sup>27</sup> DURÁN, 1984, p. 541.

<sup>28</sup> SAHAGÚN, 1946, p. 32.

FIGURA 4  
MOCTEZUMA OBSERVA EN LA CABEZA DEL AVE UN ESPEJO  
QUE REFLEJA A LAS ESTRELLAS



FUENTE: *Códice Florentino* de Sahagún. Imagen tomada de León Portilla, 1997, p. 7.

*Mayer*. Su relación con las aguas terrestres se revela en otro mito, en el que Tezcatlipoca seduce a Xochiquétzal, esposa de Tláloc.<sup>29</sup> Asimismo, la adoración de la pareja acuático-telúrica, Tláloc y Chalchiuhtlicue, tuvo gran importancia en la región, misma que se deduce del nombre que los pueblos del centro de México daban a las playas del actual Veracruz: Chalchiuhcuyecan<sup>30</sup> o Chalchicoeca,<sup>31</sup> o sea, el lugar de la diosa Chalchiuhtlicue, la de las faldas de jade, compañera de Tláloc y diosa de las aguas de los ríos, lagunas y el mar. Sahagún afirma que “[...] llaman a la mar ilhuicatl, como si dijeran agua que se juntó con el cielo [...]” y “[...] decían que los ríos todos salían de un lugar que se llama Tlalocan, que es como paraíso terrenal, el cual es lugar de un dios que se llama Chalchihuitlicue [...]”.<sup>32</sup> La parte oriental de México era considerada por los pueblos nahuas como el sitio donde se encontraba el Tlalocan, el que podemos identificar con las montañas y costas del centro de Veracruz, cuyo paisaje debió ocupar un lugar relevante en la cosmovisión mesoamericana, lo que sin duda repercutía en la afluencia de peregrinos hacia sus islas y cayos.

<sup>29</sup> GONZÁLEZ TORRES, 2003, p. 203.

<sup>30</sup> DURÁN, 1984, p. 517.

<sup>31</sup> TORQUEMADA, 1986, p. 386.

<sup>32</sup> SAHAGÚN, 1946, p. 472.

## SAN JUAN DE ULÚA: LA ASTRONOMÍA

La historia se lee en documentos y vestigios, pero también se puede leer en paisajes subterráneos (hielo, estratos, cavernas), terrestres (clima, geomorfología) y celestes; recurrimos para ello a tres ciencias auxiliares: la geología, la geografía y la astronomía. Los dos primeros refieren al espacio terrestre y, de manera general, ya hablamos de ellos en los párrafos anteriores; en el tercer caso dependemos más del tiempo, ya que el paisaje celeste cambia continuamente. En este apartado nos ubicaremos en el momento en que Moctezuma y sus sabios vieron, en la cabeza de la extraña ave, el panorama celeste que anunciaba un mal presagio, al igual que en los eventos celestes que se registraron hacia la llegada de Juan de Grijalva a Veracruz, cuando los imperios mexica y español se comunicaron por primera vez a través de Pínotl (representante de Moctezuma) y de Grijalva (representante de Carlos I).

Para describir el paisaje celeste de San Juan de Ulúa debemos anotar que el panorama nocturno cambia a lo largo de la bóveda celeste, no sólo de un día a otro, sino entre el anochecer y el amanecer. Es necesario, por lo tanto, establecer fechas y horas, al igual que el sector de la bóveda donde se ubicaban los cuerpos celestes que observaron Moctezuma y sus sabios. Bernal Díaz del Castillo<sup>33</sup> hace el único registro que se tiene de fechas y acontecimientos del viaje de Juan de Grijalva a México, con base en él sabemos que a finales de mayo de 1518 estaban frente al río Jamapa<sup>34</sup> y que el 4 de julio llegaron a San Juan de Ulúa, para salir siete días después (11 de julio) rumbo a Pánuco.<sup>35</sup> Para conocer el sector del cielo que vieron Moctezuma y sus sabios, nos basamos en Alvarado Tezozómoc,<sup>36</sup> quien al hablar del panorama celeste que contemplaron en la cabeza de la extraña ave del lago de Texcoco, menciona a los

<sup>33</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1943, pp. 28-44.

<sup>34</sup> Al igual que Tezozómoc, Sahagún reporta hechos muy similares a los de Bernal durante el viaje de Grijalva, pero sólo habla del año 13 conejo, sin especificar el día (DÍAZ DEL CASTILLO, 1943, pp. 17-18), y agrega que Moctezuma lo sabe tras el viaje de los calpixques a México hecho en un día y una noche.

<sup>35</sup> En las fuentes consultadas se dan fechas tanto julianas como gregorianas, en el presente trabajo se unifican siguiendo el calendario gregoriano, para ello se aumentan 10 días a las fechas julianas.

<sup>36</sup> LEÓN PORTILLA, 1971, pp. 4 y 9.

“mastelejos”,<sup>37</sup> que para los pueblos mesoamericanos, sin duda, eran un importante agrupamiento estelar, parecido a las constelaciones de Occidente, con las que se identificó parcialmente. La voz “mastelejos” se deriva de mástil o “mastel”, como le llama Alonso de Molina;<sup>38</sup> los marineros españoles identificaban así a las estrellas del cinturón de Orión por su parecido con los tres mástiles o “palos” de sus galeones (trinquete, mayor y mesana) que estaban alineados como ellas. Sahagún<sup>39</sup> dice que los mastelejos “[...] andan cerca de las cabrillas, que es el signo del toro [...]” y agrega que eran las tres estrellas que conocen como *mamalhuaztli*, ya que así “[...] llaman a los palos con que sacan lumbre”.<sup>40</sup> Un atavío de Tezcatlipoca era su rodela con cinco copos de algodón en cruz; según Durán, “son los vestidos del cielo”.<sup>41</sup>

Si observamos a Orión, podemos notar que se compone básicamente de cinco estrellas: las tres alineadas que forman su cinturón, además de Rigel y Betelgeuse en los extremos, que completarían la forma de la cruz. Astrónomos como Aveni,<sup>42</sup> tras ver su representación en el *Códice Florentino*, han sugerido que *mamalhuaztli* corresponde al cinturón y la espada de Orión, constelación que se localiza cerca de Taurus, del que forman parte las Pléyades, el más importante agrupamiento estelar en la mitología náhuatl (Figura 5).

Los mayas y otros pueblos mesoamericanos establecieron grupos de estrellas al menos desde el periodo Clásico, en la bóveda del cuarto 2 del edificio de Las Pinturas de Bonampak. Jesús Galindo y María Elena Ruiz Gallut<sup>43</sup> interpretaron las escenas allí plasmadas como las constelaciones del Toro, las Pléyades y Orión, que se ve como una tortuga, misma imagen que aparece en la página 24 del *Códice París*<sup>44</sup> (del Posclásico), bajo la banda celeste asociada al signo solar *Kinh*.

<sup>37</sup> Tezozómoc los confunde con los astillejos: las estrellas Pólux y Castor de la constelación de Géminis.

<sup>38</sup> MOLINA, 1992, p. 83.

<sup>39</sup> SAHAGÚN, 1946, p. 17.

<sup>40</sup> En cursivas en el original.

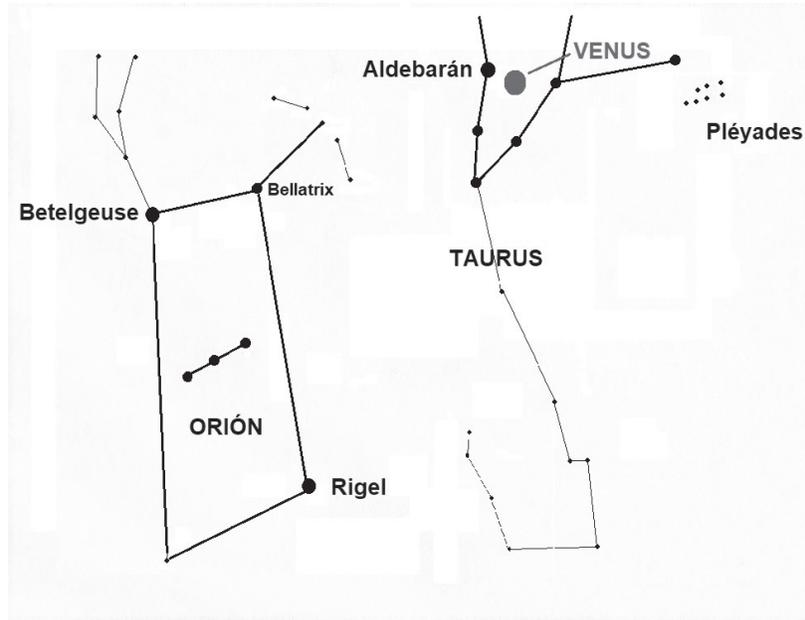
<sup>41</sup> DURÁN, 1984, p. 47.

<sup>42</sup> AVENI, 1991, p. 45.

<sup>43</sup> GALINDO y RUIZ GALLUT, 1998, p. 152.

<sup>44</sup> *Códice París*, 1985.

FIGURA 5  
EL PAISAJE CELESTE POCO ANTES DEL AMANECER  
DEL 4 DE JULIO DE 1518



NOTA: Las constelaciones occidentales se presentan sólo como referencia.  
FUENTE: Elaboración propia.

Concluimos, con base en lo anterior, que la ubicación de las constelaciones de Tauro y Orión entre finales de mayo y principios de julio (cuando están los españoles en Jamapa y San Juan de Ulúa) fue determinante para conocer los eventos estelares que vieron Moctezuma y sus *tlamatinimeh* (sabios). Para realizar la siguiente descripción revisamos y comparamos varias fuentes<sup>45</sup> y decidimos, con fines de simplificar, considerar únicamente los sectores del cielo donde se ubicaron los cuerpos celestes mencionados por las fuentes (Géminis, Taurus y Orión) y los eventos más significativos que allí se presentaron durante los acontecimientos históricos aquí mencionados.

<sup>45</sup> Nos basamos en: *Anuario del Observatorio Astronómico Nacional*, 2020, Greenwich Observatory (HM Nautical Almanac Office) y Smithsonian Astronomical Observatory; en mapas estelares como Stellarium y The Night Sky, así como en AVENI, 1991; FLORES GUTIÉRREZ, 1991, y SPRAJC, 1996.

## EL PAISAJE CELESTE: DESCRIPCIÓN

Desde el equinoccio de primavera de 1518, Venus se había ido moviendo de la constelación de Piscis a la de Tauro,<sup>46</sup> mientras aparecía por la tarde cada vez más cerca del horizonte occidental, hasta que el 30 de mayo entró en su conjunción inferior, en su ocaso helíaco,<sup>47</sup> última aparición como estrella vespertina a partir de la cual se perdería entre los destellos del Sol por 10 días.<sup>48</sup> En el año 1518, el evento presentó una peculiaridad que no se tenía desde el 23 de noviembre de 1396,<sup>49</sup> cuando el planeta había hecho su último tránsito<sup>50</sup> por el disco solar. En 1518 sucedió el 4 de junio y tuvo una duración de poco más de seis horas: inició a las 16:36 y concluyó a las 22:57 horas. En Mesoamérica, al menos durante una hora antes de la puesta solar, pudo verse a Venus como un punto negro que se movía rápidamente a través del sol, aproximadamente entre las 18:00 y las 19:00 horas de ese día.<sup>51</sup> Cinco días después, Venus reaparecía como estrella matutina en su orto helíaco. A partir de ese día, el planeta se vio por la mañana cada día más brillante y en un punto cada vez más alto respecto del horizonte, hasta que a principios de julio alcanzó su máximo brillo. Bernal registra el 24 de junio (juliano) de 1518 para la llegada de Juan de Grijalva a San Juan de Ulúa, hablamos del 4 de julio del

<sup>46</sup> Se menciona a las constelaciones por sus nombres occidentales y como una referencia actual. También nos basamos en los agrupamientos estelares que las identifican hoy en día. En Mesoamérica se reconocían tales agrupamientos, pero es imposible que coincidieran totalmente con las constelaciones de Occidente.

<sup>47</sup> De Helios, Sol, el orto u ocaso helíaco se refiere a la ocultación o aparición de un cuerpo celeste tras los rayos solares. Ciertas estrellas o grupos de estrellas quedan escondidas en la luz solar y luego bajo el horizonte durante un cierto periodo del año, después del cual tienen un orto helíaco, que Aveni define como la reaparición anual de una estrella brillante en el cielo del precrepúsculo matutino. Afirma que tal acontecimiento visual constituye otra de las manifestaciones del calendario de la naturaleza. AVENI, 1991, p. 128.

<sup>48</sup> Durante su conjunción inferior, Venus desaparece como estrella de la tarde; tiene una duración que va de los ocho a los 12 días, tras los cuales el planeta aparecerá como estrella de la mañana. Para ver en detalle los movimientos aparentes de Venus, recomendamos recurrir a SPRAJC, 1996, p. 31, o a FLORES GUTIÉRREZ, 1991, p. 355.

<sup>49</sup> El tránsito de Venus por el disco solar sucede cinco veces en un periodo de 243 años; ocurrió en 1396, 1518, 1526, 1631, 1639 y volvió a verse 243 años después de 1518, en 1761.

<sup>50</sup> En este caso, tránsito se refiere al paso de un cuerpo celeste frente a otro.

<sup>51</sup> Esta figura está basada en el HM Nautical Almanac Office y hemos convertido sus fechas al calendario gregoriano, y su horario a la zona del centro de México. Se debe tomar en cuenta que el diámetro aparente de Venus es aquí de casi un minuto de arco, contra los casi 32 minutos del diámetro aparente del sol.

calendario gregoriano. Ese día Orión,<sup>52</sup> tras permanecer oculto por casi 50 días, reapareció antes del amanecer sobre los destellos solares, en el cielo oriental. Las primeras estrellas de Orión que se vieron fueron las azules: Rigel y Bellatrix, tras ellas, precisamente en el este, tuvieron su orto heliaco las tres del cinturón de Orión; la constelación se volvió a ver completa en el horizonte oriental antes del amanecer, cuando la roja Betelgeuse las acompañó por un instante antes de que la luz del crepúsculo las borrara del horizonte. En ese momento Venus estaba en la constelación de Taurus,<sup>53</sup> muy cerca de su estrella más brillante: Aldebarán;<sup>54</sup> allí el planeta había aumentado su brillo aún más, debido a que se ubicó a sólo un grado, al suroeste de Aldebarán, y ambos cuerpos celestes brillaron uno al lado del otro, como los presentamos en la Figura 5.

San Juan de Ulúa era un punto ideal para presenciar estos eventos astronómicos,<sup>55</sup> y el hecho de que ocurrieran durante el primer encuentro con los españoles, frente a la que sería Veracruz, fue interpretado por Moctezuma y sus sabios de manera preocupante. La llegada de los extranjeros coincidió con el movimiento de Venus hacia el disco solar como estrella vespertina y con su emergencia de la luz solar como estrella matutina. Aunque no tenemos una crónica de ello, la posibilidad de que se observara a Venus en su tránsito por el disco solar habría tornado aún más alarmante la lectura del cielo. Para ellos Venus, en especial como estrella de la mañana, era Tlahuizcalpantecuhtli, un Quetzalcóatl que salía fortalecido tras su encuentro con el Sol, obteniendo su máximo brillo. A la par de lo anterior, el 4 de julio reapareció Orión, la constelación de Tezcatlipoca, que en ese momento estaba especialmente débil por su cercanía con el horizonte y por las luces del crepúsculo matutino. Esa fue la madrugada del día en que los españoles desembarcaron en San Juan de Ulúa, cuando

<sup>52</sup> Es una de las constelaciones más características del cielo, no sólo por sus tres estrellas más brillantes: Betelgeuse, con espectro rojo (E), número catálogo 2061 (N) y magnitud 0.50 (M), Rigel (E: Azul; N. 1713; M = 0.18) y Bellatrix (E: Azul; N. 1790; M = 1.64), sino más que nada por la inconfundible alineación de las tres que conforman el llamado “cinturón de Orión”, todas ellas con espectro blanco-azul: Alnitak (N. 1948; M = 1.74), Alnilam (N. 1903; M = 1.69) y Mintaka (N. 1852; M = 2.25).

<sup>53</sup> Taurus es una importante constelación de la cual forman parte las Pléyades, el conjunto estelar más examinado en las fuentes que documentan los rituales mesoamericanos.

<sup>54</sup> Aldebarán es una estrella de primera magnitud con espectro naranja, número 1457 y magnitud de 0.87.

<sup>55</sup> Debido a que se encuentra en la costa con un horizonte plano (con 0° de elevación) hacia el Este.

por órdenes de los de Culhuacán se acababa de sacrificar a dos muchachos, acaso para fortalecer a un debilitado Tezcatlipoca, quien debería luchar con su mítico enemigo. Los eventos estelares que se registraron en el horizonte Este durante el crepúsculo del 4 de julio pudieron ser interpretados por los astrónomos prehispánicos como un mensaje donde el cielo les indicaba la inminente llegada y el dominio de Quetzalcóatl sobre el gran imperio tenochca.

Sahagún afirma que a Tezcatlipoca le hacían ceremonias cuando las *mamalhuaztli* nuevamente aparecían por el oriente y que, junto con los mastelejos, surgían dos estrellas a las que llama Yoaltecutli y Yacahuitztli; enseguida, probablemente en relación con ellas, menciona a Venus (*citlapolhuey citlalin*), “[...] estrella grande o del alba [...]”.<sup>56</sup> Yoaltecutli es otro nombre de Tezcatlipoca<sup>57</sup> y Yacahuitztli era, sin duda, Yiacatecuhtli, también vinculado a Tezcatlipoca;<sup>58</sup> este andariego, dios de los mercaderes, era celebrado junto con Tezcatlipoca, lo que nos explica que hayan sido sacerdotes relacionados con los mexicas quienes ordenaban los sacrificios en San Juan de Ulúa. Las deidades estelares Yoaltecuhtli y Yacahuitztli formaban parte de Orión y posiblemente eran dos de las más brillantes: Rigel y Bellatrix, las que primero aparecían en la salida heliaca de la constelación. Tezozómoc<sup>59</sup> afirma que Moctezuma vio en el mastelejo un mal presagio y en la configuración estelar gran agujero y mala señal. La salida o puestas heliacas eran momentos astronómicos que se leían para predecir los acontecimientos por venir, como lo dice Sahagún. Tras la conquista, los indígenas llamaron San Juan Telpochtli a Tezcatlipoca,<sup>60</sup> acaso porque San Juan de Ulúa era la isla de Tezcatlipoca.

## SAN JUAN DE ULÚA Y HERNÁN CORTÉS

Hernán Cortés escogió a San Juan de Ulúa como puerto y a Veracruz como punto de llegada en la costa; sin embargo, los mosquitos y la falta de

<sup>56</sup> SAHAGÚN, 1946, p. 17.

<sup>57</sup> SAHAGÚN, 1946, p. 57.

<sup>58</sup> SAHAGÚN, 1946, p. 212.

<sup>59</sup> LEÓN PORTILLA, 1971, pp. 4 y 9.

<sup>60</sup> SAHAGÚN, 1946, p. 482.

alimentos lo hacen trasladarlo a Quiahuitlan, donde “[...] los navíos estarían al abrigo del peñol [...]”.<sup>61</sup> Este poblado totonaca, a cuatro leguas de Zempoala, les proveería de comida y de una protección contra vientos y mareas (similar a la de San Juan de Ulúa), gracias a los bajos rocosos de origen basáltico, cercanos a la playa, y al llamado “peñol”, que es una saliente rocosa hoy conocida como La Quebrada. Por otro lado, los españoles conservan el nombre de Veracruz, indudablemente porque es el que han dado a la sede del Ayuntamiento, la institución jurídica constituida frente a San Juan de Ulúa, entre otros motivos, con el fin de dar mayor poder a Cortés y eliminar el que ejercía sobre ellos Diego Velázquez, gobernador de Cuba. No obstante, aquí le llaman la Villa Rica de la Veracruz<sup>62</sup> y ahí deciden levantar iglesia, plaza y atarazanas. Después de la conquista, en 1524, Cortés cambió nuevamente la sede del puerto, llevándolo a la desembocadura del río Huitzilapan, hoy conocido como La Antigua, donde conserva el nombre de Veracruz. Una de las razones de ello es que la Villa Rica quedaba fuera de las rutas comerciales hacia el centro de México. Sin embargo, la otra vía hacia Tenochtitlan, que en 1524 recorrió Cortés durante su viaje a las Hibueras,<sup>63</sup> iba por Orizaba (Figura 6) y quedaba lejos del río Huitzilapan, por lo cual, aunado a que el río se azolvaba constantemente, hizo que parte de las flotas prefirieran fondear en San Juan de Ulúa, de donde llegaban los bateles para descargar y cargar mercaderías en un punto conocido como Ventas de Buitrón.

Hacia finales del siglo XVI, Veracruz, un Ayuntamiento al que llaman “vagabundo”,<sup>64</sup> regresó frente a San Juan de Ulúa. No creemos que Cortés hubiese considerado todos estos factores cuando tomó la trascendente decisión de ubicar el puerto en el islote; pero sabemos que era un hombre práctico y que lo hizo, en primer lugar, por ser un punto que de manera natural aseguraba la protección de las flotas; en segundo lugar, porque estaba cerca de la costa, pero a la vez separado de ella, con lo cual eventualmente podría erigir allí un fuerte para guarecerse de ataques desde cualquier punto, en ese momento provenientes principalmente desde la

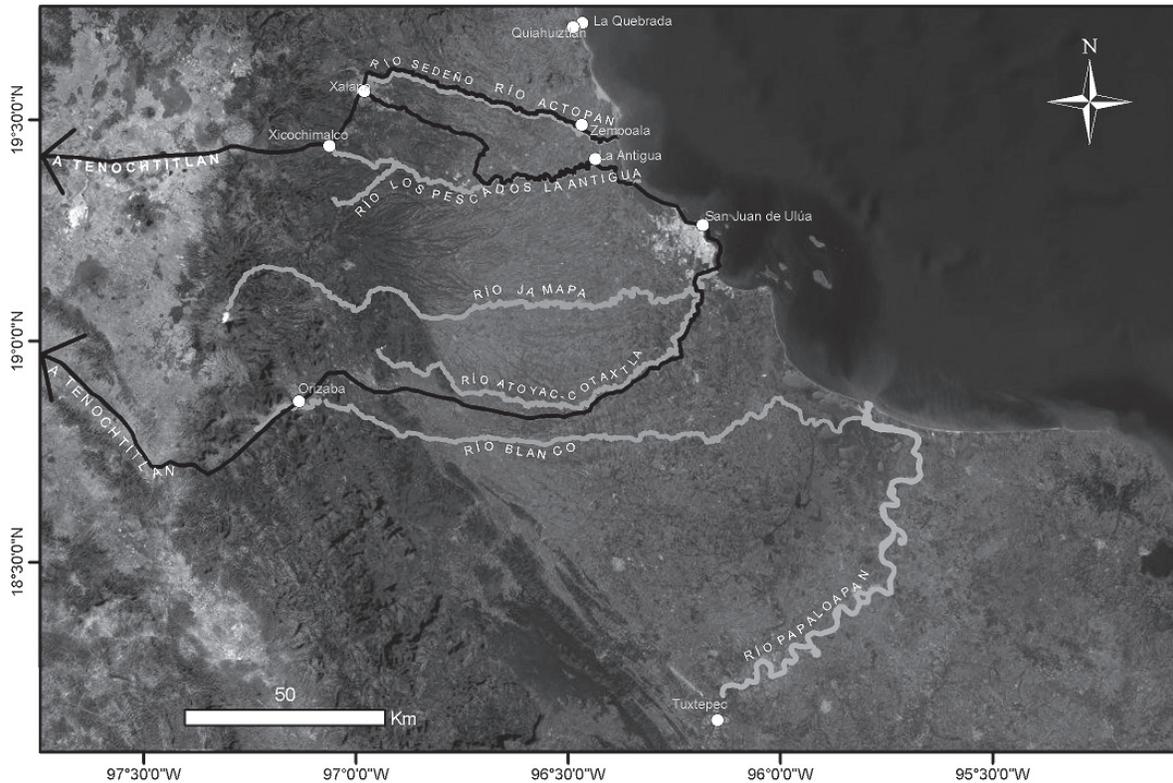
<sup>61</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1943, p. 113.

<sup>62</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1943, p. 131.

<sup>63</sup> DÍAZ DEL CASTILLO, 1943, p. 230.

<sup>64</sup> GARCÍA DÍAZ, 1992, pp. 16-26.

FIGURA 6  
 MAPA DE LAS RUTAS SEGUIDAS POR CORTÉS  
 HACIA MÉXICO TENOCHTITLAN, POR XALAPA (EN 1519)  
 Y DE REGRESO POR ORIZABA (EN 1520)



FUENTE: Información de Rubén B. Morante López. Elaborado por Fabiola Carrasco Garduño con base en el Marco Geoestadístico del INEGI, 2019.

costa, adonde vivían pueblos que podían representar peligro; y quizá, en tercer lugar, porque estaba a la mitad de las dos rutas alternas hacia la metrópoli del Altiplano: por Xalapa o por Orizaba. La historia virreinal de México habría de confirmar la acertada decisión de elegir San Juan de Ulúa, su importancia comercial se constata hasta la fecha y su relevancia castrense se demostró al constituirse como el último bastión colonial de México, el cual no fue abandonado por los españoles sino pasados tres años desde la firma de nuestra Acta de Independencia.

## EPÍLOGO

La isla de San Juan de Ulúa, si bien estaba lejos de las rutas comerciales prehispánicas, se ubicaba en un punto considerado sagrado por los mesoamericanos que habitaban la región en tiempos de los dos primeros desembarcos españoles en sus arenas (1518 y 1519). Ellos sabían que la conquista se acercaba y las premoniciones, reportadas sobre todo en la cabecera del mayor reino prehispánico de la época, debieron confirmarse con el hecho de que allí se adoraba a Tezcatlipoca como Yoalli Ehécatl-Yoaltecutli, un dios cercano a Ehécatl-Quetzalcóatl, con quien lo vinculan mitos cosmogónicos que hablan de un antagonismo ancestral que se repite en la historia de Tula y que se hace manifiesto como una funesta premonición en el cielo que observan Moctezuma y sus sabios al momento en que se enteran de la llegada de los españoles a costas veracruzanas. Venus entra en su conjunción inferior, después emerge como Tlahuizcalpantecuhtli y se eleva para adquirir su máximo brillo sobre el mar veracruzano; para entonces la *mamalhuaztli*, constelación indígena que representaba a Tezcatlipoca, también aparece sobre la costa, en su orto heliaco, pero con su brillo disminuido por la cercanía del amanecer. El 4 de julio de 1518, en San Juan de Ulúa, sucedió este evento celeste que debió tener enorme importancia en términos rituales y míticos. Los frailes que acompañaban a Grijalva presenciaron horrorizados los sacrificios que se llevaban a cabo en los islotes y, como era su costumbre, buscaron sustituir la religión local con la que ellos traían; esto se hacía en el mismo punto donde los indígenas realizaban sus ritos. De manera independiente, al elegir San Juan de Ulúa, a pesar de titubeos posteriores, Hernán Cortés cambió radicalmente esta ruta comercial de Mesoamérica. En los viejos caminos, sus nodos estaban en tres puntos principales: Zempoala, Tuxtepec y Cotaxtla, desde donde, usando canoas, tenían acceso al mar. Con la conquista desaparecieron y se tuvo un nuevo nodo: el puerto de Veracruz, que concentró el comercio de toda la Nueva España, ya que habría de convertirse en su puerta de entrada y en ello lo acompañó San Juan de Ulúa, una isleta que estaba exactamente entre la desembocadura de los ríos Jamapa y La Antigua, desde donde partían relevantes caminos hacia México-Tenochtitlan.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Anuario del Observatorio Astronómico Nacional*

2020 *Anuario del Observatorio Astronómico Nacional*, ed. CXXXIX, Instituto de Astronomía, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

### AVENI, Anthony Francis

1991 *Observadores del cielo en el México antiguo*, Fondo de Cultura Económica, México.

### *Códice Azcatitlan*

1995 *Códice Azcatitlan*, trad. al español por Leonardo López Luján, Bibliothèque Nationale de France, Société des Américanistes, París.

### *Códice Chimalpopoca*

1992 *Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles*, 3a. ed., trad. del náhuatl por Primo Feliciano Velázquez, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.

### *Códice Fejérváry-Mayer*

1994 *Códice Fejérváry-Mayer*, ed. facsimilar, Akademische Druck-Und Verlagsanstalt/Fondo de Cultura Económica, Austria-México.

### *Códice París*

1985 *Los códices mayas*, Universidad Autónoma de Chiapas, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, pp. 148-157.

### CLAVIJERO, Francisco Javier

1987 *Historia antigua de México*, 8a. ed., col. "Sepan cuantos...", núm. 29, Porrúa, México.

### DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal

1943 *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Editorial Nuevo Mundo, México, 2 ts.

### DURÁN, Fray Diego

1984 *Historia de las indias de Nueva España e islas de la tierra firme*, Porrúa, México, 2 ts.

### FLORES GUTIÉRREZ, Daniel

1991 "Venus y su relación con fechas antiguas", en Johanna Broda, Stanislaw Iwaniszewski y Lucrecia Maupomé, *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 343-388.

### GALINDO TREJO, Jesús y María Elena RUIZ GALLUT

1998 "Bonampak: una confluencia sagrada de caminos celestes", en Leticia Staines Cicero (coord.), *La Pintura Mural Prehispánica en México. Área Maya. Bonampak*, t. II, Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, pp. 137- 157.

GARCÍA DÍAZ, Bernardo

1992 *Puerto de Veracruz*, col. Veracruz: imágenes de su historia, núm. 8, Archivo General del Estado de Veracruz, Gobierno del Estado de Veracruz.

GONZÁLEZ TORRES, Yolotl

2003 *Diccionario de Mitología y Religión de Mesoamérica*, Editorial Larousse, México.

GUTIÉRREZ DE MCGREGOR, María Teresa

1990 *Atlas Nacional de México*, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 3 ts.

HUMBOLDT, Alejandro de

1984 *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Editorial Porrúa, México.

KIRCHHOFF, Paul, Lina Odena GÜEMES y Luis REYES GARCÍA

1989 *Historia tolteca-chichimeca*, Fondo de Cultura Económica/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Gobierno del Estado de Puebla, Puebla.

LEÓN PORTILLA, Miguel

1971 *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

MILLER, Mary Ellen y Karl TAUBE

1997 *An Illustrated Dictionary of The Gods and Symbols of Ancient Mexico and the Maya*, Thames and Hudson Ltd., London.

MOLINA, Fray Alonso de

1992 *Vocabulario en Lengua Castellana y Mexicana y Mexicana y Castellana*, Editorial Porrúa, México.

PASTRANA FLORES, Miguel

2009 *Historia de la conquista. Aspectos de la historiografía de tradición náhuatl*, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

SAHAGÚN, Fray Bernardino de

1946 *Historia general de las cosas de la Nueva España*, Editorial Nueva España, México, 3 ts.

SIMÉON, Rémi

1984 *Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana*, Siglo XXI Editores, México.

SPRAJC, Iván

1996 *La estrella de Quetzalcóatl: el planeta Venus en Mesoamérica*, Editorial Diana, México.

TORQUEMADA, Fray Juan de  
1986      *Monarquía Indiana*, 6a. ed., Editorial Porrúa, México, 3 ts.

## PÁGINAS WEB

*HM Nautical Almanac Office*, Reino Unido [consulta en línea: <http://astro.ukho.gov.uk/nao/online/>].

# El virrey Antonio de Mendoza y las primeras obras en San Juan de Ulúa\*

JUDITH HERNÁNDEZ ARANDA  
ROBERTO JESÚS ÁVILA HERNÁNDEZ\*\*

Hace don Antonio de Mendoza el muelle y amparo del puerto y fuerza en el puerto de San Juan de Ulúa, que acabándose será cosa muy provechosa para la Nueva España; tiene en la obra cien negros poco más o menos y cada día compra y acrecenta más, y estos negros, con todos los demás gastos que se han hecho y hacen en la dicha obra, se pagan de una imposición que él mandó echar sobre todas [las] mercaderías que van al dicho puerto, que pagan de cada tonelada un peso de oro de minas que son 850 maravedís y de cada negro esclavo otro peso de minas.

BARTOLOMÉ DE ZÁRATE, 1537-1538<sup>1</sup>

**E**L GOBIERNO DE LA NUEVA ESPAÑA tuvo muchos altibajos entre el nombramiento de Hernán Cortés como capitán general y justicia mayor, por el cabildo provisional de la Villa Rica de la Vera Cruz, y la llegada del primer virrey. Luego de varios gobiernos interinos, gobernadores *de facto* y dos reales audiencias, compuestas por un presi-

\* Las transcripciones de los documentos consultados son literales. No se agregaron signos de puntuación y se respetó la ortografía original. Por convención se modernizaron algunos nombres propios como: México, Ulúa, Nueva España. Se colocaron entre corchetes, letras, palabras o preposiciones agregadas o suprimidas y el adverbio latino *sic*, luego de una posible incongruencia gramatical o un aparente error, como cambio o inversión de letras, en una palabra.

\*\* Dirigir correspondencia al Centro Regional INAH-Veracruz, calle Benito Juárez 425, Centro, C. P. 91700, Veracruz, Veracruz, México, tel. (228) 934-99-81, e-mails: judasaranda@yahoo.com.mx (Judith Hernández Aranda) y panolti@hotmail.com (Roberto Jesús Ávila Hernández).

<sup>1</sup> Archivo General de Indias (en adelante AGI), Patronato, 180, r. 57, f. 5r, ca. 1537-1538, Historia y gobierno de México, regidor: Bartolomé de Zárate ["Sobre el muelle del puerto de San Juan de Ulúa"].

dente y cuatro oidores, se vio la necesidad de tener a un representante del rey a la cabeza del complejo mecanismo que se estaba formando en las nuevas tierras. La próspera economía novohispana surgida de la pronta explotación de los recursos humanos y naturales de su inmenso territorio, y la inserción de éste en una red de relaciones globales requería de una administración efectiva y clara que rindiera frutos inagotables a la Corona y que le ayudara al mismo tiempo a mantener, defender e incrementar su imperio.

Con la toma de posesión de Antonio de Mendoza como virrey de la Nueva España, con los cargos adicionales de gobernador, capitán general de Nueva España y presidente de la Real Audiencia de México, el 14 de noviembre de 1535, se inicia una nueva etapa en la política de la monarquía española.<sup>2</sup> Previo a su salida de España, en abril de ese año le fueron entregadas las instrucciones para su gobierno. Entre los 27 puntos que conformaban dichas instrucciones, la número 19 se refería a la información que debía recabar sobre el estado de las fortalezas y casas fuertes que estaban hechas en la Ciudad de México, puertos y en diferentes partes de la provincia; debía también recorrer todo el territorio para proponer otras donde no las hubiese o hacer las estimaciones para arreglar o construir nuevamente las existentes; sus diagnósticos debían incluir el cálculo de la artillería y municiones necesarias para su defensa. En caso de emprender cualquier trabajo, tenía que cuidar que se hiciesen con ayuda de los indios y sin “hacer vejación ni agravio de ellos”; se dejaba a su criterio encontrar hombres hábiles y calificados que pudiesen fungir como alcaides de las fortalezas, con la única condición de que enviara los nombres y el monto de sus salarios para legitimar los nombramientos.<sup>3</sup>

En aquellos momentos ya estaba prácticamente decidido que el puerto para la Nueva España sería San Juan de Ulúa: aun si se trataba de un pequeño islote rodeado de una barrera de arrecifes, su rada era la única entre Pánuco y Coatzacoalcos con el fondo suficiente para crear un puerto y anclar los barcos españoles. Lo primero que hizo el virrey fue recorrer los contornos del rompiente en una pequeña embarcación, haciéndose acompañar de los pilotos y maestros de seis navíos que se encontraban en

<sup>2</sup> SEMBOLONI CAPITANI, 2014, p. 39.

<sup>3</sup> HANKE y RODRÍGUEZ, 1976, pp. 21-31.

el puerto y al observar la poca profundidad del lindero a sotavento, consideró prioritario construir un muelle, por lo que de inmediato estableció un gravamen sobre las mercancías que llegaran de España, a fin de financiarlo sin cargo a la Real Hacienda. El impuesto consistió en el cobro de un peso de minas por cada tonelada de “ropa”<sup>4</sup> y otro por cada pipa de vino que llegara al puerto.<sup>5</sup> Previamente, decidió iniciar los trabajos con 2 000 pesos que tomó del erario “para comprar esclavos y otras cosas”,<sup>6</sup> como herramientas, materiales, 10 anclas grandes y 10 cables que se necesitaban para asistir a los navíos que llegasen al puerto.

Aunque todas las actividades del virrey estaban reguladas desde España, se le otorgaba la facultad de decidir, en caso necesario, sobre aquellos asuntos que pudiesen afectar a los intereses del rey, a condición de notificarlo oportunamente. Las amplias atribuciones conferidas pronto le permitieron que abusara del cargo, a tal grado que, luego de quince años en el poder, muchas de sus acciones fueron enjuiciadas y confrontadas con las impugnaciones que le hicieran Hernán Cortés, algunos miembros de la Audiencia y los comerciantes de Veracruz que se vieron afectados por sus decisiones.

Desde el principio, la obra del muelle estuvo marcada por contratiempos y por una turbia administración. En 1537 Mendoza informaba al rey que se había presentado un problema con los 2 000 pesos que había tomado para adquirir los insumos que se requerían para habilitar el atracadero, debido a que había entregado el dinero a Sancho Piniga, maestro de una nao que iba rumbo a España, y que éste “erró la derrota” a propósito y se regresó a Tabasco, donde hizo zozobrar la embarcación para robar el dinero, junto con el oro y plata que llevaba de algunos mercaderes; aunque la tripulación logró salvarse con dificultad, el cofre donde iba el oro había caído al mar. El licenciado Tercero, “que era ido a entender en lo de los esclavos”, viajaba a bordo del barco de Piniga y apenas llegado a tierra hizo que los alcaldes de Tabasco prendiesen a Piniga y a algunos de sus marineros, porque luego de rescatar el cofre se dieron cuenta de que el oro había

<sup>4</sup> La palabra “ropa” se refiere a todo tipo de mercancías y no sólo a indumentaria.

<sup>5</sup> AGI, México, 1088, L. 3. fs. 140r-140v, 9 de agosto de 1538, Registro de oficio y partes: Nueva España, “Real cédula al Virrey Antonio de Mendoza”.

<sup>6</sup> Carta del virrey Antonio de Mendoza al emperador dándole cuenta de varios asuntos de su gobierno, 10 de diciembre de 1537, en PACHECO y CÁRDENAS, 1864, t. 2, pp.186-190.

sido sustituido por un “servidor de un lombardón”.<sup>7</sup> No obstante que se recuperó el dinero, nada se dice qué se hizo con él, ni sobre la compra de los insumos encargados a Piniga. Cuando la Real Audiencia se enteró de los hechos, mandó una provisión al licenciado Tercero para que se encargara legalmente del asunto, ya que como testigo podía informar mejor que los alcaldes sobre lo acontecido en el viaje, pero el día que llegó la provisión, Sancho Piniga se fugó de la cárcel sin que se volviera saber nada de él.<sup>8</sup>

Aparentemente la comunicación entre el rey y Mendoza no era muy efectiva a causa de la realidad constantemente cambiante en la Nueva España, del prolongado tiempo que se llevaba la correspondencia en ir y regresar de Europa y de la consabida burocracia que retardaba más cada proceso, desde entonces. En la misma carta de 1537, el virrey le recordaba al soberano que justo un año antes le había pedido ayuda para poner en marcha la obra del muelle, ya que, por falta de un amarradero, en agosto de ese año se habían hundido dos navíos y en octubre casi se perdían otros seis a causa de las frecuentes tempestades.<sup>9</sup> La carta deja ver que, durante dos años, lo único que se había hecho era sacar piedras de los arrecifes, porque el dinero que se tenía recaudado de la imposición no era suficiente y porque el virrey seguía esperando la autorización real de otro préstamo “para comprar cinco o seis barcas que costar[ía]n cuatro mil pesos de minas y veinte esclavos que costar[ía]n otros dos mil”, más algunas herramientas y otros objetos valuados en 2000 pesos más.<sup>10</sup> Tampoco le habían mandado de Vizcaya a un buen maestro que se hiciera cargo de la obra, tal como lo había solicitado, pues los oficiales de aquella provincia que trabajaban en Ulúa habían muerto. Con respecto a su sugerencia de eximir del tributo a “la gente de la costa” y de otorgarles cierta “cantidad de maíz [...] frijoles y ají” a cambio de trabajar en las obras reales,<sup>11</sup> el silencio también fue la respuesta.

<sup>7</sup> Pieza de artillería que servía como cureña de una lombarda o bombardia.

<sup>8</sup> PACHECO y CÁRDENAS, 1864, t. 2, pp. 198-190. Todavía en 1539, Juan Rodríguez Cerezo y Francisco de Galdarnez buscaban a Sancho de Piniga, porque habían fungido como sus fiadores ante la Casa de la Contratación. Cf. AGI, México, 1088, L. 3, fs. 249r-250r, 8 de abril de 1539, “Real cédula a la Audiencia y otras justicias de Nueva España y de la ciudad de Veracruz y provincia de Higueras y cabo de Honduras, a pedimento de Juan Rodríguez Cerezo y Francisco de Galdames, fiadores de Sancho de Piniga [...]”.

<sup>9</sup> PACHECO y CÁRDENAS, 1864, t. 2, p. 187.

<sup>10</sup> PACHECO y CÁRDENAS, 1864, t. 2, p. 188.

<sup>11</sup> PACHECO y CÁRDENAS, 1864, t. 2, p. 188.

Conviene subrayar que desde los inicios de la construcción, toda la mano de obra empleada en la fortaleza fue de esclavos o forzados y de muy pocos oficiales; en el periodo del virrey que nos ocupa se trató de indios esclavos llevados de Tabasco y algunos “negros de su Majestad” que fueron comprados a Bartolomé de Zárate,<sup>12</sup> mientras que buena parte de la piedra utilizada en el muelle debió provenir de la “casa de adoratorios” dedicada a Tezcatlipoca, en donde los españoles que acompañaban a Juan de Grijalva en 1518 encontraron a cuatro sacerdotes realizando ceremonias a dicha deidad. (En los pozos de sondeo arqueológico que se cavaron en el baluarte de San Pedro, en 2013, se encontraron vestigios de la ocupación prehispánica del islote de Ulúa, tales como fragmentos de cerámica, de navajillas y núcleos de obsidiana, pequeñas teselas manufacturadas con concha de tortuga y cuatro dientes humanos escarificados decorados por limadura.<sup>13</sup>)

En agosto de 1538 el impuesto para la edificación del muelle ya llevaba dos años cobrándose y el encargado de hacerlo era Pedro Varela, “mercader estante en la ciudad de Veracruz”,<sup>14</sup> quien además de ser amigo del virrey, era su socio. Con el monto obtenido hasta entonces se habían comprado 20 negros y se había pagado el salario de “ciertos canteros [...] que hac[ían] y labra[ba]n piedras grandes para la obra”.<sup>15</sup> A la par de la construcción del muelle, comenzaron a ser ocupados los médanos frente a San Juan de Ulúa con chozas y corrales para resguardar a los animales con los que habría de alimentarse a los trabajadores, ya que el islote, además de ser muy reducido, quedaba inundado cada noche. En abril de 1542, Mendoza pidió al factor Gonzalo de Salazar que entregara a Pedro Varela 20 novillos “del hato de la imposición”;<sup>16</sup> a su vez, ordenaba al alcalde de Veracruz que tomara una estancia en “la otra

<sup>12</sup> HERNÁNDEZ ARANDA y MORENO, 2014, p. 138.

<sup>13</sup> HERNÁNDEZ ARANDA, 2019, p. 37.

<sup>14</sup> AGI, México, 1088, L. 3, fs. 140r-140v, 8 de agosto de 1538, Real cédula: “A Antonio de Mendoza, virrey de Nueva España para que provea en la solicitud de Bartolomé de Zárate que pretende se le dé el encargo de la cobranza para pagar la obra del muelle de San Juan de Ulúa”.

<sup>15</sup> AGI, México, 1088, L. 3, f. 140r, 8 de agosto de 1538, Real cédula: “A Antonio de Mendoza, virrey de Nueva España [...]”.

<sup>16</sup> Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Mercedes, vol. 1, exp. 40, f. 13r, 21 de abril de 1542, “Para que el factor Gonzalo de Salazar haga dar a Pedro Varela 20 novillos del hato de la imposición para la obra del muelle”.

banda del río” y cerca de la ciudad, para los carneros destinados a las obras.<sup>17</sup> Desde ese lugar, los animales debieron ser trasladados al “Monte de Carneros”,<sup>18</sup> cerca del caserío que había comenzado a formarse en la franja de tierra firme, frente al islote y que aparece en varios planos de finales del siglo XVI y principios del XVII, donde seguramente vivieron también las personas encargadas de cuidar y sacrificar a los animales.

Mediante cartas dirigidas a distintas autoridades, el virrey organizó el acopio de todo lo necesario para la obra y dispuso que los suministros fuesen entregados a Varela. Primeramente le pidió al alcalde de la Villa de Espíritu Santo, en la provincia de Guasacualcos, que con la ayuda de los indios de aquel lugar cortara y llevara al pie de la obra “toda la tablazón que fuere menester” y que efectuara el pago correspondiente a los que participaran en los trabajos.<sup>19</sup> Al alcalde de la Veracruz le notificó que además de las “barcadas”<sup>20</sup> de piedra, se tenía mucha necesidad de cal, por lo que le ordenaba que “en lugar de la piedra que solían llevar a la obra del muelle” se entregase cal cuando fuese necesario, proporcionando también los sacos para acarrearla.<sup>21</sup> A los oficiales reales que residían en Veracruz les instruyó que aportaran todo el plomo que tuviesen en su poder “para que se plomen los bateles [y] otras cosas necesarias” y les autorizó a tomar en calidad de préstamo “cierta cantidad de pesos de oro” de las arcas de Su Majestad, para entregársela a Varela, a fin de que éste cubriera los gastos del muelle.<sup>22</sup>

Varela afirmaba que lo recaudado de la imposición era insuficiente para adquirir lo mínimo indispensable para la obra y tampoco alcanzaba

<sup>17</sup> AGN, Mercedes, vol. 1, exp. 41, f. 13r, 21 de abril de 1542, “Al alcalde mayor de la Veracruz que tome una estancia para los carneros de la obra del muelle”.

<sup>18</sup> Existen tres o cuatro planos donde aparece dicho monte; uno es el de la Colección Muñoz, Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid, Colección Muñoz, núm. 94, fol. 54 (s. f), Descripción de las Islas de Indias, Leyenda: “San Juan de Lúa”, que publicó Calderón Quijano, 1984, p. 16. Los demás, como el de la Mapoteca Orozco y Berra de 1857 (MOYB, V: OYBVER03: 453-OYB-7261-A), son copia del de Baltazar Vellerino de Villalobos de 1592.

<sup>19</sup> AGN, Mercedes, vol. 1, exp. 42, f. 13v, 21 de abril de 1542, “Para que los alcaldes de Guasacualcos provean que los indios traigan toda la tablazón para la obra del muelle [de San Juan de Ulúa] e pagarles”.

<sup>20</sup> “Barcada” es una unidad de volumen, pero no sabemos a cuánto equivalía una barcada de piedra en el siglo XVI; sin embargo, en el XVIII podía equivaler a unos 400 pies cúbicos de piedra, aproximadamente.

<sup>21</sup> AGN, Mercedes, vol. 1, exp. 44, f. 13v, 21 de abril de 1542, “Al alcalde mayor de la Veracruz que haga llevar en ciertas barcas cal para la obra del muelle en lugar de piedra”.

<sup>22</sup> AGN, Mercedes, vol. 1, exp. 43, f. 13v, 21 de abril de 1542, “A los tenientes oficiales de su majestad de la Veracruz que den cierto plomo a Pedro Varela”.

para pagar a la gente que trabajaba en ella, ya que todo se iba en saldar la deuda que se tenía con Bartolomé de Zárate, a quien se le había comprado “cierta cantidad de negros [y] otras cosas”, de tal manera que el dinero perdía “el destino”.<sup>23</sup> Aquí es necesario acotar que Bartolomé de Zárate, además de ser regidor de México, fue un acaudalado hombre de la élite de esa ciudad y administrador de los alumbres de Nueva España. La extracción indígena del mineral no le generaba grandes ingresos y para poner en marcha una explotación al estilo europeo en Metztitlán, viajó a la península en 1537 con la finalidad de reunir todo lo necesario y solicitar a la Corona la mejora de las instalaciones del puerto de San Juan de Ulúa, que se hallaba “muy desabrigado y peligroso del [viento del] Norte”, sugiriendo que él podía dirigir las obras por conocer muy bien el surgidero, ya que vivía en Veracruz.<sup>24</sup> Si resulta un poco paradójico que Zárate viviera en Veracruz teniendo el permiso para fundir y afinar el mineral en tierras que hoy pertenecen al estado de Hidalgo y un cargo de importancia en la Ciudad de México, Lacueva y Cunill consideran que su presencia en el puerto tuvo una orientación claramente comercial, ya que durante los primeros años de su concesión, al no contar con tecnología para la explotación minera, únicamente se dedicaba a comprar en el mercado de Metztitlán el alumbre que recolectaban los indios en las minas, para luego llevarlo a Veracruz y embarcarlo a Castilla, pretendiendo la exclusividad de su exportación.<sup>25</sup>

Luego de casi dos años en España, Zárate regresó con el refrendo de su concesión y 37 técnicos y operarios especializados en la explotación del alumbre; algunos venían con sus familias y criados. El grupo, compuesto por 14 andaluces, nueve castellanos y leoneses, seis vascos, dos extremeños, dos murcianos, un catalán, un portugués, un flamenco y un genovés, muestra los vínculos económicos y sociales que tenía la metrópoli con los

<sup>23</sup> AGN, Mercedes, vol. 1, exp. 45, f. 14r, 27 de abril de 1542, “Para que Pedro Varela cobre ayuda de lo que hubiere de la imposición de los tenientes de oficiales para la obra del muelle”.

<sup>24</sup> LACUEVA MUÑOZ y CUNILL, 2010, p. 30.

<sup>25</sup> Los mismos autores señalan que Zárate era apoderado de otros cuatro concesionarios en el negocio de los alumbres, quienes obtuvieron “la merced no sólo sobre los minerales que ‘se hallaren’ en el futuro, sino también sobre los que hubiera descubiertos en el momento de la concesión, ignorando los derechos de los indígenas titulares de los yacimientos ya descubiertos y puestos en labor [...] [además] le dispensaba el pago de los derechos de almojarifazgo de todo el cobre y herramientas y otras cosas que llevaré para beneficio de los dichos alumbres”. LACUEVA MUÑOZ y CUNILL, 2010, pp. 32-33.

territorios bajo su dominio y con otros países para apoyarse en la explotación manufacturera novohispana.<sup>26</sup> Bartolomé de Zárata portaba, además, una cédula con la que se le autorizaba a sacar durante los tres años siguientes “la clavazón, hierros y madera de los navíos que se echaren al través en la costa del puerto de San Juan de Ulúa, si sus dueños no quisieren sacarlo dentro de tres meses y no queriéndolo sacar tampoco iglesia o monasterio”,<sup>27</sup> lo que indica el desabasto de insumos tan importantes como el fierro en toda Nueva España y que cualquier sistema tecnológico de explotación y fabricación que se intentara implantar en su territorio tenía necesidad de engranarse a una compleja red social y comercial a nivel global,<sup>28</sup> en la cual el puerto de San Juan de Ulúa tenía una trascendencia fundamental tanto en el embarque, aseguramiento, transporte y comercialización de todo tipo de productos que ofrecía el mercado, como en la transferencia de tecnología que permitía una producción propia, dentro de las reglas del monopolio español.

El 28 de abril de 1542, Mendoza envió otra carta a los miembros del Consejo de Indias para solicitar que le mandaran de Castilla ocho barcas, “seis grandes para el cargo y descargo” de la flota y “dos pequeñas para el servicio y provecho” de la obra del muelle, que tuviesen todos los aparejos necesarios para navegarlas y “la calidad, tenor [y] forma que dijere [y] señalare Pedro Varela”.<sup>29</sup> El virrey proponía comprar las barcas en la provincia de Vizcaya y pagarlas en dos partes con dinero de la imposición: el primer pago se haría al momento de realizar el trato y el segundo hasta que las barcas estuvieran puestas y armadas en Veracruz, pero debido a que éstas no se podían enviar más que en piezas, debían mandarlas junto con un oficial que supiera “aderezarlas e poner en perfección”, cuyos gastos y sueldo se sacarían del mismo dinero. En caso de que el oficial decidiera quedarse “en la obra del dicho muelle y entender[se] en ella”,<sup>30</sup> se le paga-

<sup>26</sup> LACUEVA MUÑOZ y CUNILL, 2010, p. 35.

<sup>27</sup> LACUEVA MUÑOZ y CUNILL, 2010, p. 33.

<sup>28</sup> SANTOS-LÓPEZ, 2014, p. 364.

<sup>29</sup> AGN, Mercedes, vol. 1, exp. 50, f. 16r, 28 de abril de 1542, “Para que mande hará bien envíe de Castilla a esta Nueva España ciertas barcas e un oficial con ella, para la obra del muelle de la ciudad de la Veracruz”.

<sup>30</sup> AGN, Mercedes, vol. 1, exp. 50, f. 16r, 28 de abril de 1542, “Para que mande hará bien envíe de Castilla a esta Nueva España [...]”.

ría un salario por dos años, independientemente de lo que se le diera por aderezar las barcas y el tiempo que ocupara en ello.

Junto con los esclavos e indios que participaron en las obras del muelle, arribaron diferentes grupos de oficiales especializados en carpintería, cantería y “la cal”, procedentes de la ciudad de Sevilla, muchos de ellos emparentados entre sí. La administración virreinal cubrió los gastos de su embarque a la Nueva España, e incluso los de algunos de sus familiares. De la misma imposición se pagaron sus gastos de viaje, salarios, estancia y alimentación durante todo el tiempo que permanecieron empleados en los trabajos, de ahí la importancia de mantener hatos de ganado tanto en Veracruz como en los médanos frente a San Juan de Ulúa y de hacer casas que sirvieran como bodegas, a fin de contar con carne fresca y comestibles para la manutención de los esclavos y oficiales.

Un ejemplo de las relaciones de oficio y parentesco que existían entre los integrantes de los grupos que llegaron con licencia para ocuparse en las obras del muelle es el encabezado por el cantero Cosme Rodríguez, quien se embarcó en junio de 1539 con otros seis oficiales y algunos miembros de sus familias, rumbo a la Nueva España (véase Cuadro 1).

CUADRO 1  
OFICIALES QUE SE EMBARCARON EN EL GRUPO DE COSME  
RODRÍGUEZ PARA TRABAJAR EN LA OBRA DEL MUELLE, 1539

<i>Nombre</i>	<i>Oficio</i>	<i>Familiares</i>	<i>Parentesco</i>	<i>Procedencia</i>
Cosme Rodríguez	Cantero			Sevilla
Llorente Guillen	Carpintero	Juan Guillen Juan Guillen	Hijo Sobrino	Sevilla
Pedro Jiménez	Calero	Ana Marín “la monja”	Esposa	Utrera
Diego Delgado	Cantero	Juan Delgado	Hermano	Sevilla
		Catalina Delgada Pedro Delgado	Esposa Hijo	
Pedro Ramallo	Carpintero			Sevilla
Hernán González	Carpintero			Sevilla
Juan Rodríguez	Carpintero			Sevilla

FUENTE: Elaboración propia con datos del AGI, Contratación, 5536, L. 5 (2), f. 184v, 30 de junio de 1539, “Cosme Rodríguez [y otras personas que van para la obra del muelle de la Nueva España]”.

La construcción del muelle en Ulúa pronto se convirtió en uno de los muchos negocios que tuvo el virrey Mendoza, según resultó de las pesquisas que hizo el visitador Francisco Tello de Sandoval, quien llegó a ese puerto en febrero de 1544 para hacer un recorrido en secreto por la Nueva España. Las empresas del virrey abarcaron desde la cría de ganado y las manufacturas, hasta la construcción de barcos y el envío de expediciones, de ahí que le interesara el arreglo del muelle y tener a su amigo Varela como responsable de las obras y del cobro de impuestos, ya que otra de las actividades en las que se desempeñó activamente fue el comercio, del cual se beneficiaba al acaparar una gran cantidad de productos que llegaban de Europa y que necesitaba para el aprovisionamiento de sus barcos. Durante algunos años Varela se encargó de abastecer a los navíos expedicionarios de Antonio de Mendoza que recalaban en aquel puerto, al tiempo que velaba más por sus propios intereses que por cumplir con las ordenanzas reales, hasta que las protestas en contra de ambos terminaron en el juicio de residencia y excomunión del virrey, y la solicitud de Varela para regresar a España.<sup>31</sup> La búsqueda que hizo el virrey de veredas más convenientes para llegar a la Ciudad de México, iniciada casi de manera simultánea con los trabajos del muelle, también fue cuestionada y recordada muchos años después, debido a que encomendó dicha tarea a su hijo Francisco y a don Francisco de Ojeda Castro, obispo de Tlaxcala, quienes fracasaron en su encargo.<sup>32</sup>

El testimonio de cargo que hizo Hernán Cortés sobre la residencia de este virrey y una declaración que le fue tomada al regidor de Veracruz, Alonso Vázquez, en 1543,<sup>33</sup> dejan más que en evidencia los negocios personales que don Antonio mantenía en sociedad con Varela, según lo relató el propio Marqués del Valle de la siguiente manera:

[...] el dicho virrey tiene en la villa de Veracruz, donde se descargan las mercancías que van de España, un mercader que se llama Varela, el cual recibe las [mercancías] que van por el dicho virrey y las lleva derecho a su casa, sin las llevar a la contratación

<sup>31</sup> RUIZ MEDRANO, 1991, p. 181.

<sup>32</sup> HERNÁNDEZ ARANDA y ÁVILA HERNÁNDEZ, 2015, p. 54.

<sup>33</sup> AGI, Justicia, 258, f. 1, 1543, Alonso Vázquez, regidor de Veracruz, "Testimonio de cargo contra el virrey Mendoza, el Marqués del Valle sobre la residencia que pide se le mande a tomar al virrey", en RUIZ MEDRANO, 1991, p. 205.

ni ante los oficiales de ella, de donde se sospecha que siendo aquel mercader, y que trata mercaderías de España, que sacando de las del virrey lleva asimismo algunas suyas y se defraudan los dineros reales, almojarifazgo de vuestra alteza y porque un oficial del contador lo llamó y pidió que aquellas mercaderías se llevasen ante los oficiales y no a otra parte [...] le dieron una cuchillada por la cara.<sup>34</sup>

Alonso Vázquez declaró que fueron muchos los daños y problemas ocasionados por Varela como receptor del puerto, pues algunos maestros y pilotos de navíos constantemente se quejaban de los negocios forzados que mantenían con él, quien los obligaba a venderle pertrechos, principalmente anclas y municiones, muy por debajo del valor tasado; en tanto que las mercancías, también compradas a menor precio, eran sacadas de Veracruz en recuas y trasladadas vía Coatzacoalcos hacia la Mar del Sur, en este caso, hacia las costas de la actual Oaxaca, para proveer a la armada expedicionaria de Antonio de Mendoza.<sup>35</sup>

Sin lugar a dudas, el acaparamiento de alimentos y de pertrechos por parte de Varela para la armada del virrey debió ser tomado por Cortés como un desafío directo a sus propios intereses, pues también él, luego de la toma de Tenochtitlan, había comenzado a organizar expediciones a la Mar del Sur y a explorar el Istmo de Tehuantepec, para conectar el puerto de Coatzacoalcos con el de Salina Cruz, donde incluso construyó un faro en el morro de La Ventosa, hacia 1528.<sup>36</sup> Probablemente la gran ambición y la urgencia de encontrar un camino para llegar a “las verdaderas Indias” hayan sido los motores que le permitieron lanzar acusaciones directas en contra del virrey y de sus funcionarios más allegados.

Para obtener mayores datos que incriminaran a Mendoza, Cortés elaboró un cuestionario de 35 preguntas que hizo circular entre los que tenían algo que atestiguar en su contra; muchas de las preguntas del “Interrogatorio”

<sup>34</sup> AGI, Justicia, 258, f. 1, 1543, Alonso Vázquez, regidor de Veracruz, “Testimonio de cargo contra el virrey Mendoza [...]”, en RUIZ MEDRANO, 1991, pp. 181-182.

<sup>35</sup> AGI, Justicia, 258, f. 1, 1543, Alonso Vázquez, regidor de Veracruz, “Testimonio de cargo contra el virrey Mendoza [...]”

<sup>36</sup> BOX y CAMERON, 2000, p. 359. Sobre este faro hay muy pocas referencias, la mayoría proviene de las páginas oficiales del gobierno de Oaxaca, que no tienen un soporte documental; sin embargo, las imágenes muestran un edificio con un sistema constructivo muy parecido al de la fortaleza de la Villa Rica de la Veracruz, con sillares de piedra toscamente labrados, en aparejo mixto, con tabiques de barro, los cuales ahora se aprecian muy erosionados.

estaban relacionadas con el muelle y llevaban sugerida la respuesta. Los testigos tenían que decir lo que supieran sobre la administración de los recursos de esa obra o de las vejaciones o condicionamientos que habían sufrido por parte del virrey; entre otras cosas, se les preguntaba si sabían que Mendoza había obligado al tesorero Juan Alonso de Sosa a comprar “muchas carretas, bueyes y esclavos” a precios más altos de los que costaban y que se les pagaba un salario a varios “oficiales, veedores y entendedores” sin tener que trabajar. También tenían que responder si consideraban que el virrey había inventado la obra del muelle para su beneficio y en “perjuicio público [y] deservicio de su majestad, imponiendo en las mercaderías que traen del puerto de San Juan nuevos derechos”.<sup>37</sup>

Para Cortés, el muelle —además de ser innecesario— se hacía tan despacio, que al paso que iba tardaría mucho tiempo en concluirse y con un costo elevadísimo, pues a ocho años de haberse iniciado ya se habían gastado en él “más de sesenta mil castellanos” y la obra era prácticamente inexistente. El problema radicaba en que el dinero recabado de la imposición se había dejado en poder de los mercaderes amigos del virrey, principalmente en manos de Pedro Varela, a quien además de haberlo favorecido con corregimientos y un salario, lo tenía nombrado como factor en Veracruz, de tal manera que las mercancías “que van de esos reinos para el dicho visorrey, [...] las lleva a su casa sin llevarlas a la Casa de la Contratación donde todas se suelen llevar a valuar, registrar [y] pagar los derechos de Su Majestad”;<sup>38</sup> los testigos tenían que señalar que no sólo las mercancías del virrey evadían la aduana, sino también las de Varela.

Por otro lado, las autoridades españolas también estaban enteradas de los abusos de Cortés, ya fuese a través de denuncias directas o de informes que constantemente les hacían llegar sus oficiales en la Nueva España, como Luis de Cárdenas, quien estaba al servicio de Diego Colón y no escatimaba palabras para desacreditar a Cortés; por ejemplo, afirmaba que las poblaciones creadas por éste eran una mentira, que “hasta oy no ha hecho pueblo derechamente sino aquellas tres ladroneras que tiene en

<sup>37</sup> “Interrogatorio que propuso Hernán Cortés para la información respecto al virrey Mendoza”, *ca.* 1543, (Preguntas: XI, XX, XXI, XXVI, XXVII y XXVIII), en MARTÍNEZ, 1992, vol. 4, pp. 256-263, en particular p. 259.

<sup>38</sup> “Interrogatorio...”, *ca.* 1543, (Preguntas: XI, XX, XXI, XXVI, XXVII y XXVIII), en MARTÍNEZ, 1992, vol. 4, pp. 256-263, en particular p. 259.

esta primera costa para que le den los avisos que de Castilla le dan, y él en la cibdad, con el pie en el estribo y el ojo al monte”.<sup>39</sup> Las ladroneras a las que se refería Cárdenas eran Medellín, Pánuco y Coatzacoalcos, adonde arribaron muchas embarcaciones y se llevaban a cabo constantes intercambios mercantiles entre los comerciantes de la Ciudad de México y los de esos puertos, gestionados por Cortés, incluso hasta junio de 1528, según lo indican los registros notariales de la Ciudad de México. Las mercancías entradas de esa manera, sin pasar por San Juan de Ulúa, donde había oficiales del rey, evadían, entre otros, el pago de almojarifazgo, tasado en siete y medio por ciento de su precio. Para entonces ya habían pasado dos años y medio de que Veracruz se había trasladado junto al río Huitzilapan, probablemente por órdenes del contador Rodrigo de Albornoz y no de Hernán Cortés, como dice la historia oficial.<sup>40</sup>

## PEDRO VARELA

Unos meses antes de la llegada del visitador Tello de Sandoval a Ulúa, Pedro Varela había fallecido y a tan sólo cinco días de su muerte, Mendoza se apresuró a nombrar a Juan López de Herrera como su sucesor en la cobranza de la imposición,<sup>41</sup> aun si por real cédula de agosto de 1538 el rey le había sugerido designar a Bartolomé de Zárate, porque Varela en ese entonces quería regresar a España.<sup>42</sup> El visitador de inmediato se enteró, a través de los comerciantes de Veracruz, que durante el tiempo en que éste se había hecho cargo de la obra del muelle y del cobro del impuesto sobre las mercancías, abasteció también su casa y dio de comer a sus esclavos

<sup>39</sup> AGI, Patronato, 16, N. 2, R. 6.2f, 1527, Luis de Cárdenas, “Carta al emperador”.

<sup>40</sup> HERNÁNDEZ ARANDA y ÁVILA HERNÁNDEZ, 2019, p. 104. El 15 de octubre de 1522, Albornoz fue nombrado contador de Hernán Cortés por decreto real. En la carta que escribió al rey, el 15 de diciembre de 1525, se dejan ver las serias discrepancias que tenía con Cortés y creyéndolo muerto en las Hibueras, notifica que la Villa Rica “se muda seis leguas de donde estaba, junto a un río que dicen de Canoas” (río Huitzilapan), *Colección de documentos*, 1980, p. 495. Albornoz podía dar esa orden utilizando el derecho que le daba el cargo que como teniente de gobernador había adquirido.

<sup>41</sup> AGN, Mercedes, vol. 2, exp. 468, f. 198, 23 de octubre de 1543, Antonio de Mendoza, “Nombrando a Juan López de Herrera para la obra del puerto de San Juan de Ulúa por la muerte de Pedro Varela”.

<sup>42</sup> AGI, México, 1088, L. 3. fs. 140r-140v, 9 de agosto de 1538, Registro de oficio y partes: Nueva España, “Real cédula al Virrey Antonio de Mendoza”.

negros con parte del maíz y “biscocho”<sup>43</sup> comprado para los trabajadores de Ulúa, además de utilizar a los indios destinados exclusivamente a esa tarea para hacer reparaciones en sus casas,<sup>44</sup> de ahí que las construcciones del rey estuviesen tan atrasadas y que solamente haya encontrado “una torre para la defensa del puerto, con paredes de mampostería a la altura de un hombre” y la edificación del muelle a cargo de un clérigo.<sup>45</sup>

Por las denuncias de los comerciantes y a través de los datos del testamento de Varela, nos enteramos de la complicada maraña de intrigas y pleitos en los que se encontraban inmiscuidos cotidianamente los habitantes de Veracruz, los de San Juan de Ulúa y los de la banda de tierra firme. Igualmente, que el polémico factor Pedro Varela resultó ser hijo de Isabel de Alfaro y del famoso jurista, impresor y librero sevillano Juan Varela de Salamanca, quien tenía negocios en Nueva España desde 1527 y había enviado a su vástago a supervisar la entrega de las mercancías, de modo que sus transacciones no tuviesen contratiempos.

En 1531, Juan Varela de Salamanca y Antonio de Luysi, mercader italiano residente en Sevilla, establecieron una sociedad mercantil con un capital de 382 269 maravedís (Varela aportó 307 269 y Luysi 75 000) que invirtieron en la compra de “ciertas mercaderías de vinos [...] paños [...] lienzos [y] otras cosas”, registradas a nombre de su hijo Pedro en la nao *Santa Ana*, propiedad de Juan de Lerma y Juan Navarro, anclada en Sanlúcar de Barrameda con rumbo a San Juan de Ulúa. En los registros de la *Santa Ana* aparece que Pedro Varela juró ser “mayor de 23 años y menor de 25”, y prometió que, al terminar la empresa, regresaría a Espa-

<sup>43</sup> El bizcocho (aparece en los documentos con *z* o con *s*) era el pan seco y duro que comían los hombres de las armadas y que era sometido a doble cocción para que no se echara a perder ni se enmoheciera; llegaba a durar un año, se hacía de harina de trigo, agua, un poco de sal y muy poca levadura, nada más; a los hombres se les daba diariamente dos libras de pan o libra y media de bizcocho. En las fortificaciones se hacía pan para la comida diaria de los soldados y también bizcocho cuando se preveía mal tiempo o alguna amenaza. El bizcocho era muy parecido a la galleta marinera que se hacía en las panaderías de los puertos para los hombres de las armadas, sólo que la galleta era más pequeña (como del tamaño de las galletas Habaneras actuales). En este caso, a los esclavos les daban bizcocho porque como era duro, lo podían guardar durante el día y comerlo remojado con la menestra de garbanzo, haba, lentejas o arroz que se les suministraba. A veces se añadía a la menestra carne de carnero o vaca. Todas las raciones se regulaban por jerarquía; a los soldados de Ulúa, por ejemplo, se les daba apenas tres onzas por ración, aunque casi 600 gramos de pan, diariamente.

<sup>44</sup> RUIZ MEDRANO, 1991, p. 183.

<sup>45</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1984, p. 6.

ña para entregar cuentas a su padre de las transacciones que realizara en la Nueva España con la ayuda del mercader “senés” Jerónimo Soberani<sup>46</sup> o Salvani,<sup>47</sup> vecino de la Ciudad de México y con quien su padre tenía negocios desde hacía algunos años. Varela confiaba en que, al mandar a su hijo, las mercancías una vez en Veracruz no correrían el riesgo de ser “confiscadas por las justicias de su majestad”, como ya le había sucedido en 1527 con 72 pipas de vino blanco que Salvani fue a recoger al puerto y que no le fueron entregadas debido a que al ser natural de Siena era considerado como “mercader extranjero y por esto sin licencia”.<sup>48</sup>

Al parecer, Pedro Varela faltó a lo estipulado en la escritura mercantil establecida entre su padre y Antonio de Luysi, y es muy probable que en los siguientes años permaneciera en Nueva España como factor de su padre y atendiendo sus negocios personales entre la Ciudad de México y Veracruz, al ser nombrado por el virrey Mendoza como arrendatario de la cobranza de los diezmos y recaudador de la imposición,<sup>49</sup> que como se vio en párrafos anteriores, le dejaron muchas ganancias permitiéndole tener acceso a todo tipo de negociaciones y privilegios, incluidos aquellos que hasta entonces eran exclusivos de los conquistadores, como el de una encomienda de indios, tierras y ventas, de las cuales se benefició ampliamente hasta su muerte, acaecida en Veracruz el 18 de octubre de 1543.<sup>50</sup>

No dudamos que al igual que en la Ciudad de México, las casas que tenía Varela en la banda de tierra firme frente a San Juan de Ulúa hayan sido arrendadas como bodegas y fungido como establecimientos de juego en tiempos del arribo de las flotas, y que la visita del alcalde mayor Luis Pimentel a las casas de ese vecindario, en 1543, “para no permitir el juego en ellas”,<sup>51</sup> hayan sido precisamente las de Varela, debido a sus probables

<sup>46</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, pp. 7-8. Véase también ÁLVAREZ MÁRQUEZ, 2007, pp. 232-233.

<sup>47</sup> AGI, México, 1088, L. 1, fs. 4r-5r, 30 de julio de 1529, “Real cédula al presidente y oidores de la Audiencia de México, para que hagan justicia a Juan Varela de Salamanca, mercader de Sevilla, sobre ciertas pipas de vino consignadas a Jerónimo Salvani, vecino de México, que le fueron confiscadas por ser extranjero”, 2 fs.

<sup>48</sup> AGI, México, 1088, L.1, fs. 4r-5r, 30 de julio de 1529, “Real cédula al presidente y oidores de la Audiencia de México, para que hagan justicia a Juan Varela de Salamanca [...]”, 2 fs.

<sup>49</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, p. 97.

<sup>50</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, pp. 97-98.

<sup>51</sup> AGN, Mercedes, vol. 2, exp. 434, f. 180, 1543, “Comisión a Manuel Pimentel”.

antecedentes como impresor de naipes,<sup>52</sup> dato que además nos deja entrever que el lugar que ocupa Veracruz actualmente estuvo habitado por lo menos desde aquella fecha.

Los bienes acumulados por Varela durante los once años que transcurrieron desde que llegó a la Nueva España hasta su muerte se deducen de su testamento, hecho en Veracruz, el 23 de enero de 1542, ante el escribano público Juan Gascón; en él, además de señalar sus voluntades y donaciones, hizo varias declaraciones que permiten conocer las cuentas pendientes que tenía con algunas personas y saber de ciertas mercaderías de otros comerciantes que obraban en su poder y que estaban directamente relacionadas con sus cargos como cobrador de la imposición. Al respecto, su voluntad era que a su muerte se liquidase todo y se ajustasen las cuentas con la persona que lo sustituyera.<sup>53</sup>

En el caso de sus bienes personales, declaró ser propietario de unos carneros y de dos recuas de “mulas y mulos” con 22 bestias cada una, así como de cuatro negros: Tomé, Gaspar, Antón y Adán, a cargo de un tal Xiles y Juan Rico; también poseía seis carretas con 28 bueyes y seis negros nombrados Benito, Bastián, Juan Mandinga, Manuel, Diego y Francisco; además de los negros Juan, Hernando, Juanillo, Felipa, Isabel y Beatricilla, que vivían en su casa, y otro más llamado Mandinga en San Juan de Ulúa, a quienes menciona de manera natural entre los animales de su propiedad, a saber: 15 o 20 novillos, algunos caballos “jaeces” y otros “aderantes”. En otra parte del testamento se refiere a tres indias que le pertenecen:

<sup>52</sup> Francisco Vindel menciona que Varela llegó a la Ciudad de México acompañado de un naipero que lo ayudaría con la instalación de una pequeña imprenta y la impresión de naipes, “pues en aquel tiempo su fabricación se consideraba un gran negocio y cuando estos fueron prohibidos por los terribles estragos que causaba en Indias [...] utilizase su arte y materiales en la estampación de libritos [...] o cartillas o silabarios para la educación de los indios”. El mismo autor propone que el libro de 31 páginas y 16 grabados en madera llamado *La manera que se ha de tener en rezar los quince misterios del rosario...*, fue el primer libro impreso en América hacia 1532-1534 y que el responsable de su impresión fue precisamente Pedro Varela, considerándolo como el primer tipógrafo de México (VINDEL, 1953, p. 84). La argumentación de Vindel, sustentada en la hipótesis de que era natural que el hijo de un tipógrafo sevillano al vivir en la Ciudad de México se dedicase a la misma actividad, es refutada por varios autores (Cf. BOHIGAS I BALAGUER, 2001, pp. 230-231 y GONZÁLEZ LEYVA, 1996, pp. 291-292). En cambio, para Emilia Colomer Amat, Pedro Varela sí estuvo relacionado con la actividad editorial de su padre porque existe un ejemplar del libro *Flos Sanctorum* de Loyola, en cuyo basamento de la portada aparece el anagrama de la familia Varela y debajo de éste el nombre “Pedro”. COLOMER AMAT, 1999, pp. 109-142.

<sup>53</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, p. 99.

Luisica, Catalina y Mayorica, con quien reconoce haber tenido un hijo de nombre Sebastián. Suyas también eran las casas en que vivían “los ginoveses [en] que solía vivir Gaspar del Pozo”, éstas y su propia casa estaban hechas de piedra “en que cabe la carnicería” y un solar “al río” cercado de tapia. De las cosas menudas se habla de plata labrada y en barras, joyas, perlas, vestidos, ropas, camas, alfombras, muebles, arreos, “cuarenta y siete volúmenes de libros grandes y pequeños de romance”, resmas de papel, pipas de vino, hachas, clavazón, pólvora, madera, remos para barcas, piezas de cáñamo, estopa, cueros, botijas peruleras, martillos, hojas de Milán “y otras cosas de que no se acuerda”.<sup>54</sup>

En el testamento designa a Juan Varela de Salamanca, su padre, como heredero universal y se lo notifica mediante una copia que le envió a España apenas terminó de redactarlo. Como albaceas aparecen el conquistador y encomendero Pedro de Maldonado y su mujer doña María del Rincón,<sup>55</sup> así como Diego de Hojeda. Los dos primeros quedaban como “tenedores” de sus bienes y tutores de su hijo Sebastián, pidiéndoles que lo “acojan y abriguen en su casa, con la madre o sin ella [...] y lo traten como persona que le tengo por mi hijo”; para su manutención destinaba 300 pesos de minas que serían administrados por los mismos tutores hasta que el niño fuese “de edad”; luego debía recibir educación en la Ciudad de México y al ser mayor sería enviado a Sevilla con sus abuelos. En caso de muerte, su abuelo Juan quedaría como heredero. Varela dejó a Juanico, hijo de María del Rincón, una herencia de 500 pesos de minas y si éste falleciese, el dinero quedaría en manos del siguiente hijo de la misma doña María.<sup>56</sup>

También declaró “los tributos que le ha[bía]n dado los indios de su corregimiento” y mil pesos de oro que obraban en su poder; dispuso que se vendieran unos esclavos suyos y se libertara a otros “esclavos indios”, que se ajustaran cuentas “con quien fue su compañero en el arriendo de los diezmos” y que se gastaran de su peculio 200 pesos de minas, 100 en “redimir cautivos” y 100 en “casar doncellas”.<sup>57</sup>

<sup>54</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, pp. 99-101.

<sup>55</sup> AGI, México, 203, N. 28, f. 3v, 1537, Información: Pedro Maldonado.

<sup>56</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, pp. 100-101.

<sup>57</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, p. 101.

El 5 de marzo de 1544 Juan Varela de Salamanca se presentó ante los mercaderes de Sevilla para afirmar que 12 o 13 años atrás había mandado a su hijo Pedro a Nueva España y en virtud de que éste había fallecido, reclamaba la herencia mostrando la copia del testamento. El mismo año, Diego Ponce de Cabrera fue enviado a la capital del virreinato en representación de Varela para solicitar al alcalde de la Ciudad de México que obligara a Diego de Hojeda a rendir cuentas<sup>58</sup> de su albaceazgo de los bienes de Pedro.<sup>59</sup> El balance presentado por Hojeda sumó 2 615 pesos, un tomín y tres granos de oro de minas y 1 528 pesos, dos tomines y diez granos de oro de tepuzque, más un peso y dos tomines de un error cometido en las cuentas, quedando en su poder todavía varias piezas de plata, joyas, enseres, las casas y el solar. Hojeda reportó haber gastado en el funeral de Pedro Varela 127 pesos y cinco tomines, comprendidos en el entierro, la cera, la sepultura y 50 misas.<sup>60</sup>

Después de revisar las cuentas, Cabrera acusó a Hojeda de defraudador, ya que luego del fallecimiento del otro albacea, Pedro de Maldonado, había hecho negocios con su viuda doña María del Rincón, para ocultar las pertenencias de Varela. El 6 de diciembre de 1546, el visitador Tello de Sandoval condenó a Hojeda por vender innumerables objetos y esclavos de Varela sin tener facultad para ello, expidiendo una orden con la finalidad de que regresara los bienes en un término de nueve días, junto con el dinero de aquellos que vendió.<sup>61</sup>

Al regreso del visitador Tello a Sevilla, en 1547, el caso pasó de la alcaldía de México a la Real Audiencia, donde este tribunal llevó los autos hasta el 20 de agosto de 1548, cuando el asunto se trasladó a España, quedándose el abogado de Varela en la Ciudad de México para resolver otras cuestiones relacionadas con el testamento, como los pleitos contra el escribano público Juan Gascón o Juan Garzón,<sup>62</sup> residente en Veracruz, por

<sup>58</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, pp. 102-103.

<sup>59</sup> AGI, Justicia, 147, 1546-1551, Autos entre partes, México, “El Jurado Juan Varela de Salamanca, Vecino de Sevilla, contra diego de Ojeda [*sic*], albacea de Pedro Varela, difunto en Veracruz, sobre que diese cuenta de los bienes que éste dejó” (1548).

<sup>60</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, p. 104.

<sup>61</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, 105.

<sup>62</sup> AGI, México. Justicia, 146, 1545-1550, Autos entre partes, México, N.º. 5: “El jurado Juan Varela de Salamanca, vecino de Sevilla, contra Juan Garzón, escribano de Veracruz, sobre demasía de derechos que éste recibió en diligencias de su oficio”.

cobros excesivos al testamentar, otro contra un escribano cuyo nombre no se menciona en el documento y uno más contra María del Rincón, viuda de Pedro de Maldonado, quien reclamaba ser la legítima esposa de Pedro Varela, adjudicándose la maternidad del hijo que éste tuvo con la india Mayorica.<sup>63</sup>

La fortuna amasada por Varela valía lo suficiente para que el licenciado Alonso Flores, representante de doña María del Rincón, mostrara una probanza en la cual se aseguraba que una vez fallecido Maldonado, doña María y Pedro Varela habían hecho vida maridable, pues “Varela, hombre soltero y libre y la dicha doña María, viuda y libre se prometieron el uno al otro muchas y diversas veces palabras de casamiento y en efecto lo cumplieron, y [...] que hicieron verdadero matrimonio de diario”, llevándola “don Pedro” a su casa, consumando el matrimonio por “pópula carnal” (*sic*).<sup>64</sup> Según esta versión, la súbita muerte de Varela dejó nuevamente a doña María viuda y preñada, teniendo un niño que fue llamado Pedro, igual que su padre, y por lo tanto su representada podía reclamar legalmente los bienes de Varela para su hijo y tenía derecho de administrarlos mientras éste fuese menor de edad; a partir de allí Juan Varela de Salamanca emprendió una querrela contra la viuda de Maldonado, negando contundentemente el matrimonio de su hijo con doña María y la legitimidad del nieto que le querían adjudicar; por su parte, la varias veces viuda afirmaba desconocer la existencia de algún testamento dejado por su supuesto marido.<sup>65</sup> A todo esto, cabe añadir, como se vio, que Varela falleció un año antes que Pedro de Maldonado, por lo que tampoco la edad del niño se ajustaba a los reclamos de doña María.

En diferentes textos doña María del Rincón aparece como esposa de distintos hombres acaudalados que tuvieron encomiendas en territorios de Veracruz y es mencionada en las fuentes ya como viuda, envuelta en controversias judiciales relacionadas con el manejo y administración de

<sup>63</sup> AGN, Indiferente Virreinal, caja 2412, exp. 16, fs. 1r-4r, 27 de febrero de 1545, Juzgado General de bienes difuntos, “Proceso de Doña María del Rincón y Pedro Varela, su hijo. Los bienes de Pedro Varela, difunto y Diego Ponce de Cabrera que los defiende”.

<sup>64</sup> AGN, Indiferente Virreinal, caja 2412, exp. 16, f. 3r, 27 de febrero de 1545, Juzgado General de bienes difuntos, “Proceso de Doña María del Rincón y Pedro Varela, su hijo [...]”.

<sup>65</sup> AGN, Indiferente Virreinal, caja 2412, exp. 16, f. 3r, 27 de febrero de 1545, Juzgado General de bienes difuntos, “Proceso de Doña María del Rincón y Pedro Varela, su hijo [...]”.

las propiedades de sus ex maridos. No se puede dejar de mencionar que el último, posiblemente el quinto, fue el poderoso Gonzalo Rodríguez de Villafuerte, hijo de Juan, conquistador de los mismos apellidos, que llegó con Cortés y fue maestro de campo y capitán de uno de los bergantines en la toma de Tenochtitlan, testigo de la “pérdida del tesoro del rey” y fundador del templo de los Remedios en el Estado de México.<sup>66</sup>

Poco se sabe del destino final de los bienes de Pedro Varela, sólo que su millonario padre<sup>67</sup> falleció en septiembre de 1555<sup>68</sup> y que cinco años antes continuaba buscando la manera de recuperar la herencia de su hijo, cuando el caso se había turnado a los tribunales del Consejo de Valladolid.<sup>69</sup>

En los papeles que Mendoza entregó al virrey Luis de Velasco, su sucesor, dejó asentado que las obras que inició en Ulúa habían mejorado razonablemente las condiciones de aquel surgidero; sin embargo, en el traslado de los cargos en su contra presentados por Tello de Sandoval se le acusa del incumplimiento de varias cláusulas de las ordenanzas de gobierno que recibió de manos del rey Carlos I. Entre los 44 puntos que integran dicho traslado, el marcado con el número 9 manifiesta que a pesar de que Su Majestad le había encargado “que hiciese y mandase hacer fortalezas en la Ciudad de México, y en otros puertos y otras partes de esta Nueva España donde conviniese, no lo ha hecho”; igualmente, se le acusó de haber dado correjimientos a Varela, “siendo como era mercader tratante y no casado”.<sup>70</sup>

Aunque en 1548 el Consejo de Indias declaró a Mendoza libre de todo cargo, lo cierto es que del impuesto que él mismo instituyó para la obra del muelle muy poco se usó para ese fin y lo mismo pasó con sus sucesores, según se desprende del “Memorial”<sup>71</sup> que el contador Martín de Irigoyen envió a la Corte en 1569, en el cual da cuenta de los encargados de cobrarlo, de los montos gastados y de los fraudes cometidos a partir

<sup>66</sup> NETTEL ROSS, 2007, pp. 293-294.

<sup>67</sup> A la fecha de su muerte, los caudales de Juan Varela de Salamanca ascendían a la enorme cantidad de 14 222 825 maravedís que repartió equitativamente entre sus tres herederas, en ÁLVAREZ MÁRQUEZ, 2007, p. 53.

<sup>68</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, p. 133.

<sup>69</sup> HAZAÑAS y LA RÚA, 1949, p. 107.

<sup>70</sup> Cargos que resultaron de la visita secreta de Francisco Tello de Sandoval contra el virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza, 21 de junio de 1546, en HANKE y RODRÍGUEZ, 1976, pp. 110-120.

<sup>71</sup> AGI, México, 1090, L. 6, fs. 327r-328v, 13 julio de 1571, “Registro de oficio y partes: Nueva España. Sobre el derecho del uno por ciento que se cobra para el muelle de San Juan de Ulúa”.

de 1540, cuando quedó instaurado formalmente. En los diecinueve años que reporta el “Memorial”, se señala por lo menos a 10 encargados del cobro y sus respectivas cuentas; en el Cuadro 2 se presenta un balance de lo recaudado por cada encargado y lo aportado por las flotas, la diferencia entre las cifras indica que el dinero no fue usado para los objetivos que se tenía previsto, por ejemplo, en 1568, de los 45 191 pesos que habían ingresado durante los últimos siete años, sólo se libraron 30 000 “al maestro de la obra del muelle y saca de navíos del puerto”;<sup>72</sup> es decir, únicamente dos tercios del total, lo cual explica las quejas de algunos de los capitanes de los barcos y de los comerciantes por la lentitud de las obras.

Para los comerciantes, el impuesto por cada tonelada de mercancía que ingresaban al puerto significaba un gran daño no sólo para su propia economía, sino también para los habitantes de la Nueva España, ya que para recobrar lo erogado debían vender todo más caro. Lo peor era que no se veía reflejada su participación económica en la obra del muelle y añadían que “sería mejor se hiciese, porque es muy provechosa”,<sup>73</sup> dando a entender que ésta se hacía tan despacio que, realmente, no se apreciaba ningún avance. A pesar de ello, de que el islote de Ulúa careciera de fuentes de agua dulce y se inundara diariamente hasta metro y medio, su rada era el único punto de la costa central del Golfo de México donde podía formarse un puerto; el pequeño muelle no sólo debía servir de asidero a los barcos y de precaria defensa contra los violentos vientos del norte que azotan esa costa durante la mitad del año, también tenía que comenzar a prepararse para acoger cientos de toneladas de mercancías que se trasegarían en su andén. Pronto las autoridades advirtieron que allí debía crearse la infraestructura para almacenar los bienes, recibir a los pasajeros y defender la entrada de la Nueva España.

<sup>72</sup> AGI, México, 1090, L. 6, f. 328r, 13 julio de 1571, “Registro de oficio y partes: Nueva España [...]”.

<sup>73</sup> AGI, Justicia, 258, f. 1, 1543-1547, Audiencia de México. Testimonios de la visita al virrey Mendoza, “Testimonio de Diego de Zárate, hermano del obispo de Oaxaca” (1543).

CUADRO 2  
ENCARGADOS DE COBRAR EL IMPUESTO DE 1% PARA LA OBRA  
DEL MUELLE DE SAN JUAN DE ULÚA ENTRE 1540 Y 1571

<i>Recaudadores</i>	<i>Periodo del cargo</i>	<i>Estado de las cuentas</i>
Pedro de Varela Juan López de Herrera Hernando de Vergara <sup>74</sup> Bachiller Martínez	De 1540 a 1554	Dieron cuenta de lo cobrado y pagaron alcance de ellas (no se especifican montos)
García de Escalante Alvarado	De abril de 1554 a julio de 1559	Faltan cuentas de lo cobrado de abril de 1554 a abril de 1556. Dio cuentas de lo cobrado y pagó alcance de abril de 1556 a julio de 1559
Ángel de Villa Sana	De agosto de 1559 a enero de 1561	Dio cuenta de lo cobrado y pagó alcance de ella
Baltazar Bravo	De enero de 1561 a septiembre de 1564	Se le hizo alcance de 18 000 pesos y de esta cantidad sólo se aseguraron entre 4 000 y 5 000 pesos
Juan de Arriola	De octubre de 1564 a enero de 1565	Murió sin dar cuenta. Se notificó a los fiadores para el pago de 1 000 pesos de alcance
Melchor de Ávila	De enero de 1565 a julio de 1567	Se le sumó cuenta e hizo alcance de 9 419 pesos, un tomín y ocho granos
Capitán Delgadillo	De julio de 1567 a agosto de 1571	Se sumaron las cuentas desde febrero de 1561 hasta agosto de 1568 y se tuvo un alcance de 15 675 pesos y ocho granos. Se suspendieron en la misma 12 520 pesos, un tomín y 10 granos como no cobrados y se sumaron 16 995 pesos, un tomín y dos granos que recibió de Melchor Ávila. Sumó el alcance hasta agosto de 1568: 45 191 pesos y tres tomines, menos 30 000 pesos que se libraron al maestro de la obra del muelle y saca de navíos del puerto. De las flotas, de los años 1568 y 1569 a cargo de Francisco de Lujan y Cristóbal de Eraso, recibió por el cobro de 1% la cantidad de 22 000 pesos; por lo cual, al momento en que se envió la relación debía tener en su poder una cantidad cercana a 52 116 pesos.

FUENTE: Elaboración propia, con datos de AGI, México, 1090, L. 6. fs. 327r-328v, 13 julio de 1571, "Registro de oficio y partes: Nueva España. Sobre el derecho del uno por ciento que se cobra para el muelle de San Juan de Ulúa".

<sup>74</sup> Hernando de Vergara era el encargado del cobro de este impuesto cuando el huracán de 1552 desbarató el puerto de San Juan de Ulúa. Cf. AGI, Patronato, 181, R. 25, f. 961v, 5 de noviembre de 1552, "Información que se tomó sobre la tormenta que hubo en el puerto e ciudad de la Veracruz".

El virrey Luis de Velasco llegó a la Nueva España en noviembre de 1550 para sustituir en el cargo a Antonio de Mendoza; en las Instrucciones que portaba<sup>75</sup> tenía la encomienda de que apenas desembarcara debía revisar la manera en que se realizaba el comercio entre San Juan de Ulúa y la Veracruz. En su respuesta,<sup>76</sup> menciona que por experiencia propia había podido constatar muchos de los inconvenientes de la descarga en el puerto, los más serios estribaban en la gran cantidad de gente que moría o enfermaba a causa de que las barcas quedaban varadas entre 30 y 40 días en la barra del río de la Veracruz, ya fuese por mal tiempo y grandes mareas o porque los nortes arrastraban tanta arena que azolvaban la entrada de su bocana, impidiendo el paso de entrada o salida de los pasajeros entre España y Nueva España. Quienes sufrían más por tales vicisitudes eran los tripulantes de los barcos que por fuerza tenían que residir en la Veracruz mientras aprestaban sus embarcaciones, enfermando y gastando sus “haciendas” por tanta dilación en el despacho. Otra causa de muchos decesos era que los barcos, por estar anclados durante ocho o diez meses en el puerto, se llenaban de broma,<sup>77</sup> por lo que algunos se hundían allí mismo y otros durante la navegación.

El virrey reportaba que el sistema mercantil utilizado ocasionaba bastantes quebrantos y robos; cada año se perdían en la barra del río dos o tres barcas, con “matalotaje, plata y oro y otras cosas”, y al no tener suficiente gente para recibir tantos productos, los factores de mercaderes, barqueros y negros cometían muchos robos. Todo resultaba muy caro porque los comerciantes incrementaban sus precios para recuperar los 22 ducados que se pagaban de impuestos por cada tonelada que llegaba de Castilla, los ocho o diez que se daba a los barqueros y carretoneros por el flete, más tres pesos o más por los costos de almacenaje en casas y bodegas de Veracruz.<sup>78</sup>

<sup>75</sup> AGI, México, 1089, L. 4, f. 184r, 1550, Instrucciones de gobierno, “Al Virrey Luis de Velasco.”

<sup>76</sup> AGI, Patronato, 260, N. 2, R. 18, fs. 1r-2r, [ca. 1550-1564], virrey Luis de Velasco, “Acerca de los inconvenientes en cargar y descargar las armadas en Veracruz”.

<sup>77</sup> Broma (*Teredo navalis*): Molusco lamelibranquio marino que vive pegado a las partes sumergidas de las embarcaciones, se alimenta de madera y forma galerías que perforan los cascos, causándoles graves daños. LARA, 2011.

<sup>78</sup> AGI, Patronato, 260, N. 2, R. 18, fs. 1r-2r, [ca. 1550-1564], virrey Luis de Velasco, “Acerca de los inconvenientes [...]”.

Para solucionar los problemas que implicaba la carga y descarga de las mercaderías, el nuevo virrey sugería hacer una casa de atarazanas en tierra firme, junto al puerto de San Juan de Ulúa; los tenientes de oficiales reales vivirían allí y podrían cobrar los derechos y hacer las revisiones de los productos sin riesgos, librándolas de inmediato a los arrieros y carretas que estuviesen esperando su despacho. En aquel paraje debían levantarse dos o tres casas para mesones y en la “isleta” se podrían hacer algunas más para abrigo de los pasajeros y marineros. Los cambios permitirían reducir el tiempo de despacho a cuarenta o cincuenta días cuando mucho, en vez de los cinco o seis meses que solía tardar; además podría llegar mayor cantidad de productos, bajarían los precios y se prevendrían muertes, enfermedades y daños, por la ventaja de que la distancia entre Ulúa y la banda de tierra firme era de sólo 700 a 800 pasos y la marea crecía y menguaba poco, aunque en tiempo de nortes fuese muy agitada.<sup>79</sup> Con estas reflexiones, el virrey Luis de Velasco comenzaba a vislumbrar la siguiente mudanza de Veracruz hacia su sede actual, porque la ciudad debía estar cerca de su puerto, como lo continuaron proponiendo los virreyes que lo sucedieron, hasta que Gaspar de Zúñiga y Acevedo lo consiguiera, con la aprobación real del 13 de junio de 1599.

El muelle fue el principio de las obras defensivas del complejo portuario formado por Veracruz y San Juan de Ulúa. Del estudio de su desarrollo arquitectónico derivan muchos otros que muestran su importancia como eje fundamental de la historia de México. Este puerto, conocido como la llave de la Nueva España, fungió como articulador de la economía del mundo conocido: por sus andenes pasaron personas de Europa, América, Asia y África, que no sólo portaban consigo mercancías, sino también tecnología, ideas, religión, alimentación y costumbres que transformaron la vida cotidiana en cuatro continentes, de ahí que se pueda considerar como el punto nodal de la primera globalización que dio lugar al mundo moderno.

<sup>79</sup> AGI, Patronato, 260, N. 2, R. 18, fs. 1r-2r, [ca. 1550-1564], virrey Luis de Velasco, “Acerca de los inconvenientes [...]”.

## BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ MÁRQUEZ, María del Carmen

2007 *La impresión y el comercio de libros en la Sevilla del quinientos*, serie Historia y Geografía, vol. 21, núm. 121, Universidad de Sevilla, Sevilla.

BOHIGAS I BALAGUER, Pere

2001 *Mirall d' una llarga vida*, Institutut d' Estudis Catalans, XLI Institut d'Estudis Catalan, Barcelona.

BOX, Beny y Sarah CAMERON

2000 *Mexico & Central America Handbook*, McGraw-Hill/Contemporary, Estados Unidos.

CALDERÓN QUIJANO, José Antonio

1984 *Historia de las fortificaciones en Nueva España*, Gobierno del Estado de Veracruz/Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Madrid.

*Colección de documentos*

1980 *Colección de documentos para la historia de México*, tomo Primero, publicada por Joaquín García Icazbalceta, Librería de J. M. Andrade, México, 1858, ed. facsímil, Porrúa, México.

COLOMER AMAT, Emilia

1999 "El '*Floss Sanctorum*' de Loyola y las distintas ediciones de la 'Leyenda de los Santos'. Contribución al catálogo de Juan Varela de Salamanca", *Analecta sacra tarraconensia. Revista de ciències historicoeclesiàstiques*, núm. 72, Barcelona, pp. 109-142.

GONZÁLEZ LEYVA, Alejandra

1996 "La devoción del Rosario en Nueva España: historia, cofradías, advocaciones, obras de arte 1538-1640", *Anuario XVII*, Archivo Dominicano/ Instituto Histórico Dominicano de San Esteban/Editorial San Esteban, Salamanca, España, pp. 251-320.

HANKE, Lewis y Celso RODRÍGUEZ (eds.)

1976 *Los virreyes españoles en América, durante el gobierno de la Casa de Austria: México*, vol. 1, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, Madrid.

HAZAÑAS Y LA RÚA, Joaquín

1949 "La Imprenta en Sevilla. Noticias inéditas de sus impresores desde la introducción del arte tipográfico en esta ciudad hasta el siglo XIX", en *Obras Póstumas*, vol. 2, pról. de Cristóbal Bermúdez Plata, publicada por la Junta del Patronato del Archivo y la Sección de Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Sevilla, Sevilla.

HERNÁNDEZ ARANDA, Judith

2019 "Paisaje de viento, duna y laguna. Asentamientos prehispánicos en la costa central veracruzana en el contexto precortesiano", en *Veracruz:*

- Puerta de cinco siglos (1519-2019)*, t. 1, Universidad Veracruzana/ Editores Índice Fons S. A. de C. V., Madrid, pp. 27-49.
- HERNÁNDEZ ARANDA, Judith y Roberto J. ÁVILA HERNÁNDEZ  
 2015 “Bautista Antonelli y sus proyectos para la transformación del puerto de San Juan de Ulúa en 1590”, *Ollin*, enero-junio, núm. 15, Centro INAH-Veracruz, pp. 45-64.
- 2019 “Los primeros puertos españoles en la costa central veracruzana”, *Revista Electrónica Aión*, marzo, núm. 2, Facultad de Historia de la Universidad Veracruzana, pp. 85-109 [[https://issuu.com/revistaaion/docs/maqueta\\_\\_ai\\_n\\_2?fbclid=IwAR0sUmKWfkXbvH8hROfZYXsPJCYP4BQGuUV1voG2m4SOtqqXWM\\_3WWOBRYg](https://issuu.com/revistaaion/docs/maqueta__ai_n_2?fbclid=IwAR0sUmKWfkXbvH8hROfZYXsPJCYP4BQGuUV1voG2m4SOtqqXWM_3WWOBRYg)].
- HERNÁNDEZ ARANDA, Judith y Blanca Rosa MORENO  
 2014 “El trabajo esclavo en San Juan de Ulúa durante el siglo XVI”, en Emiliano Gallaga (coord.), *¿Negro?... No, moreno... Afrodescendientes y el imaginario colectivo en México y Centroamérica*, col. Selva Negra, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, Chiapas, pp. 137-166.
- LACUEVA MUÑOZ, Jaime y Caroline CUNILL  
 2010 “Intereses transatlánticos en la explotación del alumbre de Metztitlán (1535-1548)”, *Estudios de Historia Novohispana*, año 29, vol. 43, julio-diciembre, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 19-50.
- LARA, Luis Fernando  
 2011 *Diccionario del español de México*, vol. 1, El Colegio de México, México.
- MARTÍNEZ, José Luis (ed.)  
 1992 *Documentos cortesianos IV: 1533-1548, secciones VI a VIII (segunda parte)*, Fondo de Cultura Económica, México.
- NETTEL ROSS, Margarita  
 2007 *Los testigos hablan: la conquista de Colima y sus informantes*, col. Orígenes, Universidad de Colima, México.
- PACHECO, Joaquín Francisco y Francisco de CÁRDENAS (eds. y comps.)  
 1864 *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía, sacados, en su mayor parte del Real Archivo de Indias*, t. 2, Imprenta Española, Madrid.
- RUIZ MEDRANO, Ethelia  
 1991 *Gobierno y Sociedad en Nueva España: Segunda Audiencia y Antonio de Mendoza*, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, México.
- SANTOS-LÓPEZ, Pascual  
 2014 “Transferencia tecnológica para la construcción social de un Imperio”, en *Felipe II y Almazarrón. La construcción local de un Imperio global*,

vol. II. *Sostener, gobernar y pensar la frontera*, col. Vestigios de un mismo Mundo, núm. 8, EDITUM, Murcia, pp. 363-378.

SEMBOLONI CAPITANI, Lara

2014 *La construcción de la autoridad virreinal en Nueva España, 1535-1595*, El Colegio de México, México.

VELLERINO DE VILLALOBOS, Baltazar

1984 *Luz de navegantes: donde se hallarán las derrotas y señas de las partes marítimas de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano. Dirigido al Real y Supremo Consejo de Indias. 1592*, ed. facsímil, Museo Naval de Madrid/Universidad de Salamanca, Madrid/Salamanca.

VINDEL, Francisco (ed.)

1953 *El primer libro impreso en América fué para el rezo del santo rosario (Méjico, 1532-34)*, facsímil, estudios y comentarios, Madrid.



# Por la defensa de un territorio: la proyección técnica de los ingenieros militares desde el fuerte de San Juan de Ulúa

GLADYS MARTÍNEZ AGUILAR\*  
SARA ELIZABETH SANZ MOLINA\*\*

## INTRODUCCIÓN

**L**A CIUDAD DE VERACRUZ Y SU FORTALEZA de San Juan de Ulúa son ampliamente conocidas como la principal puerta de comunicación comercial, social y política durante el virreinato de la Nueva España, lo que ha motivado a diversos investigadores<sup>1</sup> a indagar su conformación histórica; asimismo, otros estudiosos<sup>2</sup> se han sumergido en el ámbito biográfico de los ingenieros militares y han revelado su actividad en las etapas de la fortaleza, por tanto, se tiene un panorama del desarrollo evolutivo del conjunto militar desde el siglo XVI hasta el XVIII, en el que se identifica a Cristóbal de Eraso (siglo XVI) por su propuesta del muro de las argollas con dos torres en los extremos; a Bautista Antonelli (finales del siglo XVI), como el personaje que convierte las torres en dos baluartes, vislumbrando las posibilidades del sitio, y traslada a la Vera Cruz al frente del islote, con lo que se generó un binomio inseparable; Jaime Frank (siglo XVII) se reconoce por superar los retos del islote arrecifal y configurar una planta en paralelogramo irregular con cuatro baluartes y semibaluartes, fase significativa que

\* Dirigir correspondencia a Facultad de Arquitectura, Campus Xalapa, Universidad Veracruzana, Circuito Universitario Gonzalo Aguirre Beltrán, Zona Universitaria, C.P. 91090, Xalapa-Enríquez, Veracruz, México, tel. (228) 842-17-41, e-mails: glamartinez@uv.mx y arquitonica@hotmail.com.

\*\* Dirigir correspondencia a la Licenciatura en Arquitectura, Universidad Cristóbal Colón, Carretera Veracruz, El Tejar Kilómetro 1.5, Granjas Boticaria, C.P. 91930, Veracruz, Veracruz, México, tel. (229) 923-29-50, ext. 5710, e-mails: sarasanz@ucc.mx y saneli2@hotmail.com.

<sup>1</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1953; SANTIAGO CRUZ, 1966; MONTERO, 1997; PASQUEL, 1980; MAAWAD, MUÑOZ, SANZ y FERNÁNDEZ, 2010.

<sup>2</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1949; CAPEL *et al.*, 1983; MONCADA MAYA, 1993.

marcó la pauta para una tipología moderna permanente; Félix Prosperi (siglo XVIII) incorporó las primeras obras defensivas exteriores que más tarde Agustín López de la Cámara Alta (siglo XVIII) modificó y que finalmente consolidaron Manuel de Santistevan y Miguel del Corral (XVIII).

La línea de tiempo es clara en cuanto a la intervención general de los referidos ingenieros, sin embargo, es importante destacar que cada fase surgió a partir de estrategias de defensa en las que se vincularon los intereses de la Corona española y la situación del contexto. De esta manera, el papel de los ingenieros fusionó sus habilidades de diseño con las posibilidades de dar respuesta eficiente a los planes militares. Esta capacidad para corresponder a las necesidades de protección de un territorio los sitúa durante el siglo XVIII en una posición jerárquica según sus rangos y les abrió las puertas a puestos políticos, como gobernadores o como intendentes de provincia.

Por tanto, el presente texto destaca la transformación de la figura del ingeniero militar al servicio de la monarquía hispánica durante el siglo XVI, cómo se convierte en un factor clave para la organización de las defensas hasta el siglo XVIII, cuando las reformas borbónicas estructuraron el trabajo racionalizado de sus técnicos militares y consolidaron la red de plazas defensivas y comerciales de la Corona, donde los nodos fortificados jugaron roles estratégicos.

La participación de San Juan de Ulúa en el proyecto global defensivo de la monarquía española se enfatizó a partir de mediados del siglo XVIII, cuando se le destinó un equipo de ingenieros militares encabezados por un ingeniero director, el rango más alto asignado a una plaza defensiva. Es decir, la tarea no se limita a concluir la construcción de una fortificación, sino a establecer un bastión técnico que solventara con su preparación científica y militar los requerimientos de una infraestructura defensiva en la Nueva España. En consecuencia, cada ingeniero director designado a la plaza debía conducir, coordinar y ejecutar las políticas de protección de un territorio que traspasaba los límites de la intendencia de Veracruz.

Así, las acciones se muestran en relación con el debate de sus proyectos, la participación de los ingenieros directores, la huella de sus decisiones en territorio veracruzano, que desde su carácter técnico y militar los proyectó como personajes formados científicamente, estrategias militares y políticos

de una élite no económica, pero sí jerárquica, con posibilidades de trabajar en otras áreas civiles y ocupar puestos coyunturales desde donde atenderían el mejoramiento de las defensas de su territorio.

## EL PAPEL DEL INGENIERO MILITAR A PARTIR DEL REINADO DE FELIPE II

Durante el reinado de Felipe II, entre 1556 y 1598, el extenso territorio heredado y su situación geográfica lo obligaron a gestionar y organizar acciones políticas y económicas, además de una serie de obras de defensa para proteger los sitios estratégicos en el Nuevo Mundo y Filipinas. El concepto de obra de defensa está basado en varios aspectos, por un lado, la defensa y custodia de un territorio, la salvaguardia de las riquezas, y por otro, frenar el avance de nuevas ideas religiosas como fue el protestantismo, sin dejar de lado la aproximación de los turcos a Italia. Las fronteras de los reinos peninsulares, europeos y africanos requirieron de protección y para ello las obras de fortificación fueron una de las opciones más viables, pues éstas ya habían sido utilizadas por otros países a finales del siglo XV.

Para coordinar la construcción de las obras de defensa y su modernización,<sup>3</sup> se creó el Consejo de Guerra, que tuvo a su cargo las actividades de defensa de tierra y mar; los recursos humanos que estuvieron al frente de esta misión estaban formados por un militar responsable de las obras y por un ingeniero, ambos asignados en cada sitio estratégico del Imperio.<sup>4</sup> La monarquía requería de un plan de defensa, por lo que los ingenieros militares fueron elemento clave para llevar a cabo una estrategia que organizara las defensas no sólo de la península, sino del resto del territorio, de las islas y del norte de África.

Un equipo de destacados ingenieros italianos, entre los que se encontraban Juan Bautista Calvi, Fratin, Vespaciano Gonzaga, Juan Bautista Antonelli y Tiburcio Spannocchi, fueron los encargados de realizar los

<sup>3</sup> Algunas de las obras defensivas erigidas durante el siglo XV y principios del XVI aún conservaban la tipología de castillo medieval, por lo que fue necesaria su modernización y transformación en sistemas de protección abaluartados.

<sup>4</sup> CÁMARA MUÑOZ, 1989, p. 74.

informes y levantamientos de los puntos estratégicos para la defensa.<sup>5</sup> Una vez evaluado el territorio, diseñaron y ejecutaron las fortificaciones; junto con ellos, otros profesionales como cartógrafos, cosmógrafos, arquitectos y pilotos de diversas procedencias (flamencos, portugueses, castellanos, aragoneses, alemanes) trabajaron al servicio de la Corona española.<sup>6</sup>

La diversidad geográfica y territorial de los sitios que intervinieron los ingenieros incrementó sus experiencias y su práctica profesional. Por otra parte, hay que destacar el ordenamiento de la información que de cada lugar se recabó y el trabajo de gabinete que se realizó desde la Corte.

Como bien menciona Alicia Cámara, “[...] con el paso del tiempo se creó la figura del ingeniero mayor, por cuyas manos habían de pasar todas las trazas para ser informadas y dar su parecer”,<sup>7</sup> consiguiendo con ello un estricto control con apego a una normativa y especificaciones que tenían que ver con tipologías, materiales, instrucciones, relaciones o informes de avances de obra, etcétera.

Los modelos y sistemas constructivos empleados en la fortificación tanto del Mediterráneo como de las fronteras internas, permitió experimentar, corregir e innovar en las trazas y organización del trabajo, experiencias que fueron trasladadas posteriormente a las colonias americanas.

Guidoni menciona que fue a partir de la segunda mitad del siglo XV “cuando la experiencia se extiende de una forma decididamente imponente”;<sup>8</sup> para el XVI se registra en España —y posteriormente en América— la impronta de los ingenieros militares en el diseño de las ciudades y de las obras de defensa, con una marcada influencia italiana. La amplia producción de tratados de arquitectura militar y fortificación, entre cuyos autores podemos mencionar a los ingenieros Pietro Cataneo, Maggi-Castriotto y Francesco de Marchi, consigue unir los conceptos de urbanismo y fortificación.

Para este momento la mayoría de las propuestas en cuanto al diseño de la ciudad y la fortificación habían sido probadas,<sup>9</sup> por lo que se contaba

<sup>5</sup> Cabe señalar que únicamente podían desempeñar esta función aquellos ingenieros designados por el rey.

<sup>6</sup> PARDO, 1998, p. 46.

<sup>7</sup> CÁMARA MUÑOZ, 1989, p. 74.

<sup>8</sup> GUIDONI y MARINO, 1985, p. 198.

<sup>9</sup> GUIDONI y MARINO, 1985, p. 198.

con modelos, conocimientos y experiencias para afrontar las necesidades ante situaciones de ataques militares de potencias enemigas, pero sobre todo factibles de realizarse. Será entonces el diseño de ciudades fortificadas —principalmente de costas y algunas de interior— el que los ingenieros militares, formados en las obras solicitadas por la Corona, trazarán para sus nuevos territorios de ultramar.

Herederos de estos conocimientos, los ingenieros militares que laboraron para Felipe II fueron verdaderos innovadores, como Bautista Antonelli con sus ideas para los puertos ultramarinos. La experiencia profesional italiana, los múltiples proyectos realizados y la movilidad de los ingenieros en los territorios europeos y africano, dieron como resultado una extensión de la práctica de fortificación y del urbanismo, aunque no podemos dejar de lado que las intervenciones en la ciudad con motivos militares definieron en muchos de los casos su forma y crecimiento.

Ingenieros proyectistas, maestros de obras, canteros, carpinteros y todo un personal relacionado con el desarrollo del proyecto, se desplazaron de un lugar a otro, contribuyendo de esta manera a difundir nuevos modelos de fortalezas de ciudades y de soluciones arquitectónicas.

Casi al final del reinado de Felipe II, el ingeniero Cristóbal de Rojas, en 1598, menciona que hay dos aspectos en la formación profesional de un ingeniero: los conocimientos teóricos y la experiencia práctica. Apunta: “La primera mucha parte Matemáticas, la Segunda Aritmética y la Tercera y más principal para la fortificación, es saber reconocer bien el puesto donde se ha de hacer la fortaleza o castillo”.<sup>10</sup> Así también, recomienda la importancia de haber participado en la guerra y cerca de un buen soldado, haciendo referencia a lo que puede llamarse práctica de campo.

La suma de conocimientos y experiencias les permitió participar en otras actividades relacionadas con su profesión, como fueron obras públicas, hidráulicas, construcción de caminos, puentes y puertos, sin dejar de lado la urbanística, el trazo, el suministro de agua a la ciudad y su saneamiento, obras civiles, hospitales, cabildos, etcétera.

Es importante mencionar el interés del rey por formar profesionales españoles que continuaran la labor de los técnicos extranjeros que sirvieron

<sup>10</sup> ROJAS, 1598, fs. 1 y 2.

durante su reinado. Para ello, en 1582 crea la Academia Real Mathematica, donde Juan de Herrera, arquitecto mayor de Su Majestad, diseñó el programa de estudios, siendo director el cosmógrafo portugués Joao Baptista Lavanha. Dicha institución contribuyó en la formación de profesionales como Pedro Ambrosio Ondériz,<sup>11</sup> quien años más tarde le apoyó en la dirección de la misma.<sup>12</sup>

El ingeniero Cristóbal de Rojas se incorporó para enseñar fortificación y en 1598 publicó su tratado *Teoría y Práctica de la Fortificación*. Además de los ingenieros llamados desde Italia y otros puntos de Europa, la Academia contribuyó a la formación de profesionales que posteriormente se trasladaron a los distintos sitios defensivos.

Cuando vamos más allá de las posesiones de ultramar, las fortificaciones se convierten en elemento de defensa y política en muchas ocasiones disuasorio. En el caso de América, las fortificaciones no marcan la frontera como en Europa o en África, pues es otra la estrategia del momento; en este continente tuvieron un vínculo estrecho con las ciudades portuarias a las cuales ofrecieron protección y resguardo, en algunos casos funcionaron como puertos, aduanas y almacenes para mercancías, como ocurrió en La Habana, en Cartagena de Indias, en San Juan de Ulúa y Veracruz, y en Santo Domingo, por mencionar algunas de ellas.<sup>13</sup>

La construcción de estos recintos defensivos requirió de profesionales con destacada experiencia en este sector, pero principalmente capaces de trabajar en un lugar muy distinto al europeo y al africano, para ello Felipe II convocó a un grupo de ingenieros militares italianos que elaborara un sistema defensivo que integrara todas las posesiones de ultramar.

Cabe hacer mención que Felipe II ya había dado a un grupo de ingenieros militares, entre los que se encontraban Calvi, Fratín, Antonelli y Spannocchi, la facultad de realizar informes sobre los estados de defensa, las propuestas y proyectos para el territorio español. De esta manera, para América el monarca designó a Bautista Antonelli y a Juan de Tejeda, quienes hicieron los viajes de reconocimiento de las tierras y elaboraron informes

<sup>11</sup> En 1591 fue nombrado Cosmógrafo Mayor del Consejo de Indias.

<sup>12</sup> Puede consultarse el texto *Felipe II Los ingenios y las máquinas. Ingeniería y obras públicas en la época de Felipe II*, Ministerio de Fomento, Madrid, 1998.

<sup>13</sup> CÁMARA MUÑOZ, 1998, p. 78.

y propuestas de las defensas, los cuales fueron evaluados en España por el ingeniero Tiburcio Spannocchi.

El plan de defensa del Caribe, considerado hoy en día como una de las mejores estrategias defensivas, tiene sus bases en la fortificación de las ciudades portuarias y en los puntos clave para la entrada a las bahías y puertos.

## LOS PLANES DE DEFENSA: VERACRUZ EN LA ESTRATEGIA DEFENSIVA INTERCONTINENTAL

El siglo XVI representó para España un momento importante, ya que recibió grandes riquezas desde sus posesiones americanas. Los barcos que desde San Juan de Ulúa trasladaban metales y artículos preciosos, emprendían la ruta entre España y América conocida como la “carrera de Indias”. Sin embargo, este activo comercio se vio amenazado por la presencia de piratas que asaltaban y saqueaban poblaciones tanto en el Caribe como en el Golfo de la Nueva España, mermando con ello las ganancias.<sup>14</sup>

La primera estrategia de defensa estuvo dirigida a la protección de las flotas, dispuesta en 1560 por la Corona española, mediante la cual todo convoy comercial debía ser acompañado por flotas armadas; por otra parte, los puertos y ciudades se fortificaron para crear una cadena protectora a lo largo de las costas americanas.

Este sistema fue conocido como “el sistema defensivo indiano” o, por algunos autores, como “cinturón antillano” y estuvo integrado por los puertos de Santo Domingo, Panamá, San Juan de Puerto Rico, La Habana, San Agustín de la Florida, Portobelo, Cartagena de Indias, Campeche y San Juan de Ulúa-Veracruz.<sup>15</sup>

Las mencionadas acciones se complementaron en tierra firme con la creación de guarniciones y milicias. Aun cuando algunos autores como Albi<sup>16</sup> consideran que la estrategia más revolucionaria fue la de las flotas, desde el punto de vista arquitectónico consideramos que las edificaciones de defensa fue la de mayor envergadura, pues requirió de un personal técnico, con el que la Corona no contaba en el siglo XVI.

<sup>14</sup> Sobre el tema de la piratería, consúltese MONTERO, 2003.

<sup>15</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1987, p. 17.

<sup>16</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1987, p. 16.

De esta manera, a lo largo de los siglos XVI y XVII, un equipo de ingenieros militares, principalmente italianos y de otras nacionalidades,<sup>17</sup> se desplazó a los nuevos territorios incorporados a la Corona para hacerse cargo del diseño, ejecución y dirección de las obras de fortificación.<sup>18</sup> Mientras que en el siglo XVIII predominaron los profesionales de origen español.

Como se mencionó anteriormente, el ingeniero militar Bautista Antonelli y el capitán Juan de Tejada fueron los encargados de realizar los informes de los sitios y realizar las propuestas de fortificación para cada uno de ellos, para su posterior envío y evaluación por el ingeniero Tiburcio Spannocchi en España. El primer plan de defensa planteado por Bautista Antonelli fue para proteger el Golfo de Nueva España, el Mar Caribe y la América Central, y fue el inicio de un sistema que se fue adaptando y mejorando a lo largo de tres siglos.

Cabe destacar la labor de Antonelli en 1590 haciendo las recomendaciones para el traslado de la Villa Rica de la Veracruz de su emplazamiento ubicado en La Antigua hacia los terrenos ubicados frente a San Juan de Ulúa, punto de defensa de la costa, en el espacio denominado Ventas de Buitrón. Con este propósito elaboró —en términos de arquitectura militar— el primer proyecto técnico que contempla los avances en materia de fortificación para San Juan de Ulúa, con una visión más allá del recinto defensivo, proponiendo la construcción de almacenes para resguardar las mercancías y el importante levantamiento del camino que comunica la costa con el Altiplano y la Ciudad de México, que estuvo en funcionamiento durante toda la época colonial e incluso en la actualidad.

La relevancia estratégica de San Juan de Ulúa en el siglo XVI relacionada con las actividades comerciales, su función de puerto, aduana, almacén y puerta de entrada y salida, la convirtió en paso obligado para el movimiento de pasajeros y productos, principalmente de metales como oro y plata, desde la Nueva España a la metrópoli.

La articulación de un plan de defensa en el Caribe en la mencionada centuria, propiamente un espacio geoestratégico en su totalidad con pre-

<sup>17</sup> Los primeros ingenieros militares que trabajan para Felipe II serán en su mayoría de nacionalidad italiana, debido a su formación y experiencia.

<sup>18</sup> CAPEL, SÁNCHEZ y MONCADA, 1988, p. 315.

sencia española, se verá reflejada en la destacada proyección técnica de estos primeros ingenieros en América, quedando de manifiesto en los diseños y obras emprendidas en Santo Domingo, La Habana, Panamá y Portobelo de la mano de Antonelli. Cabe señalar aquí la importancia de los puertos de Cartagena de Indias, La Habana, Portobelo y Veracruz, designados por la Corona como exclusivos para el comercio con España.<sup>19</sup>

Sin dejar de lado al ingeniero Pedro Ochoa de Leguizamo, quien trabajó entre 1590 y 1600 en Nueva España y, más tarde, en Guatemala. La saga de los ingenieros italianos estará presente incluso en Filipinas, territorio a cargo de Nueva España, con la figura de Leonardo Turriano.<sup>20</sup>

Durante los siglos XVI y XVII el Caribe fue escenario de batallas por hacerse de los metales preciosos, en puertos como Cartagena y Portobelo donde se concentraba la plata del Perú para su envío; en San Juan de Ulúa y Veracruz con la plata, el oro y los productos provenientes de Asia, y La Habana como puerto de enlace en el tornaviaje de la flota a España. Dos puertos más conformaron el espacio geoestratégico del Caribe español: el acceso controlado por Puerto Rico y la ruta de salida con destino al canal de las Bahamas defendida por la Florida.<sup>21</sup>

Por la trascendencia de estos puertos, Capel menciona que en esta época las solicitudes de ingenieros militares para que trabajaran en América fueron constantes, pero es en el siglo XVII cuando se registra el movimiento de 26 ingenieros hacia esta zona, predominando nuevamente los de nacionalidad italiana, además de alemanes, flamencos y holandeses.<sup>22</sup>

En el caso particular de San Juan de Ulúa y la Villa Rica de la Veracruz, la actividad comercial estuvo relacionada con las ferias efectuadas ante la llegada de las flotas. García de León comenta que “entre 1561 y 1650, la Veracruz absorbía las nueve décimas partes del movimiento marítimo de la Nueva España, [lo que] representaba de 40 a 43 [%] del tráfico del monopolio de Sevilla y 36 [%] del movimiento global trasatlántico”.<sup>23</sup>

<sup>19</sup> GARCÍA DE LEÓN, 2011, p. 21.

<sup>20</sup> GARCÍA DE LEÓN, 2011, p. 21.

<sup>21</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1987, p. 12.

<sup>22</sup> CAPEL, SÁNCHEZ y MONCADA, 1988, p. 316.

<sup>23</sup> GARCÍA DE LEÓN, 2011, p. 317.

En 1658 los ingleses tomaron la isla de Jamaica, generando un estado de alerta en el Caribe, por lo que fue necesario considerar el resguardo de los puertos, entre ellos la ciudad de Veracruz y San Juan de Ulúa, para lo cual se asignó al ingeniero flamenco Marcos Lucio, quien consideró la importancia de fortificar la ciudad. Pero fue hasta la llegada del ingeniero alemán Jaime Franck cuando se estructuró una nueva estrategia de defensa en San Juan de Ulúa, al crear una obra dentro de las reglas del arte de la fortificación, teniendo incluso en cuenta el proyecto de una ciudadela en el bajo de la caleta.

El desarrollo y aumento de la producción de plata en el siglo XVIII fue uno de los dos factores determinantes para que la Corona pusiera mayor atención en este punto estratégico de sus posesiones de ultramar. Veracruz continuó siendo el puerto de concentración y embarque de la plata novohispana, referente mundial monetario, como lo llama García de León, considerándolo “de deseo del naciente mercado mundial capitalista”.<sup>24</sup> El segundo factor será la proximidad de los ingleses al tomar La Habana en 1762, poniendo en peligro el único puerto de la Nueva España autorizado para el comercio con España. Con este hecho se crea un nuevo plan de defensa que no sólo incluyó a la ciudad y a la fortaleza de San Juan de Ulúa, sino a las costas próximas a ella.

Es así como se concreta la llegada del ingeniero Manuel de Santistevan, en calidad de director de fortificaciones, y de un equipo de ingenieros formado por Pedro Ponce, Miguel del Corral y el visitador Agustín Crame, quienes evaluaron el extenso litoral y propusieron la creación de una serie de baterías de costa al sur, en puntos estratégicos como Coatzacoalcos, Alvarado, Antón Lizardo, y al norte en Punta Gorda, para controlar esta zona ante cualquier desembarco enemigo.

Nuevamente Veracruz quedó incluida en el plan de defensa para las posesiones coloniales creado entre 1764 y 1799.<sup>25</sup> Puede estimarse este momento como el último esfuerzo de la Corona por conservar sus territorios. Julio Albi destaca que, para finales del siglo XVIII, España será la única po-

<sup>24</sup> GARCÍA DE LEÓN, 2011, p. 11.

<sup>25</sup> Cabe señalar que fueron varios los planes de defensa que la Corona española diseñó para proteger sus puertos del Caribe y Nueva España.

tencia de Europa que tiene pocas pérdidas territoriales, gracias a sus esfuerzos durante tres siglos por conservar casi todos sus dominios en América.<sup>26</sup>

## LA LLEGADA DE LA DINASTÍA BORBÓNICA Y LA REORGANIZACIÓN DE LAS MILICIAS E INGENIEROS

En 1700, el ascenso de Felipe V a la Corona española trajo diversas transformaciones en la forma de gobernar una monarquía cuya extensión geográfica —que traspasaba las fronteras continentales— alimentaba su magnitud, pero diluía su presencia en ciertos aspectos, lo que la hacía vulnerable a la fragmentación social y frágil ante los ataques de los imperios enemigos. Debido a esa situación, la dinastía borbónica reconoció las debilidades y emprendió un conjunto de medidas encaminadas a llevar una política centralizadora como acción básica para el control completo de sus territorios y riquezas.

Evidentemente no fue algo sencillo y se requirieron transformaciones radicales en la organización administrativa, territorial y militar. La sociedad, permeada por el pensamiento moderno, trató de renovarse con base en la ideología de la Ilustración, pero su exposición ante las guerras la mantuvo en alerta constante.

En principio, los riesgos bélicos de la Guerra de Sucesión (1700-1704) evidenciaban las condiciones sobre las que tendría que reestructurarse la nueva monarquía y que urgían, por supuesto, la organización eficiente de las defensas, pues se trataba de unir al interior y fortalecer el Imperio hacia el exterior. Así, la monarquía hispánica inició el siglo XVIII estableciendo lineamientos para el desarrollo económico, conocidos como “reformas borbónicas”, con nuevos esquemas de administración de los territorios en donde las milicias ejercieron un papel fundamental para mantener el orden y resguardo, lo que implicó algo más que el uso de la fuerza; es decir, aprovechar sus conocimientos y capacidades técnicas para una reestructuración militar que, a la vez, impulsara el saber científico y útil.

Las acciones de reorganización política y administrativa basadas en el control del territorio se lograron con el apoyo de actores importantes,

<sup>26</sup> ALBI DE LA CUESTA, 1987, p. 9.

entre los que destaca el papel de los ingenieros militares. Las cualidades de científico y técnico que distinguen al ingeniero moderno fueron muy oportunas para el arte militar y la clase política. Jünger Habermas<sup>27</sup> afirma que la técnica es dominio, y un ejemplo de ello es la adopción de la figura del ingeniero por parte de la monarquía española, cuya táctica de control exigía el empleo de estos técnicos como los instrumentos esenciales para la acción militar que le permitieran conocer, dominar y proteger sus propiedades.<sup>28</sup>

La profesionalización del ingeniero militar se había consolidado a través de las academias; sin embargo, el Academia de Matemáticas y Fortificación de Bruselas, considerado como la más importante institución durante el siglo XVII, cerró sus puertas en 1706, dejando un gran vacío en el ámbito de formación de la milicia española, pues cabe recordar que a pesar de que dicha Academia se encontraba en los Países Bajos, había sido un lugar de preparación técnica para ingenieros militares españoles y de otros reinos.

La institucionalización de las agrupaciones técnicas y políticas como una estrategia centralizadora de la monarquía fomentó también reformas militares encaminadas a crear una corporación estructurada jerárquicamente, aunada a las necesidades en el campo de batalla, por lo que considerando que se contaba con los suficientes recursos humanos ya preparados profesionalmente, el rey Felipe V, emulando a su abuelo Luis XIV y su *corps du génie*, decidió integrar un Cuerpo de Ingenieros como medio para generar un escalafón específico estructurado, mediante un sistema de mando que permitiera una amortización más efectiva de las capacidades de sus integrantes a la hora de realizar las labores militares planeadas.<sup>29</sup>

Felipe V, a través de su secretario de Guerra, el marqués de Bedmar, hizo traer al ingeniero flamenco Jorge Próspero Verboom, alumno destacado de la Academia de Matemáticas y Fortificación de Bruselas y discípulo de Sebastián Fernández de Medrano,<sup>30</sup> designándolo para planificar

<sup>27</sup> HABERMAS, 1984.

<sup>28</sup> GALLARD SEGUELA, 2005, p. 205.

<sup>29</sup> MUÑOZ CORBALÁN, 2015, p. 20.

<sup>30</sup> Sebastián Fernández de Medrano (Toledo, 1646-1705) fue un destacado ingeniero militar y tratadista que dirigió la Academia Real de Matemáticas de Bruselas (Centro de Bruselas), consolidándola como la mejor escuela de preparación en ingeniería militar; elaboró casi todos los textos que guiaban la formación académica,

la organización del Cuerpo de Ingenieros. Para lograrlo, el rey promulgó en 1710 una Orden Real y a la vez le otorgó a Verboom el título de “Ingeniero General de los Ejércitos, Plazas y Fortificaciones de todos los Reinos, Provincias y Estados”.<sup>31</sup>

El ingeniero Verboom era un hombre de gran experiencia que supo ordenar la nueva institución. El Real Cuerpo de Ingenieros Militares de España se constituyó el 17 de abril de 1711 con el objetivo de ejercer un papel fundamental en la organización y control del destino y trabajo de sus integrantes. Para asegurar el poder del rey, Verboom agrupó a los ingenieros militares por regiones al mando del comandante o ingeniero general que, además, ejercía el cargo de director general<sup>32</sup> de fortificaciones y que mantenía contacto inmediato con el monarca.

El director general tenía la función de dirigir las fortificaciones bajo las reglas del arte y la economía, resaltando las características esenciales que distinguieron al ingeniero moderno: prontitud, solidez y economía. Los ingenieros se asignaban a las plazas del reino según su capacidad, habilidades y puesto. Las plazas más importantes eran la sede del ingeniero director, figura que ejercía el mando superior de la región y las plazas vinculadas a la estrategia defensiva, manteniendo la comunicación de todo lo que realizaban los ingenieros a su cargo, apoyados en planos y memorias que eran revisados y evaluados antes de tomar alguna decisión respecto de la ejecución de nuevas obras o modificaciones a las existentes, por lo que nada podía llevarse a cabo antes de estar aprobado por el rey.

A través del proceso de evaluación, el director general conocía a detalle los territorios encabezados por los ingenieros directores, así como las cualidades de cada ingeniero de la plaza, lo que le daba pauta para ubicarlos dependiendo de su perfil o especialización; de esta manera, la movilidad y ascenso en el escalafón de los ingenieros dependía en gran parte de su desempeño y de la conveniencia del Imperio.

editándolos posteriormente como tratados, entre los que destaca *Rudimentos geométricos y militares que propone al estudio y la aplicación de los Profesores de la Milicia*, cuya trascendencia definió el perfil científico que alcanzarían los ingenieros militares.

<sup>31</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1988, p. 148.

<sup>32</sup> LÓPEZ MUIÑOS, 1993, p. 254.

Verboom planeó los diferentes tipos de intervención de los ingenieros en tiempo de paz y de guerra; describió los diferentes empleos que deberían crearse; propuso una doble graduación, la militar y en el Cuerpo de ingenieros; reguló el ascenso por méritos, según las capacidades demostradas en el ejercicio de sus funciones, y, sobre todo, fue el impulsor de la creación de academias militares que permitían adquirir una verdadera formación militar. Esto último respondía a dos intereses: formar a los mandos militares del ejército y formar a la élite técnica,<sup>33</sup> con lo que se alcanzó la desvinculación de la corporación de ingenieros de la de Artillería, bajo cuyo mando habían estado sometidos los ingenieros con anterioridad.<sup>34</sup>

La corporación requirió de una reglamentación, por lo que se estipularon sus lineamientos mediante las Ordenanzas de 1718, donde se indicaban las funciones, la estructura jerarquizada de los mandos, la forma de realizar los proyectos y la ejecución de las obras, no sólo militares sino también civiles, así como dotar de infraestructura necesaria a las ciudades y, sobre todo, tener el conocimiento y registro de la geografía, lo que aseguró que llegaran hasta los lugares más marginales. La importancia de estas Ordenanzas radica en las atribuciones y deberes de los integrantes del Cuerpo Real de Ingenieros Militares, además de regular la redacción, tramitación y aprobación de proyectos, ejecución de las construcciones y habilitación de recursos.<sup>35</sup>

La formación científica de los ingenieros militares pasó también por diversos procesos. En 1720, la fundación formal de la Academia de Matemáticas y Fortificación de Barcelona fue un paso relevante en la configuración del perfil del ingeniero militar moderno. El aspirante adquiriría el conjunto de saberes en la Academia, posteriormente era reclutado en el Colegio Real de Ingenieros Militares y, por último, trasladado a alguna plaza en las posesiones de la monarquía. El ingreso a la milicia le garantizaba cierto estatus y la posibilidad de destacar en concordancia con el esfuerzo que empeñara en su trayectoria. Por consiguiente, para convertirse en ingeniero militar era necesario poseer cierto saber científico, y sus

<sup>33</sup> GALLARD SEGUELA, 2005, p. 206.

<sup>34</sup> MUÑOZ CORBALÁN, 2015, p. 21.

<sup>35</sup> LÓPEZ MUIÑOS, 1993, p. 255.

conocimientos eran potencializados en las obras de defensa y fortificación. Los saberes científicos representaban un capital que, sin duda, el joven ingeniero aprovecharía en su actividad.

Durante el reinado de Fernando VI (1746-1759) se efectuaron algunas transformaciones en la organización de los ejércitos; cabe destacar que desde 1744, tras el fallecimiento de Jorge Próspero de Verboom, nuevas políticas de defensa se emprendieron bajo la dirección de otros ingenieros generales. En 1749, Fernando VI emitió unas Ordenanzas que impulsaron reformas en la organización política del territorio e incidían en las funciones de la milicia. Se replantearon las atribuciones del intendente de provincia, que sería la figura encargada de los asuntos de hacienda y de guerra, así como el responsable del mejoramiento de las infraestructuras viarias y la vigilancia de las obras públicas.

Entre 1756 y 1758, Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, fungió como director general de Artillería e Ingenieros, fue el personaje que impulsó modificaciones estructurales en la milicia, pues fusionó nuevamente a los cuerpos de ingenieros militares y los de artillería, lo cual generó inconformidades entre las altas esferas políticas, por lo que en 1761 se decretaría su separación definitiva.<sup>36</sup> No obstante, en el corto tiempo que estuvo al mando de los ejércitos y las fortificaciones, se tomaron decisiones que trascenderían hasta las plazas de América.

Ante el conflicto bélico entre España e Inglaterra por la llamada Guerra de los Siete Años (1756-1763), en Veracruz se asignó al primer ingeniero director de la plaza, Lorenzo de Solís, quien arribó en 1758, lo que representaría un parteaguas en la historia de la construcción militar regional, que si bien aparentemente no tuvo efectos inmediatos, fue un paso significativo para elevar el nivel técnico de los ingenieros encargados de las obras en un contexto en el que el clima, la humedad y los vientos habían sido el principal enemigo por superar. Por otra parte, las continuas amenazas que enfrentaba España acentuarían en los años siguientes la necesidad de mejorar las fortificaciones de Veracruz, lo cual estaría respaldado por un equipo de ingenieros militares que consolidaron el sistema defensivo de la plaza más importante de Nueva España.

<sup>36</sup> MUÑOZ CORBALÁN, 2015, p. 22.

Así, el papel de los ingenieros militares los llevó a constituir una élite en la sociedad, parte del Estado Mayor de las colonias fortificadas. Fueron muchas las ocasiones en que se involucraron con los intendentes de provincia, gobernadores y oficiales de la Real Hacienda en la toma de decisiones, para lo cual siempre se les solicitaba un estudio, informe, presupuesto, plano o punto de vista. De esta manera, en el desempeño de la monarquía, la participación de los ingenieros militares fue constante y activa, no sólo en la arquitectura militar, sino en la conformación de una sociedad.

PUESTOS DESEMPEÑADOS POR LOS INGENIEROS MILITARES
Ayudante de ingeniero/Delineador
Ingeniero extraordinario
Ingeniero ordinario
Ingeniero segundo
Ingeniero en jefe
Ingeniero director

NOTA: De arriba hacia abajo se muestra de menor a mayor cargo de atribuciones.

FUENTE: Tabla basada en GALLARD SEQUELA, 2005, p. 220.

## LA PROYECCIÓN TÉCNICA DE LOS INGENIEROS MILITARES EN VERACRUZ

En el virreinato de la Nueva España, los cambios implementados por la dinastía borbónica se reflejaron a partir de la segunda década del siglo XVIII. Veracruz, el único puerto autorizado para el movimiento comercial, presentó un incremento en el número de ingenieros destinados a su plaza; según los estudios de Horacio Capel y Omar Moncada,<sup>37</sup> se identifican alrededor de 35 ingenieros asignados a las labores de construcción. La intervención de los ingenieros militares en las obras tuvo diversos ritmos y enfoques, con periodos de aceleración en las actividades, aportes de nuevas tipologías, o suspensiones de los trabajos. De manera que durante el siglo XVIII son visibles tres etapas en el desarrollo de las fortificaciones veracruzanas, por la presencia y trascendencia de la participación de los

<sup>37</sup> CAPEL *et al.*, 1983; MONCADA MAYA, 1993.

ingenieros militares, que va en relación directa con las políticas defensivas de la monarquía.

La primera etapa corresponde a la llegada de integrantes del Cuerpo Real de Ingenieros Militares, una vez organizada la corporación y durante la primera mitad del siglo XVIII. Este periodo se caracteriza por la intervención de dos importantes ingenieros italianos: Felipe León Maffey y Félix Prosperi,<sup>38</sup> quienes ejecutaron proyectos en Veracruz, representando con esto el inicio de las obras bajo los lineamientos establecidos para su desempeño en las Ordenanzas de 1718. Además, las tareas se caracterizaron por el perfil de formación y experiencia de sus técnicos; por ejemplo, León Maffey y Prosperi, junto con Carlos Blondeaux, habían estado con anterioridad en la campaña militar de Italia y su desempeño era plenamente conocido por Jorge Próspero Verboom, quien les designó el traslado a la plaza más importante de la Nueva España con los más altos rangos en la región durante ese momento.

León Maffey y Prosperi arribaron a Veracruz con categoría de ingeniero segundo en los años 1725 y 1735, respectivamente, y Blondeaux en 1733 como ingeniero en jefe. Entre las obras construidas en la ciudad de Veracruz se encuentran el amurallamiento en colindancia con el mar, las puertas del muelle y la puerta de México, así como las atarazanas y los cuarteles de la ciudad. También durante esta etapa se levantaron las primeras obras defensivas exteriores en San Juan de Ulúa, replanteando el diseño y tipología arquitectónica acorde con los últimos planteamientos de la poliorcética.

A partir de 1750 se comienza una segunda fase caracterizada por la intensificación de la actividad constructiva, como consecuencia de la guerra entre España e Inglaterra, la Guerra de los Siete Años (1756-1763). Las decisiones para reforzar las defensas influyeron en el traslado de los primeros ingenieros directores a la plaza de Veracruz, por lo que en 1758 llegó Lorenzo de Solís para coordinar al grupo de ingenieros estructurado jerárquicamente con un mando mayor técnicamente preparado, lo que sentaría las bases de una nueva dinámica de trabajo en el fuerte de San Juan de Ulúa.

<sup>38</sup> Félix Prosperi fue autor del único tratado de fortificación editado en América, titulado *La Gran Defensa*, 1744. El texto es una aportación de nuevos métodos de fortificación y recomendaciones de mejoramiento de obras.

Después de la muerte de Lorenzo de Solís, en 1761, la plaza recibió a profesores y egresados de la Academia de Matemáticas y Fortificación de Barcelona: en 1763 arribó como ingeniero director Manuel de Santistevan,<sup>39</sup> docente de la clase de Matemáticas; en 1764 se incorporó el ingeniero segundo Miguel del Corral,<sup>40</sup> egresado de la Academia, y en 1771 se encontraba en la plaza Agustín Crame,<sup>41</sup> quien además de ser egresado también había fungido como profesor del centro de enseñanza de Barcelona.

De esta manera, los conflictos bélicos de España contra Inglaterra se atendieron desde la trinchera técnica en el fuerte de San Juan de Ulúa, mediante informes, proyectos y obras que configuraron el sistema defensivo veracruzano, pues su experiencia como militares y sus conocimientos académicos les habían dado las herramientas para resolver de manera eficiente las condiciones del contexto, así como las habilidades para dirigir a su equipo de ingenieros, también preparado en el arte de la fortificación, logrando consolidar no sólo una estructura de defensa en la costa, sino involucrar a las regiones tierra adentro por la protección del territorio.

Y como todo proceso, una última etapa de cierre se ubica a partir de la última década del siglo XVIII e inicios del XIX, que corresponde con el final del virreinato. Las políticas de la monarquía y la reorganización de los corporativos de ingenieros, según su ámbito de desempeño, se verán reflejados en la disminución de la actividad constructiva militar en Veracruz. Las obras se enfocaron a dotar de mejores vías de comunicación, enlazándose diferentes puntos del territorio; aunque se realizaron en diversos puntos, la principal se centró en el Camino Real Veracruz a México, por la vía de Xalapa, a cargo del ingeniero Diego García Conde. Con esto se demostraba cómo el papel del ingeniero militar ampliaba su campo de

<sup>39</sup> En 1739 Manuel de Santistevan fue nombrado Ingeniero Ayudante del Director General de la Academia de Barcelona, para la enseñanza de Matemáticas, cargo que desempeñó por trece años (1739-1752). En aquel tiempo Pedro de Lucuze era director de la Academia, reconocido ingeniero militar, tratadista y promotor de la enseñanza científica.

<sup>40</sup> Aunque no se tiene la fecha exacta del ingreso de Miguel del Corral a la Academia de Matemáticas y Fortificación de Barcelona, seguramente sucedió entre 1746, año en que se registra su incorporación al Regimiento de Artillería, y 1750, cuando se distingue con el puesto de ingeniero delineador.

<sup>41</sup> Agustín Crame, después de su admisión como cadete en 1742, estudió en la Academia de Matemáticas y Fortificación de Barcelona, en donde años más tarde fue designado como profesor de la clase de Matemáticas, ejerciendo la docencia hasta 1760.

intervención, enfocando sus conocimientos a mejorar las vías de comunicación, tanto puertos como caminos, con sus respectivos puentes y edificaciones complementarias como los faros.

En ese panorama histórico del siglo borbónico se identifica el año de 1764 como un parteaguas en el desempeño técnico de los ingenieros militares en Veracruz. Por un lado, la importancia del fuerte de San Juan de Ulúa había congregado a ingenieros militares de alto nivel técnico, de diferentes puestos y grados en la milicia y, por otra parte, el ambiente de zozobra al término de la Guerra de los Siete Años que replicaba en todos los puertos del Caribe la urgencia de reforzar las defensas, fueron los factores que detonaron un trabajo constante, con propuestas de diversos tipos, en las escalas arquitectónica, urbana y regional, a la par de las estrategias defensivas de la Corona española.

En 1764, Manuel de Santistevan era el ingeniero director de fortificaciones de la Nueva España con sede en el fuerte de San Juan de Ulúa; Felipe Feringan Cortés, ingeniero en jefe; Ricardo Aylmer, ingeniero segundo; Pedro Ponce, Antonio Docel y Gaspar de Casasola, ingenieros extraordinarios; sin embargo, para el rey Carlos III era primordial optimizar las defensas, por lo que envió a Juan de Villalba comisionado para organizar al ejército novohispano, quien además de traer consigo a un gran número de militares, llegó en noviembre del mismo año con un nuevo equipo de ingenieros encabezado por Miguel del Corral como ingeniero segundo, así como los ingenieros ordinarios Antonio Exarch y Nicolás Latora, y los delineadores Joseph González, Miguel Constanzo y Francisco Jersen.

La idea de Villalba era que su grupo de técnicos tuviera un desempeño independiente del ingeniero director, situación que parecía contrariar la política centralista borbónica, siempre definida bajo una estructura de jerarquía lineal; no obstante esas intenciones, la dimensión del trabajo implicó a todos los ingenieros en la plaza.

La toma de La Habana por los ingleses había dejado la experiencia de que el enemigo podría desembarcar en cualquier punto débil de la costa y, sin encontrar obstáculo, avanzar hasta lograr su objetivo, por lo que en Veracruz se hacía indispensable el reconocimiento técnico de la geografía de su litoral, pero también de sus caminos o posibles rutas hacia el interior, además de evaluar el estado defensivo del fuerte de San Juan de Ulúa y la

ciudad amurallada. En consecuencia, de 1765 a 1770 se redactaron informes y diseñaron proyectos que comprendieron zonas de costa y tierra adentro, con lo que se daría un paso esencial para aumentar el sistema de protección, sin dejar de considerar que el fuerte de Ulúa era la pieza más importante ante un posible ataque.

En cuanto a la ciudad de Veracruz, Manuel de Santistevan examinó sus condiciones y formuló el *Proyecto General de sus Fortificaciones*, en 1765, proponiendo tres opciones para mejorar las defensas, expresadas en sendas versiones del *Plano de la plaza de Veracruz, su puerto y su castillo de San Juan de Ulúa*, las cuales iban acompañadas por sus respectivos presupuestos, que fueron enviados al virrey Joaquín de Montserrat, marqués de Cruillas, aprovechando que se encontraba don José de Gálvez, visitador general de todos los tribunales de justicia, cajas y ramos de la Real Hacienda y de los propios arbitrios de las ciudades, villas y pueblos de la Nueva España. Estas propuestas plantearon una ampliación de la muralla de la ciudad de Veracruz, aumentando las dimensiones de sus baluartes y puertas, pues se consideraban de poca protección por el tamaño que hasta ese entonces guardaban; la muralla tenía una vara de alto de mampostería y dos varas de altura de estacas de madera. Sin embargo, ninguno de los proyectos se llevó a cabo.

Dado que la pieza clave para el control del comercio que buscaban los ingleses era el fuerte de San Juan de Ulúa, Santistevan presentó otros proyectos para mejorar la fortaleza, de los cuales se desprende el *Plano del Castillo de San Juan de Ulúa en el actual estado con el proyecto acordado por la Junta de Generales en octubre de 1765 que se ejecuta y el aumento que se propone como esencial y preciso para su vigorosa defensa*, en el que se autorizó la demolición del revellín de San José, construido por López de la Cámara Alta, la ampliación del baluarte de Santiago, la cortina norte, el baluarte de San Crispín y la cortina oriente. Con estas medidas se esperaba consolidar las defensas del fuerte.

Santistevan analizó las condiciones de las defensas de San Juan de Ulúa y desde 1764 señaló la necesidad de mejorar las obras exteriores de la fortaleza, a pesar de que habían sido concluidas recientemente. El ingeniero director revisó el revellín de San José, la capacidad defensiva según sus dimensiones, el alcance de sus ángulos y sus tiros de cañón, por lo que concluyó que no era suficiente para dar una correcta protección (Figura 1).

El revellín con orejones era formalmente estético y constructivamente estable, sin embargo, como profesor en la Academia de Fortificación de Barcelona, Manuel de Santistevan tenía el conocimiento claro de la reglas y parámetros de la tratadística militar, lo que le daba los argumentos para defender su criterio. De manera que la obra precedente dirigida por Agustín López de la Cámara Alta, junto con Pedro Ponce y el maestro mayor Joseph Camacho de Mendoza, fue sustituida por un nuevo diseño de Santistevan, definido con mayor detalle en un plano de 1765.

Ésta fue una de las primeras acciones en que se demostraba la trascendencia de los saberes científicos en los ingenieros militares. Cabe recordar que a pesar de la experiencia de López de la Cámara Alta y la de Pedro Ponce, quien se había formado como voluntario a partir de su llegada en 1755 con Carlos Luján, sus conocimientos en las diferentes obras eran menores si se comparaban con la preparación técnica de Santistevan.

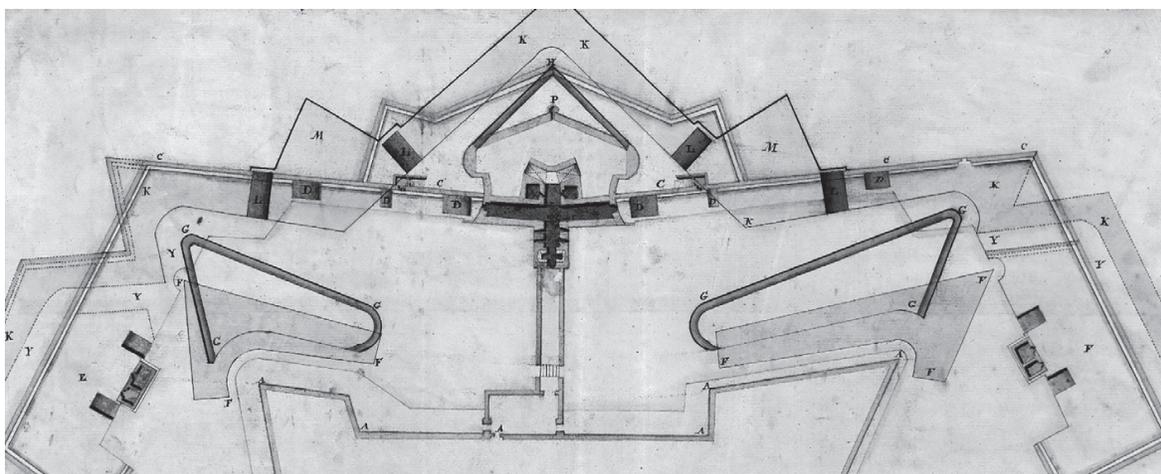


FIGURA 1. Fragmento del *Plano del Castillo de San Juan de Ulúa*, en que se manifiestan las obras ejecutadas por el Ingeniero en segundo, Don Agustín de la Cámara Alta y las correcciones que se tiene por conveniente el Ingeniero Director Don Manuel de Santistevan, 1764. Éste se encuentra en el Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército de España.

FUENTE: *Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar*, t. II. Méjico, Ilustración núm. 100-Servicio Histórico Militar, Servicio Geográfico del Ejército, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990.

Además, Santistevan expuso en 1766 el *Plano de la Ciudad de Veracruz, sus contornos inmediatos para la inteligencia del presente estado, en que se hallan sus fortificaciones con Proyecto de Ciudadela*. El plano señalaba todas las fortificaciones existentes, tanto las que se estaban ejecutando, como las propuestas entre el arrecife de la Caleta y la punta de Mocambo. La idea de

situar una ciudadela en la Caleta tenía su antecedente con Jaime Frank, a finales del siglo XVII; sin embargo, resulta interesante la propuesta de Santistevan, pues su diseño con baluartes, medios baluartes, edificios militares, casamatas y revellines corresponden a un trazo de perfecta geometría y simetría, acorde con las máximas del diseño de la fortificación abaluartada.

También en 1766, Miguel del Corral hizo un reconocimiento detallado de las costas del Golfo de México y los dos caminos reales Veracruz-México, tanto el que pasaba por Orizaba como el de Xalapa. Estos informes se acompañaron de planos que han sido un importante legado histórico de la interpretación geográfica de nuestro territorio. Cabe destacar que Miguel del Corral tenía la experiencia de organizar las defensas del litoral español entre Murcia y Granada, labor efectuada en 1761, por lo que en sus actividades realizadas en la Nueva España siempre destacaron los levantamientos y memorias de la geografía costera o interoceánica, acompañados de mapas y proyectos para abrigar los puntos más vulnerables.

En 1766, la estrategia defensiva enfatizaba otros aspectos, pues el ascenso de Juan Martín Cermeño como comandante general del Cuerpo de Ingenieros Militares e inspector general de Fortificaciones de la Corona, incidió tanto en la mejora del corporativo de ingenieros como en la creación de una sección especializada en caminos y canales,<sup>42</sup> iniciativa presentada al año siguiente y que de alguna forma buscaba respaldar técnicamente las políticas de control territorial de la monarquía borbónica. De esta manera, las acciones emprendidas por los ingenieros Manuel de Santistevan y Miguel del Corral se afianzaron aún más con los reconocimientos y proyectos, y se siguió trabajando bajo esa línea.

Ampliada la visión del territorio por defender, las estrategias militares priorizaban los ahorros al rey, por lo que después de considerar las propuestas para el mejoramiento de las fortificaciones, analizar los caminos y rehabilitar baterías de campaña de manera provisional, se tomó la decisión de no realizar mayores obras militares en la ciudad de Veracruz, sino construir una obra accesoria en un punto estratégico del camino real que conducía a la capital de la Nueva España y que fungiera como retaguardia al fuerte de San Juan de Ulúa.

<sup>42</sup> GUTIÉRREZ y ESTERAS, 1993, p. 70.



FIGURA 2. *Mapa de una porción de las Costas del Seno Mexicano comprendido entre la Barra de Alvarado y el Cabo de Puntillas, 1766*, realizado por Miguel del Corral. El original se encuentra en el Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército de España.

FUENTE: *Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar*, t. II, Méjico, Ilustración núm. 78-Servicio Histórico Militar, Servicio Geográfico del Ejército, Ministerio de Defensa, Madrid, 1990.

Manuel Santistevan elaboró el proyecto para la construcción de un fuerte que sirviera como almacén de pólvora y para el acantonamiento de tropas que pudieran responder ante una posible invasión del enemigo. La propuesta fue aprobada y la construcción del Fuerte de San Carlos de Perote se inició en 1770, una obra militar que, como ya se dijo, sería concebida como accesoria y retaguardia al fuerte de San Juan de Ulúa, por lo que su conexión a través de los caminos era muy importante.

Entre 1771 y 1779 encabezó el virreinato de la Nueva España don Antonio María de Bucareli, militar que había sido gobernador en la Capitanía General de Cuba, y como estratega estimó relevante el mantenimiento defensivo de la plaza de Veracruz y otros territorios. El virrey había conocido el trabajo de Miguel del Corral en el litoral de Murcia y Granada,<sup>43</sup> por lo que apoyó la realización de otros estudios enfocados a dicho fin. Asimismo, la monarquía comisionó al ingeniero Agustín Crame como visitador de construcciones del reino, encargado de la elaboración de estudios y proyectos que reforzaran las defensas, y como gobernador del fuerte de San Juan de Ulúa. De este modo, entre 1771 y 1774, Agustín Crame y Miguel del Corral se encargaron de recorrer diversos sitios de la costa y el Istmo de Tehuantepec; además, diseñaron junto con Manuel Santistevan algunos proyectos de protección que culminarían con el Plan de defensa de 1774.

En 1771, Manuel de Santistevan y Miguel del Corral presentaron el *Mapa del Seno Mexicano de Alvarado a Puntilla*, al que se sumarían dos propuestas de Miguel del Corral para una batería en la punta de Antón Lizardo: la primera de forma semihexagonal con baluartes, murallas y foso, y la segunda con la forma de una torre de 60 varas de diámetro.

En el fuerte de San Juan de Ulúa se realizó un registro del estado de avance de las obras de mejoramiento y su propuesta, que quedó anotado en el plano nombrado *Delineación Yconográfica del Castillo de San Juan de Ulúa, situado en la Ysla de la Gallega, en el fondeadero o surgidero de la Plaza Veracruz; en que se manifiesta el actual estado en el año 1771 y Proyecto de corrección indispensable*. En este plano Santistevan sugiere el perfeccionamiento de los baluartes de San Pedro y San Crispín y del muro de las argollas, al que se le integra una serie de casamatas abovedadas, ampliar la cortina este con la extensión de sus casamatas, complementar el semibaluarte de Santiago con tres bóvedas, ampliar la cortadura de San Fernando e incorporar otro edificio militar en la plaza de armas. Cabe destacar que para 1771, los trabajos en el fuerte de San Juan de Ulúa estaban concentrados en la cortadura interior, a cargo del ingeniero Segismundo Font.

<sup>43</sup> MONCADA MAYA, 1993, p. 66.

Por orden del rey Carlos III se celebró una Real Junta en 1774 para definir el proyecto de mejoramiento del fuerte de San Juan de Ulúa. La intención era que en la propuesta se sumaran las ideas de Crame y Santistevan, evaluadas por la mejor conveniencia de la monarquía ante el criterio de los demás integrantes de la junta. Agustín Crame, durante su desempeño como gobernador de la plaza, había desarrollado un proyecto de mejoramiento de las obras exteriores,<sup>44</sup> lo que aseguraba que el enemigo no pudiera aproximarse a la fortificación. Su proyecto incluía hornabeques exteriores en sustitución de las baterías bajas de San Miguel y Guadalupe, cuyo diseño en las reglas del arte evidenciaban el dominio de la técnica poliorcética. En contraste, Manuel de Santistevan proponía<sup>45</sup> reforzar la estructura rectangular de la plaza perfeccionando las cortinas y sus cuatro baluartes, para que las líneas de caras y flancos permitieran la dirección adecuada de los tiros de cañón y el control visual.

La Real Junta de 1774 se llevó a efecto con la participación de Juan Fernando de Palacio, teniente general de los ejércitos y gobernador de la plaza; como vocales, el brigadier ingeniero director Manuel de Santistevan, el coronel Agustín Crame, teniente del rey asignado a Veracruz, el coronel Nicolás Daves, comandante de la Artillería de La Habana, y el teniente coronel Segismundo Font, comandante de ingenieros. Los acuerdos, reflejados en el *Plano del estado en que se ha de poner el Castillo de San Juan de Ulúa, determinado por la Real Junta celebrada en Veracruz de Orden de Su Magestad para este fin... 1774*, representan una propuesta que refuerza las defensas exteriores e interiores de la fortaleza, integrando hornabeques, ampliando bóvedas a prueba de bombas, parapetos, aljibes y edificios militares con un diseño que regularizaba la forma de la fortificación, mediante la geometría y el trazo simétrico de sus áreas. Evidentemente, el plano fusiona las ideas de Santistevan y Crame, pero sobre todo, es una muestra de las habilidades del arte militar a cargo de sus autores (Figura 3).

<sup>44</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1953, p. 139.

<sup>45</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1953, p. 139.



## COMENTARIOS FINALES

Los ingenieros militares atendieron con sus propuestas técnicas los principales requerimientos, a través de levantamientos, memorias, informes, proyectos y obras. Aunque en el trabajo desarrollado intervinieron ingenieros militares de diferentes puestos, los nombres que principalmente destacaron son Manuel de Santistevan, Miguel del Corral y Agustín Crame. Sus ideas y lo ejecutado son un ejemplo del nivel técnico de la ingeniería moderna e ilustrada.

Tampoco se puede decir que fue una coincidencia su participación, pues por una parte era válida su preparación para asumir los retos de mejorar las defensas de Veracruz, pero, por otra, sus relaciones políticas y el rol que ostentaron en la sociedad española propició también su desempeño e integración como parte de la élite novohispana.

La proyección técnica de los ingenieros se realizó de diferentes formas; en el caso de Santistevan, era un hábil proyectista y constructor, su interés por el diseño de la arquitectura militar se ve reflejado en sus propuestas que siguen tipologías y parámetros de ese tipo de arquitectura, claramente distinguibles en el proyecto para la ciudadela en la Caleta, el fuerte de Mocambo y el de San Carlos en Perote. Asimismo, todas las obras girarían en torno a mejorar las defensas del fuerte de San Juan de Ulúa, lo que las vinculaba directa o indirectamente, de ahí que se lograra configurar un sistema defensivo a escala regional.

Por otra parte, sus capacidades en el campo de las matemáticas han quedado evidenciadas en las obras de San Juan de Ulúa y de Perote, principalmente en la construcción de cubiertas abovedadas que demostraron su dominio de la geometría. En las construcciones exteriores del revellín de San José, en Ulúa, podemos destacar la configuración de bóvedas de cañón corrido de arco elíptico rebajado, bóvedas con arco por tranquil y bóvedas truncadas y de cañón elíptico con corte oblicuo, cuya edificación con piedra muca o ladrillo significaría un reto para cualquiera. La solución geométrica es uno de los legados que Santistevan ha dejado a la arquitectura militar de Veracruz (Fotografía 1).



FOTOGRAFÍA 1. Revellín de San José, Forte de San Juan de Ulúa, 2018.  
 Autora: Gladys Martínez Aguilar.

En contraste, la trayectoria de Miguel del Corral será más difundida por su destreza para el trabajo a escala territorial, por lo que ha enriquecido las fuentes de la historiografía veracruzana mediante sus memorias y mapas. Aunque también su labor constructiva a escala arquitectónica fue importante en el fuerte de San Juan de Ulúa, su trabajo de exploración y levantamiento geográfico en donde reconoce la situación del litoral, las defensas, los caminos tierra adentro, o los cuerpos de agua, ha constituido una de sus mayores demostraciones de competencia técnica. Por otra parte, la calidad de su desempeño le abrió las puertas para ser asignado a diversas tareas políticas, militares y administrativas, como ingeniero del detalle de las obras de fortificación de San Juan de Ulúa (1778) y de San Carlos en Perote (1772), teniente del rey (1781), gobernador interino de la plaza de Veracruz (1782-1786) e intendente de la provincia de Veracruz (1790-1793).

## BIBLIOGRAFÍA

ALBI DE LA CUESTA, Julio

1987 *La defensa de las Indias. (1764-1799)*, Instituto de Cooperación Iberoamericana, Madrid.

CALDERÓN QUIJANO, José Antonio

1949 “Ingenieros militares en Nueva España”, *Anuario de Estudios Americanos*, núm. 6, CSIC, Sevilla, pp. 1-71.

1953 *Historia de las fortificaciones en Nueva España*, Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla.

1988 “Visión general de las fortificaciones indianas en los distintos frentes continentales”, en *Temas de historia militar*, vol. 1, II Congreso de Historia Militar, Zaragoza, pp. 143-186.

CÁMARA MUÑOZ, Alicia

1989 “La fortificación de la monarquía de Felipe II”, en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie VII, Historia del Arte, t. 2, pp. 73-80.

CAPEL, Horacio, Lourdes GARCÍA, Omar MONCADA, Francesc OLIVE, Santiago QUESADA, Antonio RODRÍGUEZ, Joan Eugeni SÁNCHEZ y Rosa TELLO

1983 *Los ingenieros militares en España. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*, Ediciones de la Universidad de Barcelona, Barcelona.

CAPEL, Horacio, Joan Eugeni SÁNCHEZ y Omar MONCADA

1988 *De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el siglo XVIII*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1988, 384 pp.

GARCÍA DE LEÓN, Antonio

2011 *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*, Fondo de Cultura Económica/Universidad Veracruzana, México.

GALLARD SEGUELA, Martine

2005 “Los ingenieros militares españoles en el siglo XVIII”, en Alicia Cámara Muñoz (coord.), *Los ingenieros militares de la monarquía hispánica en los siglos XVII y XVIII*, Ministerio de Defensa, Madrid, pp. 205-229.

GUIDONI, Enrico y Ángela MARINO

1985 *Historia del urbanismo: el siglo XVI*, Instituto de Estudios y Administración Local, Madrid.

GUTIÉRREZ, Ramón

1984 “La organización de los cuerpos de ingenieros de la Corona y su acción en las obras públicas americanas”, en *Puertos y fortificaciones en América y Filipinas. Actas del Seminario*, CEHOPU, Madrid, pp. 41-94.

- GUTIÉRREZ, Ramón y Cristina ESTERAS  
 1993 *Arquitectura y fortificación, de la ilustración a la independencia americana*, Ediciones Tuero, Madrid.
- HABERMAS, Jürgen  
 1984 *Ciencia y técnica como ideología*, Editorial Tecnos, Madrid.
- LÓPEZ MUIÑOS, Juan  
 1993 *Algunos aspectos de la ingeniería militar española y el Cuerpo Técnico*, t. I, Ministerio de Defensa, Madrid.
- MAAWAD, David, Francisco MUÑOZ, Sara SANZ y José FERNÁNDEZ  
 2010 *Fortalezas históricas de Veracruz*, Secretaría de Educación, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.
- MONCADA MAYA, José Omar  
 1993 *Ingenieros militares en Nueva España*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- MONTERO, Pablo  
 1997 *Ulúa, puente intercontinental en el siglo XVII*, vol. II, col. Historias de San Juan de Ulúa en la Historia, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.  
 2003 *Imperios y Piratas*, Porrúa, México.
- MUÑOZ CORBALÁN, Juan Miguel  
 2015 “La profesión del ingeniero en la Ilustración”, en Alicia Cámara Muñoz y Bernardo Revuelta Pol (coords.), *Ingeniería de la Ilustración*, Fundación Juanelo Turriano/UNED, Segovia, pp. 11-34.
- PARDO, José  
 1998 “Ciencia y tecnología en la época de Felipe II”, *Mundo Científico*, núm. 196, diciembre, pp. 46-53.
- PASQUEL, Leonardo  
 1980 *San Juan de Ulúa: fortaleza, presidio, residencia presidencial*, Citlaltépetl, México.
- RODRÍGUEZ, Antonio, Joan Eugeni SÁNCHEZ y Rosa TELLO  
 1983 *Los ingenieros militares en España. Repertorio biográfico e inventario de su labor científica y espacial*, Ediciones de la Universidad de Barcelona, Barcelona.
- ROJAS, Christoval de  
 1598 *Teoría y práctica de fortificación conforme a las medidas y defensas de los tiempos, repartida en tres partes*, por el capitán Christoval de Rojas, Ingeniero del Rey nuestro Señor, dirigida al Príncipe nuestro señor Don Felipe III, con privilegio, por Luis Sánchez, Madrid [recuperado de: <https://archive.org/details/ARes72418/ARes72418/page/n3/mode/2up>].
- SANTIAGO CRUZ, Francisco  
 1966 *San Juan de Ulúa, biografía de un presidio*, Editorial Jus, México.

## El clima en el desarrollo de San Juan de Ulúa durante el Virreinato

ADRIANA GIL MAROÑO\*

SIGLOS DE DISTANCIA NOS SEPARAN de los tiempos en que la leña, el agua y las tierras llanas y fértiles eran tesoros en verdad preciados. Nos apartan vertiginosos avances tecnológicos y científicos: la revolución industrial con la creación de la máquina de vapor y el consumo de fuentes de energía fósiles como el carbón, que a partir de principios del siglo XIV se incrementó, cuando los bosques de Inglaterra se fueron agotando y la madera se fue encareciendo.<sup>1</sup> Inventos e innovaciones que en su momento llegaron a cambiar un mundo que vivía de la agricultura de subsistencia, que dependía de la tierra y del mar, y que se encontraba inexorablemente sometido a los embates y caprichos del clima.

En efecto, muy lejos nos encontramos de cuando Cristóbal Colón narra fascinado a los reyes católicos las maravillas que descubría en las Indias y que no eran exclusivamente el oro y la plata. En sus cartas dedicó muchas líneas a referir la fertilidad de la tierra, la variedad de peces y aves cuyos colores creía inexistentes, así como la cantidad de exuberantes árboles, frutas y verduras que coloreaban el paisaje y que contrastaban con una España azotada por la sequía y las bajas temperaturas. Y es que lo que tenía ante sus ojos no era posible verlo en una Europa que padecía los efectos del clima inestable debido a lo que los historiadores de esta materia han denominado la Pequeña Edad de Hielo (PEH). Brian Fagan afirma que fue “una época de cambios climáticos súbitos y drásticos en los cuales se pasaba de un extremo al otro”.<sup>2</sup>

\* Dirigir correspondencia al Centro Regional INAH-Veracruz, calle Benito Juárez 425, Centro, C. P. 91700, Veracruz, Veracruz, México, tel. (228) 934-99-81, e-mail: adriana\_gil@inah.gob.mx y lolabatalla1@gmail.com.

<sup>1</sup> FLANNERY, 2007, p. 101.

<sup>2</sup> FAGAN, 2008, p. 11.

Inviernos helados, veranos con intensas tempestades, huracanes y sistemas de baja presión, inundaciones y prolongadas sequías conformaron un clima imprevisible e inestable en Europa entre 1300 y 1850, que dejó consecuencias catastróficas en la agricultura y que provocó hambre, enfermedades y pestes. Todo lo anterior ocasionó que las riquezas naturales del Nuevo Mundo llenasen de esperanza a hombres cuyas generaciones precedentes habían padecido carencias y muerte. Los historiadores del clima nos han hecho reflexionar en cómo, además del oro, los europeos que llegaron a América valoraron la fertilidad de sus suelos, sus frutos, sus ríos y sus lagunas, gracias a que el clima era mucho más estable y menos extremo que en el viejo continente.<sup>3</sup> Por ello, la observación de las cuestiones meteorológicas y sus efectos era prioritario para conquistadores, exploradores, ingenieros militares y virreyes que llegaban a la Nueva España.

Para el tema que nos compete en el presente trabajo, primeramente, debemos reconocer que mucho se ha escrito en torno a cómo las guerras que se suscitaron entre España y potencias europeas obligaron a implementar estrategias defensivas en las colonias españolas de América, como la construcción de imponentes fortificaciones y baluartes, así como la creación del ejército borbónico, hecho que está fuera de discusión. Sin embargo, los historiadores poco hemos abundado y puesto énfasis en las condiciones climatológicas como un factor que también incidió en las acciones defensivas de la Corona española. Esto, a pesar de que hubo quienes dejaron registradas sus observaciones sobre los efectos del clima, las cuales fueron fundamentales para tomar decisiones que coadyuvaron a la seguridad y protección de sus dominios.

En este artículo intentaremos dilucidar cómo afectó la cuestión del clima en el desarrollo de San Juan de Ulúa y la ciudad de Veracruz durante el Virreinato. Para ello, a través del estudio de fuentes documentales haremos un repaso historiográfico en torno a las observaciones que algunos virreyes, cronistas e ingenieros militares anotaron sobre los efectos de las condiciones meteorológicas en los proyectos de colonización.

<sup>3</sup> Mucho se ha escrito sobre si la PEH tuvo impactos globales o no. Aun cuando pareciera que Fagan enfoca sus esfuerzos de investigación de la historia del clima en Europa, otros como Geoffrey Parker, en su libro *Global Crisis. War, Climate Change and Catastrophe in the Seventeenth Century*, sostiene y prueba que la PEH fue un fenómeno global. PARKER, 2013.

## EL NUEVO MUNDO, ¿PARAÍSO TERRENAL?

Los inviernos extremadamente duros con las prolongadas heladas en Europa, así como la intensidad de las tormentas y la ferocidad de los vientos del noroeste en el Atlántico, contrastaron con el clima relativamente estable y con las bonanzas de los campos europeos que prevalecieron durante el Periodo Cálido Medieval.<sup>4</sup> En el siglo XV, particularmente entre 1433 y 1438, la hambruna azotó Europa, pues las nevadas provocaron la pérdida de cosechas, ya que los cereales se pudrían en las tierras inundadas. Aunque hacia mediados del mencionado siglo el clima mejoró durante una década, Fagan señala que de nueva cuenta a partir de 1560 se padecieron periodos de bajas temperaturas y veranos sumamente lluviosos.<sup>5</sup>

De hecho, las últimas cuatro décadas del siglo XVI —que fueron las más heladas y tormentosas—<sup>6</sup> representaron el fin de la Armada Invincible, pues ésta fue derrotada debido a una depresión ciclónica cuando se enfrentaba a naves inglesas. En el verano de 1588, la flota había salido del puerto de Lisboa e hizo paradas en La Coruña y en el canal de La Mancha. Cuando se encontraba frente a las costas inglesas donde se apostaban los enemigos fue sorprendida por vientos que soplaban en contra y un mar embravecido que impedía el despliegue de las velas. En contraste, los ingleses navegaban en barcos más ágiles que les permitieron maniobrar con mayor velocidad pese a la tormenta. Es por ello que la Armada Invencible decidió huir rodeando el Reino Unido por el Mar del Norte, sin tener conocimiento de que se dirigían hacia una tempestad que resultó ser más letal que las mismas flotas inglesas.

Como ya mencionamos, las consecuencias del cambio climático se vieron reflejadas en hambrunas, desnutrición y pestes —la peste bubónica inició su transmisión en Asia Central mediante ratas y pulgas, y cundió en Europa en picos irregulares cada 10 años durante los siglos XIV y XV a través de la ruta de la seda, diezmando de 30 a 50% de su población—, que sin lugar a dudas marcaron la visión del mundo de los europeos que pisaron tierras americanas desde el siglo XV, puesto que su economía y

<sup>4</sup> SPENCER, 2008, p. 13.

<sup>5</sup> FAGAN, 2008, p. 136.

<sup>6</sup> FAGAN, 2008, p. 147.

sus vidas dependían de la tierra y del mar y, por ende, de los efectos del clima. Eugene Linden afirma que a partir del “calamitoso siglo XIV” el continente europeo además fue golpeado por guerras, fracturas económicas, religiosas y sociológicas que marcaron el fin del feudalismo.<sup>7</sup>

Por ello, para las generaciones que vivieron en estos apocalípticos siglos, el clima tuvo un lugar predominante. Si observamos la línea de tiempo que abarca el descubrimiento del Nuevo Mundo (1492) y la Conquista (1519-1521), advertiremos que las fechas de ambos acontecimientos coinciden con los tiempos en que la irregularidad de las precipitaciones y la aridez crónica constituían graves problemas para los campos de la Península Ibérica.

Manuel Toharia converge con Fagan en cuanto al descenso de temperaturas, pero además alude a las duras sequías que azotaron a la estepa castellana en tiempos de la reconquista: “A partir del siglo XIII, el clima volvió a pasar por una época de varios siglos de enfriamiento. Fue un proceso de temperaturas relativamente bajas y de sequía bastante sostenida, y tuvo consecuencias a menudo catastróficas: desaparecieron las viñas y los cereales en las latitudes más altas, y hubo muchos años de hambrunas y plagas de todo tipo, incluidas las pandemias de peste negra y cólera”.<sup>8</sup>

Entre 1505 y 1789 el río Ebro, situado al noreste de la Península Ibérica, se heló un mínimo de siete veces.<sup>9</sup> Dados los calamitosos tiempos en Europa, no resulta exagerado que Cristóbal Colón haya comparado a las Indias con el paraíso terrenal en una de las cartas que escribió a los reyes católicos. Pero si, además de las hecatombes mencionadas, sumamos la incertidumbre y el temor que representaban los viajes ultramarinos puesto que el mar era considerado “por excelencia el lugar del miedo”<sup>10</sup> y “de toda perdición”,<sup>11</sup> comprenderemos lo que para Colón y su tripulación significó haber cumplido satisfactoriamente un viaje plagado de todos los peligros y pisar tierra firme con vida.

<sup>7</sup> LINDEN, 2006, p. 10.

<sup>8</sup> TOHARIA, 2006, p. 90.

<sup>9</sup> FAGAN, 2008, p.14.

<sup>10</sup> DELUMEAU, 1978, p. 38.

<sup>11</sup> DELUMEAU, 1978, p. 34.

En efecto, el navegante genovés describió en las relaciones de sus viajes que dirigió a los monarcas, la belleza, esplendor y riqueza natural de las islas y territorios que sus ojos descubrían. Por ejemplo, un 26 de septiembre de 1492 escribió en su primera carta lo siguiente sobre el Mar Caribe: “La mar muy llana como un río, y los aires los mejores del mundo”,<sup>12</sup> y puso especial énfasis en la fertilidad y fecundidad de la tierra al referirse a las islas caribeñas como “Islas muy verdes y fértiles, y de aires muy dulces”, con “frutas de diversas maneras” y “huertas de árboles, las más hermosas”.<sup>13</sup> Insistía en que la tierra era “la mejor e más fértil, y temperada y llana y buena que haya en el mundo”,<sup>14</sup> y no ponía duda en “que todo el año siembran panizo”.<sup>15</sup> Igualmente azorado admiraba las parvadas de pájaros coloridos y la variedad de peces que nadaban en aguas turquesas y cristalinas.

En Cabo Hermoso, además de expresar el placer que le provocaba el “dulce olor” de las flores y de los árboles, ponderó la diversidad de verduras y hierbas, destacando el valor que tendrían en España como especias y para tinturas: “Ni me sé cansar los ojos de ver tan hermosas verduras y tan diversas de las nuestras, y aun creo que ha en ellas muchas yerbas y muchos árboles, que valen mucho en España para tinturas y para medicinas de especerías, más yo no los conozco, de que llevo grande pena. Y llegando aquí a este cabo vino el olor tan bueno y suave de flores o árboles de la tierra que era la cosa más dulce del mundo”.<sup>16</sup>

Algunas décadas más tarde, ya en el “bello siglo XVI”, como lo llamó Le Roy Ladurie,<sup>17</sup> Hernán Cortés arribó a las costas de lo que pronto bautizaría como la Villa Rica de la Verdadera Cruz en las Ventas de Buitrón y así elogió sus tierras: “Por la costa del mar es toda llana, de muchos arenales que en algunas partes duran dos leguas y más. La tierra adentro y fuera de los dichos arenales, es tierra muy llana y de muy hermosas vegas y riberas en ellas; y tan hermosas que en toda España no pueden ser mejores, así de apacibles a la vista como de fructíferas de cosas que en ellas

<sup>12</sup> COLÓN, 1892, p. 13.

<sup>13</sup> COLÓN, 1892, p. 34.

<sup>14</sup> COLÓN, 1892, p. 37.

<sup>15</sup> COLÓN, 1892, p. 23.

<sup>16</sup> COLÓN, 1892, p. 42.

<sup>17</sup> LE ROY LADURIE, 2017, p. 4.

siembran, y muy aparejadas y convenientes, y para andar por ellas y se apacentar toda manera de ganado”.<sup>18</sup>

Particularmente respecto a la agricultura señala: “Los mantenimientos que tienen es maíz y algunos ajís como las otras islas, y patata yuca, así como la que comen en la isla de Cuba y comen la asada porque no hace pan de ella”. Además, aludió a que tenían “sus pesquerías y cazas” y que criaban “muchas gallinas como las de Tierra Firme, que son tan grandes como pavos”. También se refirió a la frescura de algunas casas: “Hay casas de algunos principales muy frescas y de muchos aposentos”, que además tenían “sus pozos y albercas”.<sup>19</sup>

En sociedades como las de los siglos XV al XVIII, donde hasta 80 o 90% de la población se mantenía de la tierra, “el ritmo, la calidad y la escasez de las cosechas estructuraban toda la vida material”.<sup>20</sup> Así, si la vida pendía de una economía rural de subsistencia y las buenas o malas cosechas tenían grandes repercusiones en las sociedades, entonces la fertilidad y llanura de la tierra, el adecuado abastecimiento de agua y la benevolencia del clima resultaban ser fundamentales. Desde esta perspectiva y de acuerdo con lo escrito por Cristóbal Colón y Hernán Cortés en los textos citados, el Nuevo Mundo parecía prometedor. Esto, a pesar de que la PEH provocó un enfriamiento de dos a tres grados en el Golfo de México y el Caribe.

Sin embargo, no olvidemos que las relaciones y cartas escritas por estos célebres personajes tenían la intención de persuadir a los reyes (a quienes iban dirigidas) con el fin de que siguiesen sufragando sus empresas. De ahí que muy probablemente su discurso fuese encaminado a destacar —por no decir exagerar— riquezas y bondades que a los monarcas les agradaría saber que poseerían: oro y plata en abundancia, tierras fértiles, clima estable e infinitas riquezas naturales. Pero a diferencia de lo narrado por descubridores y conquistadores, los informes de los ingenieros militares que arribaron a Veracruz para inspeccionar los nuevos territorios y proyectar indispensables obras de ingeniería, nos demuestran que, cuando

<sup>18</sup> CORTÉS, 2018, p. 24.

<sup>19</sup> CORTÉS, 2018, p. 25.

<sup>20</sup> BRAUDEL, 1984, p. 79.

menos Veracruz, estaba muy lejos de ser la tierra prometida o el paraíso terrenal en lo que a cuestiones meteorológicas se refiere.

### “MUY GRANDÍSIMA TORMENTA Y HURACÁN” EN ULÚA

Tres décadas después de que Cortés fundara el cabildo de Veracruz en las Ventas de Buitrón, sus habitantes se enfrentaron a las acometidas del clima en Veracruz, pues entre el 2 y el 4 de septiembre de 1552, violentos vientos del norte y del noroeste, así como fuertes tormentas azotaron las costas de Veracruz, generando una situación por demás caótica. El ingeniero militar García de Escalante Alvarado se refirió al fenómeno como “muy grandísima tormenta y huracán” y narró cómo la ciudad se inundó y quedó cubierta de lama. Relata que la fuerza y el desbordamiento del agua provocó daños en naos, barcas, carabelas, casas, bodegas, atarazanas y se perdieran vidas humanas:

En el puerto se perdieron cinco naos, las barcas de descargo y otras carabelas de Tabasco. Se vinieron abajo la mayor parte de las casas de la isla y se ahogaron muchas personas. En tierra firme se derrocaron las casas y atarazanas en construcción, saliéndose el río de madre, y anegando la ciudad. Con ello también se derribaron muchas casas y bodegas, perdiéndose muchas haciendas de mercaderes y vecinos. La ciudad quedó cubierta de lama. Y finalmente se atribuyó a milagro que el río al desbordarse se detuvo al llegar a la altura del Sagrario.<sup>21</sup>

De acuerdo con Fagan, durante los últimos 40 años del siglo XVI la incidencia de tormentas severas aumentó hasta 400%.<sup>22</sup> De hecho, la derrota de la Armada Invencible a consecuencia del clima adverso que mencionamos en líneas anteriores coincide con este periodo. Además, según Delumeau, las tempestades causaban terror en la población, pues se creía que se trataban de castigos divinos que anunciaban los peores infortunios: “el océano se turba, el aire se espesa. Los vientos soplan en todas direcciones. Relámpagos y truenos se desencadenan”.<sup>23</sup> Tras las tormentas era común que las ciudades se inundaran, causando muertes y cuantiosas pérdidas materiales.

<sup>21</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1984, p. 7.

<sup>22</sup> FAGAN, 2008, p. 147.

<sup>23</sup> DELUMEAU, 1978, p. 40.

Georgina Endfield afirma que las inundaciones eran frecuentes en el México virreinal a consecuencia de inusuales temporadas de abundantes lluvias, pero también debido a los desbordamientos de los ríos por la exacerbada intervención del hombre en la hidrología natural de algunas regiones. Es el caso de Guanajuato, que sufrió cientos de inundaciones en poblaciones cercanas a los ríos Lerma y Laja. Así, además de la construcción de obras de infraestructura que no siempre funcionaban, se acostumbraba como técnica de prevención el dragado de los ríos.<sup>24</sup>

Los ingenieros militares eran avezados observadores de los fenómenos naturales y tenían conocimientos y experiencia para desarrollar proyectos de toda índole —incluidos los de ingeniería hidráulica—, con el fin de ofrecer abrigo y seguridad a poblaciones azotadas por las inclemencias meteorológicas. Tras los desastres ocurridos en Ulúa, donde la velocidad de los vientos y la furia del mar habían destrozado barcos y bodegas que albergaban los tesoros del comercio intercontinental, los ingenieros Diego Gomedel y García de Escalante Alvarado se dieron a la tarea de inspeccionar el sitio y propusieron la construcción de un muro con argollas de metal para amarrar las naos, el cual ofrecería protección en la zona donde el mar reventaba “con gran ímpetu”, causando enormes estragos:

[...] se haga una pared de cal y canto de catorce o quince pies en grueso con sus puertas a trechos y escaleras a donde lleguen los bajeles a descargar y entre las puertas de una y otra, abiertas sus troneras para alguna artillería y defensa del puerto y en la dicha pared por de fuera puestos unos argollones gruesos de metal adonde amarren las naos [...] porque haciendo esta pared el puerto queda para poder surgir en él muchas más naos de las que al presente pueden surgir y asimismo queda abrigado de allí porque con el huracán pasado todo el daño que las naos recibieron fue por allí, porque entraba la mar con gran ímpetu y venía a reventar la mar en la proa de las naos y asimismo conviene hacer algunos reparos a la isla de la banda del norte y de la banda del este para que no haga daño a la gente que allí estuviere [...].<sup>25</sup>

Este muro, que es el que hoy en día conocemos como el muro de las argollas, debía unir la torre del Caballero Alto y el baluarte de San Pe-

<sup>24</sup> ENDFIELD, 2011, p. 5.

<sup>25</sup> Declaración de Diego Gomedel del 5 de septiembre de 1552, en CALDERÓN QUIJANO, 1984, p. 8.

dro, y tendría puertas y escaleras de piedra para la carga y descarga de mercancías. Además, Gomedel propuso en su proyecto una caleta donde pudieran entrar los barcos para que quedasen mejor resguardados de las inclemencias del tiempo. Lo proyectado por Diego Gomedel y García de Escalante Alvarado empezó a ser construido unos años después, en 1570, bajo las órdenes del ingeniero militar Cristóbal de Eraso.<sup>26</sup>

El 15 de septiembre de 1568, el pirata inglés John Hawkins, con el auspicio de la reina de Inglaterra, Isabel I, rondaba las cercanías de San Juan de Ulúa a sólo unos días de que llegara la Gran Flota Anual. El virrey Martín Enríquez de Almanza, que venía en la misma, repelió a Hawkins y lo desalojó de Ulúa y de la isla de Sacrificios, donde se había apostado con sus hombres y sus naves. Antes de que este tipo de ataques de piratas y filibusteros europeos sacudiera el puerto, éste solía ser tomado por asalto por la fuerza incontrolable de las aguas y de los vientos. Es por ello que Calderón Quijano dice que en los primeros proyectos constructivos de la fortaleza era “más importante la finalidad portuaria o comercial de las obras, que no la militar o de defensa contra los piratas, considerada aún como secundaria”.<sup>27</sup> De ahí que los efectos del clima definieran la construcción de las primeras edificaciones para resguardar al puerto.

Aunque hacia estos tiempos Inglaterra ya era considerada la reina de los mares por su poderío naval, en territorio británico los súbditos de Isabel I sufrían penurias a consecuencia de la PEH, ya que la última década del siglo XVI fue la más fría y lluviosa de esa centuria. En muchos condados ingleses el descontento se dejaba sentir a través de las protestas de multitudes desesperadas por la escasez y falta de cereal en los mercados; así, las tasas de mortalidad por inanición se multiplicaron en ciudades como Penrith.<sup>28</sup> Frente a este panorama, los tesoros, riquezas naturales y temperaturas más benévolas de las tierras americanas avivaron la codicia de la reina. En este contexto, Francis Drake y John Hawkins, entre otros, eran los encargados de expoliar las colonias americanas que pertenecían a España.

<sup>26</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 7-9.

<sup>27</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1984, p. 9.

<sup>28</sup> FAGAN, 2008, pp. 150-151.

## DE SITIOS “SANOS” Y “MAL SANOS”. ANTONELLI Y SU PROPUESTA PARA TRASLADAR LA CIUDAD

El 19 de enero de 1590, el ingeniero militar Juan Bautista de Antonelli llegó a supervisar las obras en Ulúa. Justo habían pasado dos años de la derrota de la Armada Invencible debido a las bajas presiones en el Mar del Norte. Si bien es cierto que tras el asedio de Hawkins se buscó fortificar el sitio, las condiciones meteorológicas seguían estando entre las prioridades para definir estrategias. Muestra de ello son las dos relaciones que, dirigidas al rey, escribió dicho ingeniero y que intituló “Relación de San Juan de Ulúa y su fortificación” y “Relación de la Veracruz”, ambas fechadas el 10 de marzo de 1590.<sup>29</sup> En los dos textos resulta evidente cómo Antonelli consideró la cuestión climática para tomar decisiones de peso como lo fue su propuesta de trasladar Veracruz, desde La Antigua —donde para ese entonces se ubicaba— hasta las Ventas de Buitrón, justo en el paraje adonde originalmente había llegado Hernán Cortés.

Pero vayamos por partes. La “Relación de San Juan de Ulúa y su fortificación” está compuesta por 17 puntos que describen el estado del emplazamiento, así como de propuestas para mejorar su abrigo y protección. En el primer punto establece que el puerto está en una isla (Ulúa) que se “anega toda”.<sup>30</sup> Es a partir del segundo punto cuando empieza a referir la velocidad de los vientos del norte y noreste, y la fuerza del mar que, además de estrellarse contra las naos aventándolas hasta la isla, donde caían hechas pedazos, también inundaba el caserío levantado en el islote. Por ello, Antonelli afirmaba que las obras ahí construidas —una pared de 448 pies de largo edificada entre una torre y un torreón— no le ofrecían ningún resguardo a las embarcaciones ni al puerto, pues estaban en muy mal estado de conservación.

Para seguridad de las naves, el ingeniero sugería que se surtieran sendos cables con el fin de amarrarlas, así como suficientes anclas: “porque desamarrándose una va a dar sobre las otras, y con la fuerza que hacen unas sobre las otras rompen las amarras y sin remedio ninguno van a dar a la

<sup>29</sup> AGI, México 257, cit. por CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 358-361.

<sup>30</sup> AGI, México 257, cit. por CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 358-361.

costa que como es toda arrecifes de peña no tienen remedio alguno”.<sup>31</sup> Insistía en que el viento del noroeste era el que más estragos causaba en esa zona y que en el transcurso de 22 días había estado soplando ferozmente durante cinco días.

Tras consultar a pilotos y expertos, Antonelli proponía la construcción de un lienzo de muralla con el cual el puerto quedaría abrigado, pues “no se perderían tantas naves como ahora se pierden”.<sup>32</sup> Igualmente, recomendaba la edificación del baluarte de Santiago junto a la Torre Nueva; además, debido a que no existían sitios seguros para guardar los fardos y mercancías, aconsejaba levantar en dicho muro almacenes, con el fin de evitar que éstos permanecieran embarcados por un tiempo prolongado y, por ende, en peligro de perderse por el azote de los vientos o en medio de la belicosa barra del mar. Otro beneficio de las bodegas era que su alquiler generaría cuantiosas ganancias.

Antonelli dedicó los siete primeros puntos de la relación a proponer soluciones para paliar los costosos percances que generaban los vientos del norte y del noroeste. Hasta el octavo punto aludió a la importancia de construir defensas y disciplinar a los soldados ahí apostados para proteger al puerto de posibles ataques de corsarios. Pero de nueva cuenta, en el punto nueve retomó el tema del clima y destacó que la fortificación no tendría sentido si no se consolidaban “reparos” y almacenes que abrigaran a la población, a las embarcaciones y a las mercancías: “la fortificación sin el reparo no es nada, y el reparo sin la fortificación también sería de poco provecho, así que lo uno sin lo otro no sería nada”.<sup>33</sup> Otra ventaja que advierte Antonelli respecto a la construcción de los reparos es que éstos impedirían la entrada de arena que solía cubrir al puerto cuando soplaban los nortes.

En la “Relación de la Veracruz”, desde las primeras líneas el ingeniero refirió que La Antigua era un “lugar mal sano” y que por el hecho de estar rodeado de montañas de arenas y al vivo rayo del sol sus vecinos estaban “descoloridos”<sup>34</sup> y constantemente padecían “muy grandes calenturas”.<sup>35</sup>

<sup>31</sup> AGI, México 257, cit. por CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 358-361.

<sup>32</sup> AGI, México 257, cit. por CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 358-361.

<sup>33</sup> AGI, México 257, cit. por CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 358-361.

<sup>34</sup> AGI, México 257, cit. por CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 358-361.

<sup>35</sup> AGI, México 257, cit. por CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 358-361.

Insistía en que debido a ello mucha gente de las flotas se enfermaba y moría, al igual que los indios que bajaban con sus recuas y carros a la descarga de los fardos, para luego subirlos hacia la Ciudad de México. Según su opinión, la mortandad de los indios se debía al cambio de temperatura: “venir de tierras frías y de golpe entrar en tierras cálidas”.<sup>36</sup>

Otros de los inconvenientes que Antonelli subrayaba respecto de La Antigua era que la crecida del río sobre los arenales impedía el descargo de mercancías, pues al no tener suficiente profundidad, era imposible el ingreso de barcos de gran calado. Más adelante alegó que la indefensión en la que se encontraba la ciudad ponía en riesgo a los vecinos, así como a la plata y al oro que desde mediados de mayo empezaba a llegar, pues los piratas andaban al acecho como ya sucedía en Santo Domingo y en Cartagena. Por ello, reiteraba que guarnecer y reforzar las fortificaciones de Ulúa asegurarían el desembarco y almacenamiento de mercancías y víveres.

La estrategia integral diseñada por Antonelli era trasladar la ciudad del asentamiento en La Antigua al emplazamiento en las Ventas de Buitrón, pues las construcciones de Ulúa le darían mayor abrigo y resguardo al puerto. Además, vislumbraba un camino entre dichas Ventas de Buitrón y la Ciudad de México, el cual años más tarde fue trazado y denominado Camino Real. Estas fueron las ventajas que el ingeniero destacó acerca del referido derrotero: “[...] de mucho pasto y ganado, y hay agua y leña para el servicio de las carretas y tierra sana y templada, con no demasiado frío, ni calor que los indios que han de frecuentar este camino, no pasarían las enfermedades que pasan en la Veracruz, porque no salen de golpe de tierra fría y entran a tierra caliente, que a una jornada de las ventas de Buitrón entran en tierra templada y así de mano en mano va hasta la ciudad de México”.<sup>37</sup>

Otra vez Antonelli priorizaba el aspecto climático al formular sus propuestas. Para él, las Ventas de Buitrón eran un sitio “sano” al que lo “bañan todos los vientos”;<sup>38</sup> afirmaba que había espacio para hacer una gran ciudad y que sobre la margen izquierda existía una laguna de agua de manantial y a

<sup>36</sup> AGI, México 257, cit. por CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 358-361.

<sup>37</sup> AGI, México 257, cit. por CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 358-361.

<sup>38</sup> AGI, México 257, cit. por CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 358-361.

una legua estaba el río Medellín. Otra virtud era que a menos de dos mil pasos de ahí había muy buenos pastos para ganados. Agua, leña, pastos para ganados y buen clima eran bienes sumamente valorados para los colonos que llegaban a poblar los nuevos territorios en América y que buscaban vivir del comercio, del mar y de la tierra, pero no todos gozaron de la misma suerte. Por ejemplo, en 1565 algunos españoles se vieron obligados a establecerse en el sur de Carolina del Sur, en tiempos de una gran sequía. Por otro lado, los pobladores de Jamestown arribaron cuando la sequía se prolongó siete años y, entre 1607 y 1625, causó la muerte de 4 800 vecinos, diezmando a más de la mayoría, pues habían llegado 6 000 moradores.<sup>39</sup>

A mediados de 1599, nueve años después de las propuestas de Juan Bautista Antonelli, la ciudad se trasladó al paraje ubicado en las Ventas de Buitrón. Es probable que la derrota de la Armada Invencible y el hecho de que la última década del siglo XVI haya sido la más fría y con una de las peores cosechas para Europa, hayan influido en la decisión de finalmente cambiar el emplazamiento ante las recomendaciones de expertos como Antonelli. Además, fenómenos que resultaban desconocidos e incontrolables para el hombre, como los climatológicos, generaban mucho miedo e incertidumbre, e incluso los atribuían a poderes ocultos como, por ejemplo, los ejercidos por las “brujas”.

Tanto en Europa como en América se creyó que el frío tan extremo, las tormentas huracanadas, las malas cosechas y las enfermedades eran signo de que el demonio estaba dominando la Tierra y muchos culparon a las “hechiceras” de todos sus sufrimientos.<sup>40</sup> Hacia 1590, antes de que la población se mudara de La Antigua a las Ventas de Buitrón, vecinos denunciaron al Santo Oficio que justo a la media noche, mujeres subían al cerro de las Tortugas “para entrevistarse y tener acto carnal con Satanás”.<sup>41</sup> Aseguraron que las veían volar o que se desaparecían a la vera de los caminos; decían que danzaban desnudas y que “traían muchos cocos con cáscara y cabellos tendidos y muchos huesos en la cabeza y candelas encendidas, que iban en cueros, muy relucientes las carnes como si les hubieran untado

<sup>39</sup> FAGAN, 2008, p. 158.

<sup>40</sup> SINGER y AVERY, 2008, p. 54.

<sup>41</sup> GARCÍA DE LEÓN, 2011, p. 591.

aceite”.<sup>42</sup> Con el tiempo se demostró que este proceso en el que se vieron involucrados casi todos los vecinos, ya fuese como testigos, denunciadores o acusados, al parecer consistió en una maraña de afirmaciones sin sustento de las que salieron afectadas muchas mujeres.

Fagan sostiene que las inculpaciones a supuestas hechiceras alcanzaron su máximo entre 1588 y 1620, justo cuando las temperaturas fueron sumamente desfavorables.<sup>43</sup> Singer y Avery afirman que en Berna, Suiza, más de mil personas fueron quemadas en la hoguera acusadas de brujería entre 1580 y 1620, y en Wisensteig, Alemania, quemaron a 63 mujeres en el año de 1563.<sup>44</sup> En Veracruz, entre 1607 y 1669, el Santo Oficio se empeñó en perseguir a todas las gitanas que se encontraban ahí avecindadas.

## UN COMPLICADO SIGLO XVII

Historiadores se han referido al siglo XVII como el “siglo de hierro” o el “siglo de los soldados”, por las violentas guerras que se desataron en gran parte del orbe como en Europa, Rusia y los imperios chino, mongol y otomano.<sup>45</sup> España, el señorío donde no se ponía el Sol por la vastedad de sus dominios, enfrentó prolongados conflictos bélicos bajo el reinado de Felipe IV, como la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) y la guerra franco-española. En este sentido, Baltazar de Zúñiga afirmó que España era el blanco donde el mundo entero quería clavar sus flechas.<sup>46</sup>

Parker asegura que las guerras provocaron enormes daños y fueron una de las causas de las hambrunas y enfermedades que se expandieron entre los ejércitos, como la tifoidea y la viruela, la más letal en esa centuria, pues se contagiaba rápidamente por inhalación y mataba a la tercera parte de los infectados; quienes sobrevivían tenían inmunidad de por vida.<sup>47</sup> Pero, además, los países en pugna erogaban exorbitantes sumas para mantener contiendas que demandaban el mantenimiento de la tropa, arma-

<sup>42</sup> GARCÍA DE LEÓN, 1998, pp. 29-31.

<sup>43</sup> FAGAN, 2008, p. 147.

<sup>44</sup> SINGER y AVERY, 2008, p. 54.

<sup>45</sup> PARKER, 2013, p. 26.

<sup>46</sup> PARKER, 2013, p. 254.

<sup>47</sup> PARKER, 2013, p. 82.

mento, municiones y la construcción de fortificaciones en sus fronteras más vulnerables. Para el financiamiento de sus conflictos, gobiernos de potencias como España, China y Rusia aumentaron la recaudación fiscal, afectando sensiblemente la ya de por sí precaria economía de habitantes que perdían sus cosechas por las prolongadas bajas temperaturas. Dicha medida desencadenó el estallido de revueltas sociales.<sup>48</sup>

Debido a las dificultades que enfrentaba España para el financiamiento de sus guerras y porque el centro y la intensidad de los conflictos no estaba en sus colonias americanas, sino en Europa, durante el siglo XVII no se hicieron grandes obras en Ulúa, ni siquiera las que habían sido proyectadas por Antonelli y que iniciaron incipientemente algunos ingenieros. En vez de eso, se decidió aprovechar las defensas naturales que rodeaban la isla y que dificultaban el acceso al puerto, como los imprevistos bajos, los afilados arrecifes en los que se atascaban los barcos que intentaban fondear, así como la violencia de los nortes.

Cuando en los primeros años del siglo XVI, Samuel Champlain —fundador de Quebec— conoció el islote de Ulúa, ponderó la barrera de arrecifes que lo rodeaban,<sup>49</sup> ya que cualquier piloto, por más avezado que fuera, fácilmente podía ser sorprendido por un sistema arrecifal que haría encallar las quillas de sus naves. Anteriormente, el capitán Pedro Ochoa de Leguizamón también había señalado que los escollos que rodeaban la isla impedían cualquier desembarco, razón por la cual no estaba de acuerdo en que se construyesen los baluartes que Antonelli había propuesto, pues a su criterio eran innecesarios dadas las defensas naturales.<sup>50</sup> Asimismo, las desavenencias entre autoridades de la fortaleza y los ingenieros militares y oficiales reales entorpecieron cualquier intento de obra, como fue el desaguisado entre el castellano don Francisco Castejón con el ingeniero Marcos Lucio.<sup>51</sup>

La península en gran parte se sostenía de las remesas que llegaban de sus colonias americanas, pero para ese entonces ya Inglaterra y los Países

<sup>48</sup> Parker documenta el caso de las revueltas suscitadas en Cataluña y Andalucía. Por ejemplo, los pobladores de Andalucía se levantaron en armas tras la imposición de gravámenes y tras un prolongado invierno que en 1647 fue la causa de una desastrosa cosecha que se consideró la peor del siglo. PARKER, 2013, pp. 280-281.

<sup>49</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 30 y 31.

<sup>50</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1984, p. 19.

<sup>51</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 48-60.

Bajos representaban una fuerte competencia en el comercio intercontinental del Atlántico. De hecho, el pirata holandés Laurent de Graff, conocido como Lorencillo, tomó por asalto a Veracruz en mayo de 1683, cuando el puerto estaba repleto de mercancías, ya que por esos días arribaba la flota procedente de la Carrera de Indias. Sin embargo, fue el único hecho violento registrado en Veracruz a manos de una potencia extranjera en todo el siglo XVII, pues, como ya mencionamos, los conflictos bélicos tenían como escenario el viejo continente.

Las últimas décadas de la centuria fueron las más inestables y frías, y marcaron el pico máximo de toda la PEH. La guerra y el cambio climático ocasionaron una dramática reducción de los alimentos y por ende una catástrofe demográfica. Parker afirma que una tercera parte la población del mundo murió en ese siglo.<sup>52</sup> En la monarquía hispánica, Sevilla registró la peor inundación en 1626-1627 y en 1647 perdió 60 000 habitantes por la peste. En 1629 una desastrosa inundación dejó a la Ciudad de México bajo el agua durante cinco años. Las posesiones españolas en Italia sufrieron de sequía y plaga, causando inanición y el deceso de un cuarto de su población entre 1628 y 1631.<sup>53</sup>

Fagan registra que el Támesis y los Alpes suizos se congelaron, que los árboles se partían debido a las heladas y que así como las cosechas perecían, también morían animales y hombres gélidos y desnutridos. “El frío intenso llegó hasta España [...] A partir de 1680 se sucedieron 20 años de mucho frío, tiempo inestable y lluvias abundantes”.<sup>54</sup> También los vientos se intensificaron en Europa y en América, por un índice mínimo persistente de Oscilación del Atlántico Norte (OAN).<sup>55</sup> En esta época muchos galeones se hundieron en el fondo del océano con todo y sus tesoros, debido a las inclementes tempestades. El 14 de agosto de 1661 cayó en Veracruz una tormenta atroz, seguida de vientos que ocasionaron severos destrozos tanto en la isla como en la ciudad. La temporada de nortes que se avecinaba fue un impedimento para el inicio de las reparaciones.<sup>56</sup>

<sup>52</sup> PARKER, 2013, p. 77.

<sup>53</sup> PARKER, 2013, p. 258.

<sup>54</sup> FAGAN, 2008, pp. 198-199.

<sup>55</sup> FAGAN, 2008, p. 198.

<sup>56</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1984, pp. 61-62.

No obstante, ni este incidente provocado por las inclemencias del tiempo, ni el ataque de Lorencillo que hizo cundir el terror entre la población al tomarla como prisionera en la parroquia, primero, y en la isla de Sacrificios, después, impulsaron las transformaciones que se lograron en el siglo XVIII bajo la dinastía de los borbones. Aunque de acuerdo con Calderón, a finales del XVII el ingeniero alemán Jaime Frank consiguió que con sus obras Ulúa pasara de ser un muro para amarrar barcos, a una fortaleza cerrada y regular más acorde con lo que se esperaba del arte de la ingeniería militar.<sup>57</sup>

### LAS GUERRAS CONTRA INGLATERRA Y EL CAMBIO DE ESTRATEGIA EN EL SIGLO XVIII

Durante el siglo XVIII, la fuerte y constante presencia de naves inglesas en América sí empezó a representar un serio problema para la Corona, ya que la hipotética ocupación de uno de los puertos de sus colonias por parte de los ingleses facilitaría las condiciones de una invasión para que con su armada y tropas emprendieran la conquista de todo un virreinato. Además, Jamaica era posesión inglesa y resultaba un punto geográfico idóneo para realizar operaciones militares en contra de la Nueva España, y especial temor se tenía a una expedición ofensiva lanzada hacia Veracruz.

La invasión inglesa a Portobello durante la Guerra de los Nueve Años (1739-1748) despertó las alarmas en la península y obligó a que se tomaran medidas de seguridad y se hicieran obras de defensa en Ulúa. Aunque en 1750 se firmó el tratado de paz, seis años después estalló en Europa la Guerra de los Siete Años. La irrupción tardía de España en la misma facilitó las posibilidades de los ingleses, quienes en 1762 se apoderaron de Manila y La Habana, puntos estratégicos del sistema comercial español.

Así las cosas, la toma de La Habana por parte de Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVIII sí representó un parteaguas en las estrategias defensivas de la Corona española, pues significaba la pérdida de un importante eslabón de la cadena de puertos americanos de la que pendía el tráfico comercial trasatlántico. Además, se estimaba que por razones ló-

<sup>57</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1984, p. 106.

gicas de estrategia militar, el siguiente punto a conquistar por el enemigo sería Veracruz y si éste caía, se perdería el sistema comercial trasatlántico y el imperio quedaría en manos de Inglaterra, la reina de los mares.

Ante tal panorama, los borbones, que desde inicios del siglo XVIII eran la nueva dinastía reinante en España, impulsaron una serie de reformas económicas, políticas, administrativas y, por supuesto, militares como la creación del ejército borbónico y la consolidación de un sistema defensivo seguro y eficaz, mediante la construcción de fortificaciones. Cabe mencionar que para el año de 1762, la fortaleza de San Juan de Ulúa se encontraba en pésimas condiciones y con un gran atraso en cuanto a tecnología militar, tal como lo relató el ingeniero Agustín López de la Cámara Alta en un informe enviado al marqués de Cruillas, virrey de Nueva España.<sup>58</sup>

Fue en este tenor que, en 1765, el teniente coronel de ingenieros Manuel del Corral propuso un sistema de defensas escalonadas que consistía en la edificación de nueve baterías repartidas a lo largo del litoral veracruzano, siendo los puntos elegidos Alvarado, Mocambo, río de La Antigua, Boca del Río Xamapa, Punta Bellaca, Chachalacas, Boca del Río Juan Ángel y dos más en el terreno comprendido entre La Antigua y Punta Bellaca. Se contemplaba igualmente un fuerte en Antón Lizardo con su foso, explanada y camino cubierto con capacidad para 300 a 400 hombres y una fortificación al interior del territorio veracruzano, que a la postre sería la fortaleza de San Carlos, en Perote.<sup>59</sup>

Así, con la construcción de las baterías costeras y la del fuerte en Perote, el sistema defensivo daba un vuelco, pues las defensas escalonadas ofrecían protección a lo largo de la costa virreinal y al interior del territorio. A la par que se hacían las obras correspondientes en Veracruz, se construían los fuertes de San Francisco en Campeche, el presidio de la Señora del Carmen en Laguna de Términos, el presidio de San Felipe de Bacalar, la ciudadela de San Benito en Mérida y el fuerte de Sisal. En el Pacífico se erigían los castillos de San Diego y de San Carlos, ambos en Acapulco.

Indudablemente, la enorme amenaza que representó Inglaterra para España durante el siglo XVIII le obligó a abaluartar sus dominios. Pero,

<sup>58</sup> Archivo General de la Nación (AGN), legajo 356, exp. 1, fs. 120-247.

<sup>59</sup> CALDERÓN QUIJANO, 1984, p. 147.

además, las reformas borbónicas modernizaron a una España que se había quedado rezagada durante la centuria anterior debido a políticas económicas y militares que resultaron obsoletas. La reforma fiscal emprendida por los borbones aumentó considerablemente las recaudaciones procedentes del Nuevo Mundo y la libertad comercial decretada a mediados del siglo colocó a España en una posición predominante en el tráfico y comercio intercontinental, dadas las riquezas que se extraían de sus colonias, de ahí la importancia de blindarlas ante el acecho de los ingleses.

### CALOR, HACINAMIENTO Y ENFERMEDAD

Pese a la necesidad de diseñar estrategias militares y defensivas sofisticadas a fin de protegerse de Inglaterra, para las autoridades virreinales e ingenieros militares la cuestión del clima siguió siendo un factor de peso en la toma de decisiones. De hecho, el calor de la costa que propiciaba terribles epidemias era considerado un arma para minar a cualquier enemigo. El vómito negro o fiebre amarilla era una enfermedad endémica propia de tierra caliente, que provocaba síntomas como calenturas intermitentes y constantes vómitos de sangre que hacían sucumbir a cualquier forastero que arribaba al puerto.

También el pésimo estado de los caminos representaba un peligro para quien osara internarse en el territorio, pues en ciertos tramos el calor azotaba con fuerza y los mosquitos e insectos ponzoñosos atacaban noche y día. En este sentido, el plan de las defensas escalonadas tuvo en cuenta factores climatológicos que entorpecían el avance del enemigo; por ejemplo, la construcción del fuerte en Perote obedeció al interés de mantener un sistema de defensa y de abastecimiento en un punto crucial de los caminos a la capital, para que un batallón pudiera retener al enemigo, en caso de que éste pudiera desembarcar y sobrevivir a las enfermedades de la costa. Igualmente, el clima templado y seco de Perote era lo suficientemente favorable para la conservación de víveres y pólvora.

No obstante, las altas temperaturas de la costa eran un arma de doble filo, ya que también afectaban a la tropa acantonada en el puerto. En un oficio fechado el 24 de septiembre de 1787, el virrey dijo que, dadas “las graves enfermedades que produce el clima de Veracruz”, autorizaba a mi-

litares enfermos de la guarnición acantonada en el puerto “que saliesen a buscar sus alivios en los benignos y sanos temperamentos de Xalapa, Orizaba y Perote”. A continuación, el oficio completo:

El virrey dice: que para la perfecta curación y convalecencia de las graves enfermedades que produce el clima de Veracruz, se permitió siempre a todo individuo militar de aquella guarnición que saliesen a buscar sus alivios en los benignos y sanos temperamentos de Xalapa, Orizaba y Perote.

Que está cesada esta práctica desde el día en que se dio el debido cumplimiento a la Real Orden de 22 de febrero último que previene se asista con media paga al individuo que obtenga licencia temporal y con ninguna al que use de prórroga. Pero que en este año se han experimentado mayores enfermedades en Veracruz sin poder valerse de aquel arbitrio justo y piadoso que siempre las ha hecho menos funestas.

[...] expidió órdenes para que a todos los individuos militares empleados en la guarnición de Veracruz que enfermasen gravemente y sea preciso trasladarlos a mejor temperamento para su curación, se les transfiera al castillo de San Juan de Ulúa o al fuerte de Perote: que en cualquiera de estos dos destinos se les considere como destacados, pasando en esta clase las revistas mensuales para el integro abono de sus sueldos y haberes [...].<sup>60</sup>

En el documento anteriormente citado, el virrey recomendaba también el traslado de los enfermos al castillo de San Juan de Ulúa para su convalecencia. Aquí la pregunta obligada sería ¿por qué trasladarlos a la fortaleza, si el clima ahí debía ser muy similar al de la ciudad de Veracruz? Para responder a esta interrogante debemos aproximarnos a la situación de Ulúa y de Veracruz en las últimas décadas de la centuria que nos ocupa.

Durante el gobierno del virrey Antonio María de Bucareli y Ursúa (1771-1779), las funciones defensivas de Ulúa adquirieron una dimensión superlativa. Para el virrey la estrategia de la Nueva España residía en reforzar militarmente —en materia de construcción y guarnición— la fortaleza de San Juan de Ulúa, por ser Veracruz la entrada a la Nueva España y Ulúa su puerta de acceso; se consideraba que la pérdida del castillo acarrearía fatales consecuencias y su recuperación requeriría de un enorme esfuerzo e inversión, ya que se necesitarían fuerzas marítimas superiores.

<sup>60</sup> AGI, año 1787-1788, legajo 6953, 10.

Bajo esta óptica, Bucareli propuso que toda la inversión se destinara a Ulúa y a la edificación de las baterías costeras, dejando abierta la plaza de Veracruz. Años antes, el conde de Aranda, asesor supremo de la Corona en el ámbito de construcciones militares, había propuesto reforzar la defensa de Ulúa y dejar Veracruz abierta. Si caía Ulúa, Veracruz sería inmediatamente del enemigo y los obstáculos defensivos dificultarían su recuperación; en cambio, dejándola abierta y dotando a Ulúa de un buen sistema defensivo, Veracruz y el virreinato estarían más seguros.

Mientras que la inversión en infraestructura que se asignó a Ulúa favoreció su crecimiento y desarrollo, hacia las últimas décadas del XVIII la ciudad de Veracruz sufría enormes problemas como escasez de agua, insuficiencia hospitalaria y saturación del recinto urbano por el crecimiento demográfico registrado, lo que ocasionaba que la población se apretujara a vivir hasta con animales. En las actas de cabildo del Archivo Histórico de Veracruz (AHV) se multiplican las quejas de vecinos que solicitaban se abriera la Puerta Nueva de la muralla, la cual había sido clausurada, pues a través de ella salían a los campos de extramuros a refrescarse del calor asfixiante que se padecía en el recinto amurallado.<sup>61</sup> De ahí que a finales del siglo se presentaran proyectos para la extensión de la traza urbana que nunca se efectuaron. El hacinamiento, aunado al calor infernal de la costa, era caldo de cultivo para la incubación de enfermedades.

Con el fin de paliar las funestas condiciones sanitarias de la ciudad, el virrey Revillagigedo II ordenó trasladar el cementerio fuera de los límites urbanos, ya que las inhumaciones efectuadas en el interior de los conventos e iglesias contribuían a la descomposición del suelo y a la propagación de un olor a putrefacción en toda la ciudad. Fue por esto que, a partir de 1790, por orden del mencionado virrey, se estableció el cementerio general de extramuros, junto a la capilla del Santo Cristo del Buen Viaje.

El aumento poblacional en la ciudad obedeció a las crisis agrícolas en Nueva España en 1779 y en 1785-1786, pues la gente que vivía del campo emigraba a Veracruz por las oportunidades que representaban las mieles de su tráfico y comercio. En efecto, para estos años los campos novohispanos se vieron afectados por la inestabilidad del clima, lo que generó

<sup>61</sup> AHV, año 1795, caja 50, vol. 58, fs. 9-43.

un acelerado incremento de precios en productos comestibles. Bastaba que el maíz escaseara para que el alza de precios volviera prohibitivos los géneros alimenticios.<sup>62</sup> Esta situación provocó hambrunas y la proliferación de pestes y epidemias, ya que el debilitamiento de las defensas naturales del cuerpo junto con la ingesta de alimentos en estado de descomposición (muy común en climas calurosos) generaba enfermedades contagiosas que al expandirse acababan con la vida de millares.

Estudios que asocian las crisis agrícolas con las epidemias revelan el vínculo que unía a ambas calamidades. En la Ciudad de México, en los años de 1780-1781, se registró una crisis agrícola precedida un año antes por una epidemia de sarampión. Posteriormente, las fiebres que hubo en la misma ciudad entre 1784-1787 se relacionaron con la escasa productividad de los campos en 1785-1786.<sup>63</sup> En la ciudad de Veracruz, además de la fiebre amarilla, eran comunes la viruela, la tisis, el escorbuto y la disentería, y, desafortunadamente, la insuficiencia de servicios hospitalarios y médicos, así como la falta de agua, agravaban la situación.

A diferencia de Veracruz, San Juan de Ulúa a fines de la centuria contaba con agua suficiente y con una infraestructura que brindaba seguridad y las condiciones necesarias para el alojamiento y abasto de un gran batallón, así como para el almacenamiento de comestibles, municiones y pertrechos. Un documento firmado por el ingeniero Miguel del Corral así lo afirma: “De la relación que antecede se hace manifiesto que hay en la Real Fuerza de San Juan de Ulúa, bóvedas suficientes para el alojamiento de la guarnición, almacenes de boca y de guerra, como también agua suficiente en los aljibes [...]”.<sup>64</sup>

De acuerdo con el texto de Del Corral anteriormente citado, la fortaleza tenía, además, un hospital con sala de cirugía que contaba con un equipo de 35 cirujanos, más sus auxiliares,<sup>65</sup> cantidad que contrasta con la insuficiencia de médicos que había en el insalubre Veracruz y cuyo número se reducía a tres, lo que motivaba constantes quejas de parte del cabildo de la ciudad, deseoso de contar con más galenos. Así lo dice un

<sup>62</sup> FLORESCANO, 1969, pp. 144-145.

<sup>63</sup> FLORESCANO, 1969, pp. 160-161.

<sup>64</sup> AGN, año 1793, ramo Historia, vol. 355, f. 373.

<sup>65</sup> AGN, año 1793, ramo Historia, vol. 355, f. 338.

documento del AHV: “El síndico personero de este común en repetidas sesiones se ha representado a este Ayuntamiento la urgente necesidad que hay de aumento de médicos en esta ciudad, que siendo un vecindario numeroso y propenso a continuas y graves enfermedades, se halla hoy increíblemente reducido a tres, de los cuales el uno hace tres meses está ausente de esta ciudad, y otro por su vejez, sordera y poco crédito es poco menos que inútil [...]”.<sup>66</sup>

Una de las razones posibles de esta diferencia en el número de médicos entre Ulúa y Veracruz sería que la tripulación que llegaba infectada en las embarcaciones tras largos y penosos viajes trasatlánticos, pasara la cuarentena en el islote. La botica de la fortaleza contenía una gran variedad de polvos para curaciones, como esperma de ballena, alcanfor, malva, palo santo, manzanilla, flor de amapola, hidra terrestre, zarzaparrilla, rasuras de cuerno de ciervo, flor de violeta, polvo de coral rubio, polvo de Xalapa, polvo de milpiés, polvo de incienso y de quina. Asimismo, se utilizaban sales, aguas como la de canela, de cal, rosada, etc. En cuanto a bálsamos, se ocupaba el de calabaza, el católico, el bálsamo de arceo y de copaiba, que se empleaba para gonorreas agudas y crónicas. También se recetaban para fines medicinales jarabes, mieles, flores, azúcares, tinturas y espíritus, piedras, aceites, ungüentos y emplastos.<sup>67</sup>

Igualmente, en la fortaleza se tenían los espacios adecuados para almacenamiento de comestibles, tomando las medidas necesarias para que no se echaran a perder por el calor y la humedad, puesto que según lo escribió el ingeniero Pedro Ponce: “lo salitroso de estos aires o excesivo de estos calores corrompe los víveres”.<sup>68</sup> Por ejemplo, para la conservación de la harina y el frijol se propuso se guardasen en 442 tinajas de barro de cuatro pies de alto y tres de diámetro, las cuales se enterrarían en las bóvedas del terraplén del baluarte de la Soledad, pero esta medida al final no fue aprobada por resultar difícil, costosa y peligrosa, ya que podían quebrarse las tinajas. Fue entonces que se acordó mantener la carne en barricas; las menestras —que eran granos secos como frijoles, chícharos,

<sup>66</sup> AHV, año 1790-1791, caja 37, vol. I.

<sup>67</sup> AGI, México 2459.

<sup>68</sup> AGI, México 2459.

garbanzos, lentejas y habas— en costales, y la harina en sacos crudos de petate y guangoche, una tela utilizada para embalajes. Del Corral hizo recomendaciones para conservar jamones, carne y ponía énfasis en procurar siempre el abasto de agua en tinajas y aljibes:

Tengo dicho que el arroz cáscara, se conserva hasta dos años, por lo que puede hacerse más acopio de este género, y menos de las demás miniestras, tirando a consumirlas primero: Los jamones colgados sin tactos de unos con otros, bien almarcados se conservan más de seis meses y la carne salada, refrescada su salmuera, nos dio la experiencia en la última guerra de que al cabo de un año estaba como si se acabara de hacer.

Por el fundado recelo de que se sientan los aljibes con el vivo fuego que puede hacer el castillo, me parece de la mayor importancia conservar alguna agua en tinajas y para verificarlo, ocupando menos bóvedas de las que sirven para cuarteles, víveres y almacenes me ha parecido colocar las que quepan en los tres aljibes [...].<sup>69</sup>

Para el abasto de las gallinas y el carnero se contrataban los servicios de un abastecedor que surtía la carne a la fortaleza, la cual se mandaba desde la ciudad de Veracruz mensualmente. Para el conteo, inventario y administración de víveres del fuerte existía un guarda almacén que suministraba harina al encargado de la panadería, y de jamón, menestras y manteca al sobrestante mayor de presidiarios, administrando debidamente la ración diaria para la población del castillo. Además, el mencionado guarda almacén tenía que estar al pendiente de los alimentos que con mayor rapidez se echaban a perder para repartirlos con anterioridad y así, cada primero de mes, debía entregar al abastecedor de carne en la ciudad una relación de lo que se había consumido los 30 días anteriores, a fin de que se mandara a Ulúa la misma cantidad para el mes siguiente.<sup>70</sup>

Hacia fines de la centuria, San Juan de Ulúa ya era un acabado modelo de fortificación según los criterios de ingeniería militar de la época. Además, poseía una infraestructura lo suficientemente vasta para el servicio, mantenimiento y hospedaje de una guarnición que, entre gobernador, oficiales y sargentos, gente de la tropa, marineros, forzados, médicos,

<sup>69</sup> AGN, año 1793, ramo Historia, vol. 355, fs. 369-411.

<sup>70</sup> AGN, año 1793, ramo Historia, vol. 355, fs. 369-411.

carpinteros, albañiles, herreros, canteros, toneleros, armeros, clérigos, cocineros, lancheros, entre otros, constituían una población de más de dos mil hombres que ahí vivían.

## CONCLUSIONES

Muy lejos quedó la tierra llana, rodeada de agua y conveniente para la agricultura y la ganadería que representó Hernán Cortés en sus cartas refiriéndose a Veracruz. De igual manera, el “sitio sano” al que bañaban todos los vientos, así aludido por Antonelli, no tenía nada que ver con la ciudad en que se convirtió hacia fines del siglo XVIII. Conquistadores y colonizadores sabían que era fundamental ponderar en el discurso los recursos naturales de los asentamientos que descubrían, para seducir a los reyes y entusiasmarlos con las empresas que llevaban a cabo en el Nuevo Mundo. Especialmente, en un momento histórico en que Europa padecía hambre y enfermedades por las guerras y por los estragos que ocasionó la PEH.

Sin embargo, el tiempo demostró que los violentos nortes, lo salitroso de los aires, los excesivos calores, la escasez de agua, la arena de los médanos, la furia de las tormentas, la humedad y las terribles enfermedades hacían de Veracruz un sitio inhóspito donde actividades como la agricultura, la ganadería y la industria no eran factibles. De cualquier forma, los anhelados recursos naturales del Nuevo Mundo fueron para los europeos fuente de explotación y el oro, la plata y otros tantos bienes preciados que se obtenían de las colonias generaron un periodo de prosperidad en el polo occidental del siglo XVIII, basado en el comercio. De ahí el crecimiento de Veracruz y San Juan de Ulúa, que con sus imponentes muros de coral se erigía portentoso en el islote de la Gallega para salvaguardar la entrada de la Nueva España ante las inclemencias del clima y el asedio de potencias enemigas.

## BIBLIOGRAFÍA

- BRAUDEL, Fernand  
1984 *Las estructuras de lo cotidiano*, Madrid, Alianza Editorial.

- CALDERÓN QUIJANO, José Antonio  
 1984 *Historia de las fortificaciones en Nueva España*, ts. I y II, Gobierno del Estado de Veracruz/Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, Madrid.
- COLÓN, Cristóbal  
 1892 *Relaciones y cartas*, Librería de la Viuda de Hernando y Ca., Madrid [en línea: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/relaciones-y-cartas-de-cristobal-colon--0/html/>].
- CORTÉS, Hernán  
 2018 *Cartas de Relación*, nota preliminar de Manuel Alcalá, Porrúa, México.
- DELUMEAU, Jean  
 1978 *El miedo en Occidente. Siglos XIV-XVIII. Una ciudad sitiada*, Taurus, Madrid.
- ENDFIELD, Georgina  
 2011 *The Resilience and Adaptive Capacity of Social-Environmental Systems in Colonial Mexico*, Karl W. Butzer (ed.), University of Texas, Austin.
- FAGAN, Brian  
 2008 *La Pequeña Edad de Hielo. Cómo el clima afectó a la historia de Europa. 1300-1850*, trad. de Julieta Barba y Silvia Jawerbaum, Gedisa Editorial, Barcelona.
- FLANNERY, Tim  
 2007 *La amenaza del cambio climático. Historia y futuro*, Taurus, México.
- FLORESCANO, Enrique  
 1969 *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810)*, El Colegio de México, México.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio  
 1998 “Economía y vida cotidiana en el Veracruz del siglo XVII, 1585-1707”, *Boletín Americanista*, núm. 48, Universidad de Barcelona, pp. 29-45  
 2011 *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento 1519-1821*, Fondo de Cultura Económica, México.
- LE ROY LADURIE, Emmanuel  
 2017 *Historia humana y comparada del clima*, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología/Fondo de Cultura Económico, México.
- LINDEN, Eugene  
 2006 *The Winds of Change. Climate, Weather and the Destruction of Civilizations*, Simon & Schuster, Nueva York.
- PARKER, Geoffrey  
 2013 *Global Crisis. War, Climate Change and Catastrophe in the Seventeenth Century*, Yale University Press, London.

SINGER, Fred y Dennis AVERY

2008 *Unstoppable. Every 1,500 years. Global Warming*, Rowman & Littlefield Publishers, USA.

SPENCER, Roy

2008 *Climate Confusion*, Encounter Books, New York.

TOHARIA, Manuel

2006 *El clima. El calentamiento global y el futuro del planeta*, Editorial Debate, España.



## Puerto de pólvora. El sitio y bombardeo a Veracruz en marzo de 1847

CRISTÓBAL ALFONSO SÁNCHEZ ULLOA\*

**E**N LOS ÚLTIMOS DÍAS DE FEBRERO DE 1847 apareció, en tu costa, entre tus calles y en los médanos que rodeaban tus muros, tu eterno acompañante: el viento del norte. Su soplo fue el preludio de una intensa tormenta que también llegó del septentrión, pero a diferencia de las demás, te inundó de pólvora, escombros, fuego y sangre. Esa tormenta, que te asfixió durante marzo de 1847, soltó una lluvia de proyectiles que provocó destrucción y muerte en tu interior.

¿Quién liberó esa tormenta? ¿Por qué no te protegieron adecuadamente? ¿Cómo se vivieron los momentos previos y los de mayor apremio? ¿Cuáles fueron algunas de las secuelas? Eso es lo que quiero contestar en estas páginas.

### PRELUDIO

Una gaviota se extravió por el viento. Llegó hasta tu costa proveniente de la Isla de Lobos, una pequeña extensión de tierra rodeada de arrecifes de coral, a unos 280 kilómetros al nornoroeste. De haber podido hablarte, la gaviota te habría contado que en aquella ínsula se fraguaba la tormenta que te golpearía. La isla, que solía estar poblada solamente por palmeras y el chaparral que cubría la playa, en esos días —finales de febrero de 1847— se encontraba repleta de tiendas de campaña y rodeada por embarcaciones. Eran los soldados del ejército estadounidense, que establecieron ese sitio como lugar de reunión. El ojo de la tormenta era el general

\* Dirigir correspondencia al Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, calle 43 s/n, Col. Industrial, C.P. 97150, Mérida, Yucatán, México, tel. (999) 9228446 al 48, ext. 189, e-mail: cristobalsanchezu@gmail.com.

Winfield Scott, a quien su gobierno le encomendó iniciar una nueva campaña que avanzara hacia el centro de México.

El chaparral —matas espinosas— lo retiraron los primeros regimientos, que llegaron desde enero y se encargaron de limpiar el terreno para instalar los campamentos. Los demás hombres arribaron en el transcurso de febrero. Para muchos de ellos, la travesía a Lobos era su primer viaje en el mar y desembarcaban cansados y sin fuerzas, después de pasar días o semanas mareados y hacinados en barcos mercantes. Con el transcurrir de los días se fastidiaban más, por la espera y por el calor. Una lechuza que sobrevolaba la isla en las noches la admiraba convertida en una pequeña Tierra de Fuego, iluminada por una multitud de fogatas, alrededor de las cuales se situaban los soldados, con sus caras enrojadas por las brasas y por el sol, que las quemaba durante el día.<sup>1</sup>

Algunos de los regimientos procedían de Estados Unidos, reclutados específicamente para el ejército de Scott, pero la mayoría provenía del norte de México. Estos soldados habían combatido bajo las órdenes del general Zachary Taylor desde el inicio de la guerra, oficialmente declarada por el presidente James K. Polk en mayo de 1846. Entre ellos había hombres del ejército regular y voluntarios de los estados, contratados para luchar durante un año.<sup>2</sup> Cuando declaró la guerra, Polk y muchos estadounidenses pensaban que sería corta; por ello, los contratos fueron solamente por 12 meses. Sin embargo, nueve meses después, el final del conflicto no se veía cerca, ya que los mexicanos habían resistido en el norte y no se mostraban dispuestos a negociar un tratado.<sup>3</sup> Por ello, se lanzó una nueva campaña, dirigida al centro de México, a la que enviaron a muchos de aquellos cuyo contrato culminaría pronto. La expedición partiría de tu costa y avanzaría con rumbo a la capital, evocando el derrotero de Hernán Cortés, con quien algunos equipararon a Scott.<sup>4</sup> Conquistarte sería significativo por esta idea romántica, pero sobre todo, por ser el principal puerto y aduana del país, y el punto de contacto con la costa estadou-

<sup>1</sup> MOORE, 1849, p. 4; WINDERS, 1997, pp. 115-116.

<sup>2</sup> FURBER, 1850, p. 43; PARKER, 1883, p. 81.

<sup>3</sup> GUARDINO, 2018, pp. 219-220.

<sup>4</sup> JENKINS, 1848, pp. 266-267; JOHANNSEN, 1985, pp. 154-157.

nidense, en especial Nueva Orleans, de donde saldrían los hombres, las armas y los víveres que necesitarían para continuar la guerra.

La gaviota de Isla de Lobos te habría contado que Scott y sus hombres llevaban varias semanas apostados ahí. Esperaban contar con la mayoría de las tropas y el material de guerra que el general solicitó. Él, en especial, aguardaba por unos botes de oleaje que encargó a su gobierno para la campaña,<sup>5</sup> botes que, verás, marcarían el inicio de tu tormenta. Las horas y los días transcurrían entre la playa y los barcos, entre el entrenamiento militar y el ocio, entre el calor y la enfermedad. Las bandas de metales entonaban aires militares, a veces festivos y a veces fúnebres, cuando enterraban a los que sucumbían por las enfermedades o los accidentes.<sup>6</sup>

La gaviota no supo que la espera terminó el 3 de marzo. Ese día, el *Massachusetts*, barco en el que navegaba Scott, izó una bandera roja. Fue la señal para zarpar. Los estadounidenses dejaron con alivio la Isla de Lobos y partieron con rumbo austral, hacia ti.<sup>7</sup> El color de la bandera del *Massachusetts*, ondeando en la vanguardia de la flota, presagiaba la violencia que sufrirían tus construcciones y pobladores. La sangre teñiría tu suelo. ¿Lo imaginaban tus habitantes? Es difícil saberlo. Hasta esos momentos, la lucha armada no te había alcanzado, aunque sí habías padecido los estragos de la guerra. En los meses anteriores, frente a tu costa, los enemigos impusieron un bloqueo marítimo, que intensificaron poco a poco hasta reducir drásticamente las contribuciones que entraban a la aduana.<sup>8</sup> Pero ahora, las tropas y la artillería se te aproximaban. Aunque tus habitantes eran conscientes de la amenaza, no todos tenían certeza de lo que sucedería.

¿Alguien lo imaginaba? Sí. Las autoridades políticas y militares del estado y del país conocieron con tiempo los movimientos de los invasores. Las noticias viajaban rápidamente de un país a otro. Los gobernantes y el ejército supieron que habría una nueva campaña y que al frente de ella estaría Scott. La prensa del país advirtió desde enero la posibilidad de que fueras agredida y tomada, junto con la fortaleza de Ulúa.<sup>9</sup> Y el mismo

<sup>5</sup> *Chronicles of Gringos*, 1968, pp. 174-175; OSWANDEL, 2010, p. 30.

<sup>6</sup> SMITH, 1917, p. 106; OSWANDEL, 2010, p. 31.

<sup>7</sup> *Chronicles of Gringos*, 1968, pp. 174-175; OSWANDEL, 2010, pp. 31-33.

<sup>8</sup> ROA BÁRCENA, 1991, p. 200; LERDO DE TEJADA, 1940, p. 504.

<sup>9</sup> *El Monitor Republicano*, 26 de enero de 1847, p. 2.

gobierno confirmó esa posibilidad. Sabían de los movimientos navales entre Nueva Orleans y la Isla de Lobos, por lo que a inicios de febrero, el ministro de Guerra mandó poner en alerta a los comandantes en la costa, ya que en aquella isla se preparaban para “obrar sobre Veracruz”.<sup>10</sup>

Lo que desconocían en un inicio era el derrotero y la estrategia que la campaña bélica seguiría. Mas poco a poco llegaron personas y noticias que dieron algunas ideas. Un marinero inglés, contratado por la flota estadounidense estacionada en Antón Lizardo, desertó de sus filas y fue capturado por los mexicanos. Interrogado el 13 de febrero, informó sobre la cantidad de buques que estaban en el fondeadero y los que se preparaban en Estados Unidos. Contó que escuchó decir al comodoro David E. Conner, comandante de la marina, que esperaban la llegada de varios buques mayores que conducirían “15,000 hombres [...] con objeto de desembarcar por la boca del Río por medio de unos chalanes”. Mencionó que a bordo de los barcos había muchas escalas y otros instrumentos necesarios para asaltar el puerto y obligar la capitulación de Ulúa.<sup>11</sup>

Los habitantes de los pueblos y vigilantes repartidos a lo largo de la costa del Golfo vislumbraron los movimientos de los invasores para esclarecer el panorama. Un poco más lento que las aves, pero más eficaces, los mensajeros llevaban noticias al gobierno de México. Los jefes militares del norte del estado vieron llegar a los norteamericanos. De Tampico, Tuxpan y Papantla, le contaban al gobernador, Juan Soto, las acciones de los estadounidenses y él mandaba los mensajes al ministro de Guerra y Marina, y al vicepresidente Valentín Gómez Farías, quien se encontraba al frente del gobierno, en la capital del país.<sup>12</sup> El 21 de febrero les pidió cartuchos de fusil para defender Tuxpan y la barra de Tecolutla. El 1 de marzo transmitió las novedades que llegaron de Tampico: que había entre siete y ocho mil soldados extranjeros, quienes diariamente hacían ejercicios

<sup>10</sup> Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional (AHSDN), exp. 2355, f. 27.

<sup>11</sup> AHSDN, exp. 2355, fs. 41-49.

<sup>12</sup> En agosto de 1846, los liberales radicales tomaron el poder tras un golpe en contra de Mariano Paredes. Antonio López de Santa Anna, que estaba en el exilio, fue llamado por los pronunciados para gobernar el país. En los comicios de diciembre de 1846, Santa Anna fue electo presidente y Valentín Gómez Farías, vicepresidente. Santa Anna se puso al frente del ejército y marchó al norte, dejando a Gómez Farías como encargado del Ejecutivo desde inicios de 1847.

de artillería y de infantería; y que “enfrente de la Isla de Lobos” había “once buques mercantes cargados de voluntarios y víveres esperando el resto de la expedición”. Todo esto indicaba, pues, “no debe dudarse de la expedición a Vera Cruz”.<sup>13</sup> Juan Soto también informó lo que escribieron desde el cantón de Papantla el 24 de febrero: en días previos se escuchó una multitud de cañonazos proveniente de los buques anclados en la Isla de Lobos. El motivo, adivinaron los exploradores de la costa, fue la llegada de un gran buque proveniente de Nueva Orleans que transportaba al general Scott, “comandante en jefe de la expedición que en la referida Isla se está reuniendo: siendo ya veintitrés buques los fondeados” ahí.<sup>14</sup>

Para inicios de marzo, las evidencias de la gran expedición que se dirigía a tus costas se habían acumulado y el movimiento en la Isla de Lobos hacía ver cada vez más cercana la invasión. También desde la otra orilla del Golfo llegaron noticias. Un marinero español, contratado por los estadounidenses, escapó de un buque de guerra en la Isla del Carmen y llegó hasta San Juan Bautista —hoy Villahermosa—. Ahí explicó que los buques estacionados en Carmen y Frontera estaban “listos para salir para Veracruz”, a fin de “hallarse en el ataque que toda la escuadra había de verificar sobre la fortaleza de Ulúa”.<sup>15</sup>

Así, no era necesario que las aves de la costa hablaran para saber lo que acontecía a tu alrededor y lo que se preparaba para amagarte. Lo sabía el general Juan Bautista Morales, comandante del estado de Veracruz, a quien se le encomendó tu defensa; lo sabía el gobernador Juan Soto, quien te visitó en los primeros días de marzo, y lo sabía el gobierno del país, a quien los dos generales pidieron ayuda repetidas veces. Desde finales de enero, ambos insistieron en la insuficiencia de elementos humanos y materiales necesarios para defenderte. Bautista Morales y su segundo al mando, José Juan Landero, acusaron las dificultades que diario enfrentaban para proporcionar “el indispensable alimento del soldado” e hicieron reiterados pedidos de apoyo de fuerza y numerario.<sup>16</sup> Soto informó de la marcha hacia la costa de los batallones de Guardia Nacional de Orizaba,

<sup>13</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 12-15.

<sup>14</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 20-21.

<sup>15</sup> AHSDN, exp. 1915, fs. 1-5.

<sup>16</sup> AHSDN, exp. 2355, fs. 1, 15, 52.

Huatusco y Cosamaloapan, pero estaba en “el mayor conflicto” por la miserable situación de las rentas del estado, lo cual le imposibilitaba asignarles recursos. Solicitó ayuda al Gobierno Supremo y advirtió del “peligro de que se pierda la Plaza de Veracruz, si no se atiende a las tropas que la guarnecen”.<sup>17</sup>

Escuetas y poco alentadoras respuestas recibieron todos. A Morales y Landero les informaron que el gobierno se “esforzaba” en proporcionar los recursos.<sup>18</sup> A Soto le animaron a seguir enviando noticias; pero en cuanto a la ayuda, no se podía. Más de una vez el gobierno se declaró imposibilitado. El 6 de marzo, el Supremo Gobierno le dijo a Soto que “por ahora, solo le anima[ba] la seguridad en que esta[ba] de que la eroica [sic] Veracruz llenara sus deberes”.<sup>19</sup> ¿Cuáles eran los motivos para esta negativa? Uno de ellos, la campaña en el norte. El otro, como el gobierno mismo afirmó, las “deplorables circunstancias” en que se encontraba la capital desde finales de febrero.<sup>20</sup>

En cuanto a los hombres que podían ayudarte, un zopilote te habría dado razón de muchos de ellos. Proveniente del desierto que se extiende entre San Luis Potosí y Saltillo, habría visto la infausta marcha del grueso del ejército mexicano, comandado por Antonio López de Santa Anna, que regresaba hacia la capital del país tras combatir a las tropas de Taylor en La Angostura, el 22 y 23 de febrero. En la batalla, ningún bando obtuvo una victoria definitiva y ambos retrocedieron, los estadounidenses a Saltillo y los mexicanos hacia San Luis Potosí. El zopilote habría estado atento a ese ejército que enflaquecía, tanto en sus cuerpos, por el hambre, como en su número, por la muerte y la desertión.<sup>21</sup> Debido a la lejanía y a sus condiciones, no era grande ni pronta la ayuda que podías esperar de esos hombres.

¿Qué más imposibilitaba al gobierno socorrerte? ¿Qué podía ocupar su atención antes que defenderse de una expedición que, con toda su fuerza, se acercaba al puerto más importante del país? Una lucha civil en la capital, la que originó las “deplorables circunstancias”.

<sup>17</sup> AHSDN, exp. 2305, fs. 2, 4-5, 17-18.

<sup>18</sup> AHSDN, exp. 2355, f. 16.

<sup>19</sup> AHSDN, exp. 2263, f. 22.

<sup>20</sup> AHSDN, exp. 2263, f. 13.

<sup>21</sup> PLETCHER, 1975, pp. 488-489; FOWLER, 2018, pp. 401-402; GUARDINO, 2018, pp. 183-185.

En los mismos días en los que el “norte” soplaban en tus calles y en los que el ejército de Santa Anna caminaba por el desierto, el vicepresidente Valentín Gómez Farías ordenó que una serie de batallones compuestos o apoyados por liberales moderados partieran hacia tus costas para auxiliarte. Pero no salieron de ahí. El 27 de febrero, respaldados económicamente por la jerarquía eclesiástica y por pobladores acaudalados de la ciudad, se levantaron en contra del vicepresidente, exigieron destituirlo y derogar la Ley del 11 de enero que permitía al gobierno hipotecar o ceder propiedades de la Iglesia, con el fin de obtener recursos para la guerra. El levantamiento, llamado de los “polkos”, se prolongó por semanas. A la larga, los pronunciados redujeron sus exigencias a la renuncia de Gómez Farías, dejando ver que su prioridad era apartar a los radicales del gobierno y evitar la participación de las clases populares en la política.<sup>22</sup> Mientras eso duró, ni los levantados ni las fuerzas del gobierno que los combatieron voltearon a verte.

El cielo se ennegreció.

## VIENTO

La mañana del 5 de marzo, la errante gaviota voló desde tu muelle para posarse sobre uno de los muros de la fortaleza que desde siglos atrás te guarecía. El hambre la tenía alerta y el instinto le hizo alzar el vuelo un poco más lejos de tu orilla. Pronto reconoció aquello que la atraía. Eran los barcos cargados de hombres y víveres de la Isla de Lobos, que navegaban ahora como una heterogénea flota. Como si de advertencia o de una amenaza se tratara, ese día la expedición solamente se paseó frente a ti; siguió su camino hacia Sacrificios y después más allá, hasta Antón Lizardo, a 12 millas de distancia.

La gaviota los siguió para ver qué conseguía y encontró otro conjunto de embarcaciones esperando en aquel fondeadero. Volvió a tu muelle tras constatar la reunión de Scott con el comodoro David E. Conner, el ojo de otra tormenta, quien tomó Tampico meses antes y se encargó de bloquear tu puerto e incursionar en otros desde el inicio de las hostilidades

<sup>22</sup> PLETCHER, 1975, p. 490; SANTONI, 1996, pp. 184-185; FOWLER, 2018, pp. 403-404; GUARDINO, 2018, pp. 214-218.

entre los dos países. En ese encuentro, se fraguó el plan de ataque que efectuarían en las jornadas siguientes.<sup>23</sup> Los dos ciclones se juntaron para convertirse en uno más potente. Una vez formado, con sus fuertes vientos, el huracán tomó rumbo al noroeste, hacia ti.

El 9 de marzo, el viento marcial llegó a tu costa. La tormenta se estacionó frente a la Isla de Sacrificios y por la tarde empezó a liberar su fuerza. Montados en los 65 botes de oleaje que se construyeron especialmente para la ocasión, 4 000 soldados al mando del general William J. Worth, cargados con armas, banderas y una gran tensión en los hombros, iluminadas sus caras por el sol que se asomaba detrás del Pico de Orizaba, se acercaron a la playa de Collado, al sureste de tu muralla. Sacrificios servía como telón de fondo, junto con los buques de guerra invasores y los de las naciones neutrales (Francia, España, Inglaterra), en los que se refugiaron habitantes extranjeros de la ciudad, que observaban con interés y temor lo que sucedía. Dos vapores y cinco lanchas cañoneras se alinearon en paralelo a la línea costera para cubrir a la primera oleada de invasores. Temían que les dispararan desde tus baluartes, desde el castillo de Ulúa, o desde las dunas que cubrían la playa... pero no fue así. Tus defensores desaprovecharon la oportunidad y los soldados del norte desembarcaron. Jubilosos, izaron la bandera de las barras y las estrellas en la arena, sin saber con certeza por qué no fueron atacados.<sup>24</sup>

Quizá, el general Juan Morales, encargado de protegerte, decidió concentrar sus fuerzas dentro de tu muralla. Sus 3 000 hombres y la artillería debieron parecerle insuficientes para intentar algo que no fuera defenderse y resistir desde adentro. ¿Tal vez también la visión de tal cantidad de hombres, barcos y artillería enemiga intimidó a los defensores y les impidió actuar con rapidez? Su inmovilidad podría explicarla en gran medida la suposición de que los invasores intentarían un asalto, como el que efectuaron los franceses a finales de 1838. Esperaban causarles numerosas bajas dentro de tus muros y, con suerte, rechazarlos.<sup>25</sup>

<sup>23</sup> MOSELEY, 1998, pp. 457-460.

<sup>24</sup> JENKINS, 1848, p. 251; BALLENTINE, 1853, pp. 145-148; ANDERSON, 1911, p. 73; MOSELEY, 1998, p. 460; EISENHOWER, 2006, p. 326.

<sup>25</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 33-36.

La noche del 9 hubo conatos de resistencia en forma de escaramuzas, protagonizadas por cuerpos de caballería mexicana, quienes atacaron a los estadounidenses que se instalaron lejos del núcleo de su ejército.<sup>26</sup> Sin embargo, no les causaron mayor daño: todos desembarcaron y se establecieron en el campamento que bautizaron como “Washington”. El 10, todos estaban en la playa.

Algunos de los generales de división consideraban la opción de asaltarte, pues eso acortaría la lucha y les permitiría seguir su avance hacia el interior. Les aterraba el clima caluroso y, sobre todo, la fiebre amarilla; ese mal propio de tu geografía que tantas vidas extranjeras cobraba. Pero Scott se decidió por el sitio: rodearte con hombres y artillería, y cortar las líneas de abastecimiento para forzar tu rendición.<sup>27</sup> Así, en los siguientes días, los invasores se encargaron de cercarte. Los médanos —o dunas—, el espinoso chaparral y el viento del norte les dificultaron la labor, llenándoles de arena sus armas y trincheras. Desde los baluartes, tus defensores disparaban para impedir el avance, pero las balas de morteros y cañones las escuchaban los enemigos desde que eran disparadas, podían ver su trayectoria y, casi siempre, esquivarlas.<sup>28</sup> Aunque lo intentaron, tu geografía y tus habitantes no impidieron que, desde el 13 de marzo, quedaras rodeada por los hombres y la artillería estadounidenses.

Te encerraron; por un flanco, el Golfo de México y los buques de guerra enemigos, y por el otro, las tres divisiones invasoras al mando de David E. Twiggs, Robert Patterson y William J. Worth, al este, sureste y sur, respectivamente. Ocultas detrás de los médanos, colocadas de noche, quedaron sus baterías. Unas, muy próximas al cementerio donde descansaban los restos de tus pasados moradores.<sup>29</sup>

Dentro de tus murallas estaban tus pobladores y los 3 000 hombres que estaban bajo el mando del general Juan Morales. De todos ellos, dos terceras partes pertenecían a la Guardia Nacional, habitantes de sitios cercanos como Puebla, Orizaba, Alvarado, Coatepec, entre otros, que no formaban parte del ejército permanente. Muchos de ellos y muchos de la

<sup>26</sup> ROBERTSON, 1849, p. 221; FIGUEROA, 1999, p. 252.

<sup>27</sup> MOSELEY, 1998, p. 460.

<sup>28</sup> BALLENTINE, 1853, pp. 153-154; SMITH, 1919, pp. 27-28.

<sup>29</sup> SMITH, 1919, p. 28; MOSELEY, 1998, p. 460, ROA BÁRCENA, 1991, p. 212.

tropa eran individuos de las clases pobres del país, reclutados en su mayoría por medio de la leva.<sup>30</sup>

Desde que supieron que las armas estadounidenses iban hacia ti, tus habitantes y defensores se prepararon como pudieron. Tus muros y tu gente tenían frescas en la memoria las marcas de otros ataques: cuando los españoles te cañoneaban desde Ulúa en la primera mitad de la década de 1820, y cuando los franceses bombardearon el fuerte y tus calles y te tomaron por asalto, en 1838. Con esa experiencia en mente, te alistaron. Contra un asalto, construyeron barricadas en las calles, hicieron zanjas afuera de la muralla, tapizadas con madera y fierro afilados, colocaron las piedras del pavimento en los techos y cubrieron puertas y ventanas con costales de arena.<sup>31</sup> Y contra un bombardeo, fortificaron tus baluartes y prepararon tus templos. El de San Agustín sirvió como depósito de pólvora; los demás, como hospitales de sangre y como refugios. Confiaron en la firmeza de estas grandes construcciones para almacenar ahí recursos indispensables o establecer auxilios temporales.<sup>32</sup> Tu Ayuntamiento entregó granos, harina y zapatos a los soldados, y varios de sus integrantes tomaron las armas para ayudar en tu defensa.<sup>33</sup> Algunos de tus jóvenes pobladores organizaron una función de teatro para ayudar a establecer un hospital de sangre —o provisional—.<sup>34</sup> Los efectos de primeros auxilios no abundaban. En caso de un ataque, los heridos quizá no podrían ser atendidos adecuadamente.

Y es que los llamados de auxilio lanzados al centro no eran correspondidos. El 7 de marzo, el gobernador Juan Soto anunció que ya había llegado la expedición marina que te atacaría. Informó que en Antón Lizardo había “53 buques, y entre ellos un crecido n[úmero]o de transportes q[ue] conducen como diez mil hombres y un numeroso tren de artillería”. El gobierno del estado había agotado sus recursos en dar auxilios a las guarniciones porteñas y en fortificar puntos en el camino a Xalapa. No tenía más y lamentaba que, probablemente, la ocupación sería la pe-

<sup>30</sup> ZAMACOIS, 1880, p. 648n; *El soldado mexicano*, 1958, pp. 12-25; SANTONI, 2008, p. 66.

<sup>31</sup> MOORE, 1849, p. 13; SMITH, 1919, pp. 21-22.

<sup>32</sup> ALCARAZ *et al.*, 1991, p. 203; BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1997, p. 572.

<sup>33</sup> BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1997, p. 572; TRENS, 1949, p. 423.

<sup>34</sup> *Tributo a la verdad*, 1933, p. 44.

nosa consecuencia de la miseria del estado. La respuesta fue trágica: “ya se [h]an dictado todas las providencias que [h]an sido posibles, y permitido las circunstancias”.<sup>35</sup>

El general Juan Morales le escribió al gobernador para recordarle la difícil situación en que se encontraba, la cual pudo constatar el mismo Soto en los primeros días de marzo:

En los pocos días q V.E. permanecio en esta plza, quedaria evidentem.te persuadido del estado triste y miserable de la guarnicion p.r tanto t.po sometida a una rigurosa escases [...].

[...] mis esfuerzos pa. sacarla de aquella condic.n tan humillante no han producido los resultados q eran de esperarse, y [...] todos los recursos q de la Cap. l he recibido no han pasado de simples esperanzas estampadas en contestaciones de rutina [...] nada se ha podido hacer con perfeccion p.r la indicada falta de ausilios.

Las escandalosas [...] ocurrencias de la Capital [...]. Por ellas el Gob.o se ha desentendido en lo absoluto de estas benemeritas tropas q de un mom.to a otro sus pechos serán el blanco de las balas enemigas. La Aduana marítima unica fuente con q contaba p.a remediar mis apuros se ha trasladado fuera de la plaza, y sin recursos de q. disponer p.r haber consumadose los q tenia apenas me pudo dejar treinta y cinco mil p.s [...] ese resto de numerario no alcanzara mas q para quince días, y [...] pasado ese tpo todo faltará y nada podrá conseguir, mucho menos si el enemigo establece un citio [...].<sup>36</sup>

Soto transmitió estas palabras al Supremo Gobierno, “suplicándole con el mayor encarecimiento” que enviara los recursos necesarios a la brevedad, de lo contrario, las plazas se perderían y las consecuencias serían funestas para toda la República.<sup>37</sup> No hubo respuesta. Ambos acusaron ya el abandono en el que estabas por parte del gobierno del país. Morales, en una posición más vulnerable, hizo más evidente su enojo y su frustración. Y era consciente de las complicaciones que un sitio arrastraría en esas circunstancias.

Entre “simples esperanzas estampadas en contestaciones de rutina”, el viento arreció.

<sup>35</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 23-25.

<sup>36</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 26-28.

<sup>37</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 26-28.

## LLUVIA

Antes de completarse el sitio, los pelícanos volaban de un punto a otro: de tu muelle al campamento; de ahí a Sacrificios; a Ulúa, y de nuevo a tu muelle. Tomaban algo de cada lugar y disfrutaban de que la tensión aún no llegaba a su tono más álgido. Pero poco a poco dejaron de recibir sobras. Las personas se hicieron más recelosas de sus bienes, sobre todo de los alimentos.

El panorama para ti y para tus defensores no era el mejor cuando los invasores se presentaron frente a tus costas. Guardaban, sin embargo, cierta emoción, principalmente en los días en los que aún no estaban totalmente encerrados, cuando la artillería de los baluartes alcanzó a unos cuantos estadounidenses que estaban en las dunas. Incluso, se escuchaba a las bandas militares tocar piezas para mantener el buen ánimo.<sup>38</sup> Pero la música y el entusiasmo se acallaron conforme los días pasaron y tus habitantes observaron a los extranjeros completar el sitio e instalar sus baterías, que la ayuda no llegaba y que las malas noticias se agolpaban.

El 13 de marzo, Juan Morales envió un bote a La Antigua con una nota para el gobernador. Le informó que ya no había duda de que el enemigo había elegido el sitio y no el asalto. Los podían ver circunvalando las murallas y llegar hasta Vergara. Seguramente, Morales afirmó, la decisión se basó en las noticias de la escasez de víveres que prevalecía. Era una realidad y era el mal que mayor daño podía hacer en ese momento. Una vez más, pidió urgentes auxilios. Además, sugirió que una sección de la Guardia Nacional se encargara de hostilizar a los invasores por la retaguardia para intentar levantar el sitio o, por lo menos, hacer tiempo en lo que llegaban refuerzos.<sup>39</sup>

Para tu desgracia y la de tus defensores, Morales nunca recibió la ayuda que solicitó: los hombres destinados a socorrerte se batían en la “rebelión de los polkos”. Radicales y moderados se enfrentaron durante semanas y tú quedaste en segundo plano. Y el 13 de marzo, cuando los invasores completaron el sitio, se corrió la noticia de que el gobernador avisó a Morales

<sup>38</sup> SMITH, 1919, pp. 30-31.

<sup>39</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 33-36.

que no podría ayudarte “ni con un hombre ni con un peso”.<sup>40</sup> Como las nubes de una tormenta, los enemigos te rodearon. Y comenzó a llover.

El desánimo se apoderó de varios de tus defensores, que desertaron cuando tuvieron posibilidades y secundaron a quienes lograron salir antes del sitio, sobre todo las familias que tenían posibilidades de trasladarse y un lugar adonde llegar en Alvarado, Tlacotalpan, Córdoba o Xalapa; así como los habitantes extranjeros, que se refugiaron en los barcos de España, Inglaterra y Francia anclados en la Isla de Sacrificios.<sup>41</sup>

Rodeada y amagada con artillería permaneciste varios días, del 13 al 22 de marzo de 1847. En esos días, tus sitiadores impidieron el paso de hombres y provisiones hacia tu interior, agravando la carencia ya existente por el bloqueo de meses; negaron el paso a los campesinos y mercaderes de los alrededores que te abastecían y su Cuerpo de Ingenieros bloqueó, desde el 13 de marzo, el acueducto subterráneo que te proveía de agua potable.<sup>42</sup>

El panorama era desalentador para quienes permanecieron dentro de tus murallas. Fuera de ellas, los invasores se encargaron de mantener el sitio. Combatieron partidas de lanceros que se movían en las cercanías y aguantaron los constantes, pero poco efectivos, ataques de la artillería manejada por tus defensores. Lucharon contra los insectos, el calor y la diarrea que atacó a muchos. Y lidiaron, también, con los problemas al interior de su ejército. Algunos soldados de las filas regulares sufrieron robos, como el inglés George Ballantine, cuya mochila fue agujerada y desvalijada cuando estuvo bajo resguardo de los voluntarios. Los superiores tuvieron problemas para controlar a sus hombres que, insatisfechos con las raciones y por no tener carne fresca, se aventuraron a pueblos cercanos donde saquearon ganado y gallinas, y violentaron a los pobladores.<sup>43</sup> Según contó un desertor del ejército invasor, de origen inglés, esas incursiones de los voluntarios para “cazar todo el ganado” que encontraran eran permitidas por los oficiales.<sup>44</sup> Seguramente, como una manera de calmar las tensiones.

<sup>40</sup> *Tributo a la verdad*, 1933, p. 35.

<sup>41</sup> ANDERSON, 1911, p. 74; SMITH, 1917, p. 120; *Tributo a la verdad*, 1933, p. 35; SMITH, 1919, p. 31; BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1997, p. 572.

<sup>42</sup> BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, 1997, p. 572; SMITH, 2001, pp. 19-20.

<sup>43</sup> BALLENTINE, 1853, pp. 160-161; KENDALL, 1999, p. 167, ZEH, 1995, pp. 14-15.

<sup>44</sup> AHSDN, exp. 2281, fs. 18-19.

El ejército que te rodeó era poco disciplinado, poco preparado y tenía grandes diferencias internas. Lo malo era que el que te defendía tenía problemas similares y era muy inferior en número y recursos. Como los invasores pudieron leerlo en comunicaciones interceptadas, para el 20 de marzo tus defensores no tenían carne para comer, sólo pescado, frijol y tortilla; y tenían miedo, aunque no todos lo mostraban.<sup>45</sup>

Ese mismo día, Morales le escribió una nota al coronel Mariano Senobio, a quien había encargado hostilizar al enemigo “a todas horas, en varias direcciones y particularmente de noche”, y mantenerse en comunicación con la plaza. Desde el 13 de marzo no sabía nada de él y los enemigos estaban tranquilos en sus campamentos, por lo que le recordó el deber en que se hallaba “de cumplir exactamente” sus prevenciones. Le encomendó atacar a los estadounidenses por la retaguardia cuando se decidieran a asaltar la plaza, que podría ser pronto, ya que la ayuda desde el centro estaba próxima a llegar.<sup>46</sup> A Morales, como podrás ver, el sitio también lo aisló de las noticias. Todas sus suposiciones eran erróneas: el asalto, la llegada de auxilios mayores y la ayuda de Senobio. Esto último lo comprueba un mensaje que el gobernador Soto envió un día antes, el 19 de marzo.

El gobernador escribió al ministro de Guerra para contarle que una sección de 1 000 hombres de la Guardia Nacional del estado, comandada por el coronel Senobio, estaba en movimiento para molestar al enemigo; sin embargo, se sinceró: “ni por su número ni por el estado de instrucción y disciplina de la tropa” podría intentarse “atacar los campos del enemigo, romper su línea, ni ninguna otra operación seria”. Era urgente la llegada de “tropas de línea a las órdenes de generales de capacidad y decisión para que pueda obligarse al enemigo a levantar el sitio”.<sup>47</sup> No obstante, algunos de los que propuso, como Valentín Canalizo, seguían en la capital, combatiendo a los “polkos”.

Mientras el nuevo pedido de ayuda iba en camino, Santa Anna llegó a la Villa de Guadalupe-Hidalgo. Ahí, el 22 de marzo conferenció con radi-

<sup>45</sup> SMITH, 1919, p. 32.

<sup>46</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 2-4.

<sup>47</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 33-36.

cales y moderados, y puso fin al conflicto, decantándose por los moderados, quienes ofrecieron el apoyo económico de la Iglesia para el esfuerzo bélico. Destituyó a Gómez Farías, aboliendo la vicepresidencia, y volvió a la capital para preparar su marcha hacia el oriente.<sup>48</sup>

Esa misma mañana, los hombres de tu guarnición y tus pobladores experimentaban una gran tensión. Contaban con temor, poco alimento e insuficientes auxilios médicos. En esas primeras horas del día, Scott le envió una propuesta —o ultimátum— a Morales: entregarte sin oponer resistencia. El general mexicano, quizá pensando aún que Scott emprendería el asalto, replicó que contaba con los elementos para defenderte y que su deber era hacerlo hasta las últimas consecuencias, por lo que podía atacarte cuando y como mejor le pareciera.<sup>49</sup> Así lo hizo.

## TORMENTA

Te sobrevolaban zopilotes. Siempre lo hacían: surcaban tu cielo y se posaban en tus torres como parte del paisaje cotidiano. Pero esa mañana del lunes 22 de marzo de 1847 estaban más ansiosos. Parecía que el olor a pólvora les anunciaba el de la muerte. Desde las alturas, las aves tenían una perspectiva envidiable. Veían los buques de guerra en el mar, los 12 000 soldados del ejército que te rodeaba y su artillería. Y te veían a ti, sitiada y casi indefensa, excepto por la fortaleza que te vigilaba desde hacía decenas de años y albergaba a un millar de soldados, por la muralla que te rodeaba y por los cerca de 3 000 hombres que, desde tus entrañas, esperaban hacer algo para protegerte. Hombres mal vestidos, mal armados y con hambre.

En el mediodía y las horas que siguieron reinó el silencio. Las aves carroñeras rondaban en lo alto, el viento comenzaba a soplar y anunciaba un nuevo norte. En el mar se balanceaban los barcos de una escuadra lista para atacarte. Entre ellos y tus playas, decenas de caballos muertos, víctimas de un reciente naufragio, flotaban entre las olas y hacían más lúgubre la escena.<sup>50</sup>

<sup>48</sup> FOWLER, 2018, p. 405; GUARDINO, 2018, p. 218.

<sup>49</sup> *Chronicles of Gringos*, 1968, pp. 189-191; FURBER, 1850, p. 517; SMITH, 1919, p. 29; *Tributo a la verdad*, 1933, p. 47; ROA BÁRCENA, 1991, pp. 227-228.

<sup>50</sup> FURBER, 1850, p. 512.

El silencio se rompió a las cuatro de la tarde, cuando un racimo de balas de cañón inauguró el bombardeo a tus estructuras. La Plaza de Armas y el edificio del correo fueron los primeros en conocer la fuerza de la artillería enemiga. Comenzó entonces el intercambio de fuego, una nube de humo invadió calles, plazas y edificios, la piedra múcara de tus muros comenzó a desintegrarse y una parte de ti quedó reducida a escombros. Y así siguió por varios días con sus noches. El fuego que te lastimaba provenía de las baterías colocadas en la costa y de la flotilla de vapores y lanchas cañoneras situadas entre Sacrificios y tu muralla.<sup>51</sup>

Las dos primeras jornadas fueron bastante destructivas. Tus condiciones te hacían vulnerable: un punto fijo al cual atacar, lleno de construcciones y población civil. Las balas demolieron muchas casas. Las panaderías, que se distinguían por sus chimeneas, y los templos también fueron blanco del ataque. Tus pobladores huían de un sitio a otro, buscando protección en distintos espacios que, dependiendo de la suerte, eran o no alcanzados por la artillería.<sup>52</sup>

Tus invasores, dispersos a lo largo del cerco que formaron, tenían mayor libertad de movimiento y podían trasladar sus cañones a distintas posiciones. Aunque tus defensores tenían artillería, municiones, tus baluartes y tu castillo, no causaban mayor daño a los atacantes. Las balas difícilmente alcanzaban sus trincheras y barricadas, y bajo el cielo nocturno les era fácil evadir los proyectiles que iban hacia ellos.<sup>53</sup> Por si fuera poco, más de una bala de cañón de tus defensores cayó cerca del cementerio, donde el enemigo colocó una batería. Aquellos que se acercaron después, se horrorizaron al ver los sepulcros extraídos de la tierra con los restos de quienes antes descansaban en paz, ultrajados por la guerra y diseminados sobre el terreno. Otros no se aterraron tanto y aprovecharon para despojar a los cadáveres de objetos valiosos con que habían sido enterrados.<sup>54</sup> Debió ser cruel para tus defensores tener que disparar hacia tu camposanto y comprobar después el efecto de su artillería en el sitio.

<sup>51</sup> JENKINS, 1848, p. 258; FURBER, 1850, pp. 519-522; SMITH, 1919, p. 29; ALCARAZ *et al.*, 1991, p. 205.

<sup>52</sup> ROA BÁRCENA, 1991, p. 233.

<sup>53</sup> *Chronicles of Gringos*, 1968, p. 190; ROA BÁRCENA, 1991, p. 236; MOSELEY, 1998, p. 460.

<sup>54</sup> MOORE, 1849, p. 14; FURBER, 1850, pp. 548-549; ZEH, 1995, p. 18.

Desde los médanos, los invasores advertían lo que pasaba en tu interior: veían los edificios destruidos y los incendios que crecían por la acción del viento, sentían la tierra temblar por el impacto de las balas de los morteros, escuchaban los gritos que salían del interior y se enteraban, por los desertores y prisioneros capturados, de la ruina que ocasionaban.<sup>55</sup> No obstante, la destrucción no era la que el general Scott esperaba. Los puntos militares, tus baluartes, resistían, y el bombardeo no forzaba tu rendición. El ejército, entonces, pidió prestada la artillería naval, de mayor alcance y potencia. El 24 de marzo, los marinos instalaron tres cañones en la playa, con balas que pesaban 32 libras (14.5 kg) y dos *Paixhans* franceses, con balas de 68 libras (30.8 kg).<sup>56</sup> Comenzó entonces la verdadera destrucción.

Ese mismo día en Puente Nacional, a 40 kilómetros al oeste, se encontraba el general Rómulo Díaz de la Vega, quien viajó apresuradamente desde la capital del país para ponerse al frente de la División de Oriente, socorrerte e intentar entablar comunicación con tus defensores. Pero al llegar ahí se encontró sin medios para disponer cualquier operación que no resultara en un desastre. Encontró un “cuadro sombrío”, “una informe aglomeración de hombres, sin ninguna organización capaz de la menor resistencia”, “gente bisoña o allegadiza que no tiene ni instrucción, ni disciplina, ni organización militar en fin”. Los hombres, pertenecientes a la Guardia Nacional del estado —entre quienes estaban los de Mariano Senobio— desertaban por decenas, acusó. Sin tropas de línea, consideró imposible avanzar hacia la costa y emprender cualquier ataque frente a un ejército invasor que imaginaba poderoso y ordenado.<sup>57</sup> Se quedó, entonces, en Puente Nacional, esperando mayores auxilios, negándotelos a ti.

Díaz de la Vega también le escribió a Juan Morales, pero con un tono muy distinto, lejos de las recurrentes “contestaciones de rutina”:

Acabo de llegar a este punto y dejo en marcha para aquí dos mil hombres de Puebla, y otro refuerzo muy considerable que viene de Mejico: La revolución ya terminó; Santa Anna está en la capital ejerciendo ahora el poder: sostengase V. por

<sup>55</sup> KENDALL, 1999, p. 172; FURBER, 1850, p. 520; SMITH, 1919, p. 29.

<sup>56</sup> BAUER, 1956, p. 168; MOSELEY, 1998, p. 460; EISENHOWER, 2006, p. 333.

<sup>57</sup> AHSDN, exp. 2268, fs. 19-21.

algun tiempo bien corto, mientras reuno todo lo necesario para atacar al enemigo y poner esa plaza en comunicacion con nosotros. No deje V. de contestarme por cualquier conducto que pueda, y darme una completa idea del estado que guarda en la defenza: yo me persuado que lo podra V. prolongar suficientemente; pues por las noticias que tengo, tiene V. bíveres bastantes, mientras yo acudo por retaguardia del enemigo y le hago lebantar el sitio; así suplico a V. la firmeza. El enemigo tiene mucha baja, pues se nos pasan muchos, y el clima lo maltrata demasiado. Por esta parte nada intenta, ni sale fuerza de su atrincheramiento pues se le hostiliza con repeticion.= A Dios amigo y compañero pronto los abrazará en esa.= Vega.<sup>58</sup>

No sabemos si Morales recibió la nota. Lo que sí sabemos es que Vega mentía. Quería esperanzar al comandante y a los defensores, probablemente porque imaginaba que la situación en tu interior era desesperante. Una rendición no era remota. ¿Sostuviste?

## TEMPESTAD

El cañón *Paixhans* lo inventaron en 1823. Fue un francés, por eso tenía ese nombre. Era una herramienta relativamente nueva para la guerra y representaba una tremenda creación: a diferencia de las balas de los morteros, que necesitaban tomar altura y formar una parábola para ser efectivas, disparaba en línea recta, así que sus municiones, de unos 30 kilos, llegaban más rápido y con más fuerza a su objetivo. Y estaba hecho para destruir barcos; sus balas atravesaban la madera y detonaban dentro de la estructura, produciendo un incendio. Pero los barcos no navegaban sin personas, así que los *Paixhans*, como cualquier arma de guerra, servían para destruir vidas. Ese 24 de marzo no había barcos que devastar, pero tus techos también eran de madera y bajo ellos también había seres humanos.

Durante dos días, la tempestad de balas que te azotó llegó a su punto más destructivo. Techos, muros, casas, calles, muralla, defensores y habitantes fueron golpeados y heridos por el bombardeo. Los proyectiles, con los derrumbes e incendios que les sucedieron, cobraron numerosas víctimas. Los cadáveres quedaron amontonados o mezclados entre los

<sup>58</sup> AHSDN, exp. 2281, f. 1.

escombros. La muerte, igual que la artillería invasora, no distinguió entre militares y civiles, y cientos de personas fueron mutiladas.<sup>59</sup>

Los invasores observaron y escucharon la destrucción, y contemplaron más tarde su efecto. Las balas atravesaban los techos y explotaban en el suelo de las casas o en la calle, matando a familias completas, cuyos cadáveres terminaron apilados entre las ruinas.<sup>60</sup>

La desesperación era grande entre quienes sobrevivían en tu interior. Una multitud de tus pobladores prefirió arriesgarse y salir al norte de la muralla, donde menos se sufría el ataque.<sup>61</sup> Para los que seguían dentro, los auxilios temporales y espirituales no alcanzaban o se les negaban por distintos motivos: el pan faltaba por la destrucción de los hornos y quienes llevaban el rancho a los defensores resultaron heridos. Los sitios habilitados como hospitales de sangre fueron alcanzados por las bombas, volviendo a herir o matando a los heridos. Y para atender a los católicos agonizantes que no querían morir sin ser redimidos espiritualmente, los sacerdotes eran insuficientes por estar guarecidos o con otros moribundos.<sup>62</sup> Los cónsules de España, Inglaterra y Francia recibieron a personas en sus casas. Cuando no cupieron más, algunos se agolparon en las puertas, esperando que el bombardeo respetara las banderas neutrales.<sup>63</sup> Para su fortuna, así fue.

Durante esas jornadas destructivas, el gobernador Juan Soto logró mandar auxilios económicos desde La Antigua. El emisario fue José María Mata, en aquel momento síndico del Ayuntamiento de Xalapa, quien a bordo de un bote ligero pasó por entre los buques estadounidenses hasta tu interior para dejar la ayuda.<sup>64</sup> Volvió con Soto y con Díaz de la Vega a Puente Nacional la madrugada del 25, trayendo consigo dos cosas: un mensaje de Morales, quien aún esperaba que Senobio Morales atacara por la retaguardia a un enemigo cobarde, que había “cifrado su triunfo en la ruina de la Ciudad dejando a los escombros el trabajo de exterminar a sus

<sup>59</sup> TRENS, 1949, p. 464.

<sup>60</sup> FURBER, 1850, pp. 545-546.

<sup>61</sup> MOORE, 1849, pp. 15-16.

<sup>62</sup> TRENS, 1949, p. 452.

<sup>63</sup> FIGUEROA, 1999, p. 250.

<sup>64</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 38-39.

heroicos defensores para no tener con quien disputar la posesión”, y la descripción de los destrozos. En un nuevo llamado de ayuda, Soto contó lo visto por Mata. El invasor había usado sin descanso “bombas incendiarias que han arruinado ya la parte del sur de los edificios y muy pronto lo serán los del norte a donde ha estado dirigiendo últimamente sus fuegos, sin que la bizarra guarnición que con tanta heroicidad está haciendo una defensa sin igual, pueda evitar la destrucción ocasionada por el modo atroz y vandálico con que el enemigo ha procedido en el ataque”.<sup>65</sup>

Díaz de la Vega también ofreció una descripción a partir de lo relatado por Mata: “Una porción de edificios están ya en ruinas, otros devorados por el incendio ardían entre las llamas que iluminaron la salida del Sr. Mata; este cuadro es espantoso y tal relato me hace estremecer a la idea de la suerte reservada a Veracruz”. Añadió que, aunque la guarnición seguía entusiasmada, los víveres escaseaban. Recordó y reiteró los pedidos de socorro inmediato para “auxiliar a Veracruz en nombre de la Nación, de Veracruz desolada, del honor del Supremo Gobierno y del mío propio”. Si esa ayuda no llegaba, el Supremo Gobierno asumiría “una tremenda responsabilidad, llenando de oprobio y eterno baldón a la Nación con la pérdida de Veracruz”.<sup>66</sup>

El gobierno del país, en esos momentos, al fin se encargaba de organizar el apoyo. Santa Anna dictó medidas, juntó hombres y dinero, y él mismo se alistó para marchar a socorrer a la guarnición. El ministro de Guerra les escribió a Díaz de la Vega y a Soto para avisarles que una brigada saldría hacia la costa a la brevedad y que otras tres estaban en Querétaro, provenientes del norte. Les pidió aguantar.<sup>67</sup> Pero toda esta respuesta llegó muy tarde.

Intramuros, la angustiada situación hizo aumentar las súplicas de algunos. El 25 de marzo, los cónsules inglés, francés, español y prusiano enviaron una carta a Scott para pedirle que dejara salir a los extranjeros junto con mujeres y niños mexicanos. Él se negó y les recordó la advertencia que hizo a Morales el día 22, antes de iniciar la ofensiva.<sup>68</sup> Con

<sup>65</sup> AHSDN, exp. 2263, fs. 41-43.

<sup>66</sup> AHSDN, exp. 2281, f. 21.

<sup>67</sup> AHSDN, exps. 2263, f. 37 y 2281, f. 22.

<sup>68</sup> ALCARAZ *et al.*, 1991, p. 209.

esta negativa, presionó a tus defensores a capitular. Los cónsules también le escribieron a Morales para solicitarle que renunciara a defenderte. A este ruego se sumó el de sus conciudadanos y el de algunos soldados, que ansiaban el final del bombardeo.<sup>69</sup> Bajo esta presión, el general mexicano convocó a los jefes de sus líneas para conferenciar. La mayoría opinó a favor de capitular. Morales optó por entregar el mando a José Juan Landero, para que fuera él quien negociara tu rendición.<sup>70</sup>

En las primeras horas del 26 de marzo, el viento septentrional comenzó a soplar de nuevo entre tus calles, ahora llenas de escombros. A las 6:00 de la mañana, los cónsules y el alcalde primero del Ayuntamiento acudieron a Scott para pedirle el fin del bombardeo, o por lo menos una tregua para permitir salir a los extranjeros y a la población civil. El general invasor se negó a recibirlos. Desesperadas, varias familias francesas y mexicanas intentaron partir en botes hacia Sacrificios, pero la marina estadounidense las detuvo.<sup>71</sup> El cónsul español, Telésforo González de Escalante, se preparó a dejar la ciudad con sus compatriotas y tus pobladores refugiados en su casa, “pues preferían morir en campo raso a ser sepultados”<sup>72</sup> entre tus ruinas. Los atacantes, mientras, seguían disparando sus baterías y los jefes preparaban a sus tropas para asaltarte.<sup>73</sup> Todo se suspendió cuando una comisión, con una bandera de tregua, salió de tu muralla.

Durante dos jornadas, los comisionados de ambos bandos acordaron las condiciones para rendirte —básicamente, las que Scott dictó—. Tú y San Juan de Ulúa serían entregados a los invasores; los militares dejarían sus armas y jurarían no volver a combatir a los estadounidenses; los enfermos y heridos en tu interior podrían permanecer con los médicos y asistentes necesarios, y se garantizaría el respeto a las propiedades y a la libertad de culto.<sup>74</sup>

En la capital del país, el 27 de marzo se conoció la intensidad de la tormenta que caía sobre ti. El presidente Santa Anna mandó a decir al gober-

<sup>69</sup> FURBER, 1850, p. 545.

<sup>70</sup> BAUER, 1956, pp. 168-169.

<sup>71</sup> FIGUEROA, 1999, p. 251; KENDALL, 1999, p. 179.

<sup>72</sup> FIGUEROA, 1999, p. 254.

<sup>73</sup> OSWANDEL, 2010, p. 48; *Chronicles of Gringos*, 1968, p. 191.

<sup>74</sup> ALCARAZ *et al.*, 1991, pp. 209-214; ROA BÁRCENA, 1991, pp. 244-247; TRENS, 1949, p. 441.

nador y a quienes estaban en la costa que se desvelaba “continuamente en la adquisición de los fondos necesarios para realizar la empresa que desde la Angostura estaban decididos a realizar los valientes que allá pecho a pecho escarmentaron a esos mismos enemigos”. Que pronto estarían en su retaguardia. Esperaba que los habitantes del estado reforzaran las tropas y que hicieran lo necesario para “conseguir el que en las playas de Veracruz se abata el orgullo de los enemigos de México, y se salve el honor de la Nación y de las armas”.<sup>75</sup> Le escribió a Juan Morales, ordenándole que resistiera y prometiéndole refuerzos. El 28 envió 12 000 hombres para romper el sitio (lo que esperabas desde inicios de mes).<sup>76</sup> Muy tarde. Ese mismo día se ratificó el tratado de capitulación.

El 28 de marzo, desde Santa Fe, Juan Soto y Rómulo Díaz de la Vega escribieron al ministro de Guerra para informarle que el 25, a las 4:00 de la tarde, dejaron de escucharse los fuegos sobre la plaza, lo cual les hizo sospechar una rendición. Los rumores se agolparon y finalmente, por unas cartas interceptadas y por informantes, se confirmó lo que temían: la guarnición de Veracruz había capitulado. Sólo se discutía si los defensores dejarían sus armas o no.<sup>77</sup>

## “CALMA”

En las primeras horas del lunes 29 de marzo de 1847, una división militar estadounidense formó un cuadro entre la planicie que se extendía entre tu muralla y los médanos. A las 10:00 de la mañana, se escucharon marchas bélicas en tu interior. Un saludo de artillería en el baluarte de Santiago fue la señal para arriar la bandera mexicana en todos los puntos donde flotaba. Poco después, tus defensores salieron por la puerta de la Merced, uniformados, portando sus banderas y acompañados de música marcial. Al frente iban los miembros del ejército y atrás, la Guardia Nacional. Se dirigieron al centro del cuadro, donde ondeaban una bandera estadounidense y otra blanca. A los pies de los invasores, dejaron todas las

<sup>75</sup> AHSDN, exp. 2263, f. 1.

<sup>76</sup> AQUINO SÁNCHEZ, 2018, pp. 271-272.

<sup>77</sup> AHSDN, exp. 2263, f. 9; exp. 2281, f. 4.

armas de fuego, espadas, municiones, instrumentos musicales y recursos de guerra que llevaban consigo.<sup>78</sup> Luego siguieron su camino hacia Medellín, dejándote atrás después de defenderte casi hasta la muerte.

Los invasores contemplaron los rostros de quienes sitiaron y bombardearon. La mayoría tenía rasgos indígenas y otros tantos eran afrodescendientes. A muchos los acompañaban mujeres, con sus hijos amarrados a la espalda o caminando a su lado, casi desnudos, exhibiendo la miseria en la que vivían. Las mujeres y niños llevaban alimentos, agua y enseres domésticos. Les seguía una multitud de ciudadanos, oficiales, sacerdotes y soldados heridos y enfermos, y al final, carros y literas cargados de pertenencias o de las familias de los oficiales y pobladores que optaron por irse junto con los militares. A todos se les notaba el hambre de días.<sup>79</sup>

Tras esta larga procesión, que se prolongó por horas, el regimiento del general William J. Worth, el flamante gobernador civil y militar nombrado por Scott, marchó hacia tu interior. Por tus calles destruidas pasearon las banderas azules, blancas y rojas, y sonaron las notas de *Hail Columbia*, *Yankee Doodle* y *The Star Spangled Banner*. Aquellos que se quedaron afuera, contemplando desde las dunas, esperaron el momento en que la bandera de las barras y las estrellas fuera izada en el baluarte de Santiago para estallar en gritos de júbilo y disparar saludos de artillería. Lo mismo sucedió cuando el pendón fue levantado sobre Ulúa, los demás baluartes y edificios públicos. Los hombres que te tomaron desfilaron bajo el balcón del Palacio de Gobierno, ya ocupado por Worth.<sup>80</sup>

Durante ese y los siguientes días, los soldados que permanecieron en su campamento, cerca de la playa, se acercaron para conocer el sitio que bombardearon por días y que ahora les pertenecía. Observaron la magnitud de la devastación y no pocos se impresionaron al ver las casas derrumbadas y los muebles dispersos por todos lados; las calles despedazadas, algunas con cráteres causados por las bombas, y los edificios civiles y religiosos gravemente dañados. Algunos encontraron pilas de cadáveres de soldados y civiles, muertos tras el impacto de un proyectil,

<sup>78</sup> FURBER, 1850, p. 558; OSWANDEL, 2010, p. 50; *Chronicles of Gringos*, 1968, pp. 195-196; ROA BÁRCENA, 1991, p. 250.

<sup>79</sup> FROST, 1847, p. 312; FURBER, 1850, pp. 559-560; OSWANDEL, 2010, p. 51; GREENBERG, 2012, p. 170.

<sup>80</sup> FURBER, 1850, pp. 559-560; OSWANDEL, 2010, p. 51; *Chronicles of Gringos*, 1968, p. 196.

y las paredes y los pisos bañados de sangre. También se percataron de que los mexicanos se habían preparado para un asalto, al ver las barricadas y los costales de arena en las calles y casas, y que la defensa pudo haberse prolongado debido a la gran cantidad de municiones que aún se contaba en los baluartes. Sin embargo, también se dieron cuenta de lo que motivó la rendición: las aproximadamente mil vidas que se perdieron —según registraron—, junto con las construcciones destruidas.<sup>81</sup>

Vieron una de tus iglesias del centro convertida en hospital, en el que eran atendidos cerca de cien hombres; descubrieron las imágenes de los santos mutiladas y supieron que en ese recinto, un proyectil mató o hirió a una veintena de civiles que ahí se refugiaron. Caminaron por la parte sur de la ciudad, la más cercana al punto en que se colocaron las fuertes baterías estadounidenses, y la encontraron desolada, con calles convertidas completamente en ruinas.<sup>82</sup>

Por momentos parecías estar desierta, pero de vez en cuando alguna mujer corría a su casa para esconderse de los invasores, o alguien les gritaba, mostrándoles que sus propiedades habían quedado reducidas a escombros, recordándoles que, sobre todo, la plaza tomada era el hogar de miles de personas. Por la condición de quienes veían en las calles, concluyeron que sólo se habían quedado los más pobres, cuyas casas, además, fueron las que más sufrieron con la destrucción.<sup>83</sup>

Cuando te ocuparon los extranjeros, a finales de marzo de 1847, los zopilotes que las bombas ahuyentaron volvieron a posarse sobre los campanarios, sobre las cruces de las iglesias y los techos de las casas que quedaban y ahora bajaban hasta los escombros, acercándose a los cadáveres insepultos.<sup>84</sup> Para las aves, el bombardeo fue una bendición y, en el caso de uno de los meses más difíciles y sangrientos de tu historia porteña, ellos eran los únicos que recogían los desechos.

<sup>81</sup> FURBER, 1850, pp. 561-563; OSWANDEL, 2010, pp. 51-53; *Chronicles of Gringos*, 1968, p. 196.

<sup>82</sup> BALLENTINE, 1853, pp. 165-166.

<sup>83</sup> FURBER, 1850, pp. 561-563; OSWANDEL, 2010, pp. 51-53; HITCHCOCK, 1909, p. 248; ZEH, 1995, p. 22.

<sup>84</sup> OSWANDEL, 2010, p. 53.

## DESOLADA

En la capital del país, la noticia de que habías sido entregada a los invasores despertó enfado. Tus protectores fueron acusados de ineficaces y traidores, y el presidente ordenó juzgar a Morales, a Landero y a José Durán, comandante de la guarnición de Ulúa. En un manifiesto a la nación del 31 de marzo, en el que arengaba a los mexicanos a combatir a los estadounidenses, Santa Anna terminó con una frase lapidaria para los que te defendieron: “venganza clama Veracruz; seguidme a lavar su deshonra”.<sup>85</sup>

El 3 de abril, Morales escribió desde Xalapa para defenderse. Recordó las repetidas ocasiones en las que pidió que alguien atacara al enemigo por la retaguardia. Confesó que la guarnición se mantuvo esperanzada “en que cederían los mexicanos extraviados que se batían en esa capital; y que a la voz de la patria volarían a atacar a nuestros invasores”. Acusó que lo dejaron aislado para combatir a los que te sitiaron y bombardearon, un enemigo cuatro veces mayor, así:

Después de haber sufrido cinco días de fuego en los cuales se calculan de seis a siete mil proyectiles arrojados a la plaza, cuando más de la mitad de esa hermosa ciudad estaba convertida en ruinas y cuando perdí la esperanza de ser auxiliado, entonces vi que se había salvado el honor nacional, pues estaba probado el valor y patriotismo de la guarnición más allá de cuánto podría pedir a unos hombres que veían desaparecer a sus compañeros, víctimas impunes de la artillería enemiga, sin que pudiera salvarlos su arrojo y coraje; perderse los recursos necesarios para su subsistencia; y que no obstante tantas privaciones se conservaban impávidos en sus puestos. Estéril era la resistencia [...].<sup>86</sup>

Morales contó lo que otros testimoniaron: que los médicos no podían permanecer en los hospitales de sangre, porque esos recintos eran alcanzados por las balas enemigas; que el párroco le avisó que no tenía sacerdotes para auxiliar a los moribundos, “pues había sido herido uno, y otro contuso, y los demás se resistían a concurrir a un lugar adonde el espíritu no podrá conservar la serenidad necesaria”; que sólo quedaba un horno para hacer pan; que el rancho muchas veces no llegó a tiempo, pues varias veces

<sup>85</sup> BUSTAMANTE, 1990, p. 370.

<sup>86</sup> AHSDN, exp. 2268, fs. 16-18.

“sucedió que un proyectil desapareciera a los rancheros, habiendo necesidad de hacer nuevamente aquel, estando todo el día la tropa bajo los fuegos enemigos y sin tener seguridad de tomar sus alimentos”; y que los cónsules lo presionaron para solicitar una tregua. Por todo ello, decidió reunir a los jefes de las líneas, quienes se inclinaron por entablar negociaciones con los enemigos, razón por la cual entregó el mando a Landero, ya que él se había resuelto no tratar ninguna capitulación.<sup>87</sup>

Lo que Morales narró coincide con los demás testimonios. Y quienes te defendían, al estar bajo la lluvia de pólvora que les quitaba a sus familiares o sus pertenencias, y que en cualquier momento podía arrebatárles la vida y convertirlos en cadáveres bajo montones de escombros; esos seres humanos, tanto los que estaban armados y disparaban desde los baluartes, como los que se refugiaban en las casas e iglesias, quizá pensaban que el país y el gobierno por el que luchaban no correspondían a sus sacrificios. ¿Por qué defender a quien los abandonó en el momento de mayor necesidad?

Meses después, este sentimiento de desamparo sería expresado por algunos de tus habitantes. Cuando recordaron los sucesos de inicios de marzo, cuando se enteraron de que la ayuda no llegaría y se preguntaron qué debían hacer:

Convencerse de que para los veracruzanos no existía más patria que Veracruz mismo, y que los médanos que la circundaban era[n] la meta de otra nación extraña con quien ni simpatías, ni amistad ni tratados tenían [...].

Doloroso es decirlo, pero entonces nos convencimos más íntimamente de que México no es para Veracruz, sino el vampiro que chupa su sangre, agota sus recursos y saca producto de la generosidad proverbial de su comercio, y que en los momentos del peligro le vuelve ingrato la espalda abandonándolo a su desgraciada suerte.<sup>88</sup>

Así respondieron a las acusaciones de traición y de deshonor. Esto quizá rondó en la cabeza de muchos de tus moradores cuando fuiste sitiada y bombardeada. Marzo de 1847 te encontró abandonada a tu suerte. El gobierno del país no te socorrió mientras tu gente moría o sufría por un

<sup>87</sup> AHSDN, exp. 2268, fs. 16-18.

<sup>88</sup> *Tributo a la verdad*, 1933, p. 39.

cruento bombardeo. Parecía como si toda tu muralla fuese una costa; las dunas de arena y el chaparral que te rodeaban, una extensión del mar que te limita al este, y tú, una isla entre el Golfo y los médanos.

En abril, la mayoría de los invasores dejó tus playas para seguir su camino hacia el interior. Continuaron la guerra y en septiembre se posesionaron de la capital del país. Contigo se quedó una guarnición para ocuparte militarmente durante dieciséis meses. Soldados y habitantes quedaron bajo el mando de un gobernador civil y militar extranjero hasta el 1 de agosto de 1848.<sup>89</sup> Con el tratado de paz ratificado y el territorio del norte cedido, los invasores dejaron el país. Como punto de embarque, fuiste uno de los últimos sitios en los que el pabellón de las barras y las estrellas ondeó sobre los edificios públicos.

Posados sobre tus cúpulas, los zopilotes volvían de los médanos y de Vergara, donde acamparon los atacantes rezagados. Las aves se saciaban con los restos de caballos y otros animales dejados por los estadounidenses, y con algunos restos de soldados mal enterrados por esos mismos rumbos.<sup>90</sup>

Agosto de 1848 te descubrió distinta a como eras al iniciar el año anterior. Al igual que otras zonas de México, tu geografía tenía cicatrices de guerra. Tus calles, construcciones, playas y alrededores mostraban los resultados de la captura y la ocupación estadounidense. También tus habitantes tenían dentro de sí o incluso en el exterior las heridas provocadas por el conflicto.

Hasta los médanos estaban distintos. El viento del norte, con su perpetuo soplo, los había movido, como hacía siempre, asemejándolos a ti: las transformaciones ocurrían constantemente, a veces con más intensidad que otras; las tempestades dejaban ver cosas que antes estaban bajo la superficie y también daban origen a otras nuevas. La de marzo de 1847 mostró lo lejos que a veces estabas del resto del país.

## FINAL

Jaules —o quizá Jules— Richard, el soldado inglés que desertó en una incursión para robar ganado el 22 de marzo, mencionó a los militares

<sup>89</sup> Véase SÁNCHEZ ULLOA, 2014.

<sup>90</sup> POBLETT MIRANDA, 1992, pp. 224-225; SÁNCHEZ ULLOA, 2014, p. 122.

mexicanos que estaban en Puente Nacional que la voz común entre los sitiadores era que te rendirías “por hambre; [y] si no por un bombardeo”.<sup>91</sup> Tuvo razón en ambas. Tu guarnición y la del castillo carecieron de los medios suficientes para resistir y el bombardeo finalmente les hizo ceder.

Estos factores no fueron exclusivos de la invasión a tu suelo. Resultaron persistentes y decisivos en la guerra, como lo ha enfatizado una interpretación reciente sobre el conflicto,<sup>92</sup> pero en la tormenta de marzo de 1847 se magnificaron. Desde antes del ataque, los generales y demás oficiales de la costa acusaron lo insuficiente y obsoleto de las armas y municiones con las que contaban las guarniciones. Y en tu caída, las baterías del ejército y de la marina enemigas fueron decisivas. Durante cuatro jornadas, tus habitantes y defensores conocieron y sufrieron la fuerza de los proyectiles. Experimentaron una destrucción que no habían imaginado porque no conocían esas armas. Eso influyó en el ánimo de todos ellos, máxime, al comprobar que su propia artillería no les hacía ningún daño comparable a los agresores.

En cuanto a los apuros económicos, las comunicaciones del gobernador Juan Soto dan cuenta de la estrechez de los recursos del estado. Logró enviar auxilios esporádicamente —en una ocasión durante el bombardeo—, pero la constante fue, según se lee, la miseria. Juan Morales y Rómulo Díaz de la Vega, en distintos momentos y lugares, expusieron estos apuros: apenas tenían para alimentar a sus soldados. Fue éste, evidentemente, otro motivo para que los bombardeados no tuvieran ánimos para seguir resistiendo.

Pero también influyó, no hay duda, la sensación de que el país había abandonado a Veracruz.<sup>93</sup> Es indiscutible que ni los moderados que se

<sup>91</sup> AHSDN, exp. 2281, f. 20.

<sup>92</sup> En *La marcha fúnebre*, Peter Guardino hace hincapié en la pobreza en la que se encontraban la sociedad y el gobierno mexicanos, en comparación con Estados Unidos —que, sin ser una potencia económica, tenía lo suficiente para mantener a su ejército—. Y ligado a lo anterior, que los invasores contaban con una artillería más moderna, potente y fácil de trasladar, como se vio desde las primeras batallas, en el norte de México. GUARDINO, 2018, pp. 181, 200, 427-428.

<sup>93</sup> En este punto puede marcarse una diferencia con la interpretación de Guardino, ya que el autor rebate la idea de que a México le afectó la falta de una identidad nacional. Para nutrir su argumento, remarca la prolongada resistencia de los mexicanos y la marcha de miles de hombres y mujeres para renovar al ejército en diferentes sitios; asimismo, menciona episodios de nacionalismo popular y alude a las distintas formas que existían de entender a la nación. Menciona que “es difícil encontrar pruebas sólidas de que el compromiso mexicano con la defensa ante Estados Unidos haya sido débil”. Y aunque alude a lo inoportuno del levanta-

levantaron ni el gobierno radical pretendían ayudar a Estados Unidos; sin embargo, no quisieron auxiliar a Veracruz, que era parte del Estado nacional por cuyo futuro peleaban, y el puerto más importante del país. A lo largo de estas páginas se puede observar que el compromiso para defender a esta ciudad desde el centro fue muy débil durante las semanas más críticas, y esa falta de interés determinó la conclusión que tuvo la guerra. Si bien hubo episodios patrióticos o nacionalistas en el conflicto, hubo otros que distaron mucho de serlo. Y fueron decisivos. La captura de Veracruz le dio ímpetu a la campaña de Scott, que terminó en la capital del país y llevó a la pérdida del enfrentamiento por parte de México.

A finales de marzo de 1847, después de haber sido atacada y medio destruida por los estadounidenses, y tras no haber sido ayudada por el gobierno mexicano, en tus calles difícilmente se podía pensar en una identidad nacional.

## BIBLIOGRAFÍA

ALCARAZ, Ramón *et al.*

1991 *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, col. Cien de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

ANDERSON, Robert

1911 *An Artillery Officer in the Mexican War 1846-7, Letters of Robert Anderson. Captain 3rd Artillery, U.S.A.*, G. P. Putnam's Sons, The Knickerbocker Press, New York & London.

AQUINO SÁNCHEZ, Faustino

2018 "La actuación política y militar del general Antonio López de Santa Anna durante la guerra con los Estados Unidos", tesis de Doctorado en Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.

BALLENTINE, George

1853 *Autobiography of an English Soldier in the United States Army. Comprising Observations and Adventures in the States and Mexico*, Stringer & Townsend, New York.

miento de los "polkos", plantea que era "una lucha sobre lo que México debía ser en el futuro, pero ninguno de los dos bandos quería realmente ayudar a Estados Unidos: todos [...] creían en la importancia de su identidad como mexicanos y en la existencia de su Estado nacional". GUARDINO, 2018, pp. 412-419.

- BAUER, Karl Jack  
 1956 "The Veracruz Expedition of 1847", *Military Affairs*, vol. 20, núm. 3, pp. 162-169.
- BLÁZQUEZ DOMÍNGUEZ, Carmen  
 1997 "Veracruz: Restablecimiento del federalismo e intervención norteamericana", en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *México al tiempo de su guerra con Estados Unidos (1846-1848)*, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México/Secretaría de Relaciones Exteriores, México, pp. 559-577.
- BUSTAMANTE, Carlos María de  
 1990 *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea, historia de la invasión de los angloamericanos en México*, col. Cien de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Chronicles of Gringos*  
 1968 *Chronicles of the Gringos. The U.S. Army in the Mexican War, 1846-1848. Accounts of Eyewitnesses and Combatants*, Winston Smith y Charles Judah (eds.), University of New Mexico Press, Albuquerque.
- EISENHOWER, John S. D.  
 2006 *Tan lejos de Dios. La guerra de los Estados Unidos contra México, 1846-1848*, traducido del inglés por José Esteban Calderón, Fondo de Cultura Económica, México.
- El soldado mexicano*  
 1958 *El soldado mexicano. Organización, vestuario, equipo. The Mexican Soldier. Organization, Dress, Equipment 1837-1847*, Ediciones Nieto-Brown-Hefter, México.
- FIGUEROA, Raúl  
 1999 *Entre la intervención oculta y la neutralidad estricta: España ante la guerra entre México y Estados Unidos 1845-1848*, Secretaría de Relaciones Exteriores/Instituto Tecnológico Autónomo Metropolitano, México.
- FOWLER, Will  
 2018 *Santa Anna: ¿héroe o villano?*, traducido del inglés por Laura Lecuona, Crítica, México.
- FROST, John  
 1847 *Life of Major General Zachary Taylor; with Notices of the War in New Mexico, California and in Southern Mexico*, D. Appleton & Co. & G. S. Appleton, New York & Philadelphia.
- FURBER, George C.  
 1850 *The Twelve Months Volunteer, or, Journal of a Private, in the Tennessee Regiment of Cavalry, in the Campaign, in Mexico, 1846-7*, J. A. & U. P. James, Cincinnati.

GREENBERG, Amy S.

2012 *A Wicked War: Polk, Clay, Lincoln, and the 1846 U.S. Invasion of Mexico*, Alfred A. Knopf, New York.

GUARDINO, Peter

2018 *La marcha fúnebre. Una historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, traducido del inglés por Mario Zamudio Vega, Grano de Sal/ Universidad Nacional Autónoma de México, México.

HITCHCOCK, Ethan Allen

1909 *Fifty Years in Camp and Field: Diary of Major-General Ethan Allen Hitchcock, U.S.A.*, W. A. Croffut (ed.), G. P. Putnam's Sons, New York.

JENKINS, John S.

1848 *History of the War between the United States and Mexico, from the Commencement of Hostilities to the Ratification of the Treaty of Peace*, Derby, Miller & Co., Auburn.

JOHANNSEN, Robert W.

1985 *To the Halls of the Montezumas. The Mexican War in the American Imagination*, Oxford University Press, New York.

KENDALL, George Wilkins

1999 *Dispatches from the Mexican War*, Lawrence Delbert Cress (ed.), University of Oklahoma Press, Norman.

LERDO DE TEJADA, Miguel

1940 *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz*, vol. II, Secretaría de Educación Pública, México.

MOORE, Judge H.

1849 *Scott's Campaign in Mexico; From the Rendezvous on the Island of Lobos to the Taking of the City, Including an Account of the Siege of Puebla, With Sketches of the Country, and Manners and Customs of the Inhabitants*, J. B. Nixon, Charleston.

MOSELEY, Edward H.

1998 "Vera Cruz Campaign", en Donald S. Frazier (ed.), *The United States and Mexico at War. Nineteenth Century Expansionism and Conflict*, MacMillan, New York, pp. 457-461.

OSWANDEL, J. Jacob

2010 *Notes on the Mexican War, 1846-1848*, Timothy D. Johnson y Nathaniel Cheairs Hughes Jr. (eds.), The University of Tennessee Press, Knoxville.

PARKER, William Harwar

1883 *Recollections of a Naval Officer 1841-1865*, Charles Scribners' Sons, New York.

- PLETCHER, David Mitchell  
 1975 *The Diplomacy of Annexation: Texas, Oregon and the Mexican War*, University of Missouri Press, Missouri.
- POBLETT MIRANDA, Martha *et al.*  
 1992 *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, vol. V (1836-1854), Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.
- ROA BÁRCENA, José María  
 1991 *Recuerdos de la invasión norteamericana (1846-1848). Por un joven de entonces*, vol. I, col. Cien de México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- ROBERTSON, John Blout  
 1849 *Reminiscences of a Campaign in Mexico, by a Member of the "Bloody First". Preceded by a Short Sketch of the History and Condition of Mexico from her Revolution down to the War with the United States*, John York & Co., Nashville.
- SÁNCHEZ ULLOA, Cristóbal Alfonso  
 2014 "Del Golfo a los médanos. Veracruz y sus ocupantes estadounidenses en 1847-1848", tesis de Maestría en Historia Moderna y Contemporánea, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México.
- SANTONI, Pedro  
 1996 *Mexicans at Arms. Puro Federalists and the Politics of War, 1845-1848*, Texas Christian University Press, Fort Worth.  
 2008 "The Civilian Experience in Mexico during the War with the United States, 1846-1848", en Pedro Santoni, *Daily Lives of Civilians in Wartime Latin America: from the Wars of Independence to the Central American Civil Wars*, Greenwood, Westport, Connecticut, pp. 55-89.
- SMITH, E. Kirby  
 1917 *To Mexico with Scott; Letters of Captain E. Kirby Smith to his Wife*, Harvard University Press, Cambridge.
- SMITH, Gustavus Woodson  
 2001 *Company "A" Corps of Engineers, U.S.A., 1846-1848, in the Mexican War*, Leonne M. Hudson (ed.), The Kent State University Press, Kent, Ohio.
- SMITH, Justin H  
 1919 *The War with Mexico*, vol. II, The Macmillan Company, New York.
- TRENS, Manuel B.  
 1949 *Historia de Veracruz*, vol. IV, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado, Xalapa.

*Tributo a la verdad*

- 1933            *Tributo a la verdad sobre los sucesos y el estado político de la república desde 16 de agosto de 1846 hasta 30 de junio de 1847*, Acción Moderna Mercantil, México.
- WINDERS, Richard Bruce  
1997            *Mr. Polk's Army. The American Military Experience in the Mexican War*, Texas A&M University Press, College Station.
- ZAMACOIS, Niceto de  
1880            *Historia de Méjico, desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, vol. XII, J. F. Parres y Comp., Barcelona.
- ZEH, Frederick  
1995            *An Immigrant Soldier in the Mexican War*, Robert Ryal Miller (ed.), traducido del alemán por William J. Orr, Texas A&M University Press, College Station.



# ENSAYO



# Los cafés del puerto de Veracruz a fines del siglo XX: una etnografía\*

JUAN ANTONIO FLORES MARTOS\*\*

Veracruz es una ciudad francesa por las costumbres, española por la construcción y poblada de mulatos. Entre ella y las ciudades del interior hay disparidad de raza, de costumbres y de ideas.

LUCIEN BIART, 1846<sup>1</sup>

Un amigo definió Veracruz como un palo de chachalacas a las seis de la tarde, y ha sido la mejor definición que he escuchado sobre Veracruz.

FRANCISCO VILLAGÓMEZ

CADA VEZ QUE REGRESO a pasar unos días a Veracruz, no dejo de visitar y pasar tiempo en los cafés; allí me encuentro con los amigos que hice veinte años atrás, allí extraño las horas de soledad disfrutadas, pero también de plática y entrevistas grabadas entre ruidos de fondo, yuxtaposición de sonidos y polirritmias improvisadas. Allí me reencuentro con aromas y sabores que siguen componiendo mis gustos—el café lechero con las canillas, unos huevos tirados—. Las dos Parro-

\* Estas páginas quieren rendir un homenaje a la memoria de Francisco Villagómez, hombre del café y periodista veracruzano, a través de quien comprendí mejor las razones y placeres que hacen a la gente acudir a los cafés en Veracruz. Agradezco a mi amigo y apoyo en mi investigación en Veracruz desde hace casi treinta años, Horacio Guadarrama Olivera, el cuidado en la edición de este ensayo.

\*\* Dirigir correspondencia al Departamento de Filosofía, Antropología, Sociología y Estética, Facultad de Ciencias Sociales de Talavera de la Reina, Universidad de Castilla-La Mancha, avenida Real Fábrica de la Seda s/n, 45600, Talavera de la Reina (Toledo), España, tel. 925 72 10 10, ext. 5629, email: juanantonio.flores@uclm.es.

<sup>1</sup> BIART, 1959.

quias y La Merced<sup>2</sup> siguen siendo parte de mi rondín cuando estoy en el Puerto, y cuando estoy en la ciudad en que vivo a miles de kilómetros, no deja de admirarme cómo, a pesar de los cambios realizados —arquitectónicos, formales o estructurales—, continúan siendo espacios centrales de relación social, de creación y afirmación cultural en Veracruz. Pero mi vuelta a los cafés es también un encuentro con las significaciones, a esas que en buena medida, en los tiempos actuales y globalizados, se acceden, negocian y usan en los foros, las herramientas y las comunidades virtuales de internet. En vez de participar o asistir a un taller virtual de “escritura creativa” o de teatro por la red, en el café las personas de Veracruz y los turistas, los embarcados y forasteros que recalán por un rato en ese Puerto —que también es un refugio de perdidos— continúan con tozudez compartiendo un espacio concreto. En esos sitios tienen la posibilidad del disfrute material, encarnado, de un teatro social codificado pero con amplio margen para la improvisación, de un imaginario vivo y un contexto para el intercambio de miradas, dramas y performances, de historias y cuentos con los que ponen sabor a sus vidas, en compañía de un buen café.

## INTRODUCCIÓN

Resulta sorprendente la existencia de tan pocos trabajos de investigación y la escasez de textos publicados sobre uno de los lugares considerados como de los más tradicionales de la cultura urbana de Veracruz, que mejor expresa la singularidad del modo de ser jarocho y que condensa algunas de las claves de eso que suele denominarse “identidad veracruzana”: los cafés del puerto de Veracruz. Me refiero no sólo a los espacios físicos que los residentes o visitantes pueden identificar empotrados en las calles más céntricas de la ciudad, sino sobre todo a los ambientes, al original cultivo de

<sup>2</sup> En mayo de 2020, como resultado de la crisis sanitaria por el coronavirus SARS-CoV-2, el dueño del café La Merced, Aurelio Ibáñez Rodríguez, anunció el cierre temporal del negocio, pues los bajos ingresos que ha tenido, dijo, no le permitían ya pagar la renta, la luz, el agua, los impuestos y los sueldos de los más de 40 empleados que ahora se quedarán sin trabajo. En febrero de 2021 este tradicional café hubiera cumplido 60 años de existencia. Véase, entre otros, Alejandro Morteo, “Cierra Café La Merced en Veracruz por la pandemia del coronavirus”, *El Dictamen*, 30 de junio de 2020 [<https://www.eldictamen.mx/noticias-de-veracruz/boca-ver/cierra-cafe-la-merced-en-veracruz-por-la-pandemia-del-coronavirus/>].

cosas importantes para quienes viven en un territorio civilizado y con una convergencia de individualidades: escenarios para la exhibición y concierto de relaciones sociales, de gustos particulares, de modos de comunicar y emplear el habla que fluctúan entre la convención y la creación.

Podemos encontrar alguna escueta reseña histórica, algunas crónicas sobre el origen y evolución de uno de los más afamados cafés veracruzanos, pero por alguna poderosa razón los investigadores sociales han olvidado destinar energías y esfuerzos al análisis de esos mundos únicos que son estos cafés —tan festejados y mencionados en los discursos públicos, como desconocidos para la teoría social y la etnografía.

Como antropólogo quisiera contribuir con estas páginas a la comprensión social y antropológica de lo que pasa dentro, pero también en el inmediato afuera, de los cafés del Puerto, así como evidenciar qué sentidos tiene para las gentes *ir al café*. Me centraré en los cafés del centro de Veracruz, en los que hice observación y realicé entrevistas durante mi trabajo de campo en los años noventa del pasado siglo XX, en concreto entre 1993 y 1997, como parte de la investigación que culminó en mi tesis doctoral y en mi libro sobre la ciudad.<sup>3</sup> Al hablar de cafés céntricos, me refiero a aquellos que quedaron dentro de la antigua muralla defensiva —la derribada en 1880 y hoy inexistente— o inmediatamente adyacentes a la misma. No aludiré a otros cafés más periféricos, ubicados en el bulevar o en fraccionamientos residenciales del sur de la ciudad (El Gaucho, Becari, Café Andrade), o aquellos pertenecientes a cadenas o franquicias (Bola de Oro), con una clientela menos heterogénea y una ubicación social más definida.

Tras muchas horas y meses de garabatear notas de otros y propias, y de participar en múltiples y heteróclitas pláticas, en la escucha de innumerables historias y *cuentos* de café —una categoría nativa que canibaliza las formas y sentidos de la mentira, la ficción literaria y el mito— interesantes, ingeniosos y aburridos, en los cafés de la ciudad, dispongo de los materiales suficientes para esbozar una etnografía de los cafés del Puerto. En ésta concedo un lugar privilegiado a cómo experimentaban el ambiente del café algunos de los “cafetómanos” a los que grabé en las entrevistas,

<sup>3</sup> FLORES MARTOS, 2004.

a quienes tuve la fortuna de contar como informantes. Un buen número de ellas fueron charlas de café, en más de un sentido:<sup>4</sup> por su contexto, por la sustancia que degustábamos y activaba nuestra mente y habla, por el desarrollo y zigzaguo de contenidos, por la forma y género abierto de la plática de café —repleta de interpolaciones y excursiones narrativas, y con marcada orientación hacia la demostración humorística y de ingenio de los participantes—, que interesada o descuidadamente acabábamos mimetizando a lo largo de la entrevista. Estas conversaciones las sostuve, sobre todo, en el café de La Parroquia (en sus dos sedes), pero también en el café de La Merced, en el café Catedral y en el Gran Café del Portal.

Durante mi investigación, me convertí en cliente frecuente principalmente de los dos cafés de La Parroquia: el “abierto” (o “viejo”) y el “cerrado” (o “con clima”), situados ya en la misma manzana y a pocos metros uno del otro, pero también del café de La Merced. Mi constancia por un establecimiento, la elección de un área, e incluso la hora del día elegida, influyeron en que tuviera el privilegio de ser “tenido en cuenta” por el mesero al que se le había encomendado el servicio de esas mesas en un turno determinado, y así pasé a recibir mi café lechero chico con relativa rapidez y amabilidad, a no recibir la carta de consumiciones e incluso a confirmar con ese mesero, desde lejos y con una seña, una petición acorde con “mi” gusto, convertido en previsible e invariable en este escenario (“un café lechero chico”, señalado por mi mano derecha con el acercamiento del índice sobre el pulgar). A pesar de esto no consideré a alguien como “mi mesero”, como sí lo hacen los asiduos a estos lugares, y sólo en los últimos meses mantuve una conversación, complicidad y trato más próximo con un mesero del café La Parroquia “cerrado”, y acabé buscando sentarme en alguna de las mesas que él atendía.

No llegué a formar parte de una *peña* o tertulia formal de ningún café, aunque fui presentado a los integrantes de algunas e invitado a compartir conversación y café en sus mesas. No me gustaba la idea de sistematizar mi ida al café (en un día y horario determinado de la semana), como queda

<sup>4</sup> Pido al lector un esfuerzo adicional por aparcar el prejuicio intelectual que la cultura e idioma español parece haber depositado en la expresión *de café* como sinónimo de superficial y banal, algo paradójico si consideramos la deuda —creativa y expresiva— contraída durante los dos últimos siglos en el ámbito iberoamericano con estos singulares espacios, los cafés.

reglamentada en las peñas, sino más bien prefería acudir solo o con amigos e informantes, de forma no planificada, y luego deambular por si estaba alguien conocido y sumarme por un tiempo al “ambiente” y la conversación particular montados en esa mesa. Entrevisté por separado a determinados integrantes de estas peñas de café, destacando sobre todo a dos personas: Gerardo García, *el Flaco*, y el Yuca, cuyas vidas y actividades transcurrían en una proporción considerable en el café de La Parroquia y el café de La Merced, respectivamente, participando de varias mesas y peñas a lo largo del día.

Quizás el lector detecte un tono nostálgico al referirme a unos cafés del pasado que ya no volverán,<sup>5</sup> a algunas de las personas que los frecuentaban que ya no están con nosotros, pero también debe advertir que aunque en nuevas ubicaciones, con nuevos formatos y reglamentaciones, los cafés que los residentes y forasteros pueden disfrutar en la Veracruz de 2020 siguen manteniendo mucho de la peculiaridad de esos sitios como espacios de relación social, de disfrute y expresión de gustos y emociones, de creación cultural y de encuentro de gentes.

## DE LOS ORÍGENES Y DE CÓMO LA PARROQUIA SE CONVIERTE EN “EL CAFÉ” EN VERACRUZ

Por mi padre he sabido que el furor por el café de La Parroquia como ombligo del mundo es muy reciente. En las primeras décadas de este siglo, los porteños tenían diversos sitios donde tomar café y con más fama que La Parroquia: El León de Oro, Ambos Mundos y el 5 de Mayo. Por los años funestos del tejedismo casi todos tuvieron que cerrar sus puertas y el que al final prevaleció por su buena ubicación fue el que es ahora de los Fernández [...] La Parroquia del Malecón, reducto final y todavía unido a la matriz, es junto con el Café Catedral y La Merced simples

<sup>5</sup> Un amigo investigador sobre el Puerto, Horacio Guadarrama, expresaba así los cambios experimentados por esos cafés hasta el presente: “Desde que tú estuviste a la fecha hubo una transformación de los cafés en el Puerto: se volvieron (para mal, en mi opinión) digamos más *nice* e ‘impolutos’, es decir, menos populares, ahora es difícil ver en ellos un bolero, un trabajador o un vendedor ambulante, los corren casi a patadas, e incluso, con la exacerbación de la violencia, y aun antes, han puesto policías particulares en las entradas, es una cosa digamos sutil para los extranjeros, pero uno lo nota y lo contrasta con los cafés de antes [...] Si acaso el café que está por el pasaje, ése que desemboca enfrente del parque Zamora [Café Catedral], ha mantenido cierto ‘aire’ del pasado”. Entrevista a Horacio Guadarrama, Veracruz, Ver., noviembre de 1996.

apéndices del “tradicional original y único”, pues encuentra uno lo mismo en cualquiera de los cuatro, sin que se pueda destacar la limpieza ni la atención en ninguno de ellos.

ANÓNIMO, s. f, p. 28.

El modelo cultural e influencia estética que está en los primeros cafés que llegan a México, y concretamente a Veracruz, es claramente francés, así lo recogen tanto Díaz y de Ovando<sup>6</sup> como Córdova Santamaría.<sup>7</sup> Esta última autora señala que los dueños de los primeros cafés del puerto de Veracruz y de la Ciudad de México fueron franceses e italianos, y también refleja el carácter polivalente de esos primeros establecimientos, que funcionaban también como fondas, neverías, cantinas o vinaterías.<sup>8</sup> No sólo se dispusieron en estos cafés inmobiliario y decorados análogos a los europeos, sino quizás de modo más importante, estos lugares sirvieron para albergar actividades sociales que encontraron un espacio privilegiado también en los cafés europeos, como reuniones de negocios, celebraciones políticas, lectura de periódicos, entornos para el despliegue de la creación literaria, etcétera.<sup>9</sup>

Como transmite las memorias de un veracruzano en el fragmento que abre esta sección, el café de La Parroquia se ha convertido probablemente en el más conocido y modélico de los cafés de la ciudad, aunque en el pasado existieron otros más importantes y frecuentados, teniendo probablemente más que ver con ello su estratégica ubicación original frente a la puerta de la catedral, que el servicio prestado a la clientela. Centrar nuestra atención en el café de La Parroquia se justifica por considerársele como paradigma de “el Café” por excelencia en el Puerto y por la gran influencia ejercida en el estilo de llevar los demás cafés locales, siendo en buena medida imitado por otros, como el café La Merced, o el Café Catedral. Pero también supone situarlos como una creación “española” y vincularlos con la colonia hispana en el Puerto,<sup>10</sup>

<sup>6</sup> DÍAZ Y DE OVANDO, 2000.

<sup>7</sup> CÓRDOVA SANTAMARÍA, 2002.

<sup>8</sup> CÓRDOVA SANTAMARÍA, 2002, p. 45.

<sup>9</sup> CÓRDOVA SANTAMARÍA, 2002, p. 45.

<sup>10</sup> “La importante y vieja colonia española, establecida en el puerto desde épocas coloniales, vivía en la amplia zona del centro cercada por los muros grisáceos y defendida por los baluartes que se terminaron de construir

6 VERACRUZ.

Dulcería y Repostería "La Parroquia."

Calle de la Independencia, esquina á Vicario 9

de M. Fernandez y Ca., Veracruz.

Surtido de Vinos y Licopes.

Helados Napolitanos y de Frutas.

LA PARROQUIA

En este acreditado establecimiento fundado en 1881 se confeccionan en su jugo Peras, Fresas, Mangos, Zapote, Domingo, Albaricoques, Guayaba, Sazamora y Durasnos. Se preparan Pastas y Jaleas de varias frutas y todo lo concerniente al ramo de dulcería.

Se hacen Torres, Fuentes y piezas montadas á todo capricho y todo lo concerniente al ramo de repostería.

NOTA.—Se dan servicios á domicilio y los pedidos al por mayor se despachan con puntualidad.

Ventas—Por Mayor y Menor.

Independencia 1187. Tel. 32-25-84, Veracruz. Ver.

Nomenclator: Comercial, agrícola, industrial, artes y oficios y directorio general, México-Isla de Cuba, 1884-1885, Archivo particular, Blanca Margarita Torres Rodríguez Biblioteca y Archivo Históricas de Veracruz.

IMAGEN 1. Viñeta de la década de 1880 anunciando la dulcería y repostería La Parroquia, que estaba ubicada en la esquina que hacían la calle Independencia y Vicario (hoy Mario Molina).

FUENTE: *Nomenclator*, 1884, p. 14.

especialmente desde el siglo XIX. Los cafés de Veracruz son entendibles únicamente desde el análisis de la red de familias españolas que en algún momento del pasado estuvieron vinculadas al café de La Parroquia.

justo cuando se acababa la piratería. Dicha colonia mantuvo allí su residencia hasta entrado el siglo XX. Gracias a estos residentes acomodados y a los muchos visitantes que llegaban a sus muelles se estableció una de las 'actividades' recurrentes que se convertiría de una manera indiscutible en signo de identidad del puerto: el tomar café [...] Pero no todo el mundo asistía antaño a tomar café. Desde luego que se trataba de una costumbre muy ligada a los visitantes del puerto y a los sectores pudientes. Durante el porfiriato fueron ellos los más beneficiados por dicha tradición cuando el contacto con puertos europeos y americanos permitió el afrancesamiento y el 'anglosamiento' hacia los confines de la República". PÉREZ MONTFORT, 1996, pp. 206-207.

Existe una reciente —y poco documentada— obsesión por remontar a una fecha cada vez más antigua el inicio de este café, generando una historia, interesada y oficial, que establece su creación hace más de dos siglos atrás. Así, no se tiene inconveniente en querer hacer pasar por este café a establecimientos diversos como pulperías (1808), neverías o dulcerías y reposterías,<sup>11</sup> sitios todos ellos que aun sirviendo café a la clientela, con toda probabilidad no reunían el ambiente, las características y, sobre todo, no era núcleo de las relaciones sociales presentes en los cafés porteños objeto de mi análisis. Parece que no es sino hasta los años veinte del pasado siglo XX cuando podemos hablar del café de La Parroquia con un formato análogo al actual. Es entonces cuando el café experimenta una importante reforma, y en 1926 se adquieren y toman asiento en el mostrador las dos cafeteras italianas fabricadas en Turín —*Torino Express*, elaborada por Mattei & Bartolini—, constituyendo desde entonces un referente y símbolo importante de esa cafetería. Desde ese año el café de La Parroquia ha estado en manos de la familia Fernández, de origen español.

Para caracterizar y comentar el estilo de llevar el establecimiento, y en particular por don Fernando Fernández, mis informantes, sean o no de la colonia hispana, recurrían a los adjetivos de “familiar”, “clásico” y “particular”; además de acumular un buen número de ejemplos y detalles que hablan de la tolerancia, permisividad y respeto a la diferencia y gustos individuales que han presidido el ambiente del café. La Parroquia ha dado la pauta de los tipos de café que han surgido o tenido éxito en la ciudad, aunque fuera de esta corriente queda la preferencia que entre la clase media y alta ha tenido el Café Andrade abierto del bulevar y sus sucursales en otras partes de la localidad.

El café de La Parroquia “matriz” (el inicial y más antiguo) estuvo localizado —y ahí continúa en el imaginario veracruzano al hablar del café y la ciudad del pasado— en una esquina de la Plaza de Armas o zócalo, en la confluencia de la avenida Independencia con la calle de Zamora, y fue trasladado el 29 de noviembre de 1994 nominal (su razón social), simbólica (sus

<sup>11</sup> Bernardo García Díaz indica que “El Café de la Parroquia ya aparece en los directorios comerciales del último cuarto del siglo XIX, como Dulcería y Repostería fundada en 1881 por M. Fernández” (GARCÍA DÍAZ, 1993a, p. 263). En la publicidad de la época no se menciona al café como producto ofrecido en este establecimiento.



IMAGEN 2. El café de La Parroquia hacia mediados de la década de 1930. Fuente: GARCÍA DÍAZ, 1992, p. 263.

dos viejas cafeteras italianas) y en cierto sentido físicamente (en cuanto a la recreación de “ambiente” y clientela) a su actual ubicación, en el Paseo del Malecón, concretamente a la esquina de Insurgentes Veracruzanos con Gómez Farías. Con anterioridad a este cambio, propiciado por el fallo judicial definitivo de una larga y alambicada disputa familiar, ya existía otro café de La Parroquia en el Paseo del Malecón (el conocido coloquialmente como La Parroquia del malecón, o abierta), regentado por un hermano del propietario del café “matriz”, que sigue en funcionamiento a pesar de hallarse en la siguiente esquina de la misma manzana, a menos de 50 metros de la primera Parroquia.

El argumento que intentaré desarrollar en esta etnografía del café La Parroquia es que sus aspectos significativos, los mismos que componen su haz de sentidos como construcción y experiencia cultural original (en ambiente, espacio, tiempo, gusto, mito y ritual), se cruzan en un café desterritorializado en la memoria y la traza urbana, en un café *imaginario*, sobre el que los veracruzanos proyectan esbozos y reflexiones acerca de identidad y singularidad —en un café “de españoles”, y con turistas y fuereños en sus mesas—, manufacturando una parte de sus mitos contemporáneos y llegando a expresar una teoría (nativa) propia de lo

social. Una de las expresiones más utilizadas por mis informantes y en fragmentos periodísticos locales para calificar el entorno de La Parroquia es la de que allí hay “un ambiente familiar”, sobre todo al contraponerlo con los ambientes perceptibles en otros escenarios de la ciudad, como los bares de Los Portales, las cantinas o incluso otros cafés y restaurantes. Este establecimiento no es elegido por su clientela para “ir a tomar” (bebidas alcohólicas), entre otros motivos porque sólo sirven bebidas de baja graduación, cervezas a altos precios, siendo éste un factor de peso (la ausencia o limitación de bebidas embriagantes) en la calificación de su ambiente como “familiar”. Además, este café, sobre todo en fines de semana y días festivos, se convierte en uno de los locales preferidos por las familias de clase media de la ciudad para ir a desayunar o merendar.

Don Ricardo Ruiz, un abogado veracruzano de edad madura que trabajaba en Ciudad de México y que regresaba cada fin de semana al Puerto, me relataba así su hábito de acudir sábados y domingos con su familia a La Parroquia:

Viernes con viernes, siempre que salgo yo del Distrito Federal, vengo con la idea de venirme a tomar un café a La Parroquia, independientemente de ver a mi familia que radica en Veracruz, entonces pues vengo, me tomo un café, disfruto del café, disfruto con mis hijos. Siempre vengo en familia, por lo general el sábado siempre vengo con mi hijo Raúl o con su hermana, invariablemente, o con los dos, entonces platicamos de lo que ha transcurrido en la semana. Y el domingo, siempre solemos venir todos: viene la mamá de Raúl, viene la hermana, viene la novia de Raúl, Ileana, viene Roxana, su hermana, y pues la pasamos aquí el domingo, y ya después de que desayunamos empezamos a platicar cosas.

Los negocios y la imagen pública se hallan entrelazados en el mundo de este local. Es común escuchar o leer en Veracruz que en “el Café” (uno de los modos de referirse al café de La Parroquia) se hacen grandes negocios y tratos, que luego son cerrados y festejados en los bares de Los Portales con una copa (sobre todo en el pasado, cuando Los Portales quedaban a la vista de las mesas de este café).

Atendiendo a conversaciones, textos de prensa y discursos más formales, el café es presentado bajo la retórica de la mezcla y contaminación social, apoyada en señales como el saludo y el reconocimiento manifes-

tados por el parroquiano, o en los “baños de pueblo” que las figuras de la política local, estatal o nacional se dan en el café de La Parroquia (en el consenso de que es el “pueblo” el que habita o transita por este establecimiento). Cualquier entrada o salida del café conlleva una serie de saludos y formalidades con los conocidos sentados en diferentes mesas o que pasan cerca, que el sujeto se va encontrando en su trayectoria. Según mis informantes, existirían en el café unos modos escénicos de “ser popular”, que consisten en ir de mesa en mesa, saludar y conversar con los conocidos, amigos y familiares, sentarse un rato con ellos a convivir, para luego volver a la mesa inicial o en el trayecto platicar con personas de otra mesa. Así, ese *saludar a-todo-el-mundo* (incluso al bolero) que posibilita este marco de supuesta democracia que es el café, constituye la expresión sensible del carácter veracruzano, de la “sencillez” de un aspirante a la política, y de la popularidad y reconocimiento social de alguien. Habituales del café, cronistas y periodistas destacan el uso político que todos los presidentes de México han hecho de este café del Puerto, tomándolo como el templete ideal para darse un “baño de pueblo”.

## LO QUE SE HACE EN EL CAFÉ

Una primera aproximación desde una observación sistemática e inmersión en el café supone encontrarse con las reglas y lineamientos de la mesa, del buen tono social, del *convivio* moderado en torno a una mesa, los negocios y tratos concertados por quienes hacen de la cafetería una prolongación de su oficina o despacho —o la convierten en su oficina misma—, y las pláticas sosegadas e ingeniosas que forman parte también de la vida social de Veracruz. Pero entreverados con estos rasgos son perceptibles los ruidos, las disarmonías musicales, los gritos y onomatopeyas en el saludo y habla, las palabras groseras y *mentadas* —generalmente afables y cariñosas— entre los parroquianos, entre otros elementos que evidencian un lugar para algunos excesos y ciertos desórdenes formales, si bien bastante reglamentados.

¿Cuál es la actitud de los parroquianos que van a diario al café? Esperar a que la vida, los negocios, las visitas e invitaciones de la *gente conocida* de Veracruz, los cuerpos y estéticas atractivas y estafalarias de gabachos,

fuereños, y los “locos” y “personajes” circulen y pasen, o que se detengan durante un tiempo en el café, mientras que los vendedores ambulantes les surten de todo aquello que puedan necesitar (periódicos, tabaco, calcetines, billetes de lotería o boletos de la clandestina “bolita yucateca”, lustrarse los zapatos); todo, sin moverse de su mesa.

¿Pero quiénes van al café de La Parroquia? Si uno hace caso de los comentarios de los jarochos, y en especial de los frecuentadores de este local, este lugar es lo más parecido al hogar del pueblo veracruzano —accesible y frecuentado con asiduidad—, un espacio “popular” donde se puede palpar y ver la convivencia democrática entre individuos de las clases acomodadas, políticos, empresarios, profesionales, y personas de otra gama de oficios y actividades más humildes e informales, como meseros, vendedores de billetes de lotería, boleros (limpiabotas), vendedores de periódicos y artículos variados. También sostienen dicha afirmación los artículos de prensa, las crónicas históricas y literarias locales referidas a La Parroquia y, por supuesto, los folletos turísticos y publicitarios que anuncian los atractivos del puerto de Veracruz. El siguiente fragmento refleja esta imagen difundida de la “democracia del café”, de conversación y mixtura social:

Aquí, en el siempre alegre puerto jarocho, todos nos entendemos con todos, aquí no existe aquello de la élite, pues lo mismo conversa el obrero con el banquero, que el campesino con el oficinista, el billetero con algún gerente administrativo o el betunero que se mete a la plática que usted sostiene con alguno de sus amigos. En esos benditos cafés, lo mismo alterna el marino de la Armada de México con el profesional, ya sea doctor, químico o simplemente licenciado. Ahí en los cafés, el señor general se gasta guasas con el papelero que llega a venderle el periódico [...] En Veracruz, los apodosos convierten a la gente en ciudadanos de carrera con títulos de ilusión.<sup>12</sup>

La observación continuada en La Parroquia me llevó a constatar, en cambio, que no “todo el mundo” en Veracruz, y mucho menos una generalización como “el pueblo veracruzano”, cabe en este café. Más bien nos encontramos en un escenario de clases medias, lugar de encuentro y reunión de profesionistas (médicos, ingenieros, abogados, contables, notarios),

<sup>12</sup> LORENZO CAMACHO, 1994, p. 69.

comerciantes, de las *personas conocidas* y de la oligarquía del puerto de Veracruz. Charo Ochoa Rivera reaccionaba ante este discurso hegemónico “popular” y “democrático” acerca de La Parroquia, y me comentaba que se había dado cuenta de que la gente del pueblo casi no entraba a este café, que es un lugar donde acuden, aparte de turistas, personas del estrato medio-alto. Según ella, a la gente del pueblo la puedes ver parada comiendo tacos en los puestos de la calle, pues con lo que cuesta un café pueden comerse una orden de tacos y un refresco en esos expendios.

Los discursos ciudadanos señalaban que es en La Parroquia donde es posible degustarse el folclore y el ambiente “auténtico” veracruzano. Además de la idas y venidas de vendedores ambulantes y de las “actuaciones” o simple presencia de los “locos” y “personajes” en el local, parte de la experiencia sensible de este “folclore” para el cliente lo constituyen las apariciones y ejecuciones musicales, sea afuera o adentro del café, de los grupos de marimba, los papantecos —con flauta y tamboril—, los jaraneros —entre los que destacaba el Jaranero Solitario con su pareja de bailarines—, el Hombre Orquesta y el tenor de guayabera blanca que canta arias, romanzas y fragmentos de zarzuelas. Pero el “folclore” y espectáculo del café también incluye “el grito” con que se alude al apodo de un parroquiano, el saludo amistoso implícito en la *mentada* o la palabra grosera proferida (signo de distinción y reconocimiento individual), la rechifla y las risas generalizadas cuando un comensal tira su vaso o cuando al mesero se le cae su bandeja con los platos.

El tiempo, la experiencia de su pérdida o ganancia y los usos interesados del mismo es un factor importante en la sociabilidad, en el gusto de “estar en el café” y en el funcionamiento de este establecimiento. La Parroquia se ha convertido en un espacio que es rentabilizado temporalmente al máximo, en el cual los “meseros” (camareros) transmiten al turista o extraño, a veces con malos modos, la idea de que allí “el tiempo es oro” para obtener propinas, por lo que abandonan la mesa pronto y sirven a nuevos clientes, si bien es cierto que con manifiesta parsimonia. Así, cuando el cliente le reclama atención o rapidez en el servicio al mesero, puede suceder que éste le conteste con frases arrogantes e impertinentes como: “Márchese a otro lugar”, “Espérese un momento, no estoy jugando” o “Váyase al Diligencias si no le gusta” (en alusión a otro restaurante y café tradicional porteño).

La preocupación por el transcurrir del tiempo por parte de los dueños y/o administradores de los cafés contrasta visiblemente con la perspectiva y experiencia del paso del tiempo por parte de los parroquianos, pues un buen número de éstos tiene presente la idea, expresada al menos retóricamente, de que *el café es un sitio donde la gente va a perder el tiempo*, y por extensión, a exhibir que se tiene el suficiente para perderlo.

Atendiendo a los usos del tiempo en el café, a grandes rasgos se pueden identificar dos tipos de gentes: las que llegan para disfrutar “del ambiente” (suelen decir ellos) y a “perder” el tiempo, y los que van a aprovecharlo, en el sentido de hacer negocios.

Uno de los “personajes” de café más interesantes que conocí, el Yuca, asiduo sobre todo al de La Merced, me exponía sus motivos para asistir al lugar, insistiendo en que era algo que no dejaba de hacer aunque resultaba superfluo en su vida, ajeno a su *modus vivendi* (en sus propias palabras); no obstante, estas aseveraciones estaban camuflando su actividad clandestina de agiotista que desarrollaba en el café y que sí constituía su modo de ganarse la vida, aparte de la exigua pensión que cobraba de su jubilación por enfermedad. A mi pregunta de qué haría si desaparecieran todos los cafés de Veracruz, así contestaba, mostrando y ocultando su vivencia interesada en el café:

Vengo por gusto, no por necesidad. No tengo necesidad del café pa' subsistir, vaya. Vengo a divertirme, a platicar con usted. Si no fuera por el café, yo no lo hubiera a usted conocido, si no hubiera venido aquí, no me hubiera entrevistado. Parte del conocimiento de uno es dialogar con una persona que uno no conoce, a mí me ha servido de aprendizaje, la verdad; o sea, que el café no lo es todo para mí, como otras personas que no pueden estar sin el café, como el alcohólico, que hasta matara por un café, que mata por una copita. No es mi *modus vivendi*, que yo me dedique a eso, vaya. Vengo al café a disfrutar. Concorre todo el mundo. Por aquí no tarda en venir uno que le presta dinero a todo el mundo, que ese es su negocio, tiene negocio. Otro es médico, el otro es el dueño de la Casa Paz, el otro es chofer, y luego está uno que no está haciendo nada ahorita, pero al rato me voy a la casa y allí sí tengo quehacer. O sea, que estoy perdiendo el tiempo, programarlo, cuando tengo mucho quehacer no vengo al café, pero no voy a dejar lo que estoy haciendo por venir al café. Y como el café está abierto hasta las 10 de la noche, si no vengo ahorita, vengo en la noche, y si no, no vengo. Pero no es una cosa de vida para mí.

En las entrevistas con algunos parroquianos empedernidos de La Parroquia, sobre todo *personas conocidas* relevantes, como José Luis Gómez Sañudo y Ulises Díaz Cházaro, son interesantes los énfasis en hablar del ambiente de este café desde su participación en las peñas de café (tertulias) de las que ellos y otros veracruzanos forman parte, reuniéndose sus integrantes en un día, hora y mesa prefijados con antelación. Allí se encuentran y conversan por un tiempo y al cumplirse la hora límite acordada, cada cual se levanta, paga su cuenta y agarra su rumbo particular.

Respecto de la ocupación diferencial del café en un horario diario, existe una intensa segmentación social y profesional con una perspectiva temporal atenta al transcurrir de las horas, además de hacer hincapié en que el control de esos “horarios” grupales y profesionales de asistencia al café permitía el encuentro y saludo con una *persona conocida* determinada. Así lo expone Concha Díaz Cházaro en este fragmento de entrevista:

La ventaja de este café es que había grupos, mesas, o peñas, como se les llama muchas veces; entonces, a determinada hora ya sabía uno quiénes iban a estar ahí. Si yo me quería encontrar con equis persona de los que son parroquianos, yo sabía que con estar en el café a tal hora, yo voy a hacer una entrevista a esa persona, porque me acercaba a su mesa y “Oyes, que quiero esto, que quiero lo otro, o cuándo nos vemos, o dime cuándo te veo o”, en fin, cosas de esas, pues aquí en Veracruz era muy fácil de localizar, era un servicio que da el saber a qué horas iba cada quién al café. Para más, están las horas de los médicos del Seguro Social, las horas de los de la Aduana, las horas de los empresarios, había diferentes horas, ¿no?, y hay quienes tienen más de una mesa en el café, y hay quienes tenían en la mañana y en la tarde, en la mañana con unos y en la tarde con otros.

Mis observaciones, y la reflexión reposada en la distancia, me llevaron a identificar algo que difícilmente podían racionalizar y comentar mis informantes —más allá de su sucinta expresión—, y que apunta a un núcleo clave de la experiencia temporal y estética en el café: el que la gente va al café, sobre todo, a “platicar”, a encontrar la oportunidad de conversar con alguien, amigo, conocido o desconocido, y en ese ejercicio a dos o múltiples voces, formar parte del “buen ambiente” al que muchos cafetómanos se refieren, pero el que apenas pueden traducir al extraño. La “plática” es el vector sensible, la práctica que difumina y transforma la percepción y la categoría “tiempo” para los clientes del café, territorio privilegiado de ora-

lidad. Otro de los motivos por el que la gente iba al café en la Veracruz de los años noventa era para complacer su paladar,<sup>13</sup> tanto para consumir un simple café lechero y sus canillas, como platillos más elaborados y hacer de este establecimiento el escenario para la exhibición de un gusto particularizado. Así me explicaba José Luis Gómez Sañudo el respeto que los dueños de La Parroquia habían mantenido por el placer de sus clientes:

Durante mucho tiempo, estos señores Fernández han tenido un estilo muy particular de llevar el café, muy clásico, muy típico. Estos amigos no hacían fritanga, no hacían gorditas ni picadas, y entonces mucha gente las llevaba de la calle, pedían el café y la fruta, y ahí se comían las picadas. Y pues les ponían el plato y les ponían los tenedores, y no les cobraban nada, nada más cobraban el café y la fruta. Inclusive algunos tipos folclóricos de aquí de Veracruz —que hay mucha gente folclórica, confianzudos [...] yo conocí a dos, queda uno vivo—, uno que era muy amigo de ellos, era un hombre muy servicial, una gente agradable de la cual tengo yo un muy grato recuerdo, don Antonio Vigorito, hijo de italianos, ¡ese señor se metía a la cocina a hacerse su comida porque le gustaba de cierta forma!, y era amigo del cocinero, ¡y pagaba, pagaba todo, vaya! Pero él entraba a la cocina a hacer su cosa. Hay otro, muy amigo de ellos también, ¡que les lleva la carne!, y saca el envoltorio del papel: “Quiero que me hagan este filete tres cuartos”, ¡y se lo hacen! ¡Y todavía los regaña porque se lo pasaron, o porque se lo dejaron crudo, y se los regresa! O sea, es una cosa de un trato muy especial, casi familiar, podríamos decir.

En el mito e imagen, el café La Parroquia aparece como un espacio donde el gusto del individuo es manifestado y satisfecho incluso por encima de las normas del lugar. Estos ejemplos y casos destacan el egoísmo e individualidad de los que hace gala cada parroquiano, en un marco de gran convencionalidad social como es el café. No falta quien comenta a la primera oportunidad la peculiaridad de su gusto/conducta en el café, jactándose y dando detalles en la conversación, que puede ir desde a qué “atracción” o conjunto musical le da unas monedas y a cuál no, a la forma en que prefiere que le sirvan el café (sin tener que pedirlo de viva voz y sin ofrecerle la carta), o el plato que desayuna habitualmente. Podemos enmarcar en esta línea del gusto individualizado en este café el énfasis que ponen los cafetómanos en sentarse siempre en una mesa en la que les atienda “su”

<sup>13</sup> Para una etnografía del gusto veracruzano, véase FLORES MARTOS, 2009, pp. 133-166.

mesero, el que sabe sus gustos y los conoce, el que ni les pregunta qué quieren y con el que gran parte de la comunicación tiene lugar a través de señas minúsculas, a veces imperceptibles. Por ejemplo, Charo Ochoa me comentaba que a ella le gusta sentarse afuera, del lado del malecón, donde estaba Beto, su mesero, pero que si lo ve adentro del café, allí lo sigue ella, al espacio o área que tenga en ese momento asignada. Don Ricardo Ruiz decía que su “gusto” en el café estaba ligado al tipo de atención y de conocimiento y asesoramiento que le brinda “su” mesero Araulfo, en relación con sus hábitos de consumo. En el café, la comunicación, especialmente entre los clientes asiduos y “sus” meseros, en algunos casos se establece —y se establecía en mayor medida en el pasado— a través de gestos y señales que le permiten al mesero saber a distancia lo que el parroquiano desea, sin necesidad de hablar o andar gritando en un ambiente lleno de bullicio y ruidos que se cruzan. Charo Ochoa Rivera repasaba, al mismo tiempo que gestualizaba, la gama de “señales” tácitas y personalizadas que mantiene con “su” mesero Beto, cuando acude a La Parroquia:

Ya tiene uno la señal, al mismo tiempo le digo: “quiero un café” [se aproximan los dedos índice y pulgar de la mano derecha], “quiero una Coca” [se pone el dedo en uno de los orificios de la nariz, simulando aspirar cocaína], como si fuera cocaína. Cuando quiero un chino, que es un pan, na’ más le hago: “¡Beto...!” [simulando el ojo rasgado de un chino], o la canilla [tocándose una pierna]. Ya nos pusimos de acuerdo.

En cuanto a la segmentación y nominación de los espacios en el interior del café, varios de mis interlocutores insisten en que las mesas de La Parroquia “tienen nombre”, generalmente bautizadas por los camareros o por el ingenio de algún parroquiano,<sup>14</sup> señalando su ocupación en determinada hora del día por un grupo de clientes o por una peña, además de que se relaciona con quienes se sienten en ellas. Así, Gerardo García, *el*

<sup>14</sup> La actividad de “nombrar” o “bautizar” con apodos o expresiones ingeniosas —o “gritos de café” que hacen enojar al individuo del que se le hace objeto— expresa el carácter grupal y la segmentación cambiante que tienen lugar en la sociabilidad y duelos verbales del café, además de remitir al habla y disfrute de las peñas y mesas. Francisco Villagómez sintetizaba de modo coloquial y sensible este “sabor” creativo grupal, de lucha simbólica y verbal en el café: “¿A qué vas al café? El veracruzano es muy jodedor y en el café se dedica a poner apodos, se unen para chingar a uno, o un grupito chinga a otro y así. Allí en el de afuera, hasta la fecha en las tardes, va la flota y pasa un doctor y le gritan: ‘¡Ah, muerto fresco!’, porque ya está grande el doctor, pero tiene ánimos pa’decir: ‘Chinguen a su madre todos’”.

*Flaco*, relataba cómo era la peña de “los pájaros caídos” desde su posición como integrante y desde su rol de contar historias “para entretenerles”, por lo que regularmente le invitaban el café y los cigarrillos:

Y sigo viniendo a La Parroquia, porque aquí aprendo de todo, esa es la mesa donde me admiten ellos, porque es la mesa de los amigos de don Paco Píldora. Yo tengo el lugar de don Paco Píldora porque me deja él ahí, con esa palomilla que son doctores, que son licenciados, magistrados, el del suéter es el más sencillo de todos ellos, el viejo canoso más grande cuenta puro chiste grosero, el otro es primo del magistrado, es ingeniero, el otro es doctor y les dicen “Los pájaros caídos” porque ya pasan de setenta pãrriba, ya no se les *para*, por eso son “pájaros caídos”; ya na’ más ven a la vieja para hacer meros silbidos, na’ más, porque no sirven para nada, pero ese nombre se los puso don Paco Píldora. “La Peña de los pájaros caídos”, y yo soy el nuevo ahí, “A mí se me *para* todavía”, les digo; pero, ¡carajo!, están todos locos.

Por otro lado, el deambular por las mesas, sentarse y conversar un rato en cada una de ellas, bien pidiendo “permiso” o sin pedirlo (amparándose en la confianza del conocimiento o en el trato interpersonal que favorece el escenario del café), recibiendo el ofrecimiento de una silla o tomando una de al lado sin previo aviso al sentarse, estaría apuntando a la clase de nomadismo social, de sociabilidad intestinal —en la que se mezcla un gusto por el vagabundeo, el encuentro fortuito y la distracción—, como es la escenificada por los porteños de clase media en el café de La Parroquia. Además de la “plática”, en el café, lo importante del ambiente y de la sociabilidad, de la experiencia sensorial ofrecida al que allí va, son los movimientos, los gestos, las relaciones a veces efímeras, gestuales o sólo de cortesía y apariencia, pero que son muy importantes ahí. El moverse de una mesa para ir a otra, trasladándose, paseando, deambulando, ocupar una silla o tomar una de al lado y sentarse con alguien conocido sin decir ni una palabra; el quedarse de pie hablando con alguien de una mesa y de pronto ver el gesto de otro de los que están sentados moviendo una silla y ofreciéndosela. Este deambular y vagabundeo formal, este “picoteo” de palabras, informaciones, saludos y conocimientos en cada mesa es uno de los rasgos que otorga ese ambiente especial al café de La Parroquia y algo que no es perceptible de una manera tan marcada en los demás cafés principales del Puerto.

Dentro de la mencionada inclinación a expresar y satisfacer un gusto particular en el café, además de las señas o formas de comunicación perso-

nalizadas entre el parroquiano y “su” mesero, es importante comentar una señal o gesto sonoro frecuente en la comunicación del café, que consiste en golpear con la cuchara, en una secuencia breve y reiterada, el vaso del “lechero” una vez que el camarero ha servido el café negro al cliente, para que llegue el empleado cargado con la lechera metálica y añada la leche al gusto. Para referirse a este acto, los parroquianos dicen “hablar con la cuchara” o “llamar al café”. Acerca de esto, encontré diferentes versiones de “cuentos” de café referentes a forasteros, sea un “gallego” (español) o un *gringo*, que se confunden y hablan “a la cuchara” en vez de golpear con la cuchara para pedir que le sirvan. Dichos cuentos ilustran la necedad e incomprensión, la dificultad de traducción y los usos comunicativos para los extranjeros que no están habituados a las reglas de los residentes.

Los “locos” de la ciudad<sup>15</sup> también gustan de este café y en el imaginario veracruzano tienen en él un refugio, un espacio de tolerancia. Así lo explicaba de modo perspicaz Francisco Villagómez:

La oficialización de un loco la da la gente, “este ya es loco de nosotros”. Incluso en Veracruz, cuando viene el carnaval, Semana Santa o época de vacaciones, y llegaba alguien por el café que no conocíamos, decíamos “el loco nuevo”, “estamos estrenando loco en Veracruz”, porque el puerto no es un lugar de locos, sino de locos pasajeros; bueno, que vienen y trabajan un rato la plaza, como le decimos aquí. Como si fueran toreros, llegan, trabajan la plaza y luego ya se regresan a su lugar de origen. Como también nosotros exportamos locos, porque tú a Topeiro lo ves aquí, últimamente ya no, pero también lo podías ver en Córdoba. Afrodita, el que canta, que está mal, que no puede hablar, no puede hablar y canta, ese loco también lo mandamos a Xalapa, o sea que también recibimos, pero exportamos. Entonces hay como un libre acuerdo, un libre comercio de locos, entonces pueden ir y pueden venir.

Los “locos” viven o habitan en el café, pero también “debutan” ahí, donde son bautizados, bosquejados y festejados por la palomilla. Parece que la conexión entre “locos” y café La Parroquia tiene que ver con la hospitalidad y el trato afable hacia ellos, promovidos por los propietarios del café, que les otorgaban paso franco y la invitación a un café lechero. En la ciudad existe un interesante debate acerca de la identidad y abundancia

<sup>15</sup> Sobre las historias de “locos” y personajes como nuevos mitos urbanos veracruzanos, véase FLORES MARTOS, 1996.

de estos “locos” en Veracruz, en el que enfáticamente son presentados como fuereños —y excepcionalmente nativos del Puerto—, aunque algunos son oficializados, “adoptados” e inscritos en la singular galería casuística identitaria veracruzana conformada por estas historias. Un ejemplo de tal fenómeno de adopción de “loco” foráneo de café es ilustrado por Rambo (también conocido como el Loco Karateka). Cuenta Paco Villagómez:

Este loco de momento irrumpió en la escena y lo tomamos como loco nuevo, porque no es de aquí, y de éste sí se decía que era una persona que su papá había muerto, era conocido de los viejos y era un tipo que llegaba corriendo de por allá del sur de la ciudad al café, llegaba y se sentaba en el café y pedía tres milanesas, cinco zumos de naranja, ¡y todo se lo comía, eh! Y de repente, pues le entraba la onda de Schwarzenegger y la chingada, y empezaba, sin agredir a nadie, eh, ¡vaya, empezaba él a hacer sus katas y a correr de una esquina a otra, hecho la madre! Pero además era una pinche escena muy, cómo te diré, una escena, cómo será... de Fellini o así, ¡y era un cabrón! Y mientras este cabrón corría tirando karatazos, había otro cabrón, ése era Jacobo Zabludovsky, iba leyendo un periódico ¡por la orillita de la acera!, y llegaba a la esquina y se daba la vuelta y seguía leyendo el periódico. Y en el café decíamos: “Ya está Zabludovsky, ya pasó Lolita Ayala y ahí está Rambo”, entonces era todo lo que tu mente capta, ¿no?, y lo que estás viendo, cabrón.

Estos “locos” que pululaban en torno al café solían ser *alegres, hablantines*, hacían gala de buenos modales y educación en este escenario público y varios eran invitados a distintas mesas para conversar con los parroquianos de turno; a cambio de pagarles un café, una cajetilla de cigarrillos o comprarles alguna de las mercancías que vendían, les servían de entretenimiento, pudiendo escuchar sus “cuentos” o expresiones con que se salpicaba la plática desde su agregación.

## LA COMPOSICIÓN DEL MUNDO EN EL CAFÉ. CUENTOS E HISTORIAS DE CAFÉ

Decía don Paco Píldora: “Tengo unas palabras pa’ componer este mundo tan desbarata’o, tengo unas palabras tan pintorescas”.

GERARDO GARCÍA, *el Flaco*

Es importante remarcar la idea extendida en Veracruz acerca de una práctica habitual: “en el café se compone el mundo”; pero no sólo se compone en el sentido de arreglar, sino también se compone en cuanto a crear, manufacturar ese “mundo”, que de modo artesano y singular es modelado en el coro heterofónico y disonante en que a veces se convierte una mesa del café. En ella se aportan diferentes elementos, materiales y palabras que hacen de esa conversación la forma polifónica de expresión poética y mítica “de café”. Es ésta una especie de “composición” oral y conversacional, precaria y aleatoria, en torno a una mesa, integrada por voces o individuos más o menos asiduos a la peña, pero también por otros que se incorporan ocasional y fugazmente. Esa “composición”, en forma de conversación, se piensa como algo propio del café y a éste como el lugar adecuado para ello; su temática es inventariada por algunos informantes como si de la agenda o secciones de un periódico se tratase.<sup>16</sup> En el fragmento siguiente, en palabras de Francisco González, *el Tiburón*, se pone de manifiesto el placer y el mal disimulado orgullo que los parroquianos experimentan por disponer de este espacio, práctica que los convierte en protagonistas de opiniones, arreglos e intervenciones a nivel “mundial”:

Ves que hay mesas de cuatro o cinco o seis, pero están platicando. Y esa mesa ahí, en esa mesa, están componiendo el mundo. Que en dos meses son las elecciones en Estados Unidos y el mero bueno es Clinton, y ya es Clinton. Que Carlos Menem se portó mal, ya lo quitaron, ya. ¡Ahí componen el mundo, ahí quitan! Y ese de Rusia, el Yeltsin también, que ahí dicen que como que está mal del corazón, que está mal, y ahí lo dejan. ¡Ahí componen el mundo!

En otros casos, la plática fluye hacia noticias o sucesos de alcance más local o personal, sobre los que alguno de los interlocutores tiene la tentación de extenderse, en un primer momento enmarcando su charla dentro de los límites de lo verosímil y afirmando que esto “así ocurrió”, “así lo vio”, “así se lo dijeron”, ante la cautela o sospecha de invención o falsedad de tal historia mostrada por los receptores. Así pasa a convertirse en “cuento” o

<sup>16</sup> “Como se dice, se compone el mundo en La Parroquia de Veracruz. En el buen decir, ¿verdad? Se platica de política, de cosas sociales, de deportes; ¡ah!, pues es muy bonito conseguir argumentar en un lugar que es tradicional en el puerto de Veracruz y conocido internacionalmente”, comenta Don Ricardo Ruiz.

en “mentira”,<sup>17</sup> como bautiza a este género Bernardo Lorenzo, *Nayo*, cronista oficial de la ciudad en el periodo 1996-1997, quien explica a continuación los sinónimos y cargas con que los asistentes al café, y gente de más edad, habla acerca de las narraciones increíbles y desmedidas:

En el puerto “jarocho”, por tradición alegre y desordenado, hace algunos años, cuando alguien hacía un relato increíble, le llamábamos “borrego”, “culebrón”, “papa”. Se le decía al narrador: “¡coño!, qué papero eres”. Otro calificativo era este: “[P]Uta pa’ cuento”. Todos estos señalamientos todavía se escuchan en gente de la vieja guardia [...] Dentro de todas esas cosillas surgen, como en todos los tiempos, “la mentira”, el cuento ameno y sorprendente que a muchos encabrona y a otros divierte.<sup>18</sup>

Estos contadores de “cuentos”, platicadores baquianos del café, se comportan como auténticos repentistas al compartir ante sus compañeros de mesa esos hechos recreados a su gusto, mezclando de forma idiosincrásica y caprichosa noticias escuchadas en programas de radio, titulares leídos al vuelo en la prensa diaria, o textos de periódicos atrasados y libros encontrados en la calle y acopiados como parte de su bagaje objetual e intelectual. Su habilidad en este bricolaje narrativo, y el mayor o menor éxito de sus composiciones, los sitúa en ocasiones en la posición de verdaderos creadores de “mitos” y literatura oral popular, que no es fijada mediante la escritura, pero que circula y sirve también para reflexionar y pensar a las gentes que acuden al café, y al resto de receptores cuando se extiende por la traza urbana. A veces estos narradores son notarios, abogados, doctores o reconocidos profesionales de la ciudad, pero en otras ocasiones su posición excéntrica, e incluso marginal —que les apareja la consideración y etiqueta de “loco”—, los lleva a intentar que la exposición del “cuento” (o “la leyenda”) les proporcione algún beneficio práctico. Ahí se significan aquellos cafetómanos que utilizan sus crónicas para ahorrarse el pago

<sup>17</sup> Así define Nayo “la mentira” veracruzana de café: “Desde remotos tiempos la mentira ha sido, de generaciones en generaciones, origen de la formación de historias fantásticas que sobrecogen el ánimo de las personas; relatos que dan buena cuenta de ‘sucesos’ que nos transportan al mundo de la fascinación por la imaginación [...] Se dice que la mentira es antídoto para los nervios, yo sí lo creo, porque la bola de mentirosos que he conocido a través de una larga vida son tipos calmados que sólo se alborotan cuando toman el café”. LORENZO CAMACHO, 1994, pp. 35 y 44.

<sup>18</sup> LORENZO CAMACHO, 1994, p. 109.

de la consumición; exhiben una extraordinaria habilidad para tantear el “tema” de interés del contertulio ocasional y luego variar su conversación para manufacturar *ad hoc* historias hacia ese campo y conseguir agradar.

Las más de las veces estos relatos son contados como hechos verídicos, aunque dichas escenas ocurran en ámbitos íntimos o de difícil acceso o constatación. Como los dos “cuentos” que me refirió Francisco Villagómez, a manera de ejemplo de la creación y gestación de anécdotas por la palomilla o flota del café. En la primera el protagonista era una de las personas más ricas de la ciudad, don Antonio Exome, y miembro notorio de la colonia libanesa; la segunda estaba protagonizada por uno de los “personajes”, Juan Hernández, *Güeremere*:

Aquí hay un señor muy rico que es don Antonio Exome, entonces don Antonio Exome todos los días va a la iglesia, va a la iglesia entre cuarto para las siete y siete y cinco. Nadie ha entrado a ver qué hace, pero le hicieron un cuento en el café. Dicen que llega a visitar a la Divina Providencia; dicen que un día llegó y estaba una persona antes que él, rezándole a la Divina Providencia, y oía que le decía: “Divina Providencia, ayúdame, necesito cien pesos. Divina Providencia, ayúdame, necesito cien pesos”. Entonces don Antonio le escuchaba y le dice: “Mira cabrón, toma los cien pesos y no me la distraigas, porque yo sí le voy a pedir en serio” [risas]. Porque además la flota de ese café creaba ciertas cosas, ahí se gestan estas historias.

Juanito Hernández, *Güeremere*<sup>19</sup> es un señor que trabaja no sé si en Correos o en Telégrafos, cuya expresión es muy válida en la actualidad, dice: “Yo era puto cuando era una pena ser puto, vaya; ¡ahora los chinga’os putos hay un chingo, vaya, ahora es una pena ser hombre, vaya!”. Y su apodo es Güeremere. La leyenda, la historia que yo conozco de Güeremere es que, aquí llega mucho barco griego, y los griegos son “comegente”, vaya; les gustan más los hombres que las mujeres. ¡Aquí llegan muchos griegos! Aquí cuando llegan los barcos griegos, suben más putos que putas, y pedidos por ellos. ¡A mí me tocó ver a un cabrón griego pedir un macho! [...] Ah, pues este Güeremere dicen que se subió a un barco y tú sabes en Veracruz no falta alguien que diga: “yo lo oí”, “yo lo vi”, y dicen que lo tenía el capitán del barco pero bien ensartado, pero como

<sup>19</sup> Así lo caracterizaba Bernardo Lorenzo: “Dentro de los tipos populares de esta tetraheroica ciudad, aún vive Juan Hernández, (a) el ‘Güeremere’. Un hombre hecho todo un hombre, generoso y tramposo al mismo tiempo, pendenciero y manso otras veces, como los corderos; honesto y malón por otro lado, hablantín y sereno en los comentarios; es zurdo y derecho, ambidiestro, posee el ‘Güeremere’ un sinfín de cualidades [...] Para pedir prestado es un campeón. Todo permite el ‘Güeremere’, menos que le digan ‘cuñao’ [...] su frase preferida: ¡No hay puta madre!”. LORENZO CAMACHO, 1994, pp. 130-131.

dicen que el capitán tenía unas medidas extraoficiales, este cabrón le decía: “¡¡Güere mere, Güere mere!!”, y Juanito le gritaba: “¡Espérate güey, espérate cabrón!” [risas].

En este género de historias, demostrar la audacia imaginativa y mantener el consenso de veracidad hasta el último giro o desenlace que encumbra el “cuento”, son valorados como una habilidad individual significativa entre los conversadores porteños del café, y fuente de goce estético. El narrador de una “mentira” o “leyenda” en Veracruz sostiene ante la compañía que le inquiera, reclama o burla, que lo que dice es verdad, es capaz de apostar sobre ello e incluso hace el ademán de enojarse y hacerse el ofendido por la desconfianza, retando verbalmente al que cuestiona la veracidad de lo contado, en un esfuerzo y sobreactuación dramática notables.

### UNA DIALÉCTICA ESPACIAL Y SOCIAL INTRAMUROS *VERSUS* EXTRAMUROS O “POR QUÉ LOS JAROCHOS SOMOS DESMURALLADOS”<sup>20</sup>

En La Parroquia, aquí viene el señor que vende calcetines, es un vendedor en la calle, luego se le conoce por allá, vende calcetines y quesos, viene a tomarse su café, allá por allá está el del Frente Cardenista, acreditándose con las cámaras de televisión, acá está el del Comité del PRI, o sea hay políticos, hay vendedores, y es el mismo ambiente, no hay bronca ahí. Aquí puedes convivir con ellos, imagínate que en Maxim’s de París llegara a sentarse un pordiosero que diga: “Oye, yo también voy a pagar”, “Pero tú no puedes entrar”; eso es lo raro de aquí, ¿no?, como es raro también que el presidente de la república vino aquí a tomar café, ahí una mesa le preparan y ahí viene como cualquier hijo de vecino. Y aquí el pordiosero toma su lechero y también se lo sirven. A mucha gente le disgusta, ¿no?; a mí me encanta eso.

DANIEL NORIEGA

Al escuchar por enésima vez el discurso y tópico de la igualdad “democrática” entre los clientes y parroquianos del café La Parroquia, me viene

<sup>20</sup> Verso del poema “A los puertos me remito”, de PÉREZTEJADA, 1993, p. 66.

a la cabeza la comparación cabal entre este establecimiento y la estructura social y tipos humanos que contenía la (gran) casa colonial,<sup>21</sup> como imágenes muy similares. Ambas conteniendo a una gran familia jerarquizada estrictamente, pero que mantiene el trato y la conversación entre los tipos o personas de la más alta escala social (dueños españoles, comerciantes, políticos locales, estatales y nacionales) y los subalternos de la más baja escala (boleros, vendedores ambulantes, de billetes de lotería, clandestinos de “bolita yucateca”, prestamistas), pasando por toda una gradación intermedia en la que estarían incluidos los meseros y los criados o empleados de confianza de las gentes acomodadas. Comen y beben, conviven juntos, pero en absoluto revueltos, respetando la jerarquía social (cuando se mezclan, el “loco” como Gerardo García, *el Flaco*, o el Yuca, asumen el papel de bufón/cuentacuentos, etc., a cambio de la invitación del café o de unos cigarrillos), y participando todos como integrantes en diversos papeles de la obra de “buen tono” social, de cortesía, de buenas maneras (aun en las “mentadas” o imprecaciones ejecutadas como saludo) y trato correcto que tiene lugar dentro de sus muros y puertas. Se identifica, pues, el especial regusto y énfasis de sus parroquianos por acudir al café y vivificar por unos minutos, unas horas, el tipo de sociabilidad que las clases medias y altas del Puerto imaginan existía en el interior de una casa colonial, en la cual los sirvientes estaban integrados como miembros de la familia extendida y amplia, incluso ocupando los escalones más bajos de una estructura social fuertemente jerárquica.

Aunque la óptica veracruzana que modela este café reitera que es habitual contemplar una conversación entre un político o un juez y un limpiabotas, los mismos informantes del café deudores de esta imagen dejan de sostenerla cuando se les pregunta directamente acerca de la existencia de trato entre gente de diferente estrato social: entonces se atreven a afirmar que apenas ocurre mínimamente. Pero ¿cómo se distribuye espacialmente esta convivencia democrática en el café de La Parroquia “matriz”?

<sup>21</sup> Así describe Antonio García de León las casas de los comerciantes españoles en el Puerto, a finales del siglo XVIII: “Algunos españoles, de los gruesos comerciantes, constituyen unidades familiares de gran complejidad: de hasta 25 miembros contando esposa, hijos, ahijados, dependientes europeos, mozos, esclavos y criados; habitan casonas de reciente construcción y ‘casas mestizas’ de piedra y madera, que son, al mismo tiempo, vivienda, accesoria, pulpería y almacén”. GARCÍA DE LEÓN, 2011, p. 891.

¿Quiénes gustan de sentarse “adentro”? Y, sobre todo, ¿quiénes gustan de sentarse en las mesas de “afuera”? Además de algunos turistas, tanto nacionales como extranjeros, sobreexposados al acoso de los vendedores ambulantes o “locos” cantantes, el “afuera” del café es un territorio ocupado por veracruzanos y veracruzanas jóvenes, o que se ganan la vida en el ámbito informal, y también por los interesados en establecer conversación con extranjeros (con un perfil de *gabacheros* más o menos acusado).

Parece claro que en los dos cafés “cerrados” (climatizados) principales del Puerto, el Gran Café de La Parroquia matriz y el Gran Café del Portal, son perceptibles *grosso modo* dos ambientes diferentes: el disfrutado en su interior, donde el acceso está más o menos reglamentado, hay filtros para los vendedores ambulantes y el control social interno (expresado, por ejemplo, en un régimen de visibilidad) es más intenso, el cual es preferido por las *personas conocidas* de la ciudad,<sup>22</sup> y el disfrutado en su exterior, cuyo acceso es casi franco, donde los vendedores, mendigos y “locos” abordan las mesas más fácilmente, y donde hay una clara orientación hacia el afuera en cuanto a la visibilidad de viandantes o nuevos clientes, pero sobre todo hacia las personas *fuereñas* y extranjeras que gustan de sentarse en esas mesas. Al tiempo resulta más atractivo y cómodo para los clientes de extracción social más humilde o que prefieren permanecer en el margen de las servidumbres y reglas sociales. Proponemos que la tensión y fragmentación social de esta ciudad se traduce y expresa espacialmente en el café, en paralelo con la antigua tensión intramuros *versus* extramuros vivida en el Puerto desde la época colonial y vinculada a sus patrones de residencia y a su carácter de población amurallada.

El historiador y antropólogo veracruzano José Velasco Toro me comentaba su teoría para interpretar esta retórica de “igualación social” exhibida en algunos espacios céntricos de la ciudad, entre los que está el café, y que es consustancial a una sociedad supuestamente “abierta” y cosmopolita como es la porteña. Según él, en la cultura urbana veracruzana existiría

<sup>22</sup> En una entrevista realizada por el investigador Horacio Guadarrama, el propietario del Gran Café del Portal, don Eduardo Toca Cangas, expresaba su opinión sobre la gente que elige las mesas de la parte “cerrada” de su café y quienes gustan de sentarse en las mesas de afuera: “Ahí que cada quién que escoja lo que prefiere. La gente decente que quiera estar fresca y tranquila, aquí adentro, y la pelangocha, los que les gusta o prefieren el polvo, el calor y aguantar a los vendedores y mendigos, que se queden ahí afuera”.

una dialéctica intramuros-extramuros, que puede ser documentada y conectada con la evolución de la traza de la ciudad, su expansión y el derrumbe de la muralla. Especialmente en la edad de oro de la vida social del Puerto en el siglo XVIII, las *familias conocidas* y honorables vivían intramuros y los pobres, los sirvientes, cargadores, mulatos e indígenas habitaban extramuros; pero la gente de intramuros, principalmente, salía a divertirse en bailes y burdeles de extramuros y allí se establecía un tipo de *convivio* (ligado a la fiesta, al baile y al exceso) entre clases y castas tan marcadamente separadas. Luego, en el siglo XIX, con el derrumbe de la muralla para el saneamiento y ensanchamiento de la ciudad (en 1880), se empieza a producir un fenómeno curioso que tiene que ver con la difuminación, hibridación y una relocalización diferente de esta dialéctica intramuros-extramuros. Ese convivio, trato y sociabilidad con las clases bajas e incluso marginadas empieza a surgir por toda la ciudad —una vez que caen los muros físicos— y se articula una exhibición enfática (y poco apegada a la experiencia real) de la idea de “igualación social”, de que en Veracruz no existen diferencias sociales, pero solamente en algunos lugares públicos, como los bares de Los Portales y el café.

Estos espacios y locales tan centrales de la ciudad se han venido convirtiendo en una suerte de teatros de la articulación-tensión de la mezcla y exclusión social, de la dialéctica intramuros-extramuros, regidos por una sociabilidad, una gestualidad y un habla de la demostración del “aquí no hay diferencias sociales”, de la contaminación social de tipos y oficios.

El “cierre” (climatización) del café, y especialmente el de La Parroquia, estaría simbolizando un restablecimiento de la mencionada dialéctica extramuros-intramuros, polarizando unos términos que el café “abierto” antes diluía o armonizaba de un modo más sutil, ayudado por unas puertas y ventanas abiertas, un acceso más directo y una etiqueta menos estipulada. Desde mi observación de La Parroquia en 1993 y 1996-1997, puedo afirmar que ese “intramuros” simbólico de café se vio más resguardado y se volvió más exclusivo que tres años atrás. Para varios de mis informantes (Florita Lara, Francisco González, *el Tiburón*, Charo Ochoa) asiduos al mismo, la climatización del café lo volvió más “clasista”. El cambio de ubicación céntrica de La Parroquia y el quiebre de la dialéctica intramuros-extramuros —diluida espacialmente en un café “entreabierto” hasta

1994—, junto con el “cierre” y climatización de este lugar (y la polarización espacial “afuera” *versus* “adentro”), influye en esa percepción “clasista” y escorada hacia el exclusivismo.

## ES UNA EXPERIENCIA RELIGIOSA. EL TRASLADO DE LA PARROQUIA DE VERACRUZ

En los años noventa se produjo la reubicación de dos de los cafés probablemente con más prestigio y clientela del centro de Veracruz: el Gran Café de La Parroquia y el café de La Merced. Dichos traslados han sido incorporados u ocultados en la historia de estos negocios y en la memoria urbana local. Las páginas que siguen a continuación pretenden rescatar y examinar el modo en que se realizó el cambio del café de La Parroquia desde su ubicación original frente a la catedral, hasta su localización actual en el malecón, en la calle Gómez Farías. Un acontecimiento que tuvo un seguimiento “popular” y un eco en su momento, pero que no se reseña y ha sido olvidado por la “historia oficial” detallada en la web del café de La Parroquia. Sobre este hecho, comenta Concha Díaz:

El día que se cambió La Parroquia, yo estuve a despedirla, porque ¿qué veracruzano que se sienta veracruzano no fue a decirle adiós al café de La Parroquia? ¡Era un verdadero carnaval!, ¡andaban los medios de comunicación por todos lados, la radio, la televisión, los periodistas entrevistando! No había un lugar en donde sentarse, el café lo estaban sirviendo en vasos desechables. Según dicen, estaba ya muy malo el último día y yo no tomé café ya el último día, pedí alguna otra cosa, conseguimos una mesa y después otra mesa sin sillas, llevamos sillas de fuera. Para esto había marimbas, mariachis, jaraneros, hubo quien cantaba sola ¡y era aquello una romería!, de veras, entraba y salía la gente, no había lugar. Y ya cuando salimos nosotros, como a las 11 y fracción, pues ahí se quedaron, ya se habían llevado una cafetera, quedaba únicamente otra cafetera. Pero a la mañana siguiente me levanté temprano y puse las noticias locales, en la televisión, y me tocó ver el traslado de la segunda cafetera. Y entonces, sobre una camioneta, la subieron y se la llevaron hasta el nuevo café, ¡pero seguida por una cantidad de personas a los lados, que eso parecía como un paso de la Semana Santa; iba el paso, iban todos los que acompañaban el paso aquel y los mariachis, hasta el nuevo café! Y ahí la dejaron, y a las seis de la mañana en el nuevo café empezaron a regalar los lecheros, el café lechero se regaló de seis a ocho, ¡y dicen que estaba a reventar!

Desde mi marcha en 1993 hasta mi regreso en 1996, uno de los sucesos más significativos ocurridos en la ciudad, según la apreciación de los mismos habitantes de Veracruz, fue sin duda —junto con la victoria electoral del Partido Acción Nacional (PAN) en la presidencia municipal del Puerto— el cambio de domicilio del café La Parroquia. Todavía dos años después que ocurrió, las conversaciones entre veracruzanos y de ellos con *fuereños* daban cabida y destinaban bastante energía a comentar y describir con profusión de detalles “cómo estuvo el traslado”, el pleito familiar/judicial y de lado de quién estaba la razón, la intervención del gobernador del estado y la oportunidad o justicia de la última sentencia de los tribunales. Estas descripciones, defensas y diatribas acababan en ocasiones despertando emocionales, patrióticas y hasta políticas tomas de posición entre los contertulios acerca de “todo lo que Veracruz perdió” en ese fatídico día de finales de noviembre de 1994, y una desgarrada nostalgia, atravesada por cierto rencor hacia nombres e instituciones considerados responsables por acción u omisión de ese cambio. El caso es que este café de La Parroquia siguió su andadura a apenas tres cuerdas de su antigua localización, manteniendo su estilo, meseros, clientela y una parte de su ambiente característico.

He optado por exponer algunas versiones y escenas elaboradas por mis interlocutores (como la descripción que encabeza este epígrafe) y periodistas locales (en su calidad de participantes, testigos presenciales o simples oidores/relatores), versiones fragmentarias e interesadas a veces, a fin de que el lector pueda componer en su imaginación lo que supuso para la sociedad local (y especialmente para las clases medias y *personas conocidas* porteñas) este acto público, de modo análogo a como ha quedado modelado en la memoria local.

El nombre del principal café de la ciudad, La Parroquia, situado en una esquina del zócalo (Plaza de Armas) y enfrente de la catedral (“parroquia”, como ha sido llamada por bastante tiempo la principal iglesia del Puerto), ya establece una conexión terminológica, espacial y, como comentaremos en detalle, “devocional” entre ambas “parroquias”. Incluso, algunos de los personajes y figuras asiduas al café, como don Francisco Rivera Ávila, *Paco Píldora*, acudían frecuentemente a ambas “parroquias”—y por tanto ostentaban una doble condición de “parroquianos” en sen-

tido literal, espacial y figurado— cruzando simplemente la avenida Independencia que las separa y relaciona. Como tal escenario “eclesial”, este café se encuentra atravesado por prácticas rituales y devocionales, algunas se han descrito y analizado en las páginas anteriores y otras fueron expresadas durante la celebración masiva del cambio de domicilio del café, o al menos ocupan un espacio preferente en los relatos y versiones elaboradas sobre el mismo por la memoria urbana reciente de los veracruzanos.

Tras el fallo judicial de un largo y alambicado pleito familiar entre los propietarios del edificio/local y los dueños de la razón social, de la noche del sábado 28 al domingo 29 de noviembre de 1994 se completó el traslado de La Parroquia “matriz” desde la avenida Independencia esquina con Zamora, a su actual localización en el Paseo del Malecón (Insurgentes Veracruzanos) esquina con el callejón Gómez Farías. Esta mudanza fue experimentada por los parroquianos frecuentes de manera dramática, pero festiva y carnalizada —“a la veracruzana”—, llegándose a pronunciar y escribir frases grandilocuentes que hablaban de que con este cambio de domicilio de La Parroquia se perdía el reducto de la democracia ciudadana, las señas y refugio de la identidad veracruzana, y uno de los baluartes y encarnaciones de la “tradición” porteña.

Los términos e imágenes aludidas por los informantes para caracterizar el ambiente reinante en ese último día/noche de “despedida al café” y en su posterior traslado desde la ubicación original son los de “carnaval” o “carnavalito (los dos más nombrados y de mayor éxito en textos y entrevistas), “romería”, “procesión” o “velorio-entierro”. Rituales y fiestas todas ellas ligadas en Veracruz a “lo popular” y con distintas posiciones y contaminaciones en la gradación sagrado-profano.

Durante el día, según Gerardo García, *el Flaco*, se vivió un verdadero carnaval veracruzano en el establecimiento, con mujeres disfrazadas, piezas teatrales y travestidos desempeñado el papel de plañideras, etc., donde se mezclaban la alegría —rasgo sobreenfatizado del carnaval, ciudad y habitantes de Veracruz por ellos mismos— y la tristeza, siendo esta aglomeración y festejo popular cubierto por la prensa local y nacional, y por todo tipo de reporteros de la televisión mexicana:

Sí, el ambiente era un carnaval pequeño. En vez de llegar vestidos del carnaval, llegan las brujas, unas se visten de brujas, empiezan a hacer su pequeña obra de teatro, adentro del café de La Parroquia; llega también mucho maricón llorando, sí, vestidos de mujer, maricones vestidos de mujer. Al pueblo se le ve tristeza y alegría al mismo tiempo, hay alegría y hay tristeza, “pero, estamos con ustedes”, con el dueño. Dura esa fiesta, dura desde la mañana hasta la noche, cuando ya están puestas las mesas aquí, ponen de éstas, y el señor hace esto: todos los que pudieran estar sentados, el café gratis. Y al otro día no sé cuántos pasteles hizo para la gente que no vino. Al otro día: “Dales un pedacito de pastel a cada uno”, se vuelve a hacer una romería aquí también, también se vuelve a traer, para inaugurar, el mariachi, vienen todos, viene Televisión Azteca, Televisa, Telever, toman a los que estaban sentados.

Una parte del análisis de esta secuencia ritual y festiva que supuso la despedida y cambio del café La Parroquia lo podemos enfocar en las dos viejas cafeteras italianas, fabricadas en Turín, que fueron y continúan siendo consideradas como auténticos “fetiches” del lugar en las conversaciones de parroquianos y textos de escritores y periodistas. Según Gerardo García, *el Flaco*, desde que se supo la fecha del traslado se intentó que el “padre de la iglesia” —el sacerdote titular de la catedral— bendijera las cafeteras y las protegiera simbólicamente en el corto camino de su tránsito. Pero existe constancia de otras medidas y cautelas que nos hacen saber el trato otorgado a una de las cafeteras, como si de una imagen o talla de un santo católico se tratase: tuvo lugar en la madrugada-amanecer del 29 de noviembre de 1994, durante el paseo/procesión de esta cafetera, la cual fue cargada en la parte trasera de una camioneta y acompañada hasta su nueva ubicación por los cafetómanos más devotos y emocionados, como si fuese la procesión de fieles que siguen a un paso de la Semana Santa, quienes además aparecían cargando sus sillas, como una suerte de improvisada y utilitaria “cruz”, escenificando el pasaje —individual y colectivo— hasta su nueva mesa y café. También esa escena es narrada de modo similar a la descripción de una comitiva fúnebre que acompaña a un féretro, según nos relata Rosario Arandia:

No sé si sepas que cuando cerraron La Parroquia aquella y abrieron la de acá, las mesas y las sillas son las mismas, ¡porque la gente las cargó desde el viejo café hasta el nuevo, como si fuera un entierro, adelante de todo llevaban la cafetera, los más antiguos cafetómanos que hasta ese momento habían llegado!, desde la vieja Parroquia; o sea, desde el Gran Café del Portal de ahora hasta La Parroquia. Bueno, pues toda la

noche, como de velorio, allí en el café. ¡Toda la noche, hasta que no daba la hora en que tenían que desocupar, toda la noche hubo marimbas, hubo tríos, hubo mariachis, los lecheros y las canillas fueron gratis! Toda la noche hubo cafés y canillas a discreción, y toda la noche los *chincualudos* veracruzanos allí, ¡porque Veracruz es un carnaval todo el tiempo! Entonces, ¡se estuvieron ahí toda la noche, hasta como a las cuatro-cinco de la mañana, que ya tuvieron que desocupar! Entonces cada uno agarró su silla y no sé quién de ellos, de los parroquianos que estaban, agarraron la cafetera como si fuera un féretro ¡y se la llevaron desde ahí hasta el café nuevo!

Según Francisco Villagómez, los clientes habituales procedieron a llevarse un juego de café (plato, taza y cuchara) de recuerdo ante la tolerancia de los dueños, un acto en el que se entrelazaba la conciencia de participar en un hecho histórico, la fijación de un fragmento de memoria local a través de esos objetos convertidos en “recuerdos” y el atesoramiento de dichos objetos como si fueran “reliquias”, expresión de creencias —sociales y religiosas— inscritas y dramatizadas en ese espacio del café.

En los discursos nativos sobre el café de La Parroquia, se enfatiza la religiosidad “popular”, la devoción y el ritualismo con los que arriban los clientes a este local, y en la experiencia cargada de sentido —¿religioso?, ¿carnavalesco?— que supone conversar, tomar el café y convivir con otros individuos en la atmósfera sacra y profana, según se interese resaltar, del establecimiento. Dos fragmentos, uno de un historiador veracruzano y el otro de una crónica humorística (con su taxonomía de parroquianos en latín), coinciden en este perfil ritualista e incluso eclesial (si bien rozándose la parodia) de la vivencia de acudir a La Parroquia:

Aun así es una institución que los porteños, celosos de sus espacios de tertulia, no han dejado en manos de los fuereños. Sin perder su carácter hospitalario, el café les pertenece, por lo que asisten religiosamente en sus horarios habituales a sostener la ritual sesión de charla parroquial.<sup>23</sup>

Para acabar pronto, aquí se paladea el mejor café del mundo y planetas circunvecinos. Respaldan mi dicho dos variedades de asiduos parroquianos: el *Homo cafetómanus sedentárium*, prototipo jarocho del nalgadura, buen discutidor, capaz de soportar horas enteras las rituales sesiones de charla parroquial mientras tenga un *Dictamen*

<sup>23</sup> GARCÍA DÍAZ, 1993b, p. 63.

a la mano; y el *Homo café politikus veracruzanae*, sublimación provinciana del *Zoon politikón*, desfacedor de alcaldes y componedor de entuertos tras una mula de seises, dispuesto a ejercer su derecho de picaporte hasta en el mingitorio. Los demás, simples cofrades, sólo acudimos respetuosamente a esta capilla donde se expone el santísimo cafeto, ávidos de oír un *concerto grosso* para cucharas metálicas y vasos de cristal bien temperado. ¿Blasfemia? ¡Qué va! Los cucharazos sobre el vidrio son como las llamadas a misa. Inocentes mentaditas al mesero para que acuda a colmarnos la taza con su exquisito menjurje blanquinegro.<sup>24</sup>

La idea, y la experiencia, de peregrinación/romería se vincula de modo complejo y vario a este café. No sólo se han señalado los aspectos rituales y devocionales que para los “parroquianos” tiene ir a disfrutar del ambiente del café, sino también a su presencia durante el remedo emotivo y “carnavalizado” de procesión que se organizó con motivo del cambio de ubicación del café, condensado en la comitiva (religiosa, fúnebre, festiva y musical) de acompañamiento a una de las viejas cafeteras turinesas. Pero este traslado va aparejado de una variación de hábitos, de una peregrinación fragmentada que la mayoría de los veracruzanos “viejos” asiduos a este café, tras algunos titubeos y ensayos, realizaron hacia un espacio físico y ritual extraño, ya no situado frente a la catedral, junto al Ayuntamiento y otros edificios e instituciones “centrales”, ni teniendo a la vista Los Portales de Lerdo. Mudanza a una localización que, a pesar de estar a unos 400 metros de la original, es experimentada y percibida como excéntrica, a trasmano y lejana, quizás por estar ubicada “extramuros”, fuera del perímetro de la muralla que circundaba la ciudad hasta fines del siglo XIX. El traslado supuso un cambio del intramuros al extramuros del principal escenario expresivo de la mitología social veracruzana “de café” en el Puerto.

## BIBLIOGRAFÍA

ANÓNIMO

s. f                      *Memorias*, Veracruz, ms.

BELTRÁN, Alberto y Enrique RIVAS PANIAGUA

1991                      *Jarocho puerto*, Gobierno del Estado de Veracruz, Xalapa.

<sup>24</sup> BELTRÁN Y RIVAS, 1991.

- BIART, Lucien  
 1959 *La tierra templada: escenas de la vida mexicana, 1846-1855*, trad. del francés por Pedro Vázquez Cisneros, Editorial Jus, México.
- CÓRDOVA SANTAMARÍA, Martha Susana  
 2002 “Café y sociedad en Huatusco. La cultura cafetalera en una región veracruzana, 1900-1930”, tesis de Maestría en Historia de México, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina  
 2000 *Los cafés en México en el siglo XIX*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- FLORES MARTOS, Juan Antonio  
 1996 “Una mitología urbana: las historias de ‘locos’ y ‘personajes’ en Veracruz”, *La Palabra y el Hombre*, junio-septiembre, núm. 99, pp. 133-148.  
 2004 *Portales de múcara. Una etnografía del puerto de Veracruz*, Universidad Veracruzana, Xalapa.  
 2009 “El gusto en los cuerpos veracruzanos: retóricas y prácticas culinarias y sexuales”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, enero-junio, vol. LXIV, núm. 1, pp. 133-166.
- GARCÍA DE BENAGLIO, Martha  
 1987 “Portales y Gran Café de la Parroquia”, manuscrito.  
 1994 “Gran Café de la Parroquia: La despedida”, manuscrito.
- GARCÍA DE LEÓN, Antonio  
 2011 *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*, Fondo de Cultura Económica, México.
- GARCÍA DÍAZ, Bernardo  
 1993a *Puerto de Veracruz*, col. Veracruz: imágenes de su historia, núm. 8, Archivo General del Estado de Veracruz, Xalapa.  
 1993b “Gran Café de la Parroquia”, en *El Estado de Veracruz*, Azabache, México, p. 69.
- LORENZO CAMACHO, Bernardo “Nayo”  
 1994 *Las Mentiras de los Jarochos*, s. ed., Veracruz.
- MANCISIDOR ORTIZ, Anselmo  
 1971 *Jarochilandia*, Talleres Gráficos de la Nación, México.
- Nomenclator*  
 1884 *Nomenclator Comercial, Agrícola, Industrial, Artes y Oficios y Directorio General para 1884-1885 de la República de México, Isla de Cuba y principal comercio de Nueva York*, Segunda Serie, Centro Editorial de Obras Ilustradas de Molinas y Juli.
- PÉREZTEJADA, Juan Joaquín  
 1993 *Los refranes del jaranero*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo

1996 “Expresión y colorido de la cultura popular en el Puerto de Veracruz, siglos XIX y XX”, en Alejandro de Antuñano (ed.), *Veracruz, primer puerto del continente*, Veracruz, ICA/Fundación Miguel Alemán, pp. 187-217.

RAVELO, Ricardo

1994 “Fundado en 1824, fue cerrado el Café ‘La Parroquia’ que visitaron todos los presidentes, desde Benito Juárez”, *Proceso*, núm. 944.



## RESEÑAS



## La Memoria de los Ancestros. El arte rupestre de Arroyo Seco, Guanajuato\*

---

El libro en cuestión reúne muchos y arduos años de trabajo en la región del nororiente de Guanajuato; destaca especialmente en el tema del arte rupestre, como se indica en el título, si bien las investigaciones abordaron otros temas. La edición consta de dos tomos, el primero concentra toda la parte de indagación y el segundo contiene fotografías de extraordinaria calidad que complementan la primera parte. Para enfatizar puntualmente sus aportes, me permito dividirlo en las siguientes secciones.

*Sobre el arte rupestre.* Los autores inician el acercamiento del lector al tema del arte rupestre de una manera muy amena y ligera, lo hacen mediante una pequeña narración en la que intervienen personajes que sí existieron en la historia de la región, cuya función es la de ilustrar el papel de quienes conocían el arte del pintar, el por qué, el cómo y el dónde. Es muy acertado haberlo empezado así, porque es una manera de *humanizar* a los responsables de esas pinturas, acercarlos al público general

para presentarlos como personas más allá de considerarlos “gente antigua”, “indios”, o cualquiera otra connotación alejadísima de ser alguien que se agita para subir a lo alto de una montaña.

*La investigación histórica.* Es plausible el hecho de que los autores no se hayan limitado a presentar una vasta descripción de su objeto de estudio, sino que hayan incluido una notable revisión de las fuentes históricas de y cercanas a la región en la que han estado durante tantos años; ello les permitió armar un panorama histórico de quiénes fueron los habitantes, desde una perspectiva panregional. Dicho de otra manera, no se centraron únicamente en “su región”, sino que ampliaron el rango geográfico de análisis, estrategia pertinente para entender a cabalidad a la gente que vivió ahí en tiempos antiguos, quienes además compartieron modos de vida con otras sociedades que habitaron en los actuales estados de Querétaro y San Luis Potosí. Este punto de partida les sirvió de base para hacer analogías y establecer vínculos en una escala mucho mayor que el nororiente guanajuatense; asimismo, analizar a las sociedades de esa gran zona conocida actualmente entre los arqueólogos y otros investigadores como el centro-norte de México.

\* Carlos Viramontes Anzures y Luz María Flores Morales, *La Memoria de los Ancestros. El arte rupestre de Arroyo Seco, Guanajuato*, Instituto Estatal de la Cultura Guanajuato/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Ediciones La Rana, México, 2017.

*La metodología.* Los autores han desarrollado una metodología propia a lo largo de varios años de trabajo. Empezaron, como señalan en su libro, con el registro mediante calcas, dibujos y fotografías, hasta llegar a las tecnologías actuales, con una sofisticación tal que les permitió utilizar los recursos computarizados y la fotografía digital para examinar con detalle cada motivo rupestre. Con fundamento en este trabajo, como parte de sus resultados han aportado bases de datos, así como un cuidadoso registro y análisis de cada elemento en distintas escalas, de lo general a lo particular, que resultan muy útiles como fuentes de información para los interesados en el tema. Cada avance obtenido durante este proceso está respaldado en numerosas publicaciones referidas en la bibliografía; ahora este libro profusamente ilustrado, evidencia y justifica la necesidad de emplear esas tecnologías. Sólo con las imágenes se entiende cabalmente la ventaja de echar mano de los recursos digitales para ver detalles que no se aprecian a simple vista. Y desde luego, los autores nos acercan a este patrimonio rupestre que difícilmente podríamos visitar sin un guía.

No sobra señalar que como científicos, los autores incluyen una seria discusión sobre el por qué ellos adoptan la delimitación conceptual “arte rupestre”, en contraposición a otras denominaciones a este tipo de manifestación cultural material.

*La región.* Del vasto territorio del estado de Guanajuato, los autores se concentran en el lado nororiente, región en la que se halla 62% de los sitios arqueológicos registrados en todo el estado, y de éstos, casi 35% se ubica en el Valle de Victoria, en la Sierra Gorda, la zona que los autores tratan en este libro.

*El paisaje.* Viramontes y Flores hacen una descripción amplia del paisaje que constituye la región bajo estudio. Se trata de un típico paisaje de semidesierto en donde la aridez es una característica sobresaliente y con ésta, la notable diversidad de la flora asociada, entre la que destacan las cactáceas; por supuesto, también se ocupan de la fauna. Subrayan también las formaciones topográficas generadas hace miles de años, que han estado bajo la influencia de la lluvia, del sol intenso, de las temperaturas contrastantes de noche y de día, de las corrientes del viento; en fin, en este paisaje semidesértico la naturaleza ha perfilado cuevas, covachas, abrigos rocosos, salientes, paredones y cañadas, que los antiguos habitantes aprovecharon para plasmar sus obras.

Personalmente, me pareció un gran acierto que los autores dedicaran espacio, esfuerzo y atención a describir dicho paisaje; más aún, que lo consideraran como *un actor* entre los demás actores sociales de la época prehispánica y no sólo como un escenario que dio cabida a los seres humanos. Parece una obviedad, pero precisamente por pare-

cerla, muchas veces se deja de lado su influencia e importancia en la vida de la gente que habitaba en ese lugar, la que había desarrollado un profundo conocimiento de su entorno ambiental. Visto así, el paisaje se torna un integrante más de las sociedades que ahí moraron, al que se le respetaba —entre otras razones— por proveerles del sustento cotidiano. Por supuesto, también dieron cabida a los astros, particularmente al Sol y la Luna, cuya influencia en el paisaje se reconocía igualmente como determinante.

En este sentido, el paisaje era esencial y constituyente de su *realidad vivida*, como diría Raymond Williams,<sup>1</sup> y al mismo tiempo el marco del *mundo otro*, concepto que los autores retoman de Perrin para referirse a todo aquello que se ve, pero también a aquello que no se ve y que comparte el mismo espacio, el mismo mundo, si bien en otra realidad intangible pero representable, invisible pero presente.

De la región del nororiente de Guanajuato, entonces, Carlos Viramontes y Luz María Flores señalan que el valle intermontano de Victoria, denominado Arroyo Seco, resulta un espacio geográfico ideal para percibir el paisaje y considerarlo como una suerte de gran lienzo, aprovechado en sus diversas formas topográficas para plasmar el arte rupestre.

<sup>1</sup> Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Ediciones 62, Barcelona, 1980.

*Los diseños.* Los investigadores hacen un análisis de la diversidad temática de los diseños que plasmaron los antiguos habitantes de Arroyo Seco. En orden de importancia, señalan, están las representaciones humanas, elaboradas con poli y monocromía; seguidas por las de plantas y animales, y finalmente las otras en las que se incluyeron círculos, puntos, rayos,<sup>2</sup> líneas y demás.

Entre las representaciones humanas, resultan de particular interés aquellas que muestran actividades colectivas, específicamente algo que Viramontes y Flores pudieron asociar con la información procedente de fuentes históricas; se trata de las festividades o *mitotes*. Éstos eran fiestas que incluían danzas y cantos alrededor de una gran hoguera, en los que participaban hombres y mujeres dispuestos en círculos concéntricos, muy juntos (panza con espalda, escribió un cronista), que duraban toda la noche. A fin de aguantar toda la jornada, los bailadores ingerían peyote. Para estas danzas, los participantes se pintaban el cuerpo de colores: negro, rojo, amarillo, blanco, los que ha sido posible reconocer incluso en las pinturas rupestres. Muchos de los motivos antropomorfos están ataviados, asimismo, con tocados que los autores han podido vincular con imágenes de

<sup>2</sup> Los “rayos” en el arte rupestre no son líneas quebradas como las que se usan convencionalmente en los dibujos o caricaturas, sino líneas rectas que se trazan de dentro hacia fuera.

algunos códices, lo cual muestra una clara pervivencia cultural.

Estas festividades tenían como objetivo, apuntan los autores, la cohesión social entre diversos grupos humanos, quienes se reunían periódicamente para festejar la estación de la abundancia, para llevar a cabo ritos de iniciación, de defunción, bélicos, o bien para destacar un suceso inusual, como el paso de un cometa, e incluso para invocar la salud; también para regenerar alianzas. Un ejemplo de la efectividad de dichas alianzas se mostró durante la conquista española, pues les permitió hacer frente a los hispanos durante más de doscientos años, incluso durante la invasión de los otomíes aliados a ellos, hasta que finalmente fueron atacados con espada y fuego con miras al exterminio, en el siglo XIX (la prensa nacional dio cuenta de ello).

*La consistencia de la práctica de hacer arte rupestre.* Esta investigación muestra que la práctica del arte rupestre no llegó a su fin con la conquista española, antes bien se continuó durante el periodo colonial, en una suerte de refuncionalización: con cambios en los diseños, en los colores y en el lugar en donde los plasmaron. Los motivos que dieron cuenta de esta modificación temporal y cultural incluyen una diversidad de cruces, símbolo católico. La pintura rupestre se practica aún hoy en día; sin embargo, al parecer se perdió el conocimiento de la técnica, de manera que los nuevos diseños son efímeros.

*El rol del arte rupestre.* Este punto se refiere a la postura de los autores con respecto a la presencia del arte rupestre —profuso, prolijo— en la región de Arroyo Seco, tanto en aquellos lugares de fácil acceso como en los de paso restringido, como una práctica perteneciente al ámbito simbólico. Es decir, ellos proponen que esta pintura se dedicó mayormente a los ritos y por ello mucho de lo plasmado *no refleja la vida cotidiana*, antes bien se trata de mensajes para los iniciados, para los chamanes, para los mensajeros, para los intermediarios cuya intervención vinculaba el mundo real con el *mundo otro*, con el intangible. Para ello, como quedó dicho, era necesaria la ingesta de sustancias alucinógenas (principalmente peyote), de ahí la aparente heterogeneidad de lo plasmado, que vista bajo la lupa de lo ritual, permite entender al arte rupestre como comunicación con las entidades de la naturaleza.

No sobra señalar que otra de las contribuciones del libro son las fotos en sí mismas, que resultan increíbles. El libro es, pues, una fuente de consulta importantísima para acercarse al estudio del tema, de la región y de la explicación de esta manifestación cultural.

*Magdalena Amalia García Sánchez*  
El Colegio de Michoacán

## Espacios marítimos y proyecciones culturales\*

---

Flor Trejo Rivera y Guadalupe Pinzón Ríos siguen demostrando su gran trayectoria como editoras de libros, con propuestas historiográficas innovadoras sobre historia marítima, social y cultural. El libro *Espacios marítimos y proyecciones culturales* reúne una interesante gama interdisciplinaria de arqueólogos, historiadores, geógrafos y antropólogos. El proyecto se llevó a cabo gracias al apoyo de la Subdirección de Arqueología Subacuática del Instituto Nacional de Antropología e Historia y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Está pensado como el segundo libro de una serie sobre cultura marítima después de la publicación en el 2015 de *El mar. Percepciones, lectura y contextos. Una mirada cultural a los entornos marítimos*. Ambos proyectos editoriales surgieron de tres coloquios de estudios sobre la cultura marítima, realizados de 2009 a 2015.

“Es posible dejar de ver el mar como un espacio periférico o de frontera” (p. 10), planteamiento central

\* Flor Trejo Rivera y Guadalupe Pinzón Ríos (coords.), *Espacios marítimos y proyecciones culturales*, serie Historia General, núm. 37, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2019, 324 pp.

con el que las editoras de *Espacios marítimos...* nos dejan claro que el propósito del libro es explorar la centralidad de los entornos marítimos como espacios sociales y de interacción. Los capítulos están organizados en torno a “diferentes perspectivas que transitan desde abordar espacios desconocidos a zonas exploradas y registradas que se intentó controlar o defender; de lugares que representaban grandes misterios a visualizaciones más científicas, y de zonas culturales con prácticas tradicionales a regiones cuyas actividades se fueron integrando a economías mundiales” (p. 10).

Los autores experimentan con distintas formas de aproximarse y analizar los espacios marítimos, y en la gran mayoría de los casos están bien añadidas las propuestas teórico-metodológicas a los análisis empíricos o analítico-descriptivos.

Uno de los aspectos más novedosos del libro es el planteamiento historiográfico de nuevas formas de hacer microhistoria desde una perspectiva marítima y global. Los capítulos abordan la historia de varias islas (las Babuyanes y Batanes de las Filipinas, las de la península de Baja California); microrregiones como el paisaje acuático de Los Tuxtlas, Veracruz; micro-

historias móviles y globales como el memorial de un viaje o la vida de un navío de guerra por el Atlántico. También analizan vastos entornos indefinidos en el océano, como las representaciones del fondo marino a lo largo del tiempo y del Atlántico en la Baja Edad Media, la imaginación sobre monstruos acuáticos. Además, hay propuestas de arqueología marítima y subacuática: “Así, entre exploraciones oficiales y clandestinas, accidentes navales, paisajes marítimos e intercambio comercial, los océanos, en cuanto espacios y proyecciones culturales son una fuente de gran riqueza para incorporarla al escenario de nuestros estudios y en esa medida ampliar nuestro patrimonio cultural marítimo”. La idea central es extender ese patrimonio cultural marítimo “a aquellos entornos vinculados a lo largo del tiempo a través del mar” (p. 9).

*Espacios marítimos...* va dirigido a los estudiosos de diversas disciplinas que comparten su interés por la cultura del mar. La mayoría de los autores se centra en el espacio geográfico, cultural e histórico de los mundos del Atlántico y Pacífico, particularmente en el mundo oceánico europeo, iberoamericano, mesoamericano, novohispano y mexicano, con ciertas excursiones a otras culturas y civilizaciones. De los once capítulos, cuatro abordan el Atlántico, cuatro el Pacífico y los tres restantes estudian espacios más indefinidos. El primer capítulo se enfoca

en la historia de la Baja Edad Media, el sexto en Mesoamérica y el periodo prehispánico, varios en la época colonial iberoamericana en el Pacífico *atlantizado* y el Atlántico euroamericano desde los siglos XVI hasta el XIX. Los capítulos 6 y 9 cubren la segunda mitad del siglo XVIII y la primera del siglo XIX. Esta publicación, en general, no llega a los siglos XX y XXI, sólo en algunas secciones del capítulo 3 se mencionan las exploraciones de la oceanógrafa Marie Tharp y en cierta medida el capítulo 10, que relata los resultados de las exploraciones etnográficas de los habitantes actuales de las islas bajacalifornianas. Casi todos los capítulos se centran en los espacios oceánicos de América y Europa, únicamente el escrito por Guadalupe Pinzón está dedicado a un área marítima del Pacífico asiático, las islas de las Filipinas, y el de Rodrigo Alejandro de la O Torres tangencialmente toca el espacio marítimo del Atlántico africano. Finalmente, los autores se centran en entornos litorales y oceánicos, refiriéndose a la navegación, exploración, ciencia, arte, pesca y comercio, pero no exponen temas relacionados con la playa y la costa como salud pública y prácticas de higienismo, medioambiente, fotografía o la geografía del consumo y del turismo, aunque sí abordan los aportes historiográficos sobre el mar de Alain Corbin (p. 55).

Respecto al Atlántico, varios autores se apoyan, abierta o implícitamente,

en las investigaciones historiográficas de Fernand Braudel o Immanuel Wallerstein para revelar el complejo de un “sistema-mundo-oceánico” mediante microhistorias marítimas. Rodrigo de la O explora el “Sistema-mundo oceánico del Atlántico a través de un memorial de viaje neerlandés, 1616-1617”; Javier López Martín nos ofrece una mirada de la vida y los tiempos del navío de guerra *Dragón*, que surcó el océano y tocó diversos puntos del Atlántico de 1745 a 1783. En un excelente estudio regional mesoamericano, Marina Favila Vázquez reconstruye el paisaje marítimo, costero y lacustre de Los Tuxtlas, Veracruz, un mapa histórico que ya dejó de existir. Favila va reelaborando ese mapa con un análisis de las exploraciones arqueológicas y teóricas de los navegantes de la región olmeca y cómo éstos desplegaron diversas estrategias para controlar un “amplio espacio bio-geográfico” a través del “desplazamiento por agua, tanto en mar abierto como en tierra firme” (p. 167). Vale la pena recalcar que la autora, en su estudio, se apoyó en derroteros de agua de la cartografía colonial y en Sistemas de Información Geográfica (SIG) para elaborar un mapa de las zonas navegables en las rutas prehispánicas de la región. Finalmente, Chet van Duzer también reconstruye otro mapa histórico que se perdió: “el Atlántico como espacio mítico antes del descubrimiento del Nuevo Mundo”. En fin, como lo

indica Rodrigo de la O, los autores nos pintan “otro Atlántico compuesto por las diversidades culturales, por lo cultural y multiétnico: un espacio de contactos diversos, rebeliones y del ir y venir de los hombres y mujeres de diferentes culturas que se encontraban e interactuaban en el ámbito marítimo del Atlántico” (p. 90).

Continuando con esa misma tónica, en *Espacios marítimos...* también hay excelentes estudios sobre el Pacífico de los siglos XVIII al XIX. Guadalupe Pinzón analiza los intentos que hubo por modificar el derrotero de los galeones de Manila en su interesante estudio sobre las “Islas del Pacífico en las reestructuraciones marítimas españolas del siglo XVIII. El caso de las Babuyanés y las Batanes” al norte de Luzón, en las Filipinas. A este trabajo se le suma, como espejo, el de Israel Baxin Martínez sobre el imaginario y las poblaciones insulares bajacalifornianas. Martha Ortega Soto se ocupa de la historia de la Alta California y su integración a las rutas comerciales transpacíficas desde mediados del siglo XVIII, cuando el norte del Pacífico se volvió relevante por la expansión rusa y la presencia de nuevos mercados, materias primas, así como navegantes ingleses y posteriormente angloamericanos y bostonianos, hasta 1848, momento en el que fue separada durante la invasión estadounidense a México. Ortega pone especial énfasis en un punto poco reconocido en

la historiografía: la incorporación de Alta California a las rutas comerciales transpacíficas, que “no pudo ser de otra forma en virtud de que la colonización en la época, española y mexicana, fue costera [...] los intereses locales de Alta California estuvieron estrechamente ligados al tráfico transpacífico” (p. 267). Dení Trejo escribe un iluminador estudio sobre “La ‘pesca’ de perla en el Golfo californiano. Una mirada desde la *Memoria* de 1857 de José María Esteva”, en el que destaca varios aspectos del estudio de Esteva y enfatiza la perspectiva proteccionista de los recursos marinos. En cierta medida, se percibe una incipiente conciencia ecológica en los planes de Esteva, que consistían en una propuesta para garantizar la protección y conservación de los placeres. Trejo también se enfoca en las relaciones laborales y el proceso de extracción de perla, que a menudo engendraba brutales formas de explotación de los

indios yaquis que trabajaban en las brigadas de buzos.

Finalmente, esta publicación es una edición original y muy bien cuidada sobre la cultura marítima, así como una novedosa aportación historiográfica dirigida a un público especializado que esté buscando nuevas perspectivas sobre el tema; pero también puede ser utilizada como herramienta docente si se toma en cuenta la serie de capítulos que ofrecen a manera de introducción otras formas de estudiarlo. Puede ser de interés tanto para académicos y especialistas, como para aquellos estudiantes de arqueología, geografía, historia y antropología que desean una primera aproximación al campo de estudio.

*Marcel Sebastián Anduiza Pimentel*  
University of Chicago

## [Tiempo suspendido]. Una historia de la desaparición forzada en México 1940-1980\*

---

Parece increíble que en un país con 73 000 personas desaparecidas no tuviéramos una historia de la desaparición forzada. En los últimos años, el tema ha sido abordado en trabajos que, desde el periodismo, la ciencia política o los derechos humanos, contribuyen a entender distintas dimensiones de este fenómeno que marca nuestro presente. También contamos con obras que incorporan el problema de la desaparición en la historia del movimiento guerrillero, de los cuerpos de inteligencia o de la consolidación del autoritarismo mexicano, pero ninguna de ellas *historizó* la desaparición forzada. El libro de Camilo Vicente viene a llenar un vacío de la historiografía mexicana, al construir la desaparición forzada en objeto de estudio valioso por sí mismo, interrogado en sus condiciones de posibilidad y diseccionado por la mirada de un historiador que encuentra en esta práctica una ventana hacia la realidad del siglo XX mexicano.

En la introducción se detalla el andamiaje del estudio, cimentado en el examen de las características específicas de la desaparición forzada en diversos

momentos, en comprender la lógica de violencia estatal que enmarca su aplicación y la relación entre ellas. A partir de estos elementos se diferencian varias, que podríamos llamar, etapas de la historia de la desaparición forzada. Una primera corresponde a la “forma primitiva”, cuando su utilización era *táctica* y formaba parte de un repertorio de prácticas represivas —donde se incluyen el espionaje o el secuestro político— determinadas por la lógica de la violencia estabilizadora que siguió al estallido revolucionario y al reordenamiento de las relaciones sociales bajo un nuevo acuerdo estatal.

El proceso electoral de 1952 es para Vicente el momento en que el Estado dio un giro en la forma de ejercer su violencia, desde entonces orientada a la exclusión de las posturas alejadas de aquel acuerdo que se había vuelto hegemónico. En este periodo la desaparición forzada se mantuvo como una táctica encaminada a obtener información de agrupaciones sociales de interés, pero progresivamente iría ganando lugar por encima de otras prácticas de las instituciones de seguridad locales y nacionales. Se hizo así cada vez más rutinaria, se refinaron sus procedimientos para convertirse en *técnica*, estableciendo experiencias de apren-

\* Camilo Vicente Ovalle, *[Tiempo suspendido]. Una historia de la desaparición forzada en México, 1940-1980*, col. Pública Memoria, núm. 10, Bonilla Artigas Editores, México, 2019, 360 pp.

dizaje en los agentes que la llevaban a cabo y requiriendo de mayores recursos —humanos y materiales—, hasta precisar de un sistema en el cual realizarse: un complejo contrainsurgente.

En el análisis, el punto de inflexión en la lógica de la violencia estatal sucede hacia 1965, cuando, ante la necesidad de ampliar el control social, se desplegó un conjunto de políticas, programas y acciones cuya prioridad era someter a agrupaciones señaladas de insurgentes por su reivindicación de la lucha armada como vía para transformar el régimen, así como a las que, sin tener esa ruta estratégica, indicaban ser capaces de articularse con las primeras. Bajo este nuevo panorama, la desaparición forzada dejó de ser solamente un modo de obtener información sobre las disidencias políticas, para convertirse en la médula de una *estrategia* de desarticulación de las insurgencias sociales. De ahí que el complejo contrainsurgente ya instituido adquiriera considerables dimensiones desde inicios de los años setenta y hasta mediados de los ochenta, cuando se operó una transformación general del Estado.

Todos estos elementos están contenidos en los capítulos segundo y tercero del libro, titulados “Antes de 1968” y “La organización de los ‘hombres perfectos’: desaparición y contrainsurgencia”, respectivamente.

En el cuarto capítulo, “El circuito de la detención-desaparición”, se plan-

tea que el complejo contrainsurgente partió de la coordinación operativa de organismos como la Dirección Federal de Seguridad, la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, las zonas militares, la Brigada de Fusileros Paracaidistas y el Segundo Batallón de Policía Militar, para luego avanzar hacia una coordinación administrativa y la conformación de grupos especiales con miembros de estas instituciones, dedicados a realizar tareas contrainsurgentes y retroalimentar al sistema para su mejora. Fueron estos agentes quienes efectuaron los procedimientos de la desaparición forzada como un circuito, a saber: la aprehensión, la detención y el destino final. Pero la aguda mirada del investigador relaciona las labores clandestinas de policías y militares con el conjunto de elementos que explican la forma que tomó el circuito durante estos años y que incluyen acciones legales y públicas. Para Vicente, la estructura de la desaparición no podría entenderse sin abarcar las adecuaciones al marco jurídico mexicano, el involucramiento del Poder Judicial y la confección de un discurso que negaba públicamente la acción gubernamental y la politicidad de personas sometidas a esta violencia.

El título de la obra se ancla, precisamente, en la descripción de este circuito de la desaparición y la conversión de sus habitantes en sujetos suspendidos: “La radicalidad de este dispositivo represivo estuvo dada porque él mismo

produjo una nueva experiencia del tiempo. Su acción sobre un conjunto histórico-social, las técnicas aplicadas a los cuerpos, los espacios donde los sujetos fueron confinados, la determinación final sobre los sujetos, sobre los cuerpos, produjeron esta nueva experiencia” (pp. 20-21).

El concepto adquiere fuerza en el título, con la utilización de corchetes, cuya función como signo ortográfico es precisamente interrumpir el sentido del discurso. El escrutinio del complejo contrainsurgente destierra las versiones —propagadas con gran fuerza a partir de la fallida justicia transicional de inicios de siglo— de que si algún *exceso* fue cometido durante el combate a las disidencias políticas, éste habría sido resultado de la acción individual, aislada, de *malos* funcionarios.

Uno de los atributos más notables de este estudio radica en su capacidad de reconocer que la abstracción, como operación intelectual, esboza procesos generales nacionales, pero que las experiencias locales permiten establecer comparaciones y matices fundamentales para enriquecer nuestra comprensión de los fenómenos históricos. Así, el capítulo “Los usos de la desaparición” abarca los estudios de caso con cuya investigación se nutrió la mirada del autor.

El primero de los estados observados es Oaxaca, donde desde 1968 los movimientos estudiantiles y populares entraron en franco conflicto con

grupos de poder político-económico engarzados con el gobierno estatal. Paradójicamente, una mayor capacidad organizativa de las corporaciones sociales estimuló la agudización del carácter autoritario de los poderes locales, y sus estragos a su vez impulsarían a muchos a llevar su militancia a la clandestinidad. En periodos diferenciados por la magnitud de la represión —generalizada de 1974 a 1977 y focalizada de 1977 a 1979—, la desaparición forzada abarcó “las dos rutas”: fue usada para eliminar la Liga Comunista, mientras que le fue aplicada a la Unión del Pueblo como vía para desarticularla.

En el segundo estado, Sinaloa, es posible distinguir que el objetivo de la represión transita de la contención del movimiento universitario (1970-1973) hacia la supresión de la Liga Comunista ante su vinculación con trabajadores agrícolas del valle de Culiacán (1974-1976). Para Vicente, la Operación Cóndor iniciada en 1977 —calificada por él como la “primera guerra contra el narco”— supuso la transferencia de personal desde las instituciones de seguridad nacional hasta las organizaciones criminales, llevando consigo la experiencia adquirida en la desaparición forzada como circuito y vórtice del complejo contrainsurgente, lo que tendría como resultado la masificación de su técnica.

Guerrero es la tercera entidad estudiada. Ahí, hacia 1968, la Asociación

Cívica Nacional Revolucionaria y el Partido de los Pobres concluyeron que la vía armada era el único camino para transformar al régimen, ante la clausura de otros mecanismos anteriormente efectivos para producir los cambios deseados. Frente a ello se implementó lo que Vicente describe como la mayor campaña militar del Estado mexicano desde la guerra cristera; sobre todo porque sus acciones fueron planteadas en torno a tres ejes: la búsqueda de información, la labor social intensiva y las maniobras armadas. En un primer momento, que duró hasta 1972, la desaparición forzada se mantuvo como práctica ocasional y con un alcance más bien selectivo; pero para 1974, la estrategia contrainsurgente orientó su objetivo a eliminar a esas agrupaciones, que se habían mantenido activas a pesar de acciones y programas gubernamenta-

les, por lo que el combate se amplió y dirigió hacia las poblaciones de las zonas de abastecimiento y operación guerrillera. Aunque en todos los casos el análisis de las cifras de la desaparición reconoce la diferencia entre desapariciones transitorias y las permanentes, en lo que respecta a Guerrero la distinción es fundamental como indicio de los objetivos que animaron su aplicación.

Con todos estos componentes, *[Tiempo suspendido]* se vuelve, pues, referencia obligada para pensar el autoritarismo mexicano del siglo pasado, los mecanismos de la dominación estatal y la expresión histórica de los problemas de nuestro presente.

*Aurora Vázquez Flores*  
 Instituto Nacional de Estudios  
 Históricos de las Revoluciones  
 de México

## Resúmenes

Rubén B. Morante López, *Geografía, astronomía e historia precortesiana en San Juan de Ulúa*

Los orígenes geológicos de la isla de San Juan de Ulúa conformaron el territorio que llevó a los conquistadores europeos a considerarla como el punto ideal para construir una fortaleza y para fundar allí el Ayuntamiento de la Vera Cruz, que se convirtió en la principal puerta continental de América. Además de ello, intentamos entender el sentido e importancia que tenían los paisajes marinos en torno a la isla, al igual que su paisaje celeste, en la ideología de los pueblos mesoamericanos, y la manera en que influyeron en los rituales que allí se llevaban a cabo al momento del primer contacto con los españoles. Se recurre a análisis geológicos, geográficos, astronómicos e históricos en busca de una comprensión más amplia del pasado del sitio.

*Palabras clave:* San Juan de Ulúa, geografía, paisaje, astronomía, conquista de México, historia de Veracruz.

Recepción: 13 de abril de 2020 / Aceptación: 4 de octubre de 2020

Judith Hernández Aranda y Roberto Jesús Ávila Hernández, *El virrey Antonio de Mendoza y las primeras obras en San Juan de Ulúa*

En el presente artículo se abordan los orígenes y primeras obras realizadas en el islote de San Juan de Ulúa y la manera en que éste, gracias a su fisiografía costera, se transformó en una referencia de navegación y el puerto principal de la Nueva España en el Atlántico. La posibilidad de contar con elementos arqueológicos y documentos inéditos, nos permitió analizar, desde una perspectiva historiográfica, la limitada forma en que el virrey Antonio de Mendoza acató las instrucciones reales para crear puertos y fortalezas en las tierras bajo su mando y los motivos de su enfrentamiento con Hernán Cortés. El resultado nos muestra que, a mediados del siglo XVI, sólo un muelle y una pequeña torre que no rebasaba la altura de un hombre, serían el comienzo de la emblemática fortaleza de Ulúa, envuelta desde sus inicios en una intrincada red de intereses económicos,

políticos y técnicos que determinaron el destino de la ciudad de Veracruz y de sus habitantes.

*Palabras clave:* Puertos, Veracruz, trabajo esclavo, oficios, impuestos y comercio.

Recepción: 4 de mayo de 2020 / Aceptación: 11 de junio de 2020

Gladys Martínez Aguilar y Sara Elizabeth Sanz Molina, *Por la defensa de un territorio: la proyección técnica de los ingenieros militares desde el fuerte de San Juan de Ulúa*

El fuerte de San Juan de Ulúa es ampliamente conocido como la principal puerta de comunicación comercial, social y política durante el Virreinato en Nueva España, sin embargo, no se ha destacado la importancia técnica del sitio durante el siglo XVIII como sede de los ingenieros militares al servicio de la Corona, cuya estructura jerárquica tenía en el máximo cargo al ingeniero director para encabezar, coordinar y ejecutar las políticas defensivas cuyo impacto traspasó los límites de la intendencia de Veracruz, pues su preparación científica y militar se aprovechó en otras plazas. En ese sentido, el presente texto aborda la vinculación de la estrategia defensiva intercontinental de la monarquía hispánica con las funciones de los ingenieros militares directores en el fuerte de San Juan de Ulúa.

*Palabras clave:* Ingenieros militares, fortificación, fuerte San Juan de Ulúa, siglo XVIII.

Recepción: 23 de abril de 2020 / Aceptación: 7 de septiembre de 2020

Adriana Gil Maroño, *El impacto del clima en el desarrollo de San Juan de Ulúa durante el Virreinato*

Mucho se ha escrito en torno a cómo las guerras que se suscitaron entre España con potencias europeas obligaron a poner en marcha estrategias defensivas en las colonias españolas de América, como la creación del ejército borbónico y la construcción de imponentes fortificaciones. Sin embargo, los historiadores poco han abundado y puesto énfasis en las condiciones climatológicas como un factor

que también incidió en las estrategias defensivas de la Corona española. En este artículo se hace un repaso historiográfico sobre algunos textos escritos por conquistadores, cronistas, virreyes e ingenieros militares del virreinato que estudiaron los efectos del clima para tomar decisiones fundamentales en las estrategias de conquista, colonización y protección de sus dominios.

*Palabras clave:* Clima, cambio climático, Pequeña Edad del Hielo, agricultura de subsistencia, pestes, nortes, huracanes, Oscilación del Atlántico Norte.

Recepción: 4 de mayo de 2020 / Aceptación: 19 de agosto de 2020

Cristóbal Alfonso Sánchez Ulloa, *Puerto de pólvora. El sitio y bombardeo a Veracruz en marzo de 1847*

En marzo de 1847, durante la guerra entre México y Estados Unidos, la ciudad de Veracruz fue sitiada y bombardeada por el ejército estadounidense al mando del general Winfield Scott. El sitio duró diez días y el bombardeo otros cuatro, hasta que los defensores se rindieron frente a las armas invasoras. Este ataque fue el turbulento inicio de la campaña de Scott, encargada de avanzar rumbo a la Ciudad de México para forzar la firma de un tratado de paz. Con base en documentos del ejército mexicano, relatos de militares estadounidenses y otros testimonios de la época, en este artículo se exploran los sucesos en la ciudad portuaria y en sus alrededores desde diferentes perspectivas. También, se abordan las reacciones que la capitulación de la plaza generó. El trabajo busca explicar los motivos que llevaron a la rendición de la ciudad y lo que la caída de Veracruz puede decirnos sobre la guerra entre México y Estados Unidos.

*Palabras clave:* Guerra México-Estados Unidos, Veracruz, sitio, bombardeo, nación.

Recepción: 20 de abril de 2020 / Aceptación: 27 de junio de 2020

Juan Antonio Flores Martos, *Los cafés del puerto de Veracruz a fines del siglo XX: una etnografía*

Los antropólogos hemos dedicado pocas energías y esfuerzos al análisis de unos mundos únicos, los cafés del Puerto, tan festejados y mencionados en los discursos públicos, como desconocidos para la teoría social y la etnografía. En cierta medida este texto refiere un universo social que ya no existe en el presente, y quiere contribuir a la comprensión social y antropológica de lo que pasaba en los cafés del centro de Veracruz. Allí desarrollé mi etnografía con observación participante y entrevistas durante mi trabajo de campo en los años noventa del pasado siglo XX, una investigación que culminó en mi tesis doctoral y en mi libro sobre la ciudad: *Portales de múcara. Una etnografía del puerto de Veracruz*. Se analizan especialmente los mitos contemporáneos de la ciudad que allí fluían —historias y cuentos de café— y los rituales desplegados en dicho escenario. Mi análisis concluye con el traslado del café de la Parroquia a su actual ubicación.

*Palabras clave:* Veracruz, cafés, etnografía, gusto, mito, ritual.

## Abstracts\*

Rubén B. Morante López, *Geography, Astronomy and Precortesian History in San Juan de Ulúa*

The island of San Juan de Ulúa served as the territory that European conquerors considered ideal not only for the construction of a fortress but also to found the municipality of Vera Cruz that eventually became the main continental gateway to America. In this article, I explore the meaning and importance of the seascape around the island, as well as its celestial landscapes, in the ideology of Mesoamerican inhabitants, and how these influenced the rituals that the native populations practiced there at the time of the first contact with the Spanish. Geological, geographic, astronomical, and historical analysis are used to seek a broader understanding of the site's past.

*Key words:* San Juan de Ulúa, geography, landscape, astronomy, conquest of Mexico, history of Veracruz.

Judith Hernández Aranda y Roberto Jesús Ávila Hernández, *Viceroy Antonio de Mendoza y the Earliest Spanish Works at San Juan de Ulúa*

This article deals with the origins of the first Spanish construction carried out on the isle of San Juan de Ulúa and the way in which, due to the coastal physiography, it became a navigational reference point and the principal Atlantic port of New Spain. Using archeological elements and unpublished manuscripts, we are able to analyze, from a historiographical perspective, the limited way in which the Viceroy Antonio de Mendoza followed royal instructions concerning the creation of ports and fortresses in the lands under his command and the motives of his confrontation with Hernán Cortés. As a result, by the middle of the sixteenth century, only a dock and a small tower no higher than the height of a man constituted the beginnings of the emblematic fort of Ulúa. From the earliest moment the fortress was enveloped in an intricate web of economic

\* La revisión y corrección de los abstracts estuvo a cargo de Michael T. Ducey, investigador del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana.

interests, politics and technical challenges that determined the destiny of the city of Veracruz and its inhabitants.

*Key words:* Ports, Veracruz, slave labor, trades, taxes and commerce.

Gladys Martínez Aguilar y Sara Elizabeth Sanz Molina, *Territorial Defense from the San Juan de Ulúa Fort: The Technical Projection of the Military Engineers*

The San Juan de Ulúa fort is widely known as the main gateway for commercial, social and political communication during New Spain's viceregal period. However the technical importance of the site during the eighteenth century, as the headquarters of the military engineers at the service of the Crown, under the leadership of the chief engineer, coordinating and executing defensive policies went far beyond the limits of the Veracruz administration. Their scientific and military training was used in other places beyond the boundaries of New Spain. The present text addresses the intercontinental defensive strategy of the Hispanic Monarchy by exploring the functions of military engineers and directors of the San Juan de Ulúa Fort.

*Key words:* Military engineers, San Juan de Ulúa Fortress, 18th century.

Adriana Gil Maroño, *The Impact of Climate in the Development of San Juan de Ulua during the Viceroyalty*

Much has been written about how the wars between Spain and foreign powers required the implementation of defensive strategies in the Spanish colonies in America, such as the creation of the Bourbon army and the construction of imposing fortifications. However, historians have not explored the role of climatic conditions on the defensive strategies of the Spanish crown. In this article, I review some of the essential texts written by conquerors, chroniclers, viceroys and military engineers who studied the effects of the weather when taking fundamental decisions.

*Key words:* Climate, climate change, Little Ice Age, subsistence farming, pests, northers, hurricanes, North Atlantic Oscillation.

Cristóbal Alfonso Sánchez Ulloa, *Gunpowder Port. The Siege and Bombardment of Veracruz in March 1847*

In March 1847, during the Mexican War, the city of Veracruz was besieged and bombarded by the United States Army, under the command of General Winfield Scott. The siege lasted ten days and the bombardment another four, until the defenders surrendered. This attack was the turbulent start to Scott's campaign, which later advanced to Mexico City and forced the signing of a peace treaty. Based on documents from the Mexican Army, accounts of the US military and other testimonies, this article explores the events of the siege and the reactions to the capitulation of the city from different perspectives. It seeks to explain the reasons that led to the surrender of the city and what the fall of Veracruz can tell us about the war between Mexico and the United States.

*Key words:* Mexican War, Veracruz, siege, bombardment, nation.

Juan Antonio Flores Martos, *The Cafes of the Port of Veracruz at the end of the 20th Century: an Ethnography*

Anthropologists have devoted little energy and efforts to the analysis of those unique worlds, widely mentioned and celebrated in public discourses, the cafes of the port, but unknown to social theory and ethnography. The text explores a social universe that is no longer the same in the present, and aims to contribute to the social and anthropological understanding of what was happening in the cafes of downtown Veracruz. There I developed my ethnography using participant observation and interviews during my fieldwork in the 1990s. This research culminated in my doctoral thesis and my book on the city. I especially analyzed the contemporary myths of the city that flowed there —stories and coffee tales— and the rituals displayed on that stage. My analysis culminates with the transfer of the Parroquia Cafe to its current location.

*Key words:* Veracruz, cafes, ethnography, taste, myth, ritual.



## Colaboradores

RUBÉN B. MORANTE LÓPEZ

Maestro en Historia y Etnohistoria por la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México; Doctor en Antropología por la Universidad Nacional Autónoma de México; en ambos casos con mención honorífica. Reconocimientos: Diputación de Buenos Aires (2004) y Secretaría de Cultura de Argentina (2004); Alfonso Caso (1998); Miguel Covarrubias (2002 y 2013); Teotihuacán (2011) y Alfonso Villa Rojas (2018); Maestro Distinguido (1986) y Premio al Decano por la Universidad Veracruzana (2019). Catedrático en los programas de historia, geografía, contaduría, administración y antropología. Más de 200 publicaciones en español, inglés, portugués, francés, alemán, holandés y ruso. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II. Líneas de investigación: historia de la geografía, la astronomía y el arte, geografía histórica, iconografía y museografía.

JUDITH HERNÁNDEZ ARANDA

Licenciada en Arqueología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), Maestra en Historiografía de México Colonial por la Universidad Autónoma Metropolitana y Doctora en Antropología Simbólica por la ENAH. Investigadora “Titular C” del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) desde 1978 y adscrita al Centro INAH-Veracruz desde 1989. Asesora externa del Consejo Nacional de Arqueología. Miembro de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC), del Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS, por sus siglas en inglés) y del proyecto Redes Empresariales y Administración Estatal, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Titular de los proyectos: Creación de la Ceramoteca del Centro INAH-Veracruz, Proyecto arqueológico San Juan de Ulúa y otros en el estado de Veracruz. Sus publicaciones están relacionadas con temas de arqueología histórica.

ROBERTO JESÚS ÁVILA HERNÁNDEZ

Licenciado en arqueología por la Universidad Veracruzana. Ha sido titular del proyecto de Protección del Patrimonio Arqueológico, Histórico y Paleontológico del Estado de Veracruz y jefe del Departamento de Resguardo de Bienes Culturales del Estado de Veracruz en el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Ha sido jefe de campo en proyectos arqueológicos: en el sitio

Peralta, Guanajuato; en el proyecto de Exploración Sismológica 3D, en Tabasco, y en el Proyecto de Investigación Arqueológica sobre la Fortaleza de San Juan de Ulúa del Instituto Nacional de Antropología e Historia, desde 2009. Miembro de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe (AMEC) y del proyecto Redes Empresariales y Administración Estatal, del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es autor de diversas publicaciones sobre la fortaleza de San Juan de Ulúa.

GLADYS MARTÍNEZ AGUILAR

Arquitecta por la Universidad Veracruzana, Maestra en Arquitectura con Especialidad en Restauración de Monumentos por la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía “Manuel del Castillo Negrete” del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y doctoranda del Programa de Doctorado en Arquitectura por la Universidad Nacional Autónoma de México. En 2019 realizó una estancia de investigación en la Universidad de Sevilla. Es integrante del Seminario de Historia de la Construcción en México de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, docente de la Facultad de Arquitectura-Xalapa de la Universidad Veracruzana desde 2005 y colaboradora del Cuerpo Académico consolidado CA-UV-205 Entornos Sustentables.

SARA ELIZABETH SANZ MOLINA

Arquitecta por la Universidad Cristóbal Colón, Doctora en Arquitectura por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona (ETSAB) de la Universidad Politécnica de Cataluña, España. Desde 2003 es colaboradora en el Proyecto Fortalezas Multimedia de la Universidad de Santa Catarina en Florianópolis, Brasil. De 2011 a 2019 fue Titular del Museo Fuerte de San Juan de Ulúa del Instituto Nacional de Antropología e Historia. En abril 2019 se incorporó como Responsable de los departamentos de Investigación e Innovación y Desarrollo de la Universidad Cristóbal Colón. Docente de las asignaturas de Historia y Teoría de la Arquitectura Universal y Diseño de Proyectos de Investigación a nivel Licenciatura y Seminario de Investigación a nivel Posgrado.

ADRIANA GIL MAROÑO

Licenciada en Historia del Arte por la Universidad Cristóbal Colón. Maestra en Historiografía de México por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Doctora en Historia por la Universidad de Alcalá de Henares, Madrid, España (2019). Profesora-investigadora del Centro INAH-Veracruz desde 1993. Estudió el Master Degree en Liberal Arts en la University of St. Thomas,

Houston, Texas, Estados Unidos. Es coautora del libro *Ulúa: Fortaleza y Presidio en el siglo XVIII* y coautora de los libros: *La invasión de 1914 en la mirada de Luz Nava*, *Nacidas con la luna de plata. Mujeres en la historia de la ciudad de Veracruz. Siglos XVI al XIX* y *Mujeres en la historia de la ciudad de Veracruz. Primera mitad del siglo XX*. Ha sido ponente en diversos congresos nacionales e internacionales y ha publicado numerosos ensayos y artículos sobre historia cultural. Recibió Mención Honorífica en los Premios INAH 2002 por su tesis de Maestría, titulada *La Fiesta como texto: prácticas culturales y representaciones sociales en la jura de Carlos IV. Veracruz, 1790*.

#### CRISTÓBAL ALFONSO SÁNCHEZ ULLOA

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Maestro en Historia Moderna y Contemporánea por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y Doctor en Historia por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Unidad Peninsular. Actualmente realiza una estancia posdoctoral en el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la UNAM. Ha trabajado como docente en la Universidad Marista de Mérida y en la Universidad Abierta y a Distancia de México. Entre sus intereses de investigación se encuentran la guerra México-Estados Unidos, la vida cotidiana durante la ocupación militar y la historia de las diversiones, los espectáculos públicos y las conmemoraciones en México.

#### JUAN ANTONIO FLORES MARTOS

Antropólogo social y cultural especializado en América Latina —y jarocho de segunda socialización—. Trabajó en el puerto de Veracruz en los años noventa. Autor del libro *Portales de múcara. Una etnografía del puerto de Veracruz* (2004). Profesor Titular de Antropología Social en la Facultad de Ciencias Sociales de Talavera de la Reina, Universidad de Castilla-La Mancha (España). Miembro del Grupo de Etnografía y Estudios Sociales Aplicados (GEESA, Cuenca, España). Ha desarrollado trabajo de campo etnográfico en México, Bolivia y España, en antropología del cuerpo y las emociones, carnavales, violencias cotidianas y sufrimiento social, nuevos imaginarios espirituales —especialmente en el Puerto de Veracruz—, la Santa Muerte y patrimonialización cultural de la muerte. Distinguido con la Cátedra “Gonzalo Aguirre Beltrán” en 2012 por Centro de Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad Veracruzana. Premio AIBR (Asociación de Antropólogos Iberoamericanos en Red) al mejor artículo de Antropología Iberoamericana (2014).



## Normas para la presentación de originales\*

Los originales que se entregan a *Ulúa. Revista de Historia, Sociedad y Cultura* pasan por un proceso editorial que se desarrolla en varias etapas. Por ello es necesario que su presentación siga una serie de normas que faciliten la edición y eviten el retraso de la publicación de la revista.

1. Los originales, que deberán estar escritos en español, se enviarán a las oficinas de *Ulúa, Revista de Historia, Sociedad y Cultura* (Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, Diego Leño 8, C.P. 91000, Xalapa, Veracruz, México).

2. Los originales deberán ser inéditos y no estar aprobados para su publicación en otra revista. Esto, más la cesión de derechos a *Ulúa* para la difusión del artículo propuesto a la revista, deberá estar respaldado por una carta firmada por el autor. (Lo mismo vale para las reseñas de novedades editoriales.)

3. Los originales se presentarán impresos a doble espacio y en archivo electrónico versión Word, en letra AGaramond de 12 puntos. El texto tendrá como máximo una extensión de 10000 palabras, incluyendo las notas al pie de página y la bibliografía. No se aceptarán versiones incompletas; los originales recibidos se considerarán versión definitiva.

4. Los autores deberán adjuntar, en un oficio fechado, la información siguiente: su nombre completo, su dirección y teléfono particulares y su clave de correo electrónico, así como una síntesis de su *curriculum vitae* (no mayor de diez líneas) y los datos completos de la institución donde labora.

5. Además, deberán adjuntarse en un archivo electrónico aparte: el título del artículo, un resumen del mismo (no mayor de diez líneas) y una lista de las palabras clave del texto. Tanto el título y el resumen como las palabras clave deberán estar escritas en inglés y español.

\* Todo artículo será sometido a un dictamen cuyo resultado puede ser: *a)* publicable, *b)* no publicable, y *c)* sujeto a cambios. En cualquier caso, el dictamen será inapelable. Si el artículo se publica, el autor recibirá, a vuelta de correo, un ejemplar de *Ulúa. Revista de Historia, Sociedad y Cultura*.

6. Los mapas, gráficas, figuras, fotografías, etcétera, deberán presentarse en archivos por separado, en formato TIFF (resolución 300 dpi), a un ancho mínimo de 10 cm, leyendas con tipografía Garamond no mayor a 8 puntos (en altas y bajas) y numerados; no incluir títulos ni fuentes (éstos irán como parte del texto). Las ilustraciones en general, pueden ser incluidas en el archivo Word únicamente como referente de su ubicación, lo que no excluye de atender las indicaciones anteriores.

7. Los nombres de archivos, instituciones, partidos u organismos que sean representados con siglas o acrónimos, deberán escribirse con su nombre completo la primera vez que se mencionan, sea en el cuerpo del texto o en las notas al pie de página.

8. Las referencias de los libros en la bibliografía deberán contener los datos siguientes (en este mismo orden):

- apellido(s) y nombre del autor
- año de edición
- título (en cursivas)
- número de un tomo en particular (cuando sea el caso)
- edición (sólo a partir de la segunda)
- nombre del traductor (cuando sea el caso)
- nombre del prologuista (cuando sea el caso)
- nombre de la colección y/o serie (cuando sea el caso)
- editorial
- ciudad donde se hizo la edición
- número de tomos (cuando sea el caso)
- número total páginas

Ejemplo:

Chartier, Roger

1995 *Sociedad y escritura en la edad moderna*, trad. del francés por Paloma Villegas, col. Itinerarios, Instituto Mora, México, 266 pp.

9. Las referencias de capítulos de libros en la bibliografía deberán contener los datos siguientes (en este mismo orden):

- apellido(s) y nombre del autor
- año de edición
- título del capítulo (entre comillas)
- ficha completa del libro de donde se extrajo (de acuerdo al apartado número 8).

—páginas donde se encuentra el capítulo

Ejemplo:

Knight, Alan

1985 “Caudillos y campesinos en el México revolucionario, 1910-1917”, en David A. Brading, *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, trad. del inglés por Carlos Valdés, Sección de Obras de Historia, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 32-85.

10. Las referencias de artículos de revistas en la bibliografía deberán contener los datos siguientes (en este mismo orden):

—apellido (s) y nombre del autor

—año de publicación

—título del artículo (entre comillas)

—título de la publicación (en cursivas)

—institución (cuando sea el caso)

—lugar

—mes o periodo de publicación,

—volumen y número de la publicación

—páginas donde se encuentra el artículo

Ejemplo:

Peña, Guillermo de la

1999 “Territorio y ciudadanía étnica en la nación globalizada”, *Desacatos, Revista de Antropología Social*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México, primavera, núm. 1, pp. 13-27.

11. Las referencias de libros, capítulos de libros y artículos de revistas, así como de periódicos y fondos documentales en las notas a pie de página, se harán siempre de la manera siguiente:

Ejemplos:

Chartier, 1995, p. 260.

Knight, 1985, p. 40.

Peña, 1999, p. 14.

*El Dictamen*, 7 de agosto de 1930.

AGEV, Gobernación, caja 6, exp. 7, f. 10, 1920

Las referencias de periódicos y de los fondos documentales no se incorporarán a la bibliografía, sólo irán en las notas a pie de página.

Esta revista se terminó de imprimir en el mes de                      de 2021  
en

La composición se hizo en AGaramond de 12/14, 11/13, 10/12 y 8/10 puntos.  
La edición consta de                      ejemplares.